

Club DEL MISTERIO

Leslie Charteris
ERA UNA DAMA



Lectulandia

Una temible banda de forajidos mantiene en jaque a la policía francesa. El descrédito y el ridículo se abaten sobre Scotland Yard, y la inmovible organización, muy a su pesar, se ve obligada a solicitar la ayuda de Simon Templar, El Santo.

Aventura tras aventura, peligro tras peligro, sorpresa tras sorpresa, El Santo va desenredando la enmarañada madeja que le conducirá hasta una dama.

Pero El Santo es ante todo un caballero, con un desarrollado sentido de la justicia que a veces no coincide con el de la policía. Y como ella era una dama...

Lectulandia

Leslie Charteris

Era una dama

El Santo - 7

ePub r1.0

Titivillus 29.01.2019

Título original: *She was a Lady*
Leslie Charteris, 1931
Traducción: Alejandro Frías-Sucre Giraud
Ilustraciones: Edmundo Fernández
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

1

De cómo se encontró Simon Templar con Jill Trelawney, se armó un alboroto y se cantó en Belgrave Street

I

El voluminoso coche se deslizaba en la sombra de la noche cual negra babosa gigante, con abiertos y relucientes ojos que alumbraban la carretera y abrían un túnel de luz cegadora a través de la espesa oscuridad debajo de la bóveda formada por las copas de los árboles... Pero, de pronto, sus ojos se cegaron y su avance a oscuras se hizo cada vez más lento, hasta que se detuvo a tuestas en la cuneta.

El hombre que observaba su llegada, sentado debajo de un árbol, con la colilla de su cigarrillo encendido, pero cuidadosamente disimulada en el hueco de la mano, se puso en pie sin hacer ruido. El coche se había detenido, como esperaba, a sólo unas cuantas yardas de distancia. Arrojó el cigarrillo entre la hierba y descendió a la carretera silenciosamente. No se oía nada, salvo el murmullo de las hojas agitadas por el airecillo de la noche, ya que el resoplar contenido del ocho cilindros había cesado.

De pronto, dentro del coche se encendió un fósforo que puso de manifiesto con impresionante claridad lo que había en su interior. La rica tapicería roja, el manojo de bellas rosas en el florero de cristal, las guarniciones de plata relucientes... detalles todos que podían advertirse desde el exterior. Como también un hombre con la cara llena de chirlos, vestido con uniforme de chófer; o el aún más desocupado, y bien parecido, sujeto que estaba sentado solo, detrás, y que llevaba desabrochado su ligero sobretodo, dejando así al descubierto la immaculada pechera blanca de la camisa y su sombrero de copa colocado en el asiento contiguo. Y también la muchacha...

O la muchacha quizá no. La llama del fósforo enfocaba principalmente a ésta, pues era quien se valía de ella para encender un cigarrillo. Ante la llama del fósforo, ella aparecía tal cual podía imaginarse: como la clase de mujer que responde perfectamente a un coche lujoso; en verdad, no había razón para explicarse por qué no estaba ella ante el volante.

Pero había algo en la joven que inducía hacia el mal. «Ha de ser alta —pensó el hombre que la contemplaba desde la oscuridad—, y de una esbeltez cimbreante, que respeta sus formas de mujer». Y bella lo era sin duda, de una belleza perfectamente natural, pero que, no obstante, nada tenía de común. Su rostro era único, como igualmente el oro trigal de sus cabellos. Y, para decepción de las mujeres, ningún artificio habría podido favorecer aquellos ojos de un moreno leonado.

«¡Eres tú, entonces, Jill Trelawney!», pensó el hombre oculto en la oscuridad.

En aquel momento se apagó la luz, pero el observador recordaba cada uno de los pormenores del retrato que indeleblemente había fotografiado en su cerebro. El actual era una fotografía viviente. Hasta entonces le habían sido proporcionados meros retratos fotográficos de Jill —algunos los tenía en aquel momento en su bolsillo—, pero resultaban pálidos e insignificantes ante la evocación de la realidad; y el hombre pensó en la impertinencia que significaba, por su parte, el haber tratado de sorprender aquel rostro en un momento de expresión seminormal.

«¡Y en sus propias narices... cuernos!», pensó el hombre en las sombras.

Dentro del coche, el hombre con traje de etiqueta hablaba del modo más galante:

—Eres una mujer extraordinaria, Jill. Cada vez que te miro...

—Cada vez está usted más borracho —le contestó la joven, tomándosele con paciencia—. Tenemos una misión que cumplir y no estamos en una cata de vinos.

El hombre con traje de etiqueta gruñó malhumorado:

—No veo por qué has de ser arisca, Jill. Vamos todos en el mismo barco.

—Yo tengo todavía que embarcarme en un barco de cuidado, Weald.

El extremo del cigarrillo brilló intensamente al fumarlo la joven; luego, en medio de un gran silencio, su resplandor menguó.

El hombre con los chirlos en la cara observó entonces con timidez:

—Mientras no ande Templar por aquí...

—¡Templar! —La voz de la muchacha al pronunciar el nombre sonó como el restallido de una metralla—. ¡Templar! —dijo nerviosa—. ¿Qué te has propuesto, Pinky? ¿Aterrorizarme? Ese hombre es tu pesadilla.

—El Santo —replicó, humilde, el hombre de los chirlos— es la pesadilla de todo aquel que se le enfrenta. ¿Me comprende?

De haber habido luz, se le habría visto ruborizarse. Mister Budd se ruborizaba siempre que alguien le hablaba con viveza. A esta debilidad debía su apodo de Pinky^[1].

—Hay mucho de fantasía en eso —aventuró el hombre vestido de etiqueta. Pero siguió hablando.

—¿Acaso no hay siempre una leyenda alrededor de cualquier sujeto extravagante? —interrogó la muchacha desdeñosa—. Supongo que jamás las habrá oído de Henderson... o de Peters... o de Teal... o de Kennedy. De todos modos, ¿quién es ese tal Templar?

—¿No ha visto nunca a un hombre coger a otro que pese cincuenta libras más que él y arrojarlo por encima de una pared de seis pies de altura como si fuera un saco de plumas? —interrogó mister Budd, con su timidez acostumbrada—. Templar lo hace a modo de entrenamiento para una pelea de verdad. ¿No ha visto nunca a un hombre cortar de canto por la mitad una tarjeta de visita arrojándole un cuchillo desde quince pasos de distancia? Templar lo hace cabeza abajo y con los ojos cerrados. ¿No ha visto nunca a un hombre hacer frente a seis rufianes y recibir los golpes con que

pudieran obsequiarle, para regresar después sonriente, tras haber dejado a la media docena de tipos en condiciones de que los fuese a recoger la ambulancia? Templar...

—¿Luego tú le temes, Pinky? —preguntó la muchacha con serenidad.

Mister Budd estornudó.

—Yo he sido «pareja-entrenador», que es como decir *punchboy*^[2] humano, de algunos de los mejores pesos pesados que han pisado el ring —contestó—, pero siempre me han pagado bien por los golpes recibidos. No creo que el Santo se apresurase a pagarme tan bien por el placer de vapulearme. ¿Comprende?

Mister Budd no añadió que desde sus tiempos de «pareja» había servido en Chicago con Blinder Kellory y otros jefes de bandas casi tan famosos como él... hombres que le daban a uno un tiro en un abrir y cerrar de ojos y que se transformaban en fiscales en los procesos. Se había distinguido en la «guerra» de Kellory contra Scarface Al Capone... respecto a lo cual tampoco dijo palabra. Sus reticencias tenían un tono peculiar, que impresionaba.

—Nadie puede decir que yo tema pelearme con nadie —afirmó, ruboroso, mister Budd—, pero ello no impide que yo sepa cuándo voy a llevar las de perder. ¿Comprende?

—Si quieres seguir mi consejo, Jill —bostezó el hombre vestido de etiqueta—, mejor sería que te entendieras con Templar antes de que tuviese oportunidad de hacer una de las tuyas. No ha de ser difícil...

El hombre de las sombras se permitió una sonrisilla de puro regocijo. Era una noche calurosa y todas las ventanillas del coche estaban abiertas. Podía oír cada una de las palabras que se decían. Se encontraba tan cerca que con dar un paso adelante y extender el brazo tocaba el coche con la mano. Pero avanzó dos pasos.

La muchacha, con despectiva frialdad, cual si tratara con un muchacho desobediente, le contestó:

—Si el entenderme con él le ha de dar más tranquilidad a usted...

—Sí que me la daría —replicó, desvergonzado, Stephen Weald—. Sé que siempre se inventan historias, pero las historias que he oído acerca del Santo no me hacen maldita gracia. Es terrible. Dicen que...

Se le ahogaron las palabras en la garganta como confundidas en un sollozo, hasta el punto de que Jill y Budd se volvieron rápidos para mirarle, aunque no podían distinguírle la cara en la oscuridad. Pero la muchacha vio al momento lo que Weald había visto... la sombra más oscura que ennegrecía el recuadro de una de las ventanillas del coche. Inmediatamente después, se vio algo dentro del coche, algo que se movía, además de sus ocupantes. Misterioso y amedrentador, daba la sensación de que aquello que se agitaba allí dentro no pertenecía a ninguno de los tres. Era un brazo, un brazo ágil y seguro, del que todos oían en el silencio el roce con las mangas de la camisa, y una mano que hacía girar el interruptor y que los inundaba en la luz proyectada por la lámpara que tenía el coche en el techo.

—¿Qué es lo que dicen, Weald? —inquirió pausada una voz. Tenía un retintín particular. Había impresionado a todos antes de que la oscuridad que les cegara los ojos hubiese desaparecido lo bastante para distinguir a su dueño, quien a la sazón tenía ya dentro del coche la cabeza y los hombros, y apoyados los antebrazos en la ventanilla. Era la voz más caballerosamente insolente que ninguno de los tres había nunca oído.

Hizo que Pinky Budd se tornara de un color rosa triste y Stephen Weald de un color blanco sucio, como de almeja.

Una ola creciente de rabia pintó de vergüenza las mejillas de Jill Trelawney. Tal vez por su mayor sensibilidad, apreciaba más que los otros la arrogancia burlona de aquella voz. Contenía toda la fuerza de insolencia concentrada y de descarado desafío mordaz que pudiera concebirse.

—Bien, ¿y qué?

Otra vez la pregunta señorilmente pausada. Era extraordinario lo que podía hacer aquella voz con una sencilla sílaba. La articulaba y despedía como el aserrín una sierra mecánica, y la vertía pausadamente sobre una capa de arena ardiente del Sahara con una risotada llena de travesura.

—¡Templar!

Budd pronunció el nombre con voz ronca y Weald, sibilante, lo hizo entre dientes. Los labios de la muchacha se contrajeron.

—Hablaban ustedes de mí —observó el hombre asomado por la ventanilla.

Era una afirmación rotunda. Se dirigía a la joven, haciendo caso omiso de sus compañeros, después de haberles mirado con insolencia. Durante un fugaz momento le faltó la voz a la muchacha, furiosa consigo misma. Luego...

—¿Mister Templar, tal vez? —interrogó impávida.

El Santo hizo un saludo con la cabeza todo lo ceremonioso que le permitió su posición en la ventanilla.

—Exacto —el aleteo de una sonrisa se dibujó en sus labios—. ¿Jill Trelawney?

—Miss Trelawney.

—Por supuesto que miss Trelawney. Por ahora. Para el juez usted será sencillamente Trelawney, y en el presidio nada más que un número.

Era extraordinario como un chispazo de odio se pudo apagar y desvanecer en una llamarada, en espacio tan pequeño de tiempo. Un momento antes, asomado por aquella ventanilla, no era para Jill más que un nombre... hasta entonces.

Y ahora le miraba en medio de una explosión de odio que en aquel momento llegaba al rojo vivo. Antes, francamente, no le habían preocupado los temores de Weald y Budd. Los había desechado con toda energía. Aquello de «si el entenderme con él le ha de dar tranquilidad a usted...», había sido una manifestación completamente impersonal. Pero ahora...

Jill sabía lo que era el odio. Había tres hombres a quienes odiaba en cada uno de los más íntimos latidos de su corazón. No hubiera creído que hubiese sitio en su alma

para más odio y, sin embargo, la actual aversión parecía de momento exceder a las otras.

Miraba de hito en hito al Santo, prescindiendo de todo y de todos, grabando en su memoria cada uno de sus rasgos con trazos de fuego. Debía de ser de estatura superior a la media a juzgar por su gesto para poder introducir la cabeza por la ventanilla; los hombros no le cabían en el vano de la ventanilla, prueba de la anchura del tórax. Un buen ejemplar de pirata, de pelo y cejas morenos, piel atezada, con una cara de líneas maravillosamente bien definidas y un par de ojos intensamente azules.

—Creo que ustedes se proponían entenderse conmigo —explicó el Santo—. ¿Por qué no? Aquí me tiene, si quiere.

—¡Si lo que quiere es camorra —exclamó Budd, rojo como un tomate—, aquí estoy yo! ¿Comprende?

—¡Un momento!

Se disponía Budd a abrir la portezuela cuando la muchacha le detuvo poniéndole una mano en el brazo.

—Mister Templar tiene a su gente al alcance de su voz —observó con cinismo la joven—. ¿Por qué, pues, hablar de peleas?

El Santo enarcó las cejas ligeramente.

—Yo no tengo a gente. Hubo un tiempo en que tuve una banda, pero ya no la tengo. ¿No le han dicho que acostumbro trabajar solo?

—Si me lo hubiesen dicho —respondió la muchacha—, no lo habría creído. No parece usted de la clase de hombres que fanfarronee sin contar con una docena de tipos que le guarde las espaldas.

El Santo se echó a temblar de gozo.

—En efecto. ¡Estoy que no me llega la camisa al cuerpo!

Nuevamente la mirada burlona se dirigió a Budd, y de éste a Weald, para detenerse otra vez en la joven. La desconcertante sonrisa animaba también su boca perfecta, de armoniosos dientes brillantes.

—¿Y estos dos son las camareras de la señora?

—Suponga que lo son —replicó la joven.

—¡Vaya un capricho más dramático!

Advirtió Jill que aquellos ojos podían expresar algo peor que insolencia: un pitorreo condescendiente. Momentos antes, ella misma había tratado a Stephen Weald como si fuera un muchacho rebelde, y a la sazón era ella quien recibía un trato por el estilo.

—Me complace que le haya agradado el capricho —contestó amable.

—No; a usted no le complace —observó jovial el Santo—. Pero admitámoslo. Yo he venido a darle a usted un pequeño consejo.

—Muchas gracias.

—No hay de qué.

Y con un dedo largo y moreno señaló:

—Allá, aquella casa —dijo—. No pretenda hacerme creer que no la conoce, porque me repugnaría que dijera mentiras innecesarias. Es la casa de lord Essenden. Mi consejo es... que no vaya.

—¿De veras?

—Se está celebrando un espléndido baile —añadió zumbón—, y me sabría mal que usted lo estropeará. Todos los ricos del país están reunidos en ella. ¡Si hubiese visto usted las joyas...!

Jill abrió su bolso y sacó una tarjeta. Se la mostró para que la pudiera ver.

—Creo que esto me franqueará la puerta.

—Permítame...

El Santo se la había quitado de las manos antes de que la joven se diera cuenta. Y no parecía que lo hiciera para romperla.

—Una falsificación bastante buena —observó—, caso de que lo fuera. Pero yo la considero a usted capaz de ingeniárselas para proporcionarse una invitación auténtica.

—Es absolutamente auténtica. Y quiero que me la devuelva... hágame el favor.

Simon Templar miró desdeñoso el seguro de la pistola automática de Jill, como si en su posición hubiera observado algo que consideró divertido.

Fijó su mirada en los ojos de Jill, y deliberadamente rompió la tarjeta en dieciséis pedazos, que dejó que fueran desprendiéndose de sus dedos para ir a caer en el suelo del coche.

—¡Sus nervios son excelentes, Templar! —le advirtió la joven entre dientes.

El Santo pareció considerar la observación con absoluta seriedad.

—Nunca me han molestado. Pero eso no exige nervios. Otra vez será más precavida. En esta ocasión no ha tenido suficiente tiempo para decidirse a disparar. Hace falta una buena dosis de resolución para matar a su primer teniente a sangre fría. Pero cuando haya tenido usted tiempo... Sí, ciertamente, la próxima vez será más prudente.

—En lo que hará muy bien —gruñó tembloroso Weald.

El Santo reparó en su presencia.

—¿Decía usted?

—Decía que la próxima vez hará muy bien en ser prudente.

—¿Lo cree usted?

Desapareció de la ventanilla, pero la ilusión de que se hubiese marchado se desvaneció enseguida. Se abrió la portezuela del coche y apareció Simon Templar, apoyando un pie en el estribo.

—¡Fuera de ahí!

—¡Maldito sea, si salgo...!

—La maldición te ha caído de todos modos. ¡Largo, fuera!

El Santo se aproximó y cogió a Weald por el cuello, lo sacó del interior del coche y lo arrojó de un empujón a la carretera.

—¡Stephen Weald, traficante de opio, chantajista y espía... demasiado para ti!

Una de las manos del Santo se apoderó de uno de los extremos del lazo immaculado de la corbata de Weald y tiró de él... En cualquier otra ocasión, aquello hubiera sido el acto más sencillo de humillante desafío, pero el Santo lo revistió de una serenidad insuperablemente insolente, que había que ver para poder creerla. De momento, Weald se quedó paralizado. Luego se desató en improperios, con los labios lívidos y los puños apretados...

El Santo lo cogió de nuevo y lo arrojó como un saco dentro del coche.

—¿El otro?

—Si quiere pelear... —comentó de nuevo Budd.

Pero una vez más le contuvo Jill:

—No debes molestar a mister Templar —le dijo con sequedad—. Mister Templar es un valiente... con la gente que le espera en la carretera, un poco más arriba.

El Santo abrió ampliamente los ojos.

—¿Todavía ese cuento? —protestó—. ¿Cómo puedo convencerla?

—No se preocupe por ello —le contestó Jill Trelawney—. Pero si usted quiere ir mañana por la tarde, a las tres, al 97 de Belgrave Street, nosotros estaremos allí.

—Y yo iré —aseguró el Santo, complacido—. Le doy, además, mi palabra de honor de que iré solo.

La miró a los ojos durante un segundo y se marchó; pero instantes después volvía de nuevo, en el momento en que el pie de Jill oprimía el pedal del acelerador.

—Entre paréntesis —observó con gran calma a la joven—, seguramente los guardias la requerirán por haberse estado parada todo este tiempo con las luces apagadas. Lo siento, pero estoy totalmente seguro de que le va a pasar eso.

Permaneció en la cuneta hasta que perdió de vista las luces del coche. Probablemente riéndose. O no riéndose tal vez. Pero seguramente de buen humor. Porque el Santo, en sus tiempos, se había hecho muchos amigos y muchos enemigos; pero no recordaba haberse hecho un enemigo por el que sintiera tan instintiva simpatía. El que se hubiese separado de sus normas para hacerse particularmente desagradable a Jill era asunto que sólo a él incumbía... sólo a él. Simon Templar tenía ideas extravagantes de cierta influencia apaciguadora.

Pero la sonrisa que asomó en sus labios mientras estaba allí de pie solo, sin ser visto por nadie, no habría sorprendido a otra persona más que a Jill Trelawney, de haberla ésta visto.

Simon Templar conservaba en su imaginación el recuerdo vivo de unos ojos color oscuro leonado, ensombrecidos por la cólera, de una cabellera de oro erguida en inimitable actitud de reto, de un odio implacable, que llameaba en el rostro más encantador que jamás había contemplado: el de Jill Trelawney.

Pensaba el Santo que bien hubiera podido ser alguna de las indómitas y pálidas escandinavas que, sobre su corcel, con su despeinada cabellera de oro flotando al viento, corriera al frente de las Walkyrias.

De todos modos, cabalgaba al frente de quienes su personal sentido del humor gustara llamar «camareras de señora»... y esto, reconocía Templar, era una sustitución muy práctica.

II

La primera referencia que se hiciera de que los «Ángeles del Averno» se hubiesen colado en el mundo del hampa databa de unos cuatro o cinco meses. No fue más que un rumor, uno de esos «se dice» que corren de boca en boca, de los que llegan a oídos de un prosaico Departamento de Investigación Criminal como tantos otros, con muchos granos de sal. La imaginación de los criminales se inclina por los apodos, y el de «Ángeles del Averno» era un ejemplo bastante típico. Era también lo único de Jill Trelawney que respondía a los precedentes sobre el crimen familiares a Scotland Yard.

Un tal Ferdinand Dipper, bien conocido por la policía bajo diversos nombres, ganaba mucho dinero como bailarín. Es decir, que cierta clase de damas de edad proveya le pagaban honorarios de todo punto fuera de lo razonable porque se mordiera la lengua acerca de equívocas situaciones en que de algún modo las había comprometido. Dipper era astuto, y sus víctimas tontas; por consiguiente, durante mucho tiempo éstas hubieron de sufrirlo sin protestas; pero un día, una mujer, menos tonta que las demás, se arrepintió de sus errores al día siguiente de haber dado a Ferdinand un cheque por dos mil libras, y un detective le dio a su vez a Ferdinand un golpecito en el hombro, al poner los pies en la pasarela del *Maid of Thanet* en Dover. Regresarían juntos a Londres en el tren siguiente, pero el detective, que era humano, aceptó un cigarrillo de una bella mujer extranjera que entró en el departamento pidiendo un fósforo. Un mozo despertó al detective en *Victoria Station* y, una semana después, Ferdinand le obsequiaba desde Algeciras con una postal iluminada, en la que le enviaba saludos. Y a su debido tiempo llegó a la oficina principal a través de los tortuosos caminos por los que regularmente llegan semejantes informaciones. «Los Ángeles del Averno», decía la información.

No se comete jamás un crimen sin que cada uno de los miembros del mundo del hampa sepa exactamente quién lo cometió; pero la labor del Departamento de Investigación Criminal no resulta más sencilla por el hecho de que por seis fuentes de información diferentes se señale, con la misma seguridad a seis personas distintas. En el caso al que nos referimos, sin embargo, había cierta unanimidad; pero el D.I.C., que jamás había oído hablar de los «Ángeles del Averno», se encogió de hombros y se devanó los sesos pensando en cómo habría trabajado Ferdinand.

Tres semanas más tarde, George Gallón, un bandido motorista, mató a un policía en Regent Street, cuando, con motivo de una riña, franqueaba la entrada de reja, a las

tres de una tormentosa madrugada, y consiguió desaparecer. Pero la policía tenía informes fidedignos sobre Gallón, y tres hombres armados se dirigieron cautelosos a una casita en los pantanos de Yorkshire para prenderle mientras dormía. Al día siguiente, se recibió una carta en Scotland Yard firmada con el nombre de los «Ángeles del Averno», y los tres policías fueron encontrados allí y liberados de sus ligaduras. Pero no pudieron llevarse a Gallón. Los policías dijeron que la habitación en que le encontraron debía estar saturada de algún gas inodoro y narcótico; lo que hizo contraer los labios al comisario. Tampoco le hizo ninguna gracia la carta que tiempo después recibió de Gallón, en la que le daba las gracias desde una ignorada república sudamericana, y en la que le participaba que gozaba de buena salud.

Transcurrieron más de tres meses, en el curso de los cuales el nombre de los «Ángeles del Averno» se hacía más y más temible cada semana, y así sucedió que entre los extensos y más bien prosaicos y monótonos archivos que se forman en la Oficina de Informaciones de Scotland Yard, se reunió un legajo de características totalmente diferentes al de sus compañeros. Su cubierta aparecía rotulada en la forma habitual y común a las demás, con un sencillo nombre: el de Jill Trelawney. Sin embargo, en el interior se advertía una gran parte, aproximadamente unas trescientas páginas de letra manuscrita, bajo un subtítulo, que no era más que un nombre vulgar. Pero dicho subtítulo debió de haber provocado muchas búsquedas y pesquisas a los empleados de la oficina que lo escribieron, y muy probablemente le sucedía cosa por el estilo al encargado responsable de hacer las fichas del Registro cuando lo puso claro y limpio en una de las respetables tarjetas del fichero. Pues «Los Ángeles del Averno» era el tal subtítulo, que debió parecer a la Oficina de Informaciones más a propósito para incluirlo en una biblioteca de novelas de aventuras que para una colección de datos que se refiriesen exclusivamente a hechos escuetos.

Cómo Simon Templar había tomado cartas en el asunto, era otra cuestión... aunque en realidad, muy sencilla. Porque el Santo jamás pudo resistir una tentación semejante. Había leído las primeras hazañas de los «Ángeles del Averno» en los escasos periódicos que se molestaba en leer, y se interesó por el asunto. Luego se enteró de ulteriores osadías referentes a Jill Trelawney por el propio inspector general Teal, y su interés aumentó. Y llegó el día en que, valiéndose de una invitación a almorzar que le hiciera mister Teal, cuando el detective se encontraba lo bastante enternecido por el menú que el infalible instinto del Santo había elegido le dijo, como tratándose de algo que no valía la pena:

—Hombre, Claud Eustace, ¿no se acuerda usted de que una vez me invitaron a que ingresara en la «Sección Especial»?

Y el inspector general Teal se retiró de la boca su puro de ocho pulgadas y le miró con ojos entreabiertos... suspicazmente.

—Lo recuerdo —contestó.

—¿Y recuerda mi respuesta?

—No exactamente, pero...

—Yo rehusé.

Teal asintió con la cabeza.

—Desde entonces he recapacitado y creo que ésa ha sido una de las cosas de mejor buena voluntad y cariño que nunca ha hecho usted por mí —declaró.

El Santo sonrió.

—De modo que sujétese bien los pantalones y respire fuerte, vieja jirafa.

—¿Quiere probar?

Simon asintió.

—Desde hace poco —manifestó—, estoy sintiendo una atracción terrible por ese pequeño infierno vuestro de Embankment. Creo que realmente yo he nacido para policía. Como azote de impíos, sería diez veces más mortífero con un empleo oficial. Y en estos momentos hay un caso especial que sólo aguarda a un exorcista como yo para sacarle el diablo del cuerpo. Teal, ¿no le agradaría a usted darme el tratamiento de «Sir»?

—Me disgustaría —le contestó Teal.

Pero había otros en Scotland Yard que pensaban de forma distinta.

Ya hacía tiempo que se había convertido entre los dirigentes de aquella tenebrosa organización de asalariados mata-alegrías, cuya misión consiste en provocar la interrupción del tránsito, la supresión de las algaradas y esparcimientos amistosos y bulliciosos, y el desaliento en el noble deporte que empuja al profano en el crimen, de que algo tenía que decidirse con respecto al Santo. Pero en lo que hasta ahora no había habido completa unanimidad era en lo que tenía que hacerse exactamente.

Ocurría esto en los días, y vaya esto como simple noticia del petulante comentario, en que el inspector general Teal declaraba que daría diez años de sueldo por el privilegio de conducir al Santo, con delicadeza y por el brazo, al cuartel de policía más cercano, y cuando un cierto número de caballeros del hampa habrían dado diez años de su libertad por el placer de llevar al Santo a lo alto de un horno de fundición y precipitarlo plácidamente entre las parrillas. Pero, de algún modo, el Santo había podido continuar inmune su agradable vida, para irritación y terror del mundo del hampa y desesperación del inspector general Teal... filibustero en las contiendas de Saville Row, recreado, tranquilo, afable, con sus diabólicos ojos azules y su sonrisa de beatitud...

Pero, de pronto, al parecer, cesó en su trabajo; y en efecto, eso fue lo que sucedió. «Las agitaciones y los gritos concluyeron, los pecadores y los Santos desaparecieron», según declaraba hermosamente el propio Santo. Todas las aventuras tienen su fin. Pero Jill Trelawney...

—Jill Trelawney —observó soñador el Santo— es un nuevo atractivo. Le aseguro, Teal, que estaba a punto de tomarme las más largas vacaciones de mi vida. Pero ya que Jill Trelawney colea todavía y que la banda de ingeniosos gansos que usted dirige no ha podido hacer nada...

Y después de madurar considerablemente su propósito, se le permitió al Santo que expusiera casi lo mismo al comisario, pero esta entrevista fue mucho más breve.

—Puede usted probar —le respondió el jefe—. Hay allí algunas fotografías y su legajo. La incorporamos la semana pasada, cuando falló el golpe de los «Ángeles» con la añagaza de Harp.

—Y Jill probó que iba acorazada hasta el cuello con una coartada con la que hubiera podido hacer frente a un temporal en el Pacífico —observó pausadamente el Santo—, ¿verdad?

—Préndala —replicó con tono seco el jefe.

—Tres semanas —contestó con lentitud y laconismo el Santo; y salió de Scotland Yard canturreando una canción escrita por él:

I Am the guy Who killed Capone...^[3]

Cuando cruzaba por delante del asombrado portero, confirió, cantando en falsete, un soberbio tono a la última frase de la canción.

Todo lo cual ocurría exactamente treinta y seis horas antes de su primera entrevista con Jill Trelawney.

A las tres en punto de la tarde siguiente, el Santo descendía por Belgrave Street para acudir a la cita con Jill Trelawney. Simon Templar, el policía más sorprendentemente pulcro y elegante que transitara jamás por dicha calle, franqueó el portal número 97, subió por la escalera y penetró en el salón.

A la luz del día se mostró más moreno, caballeroso e insolente de lo que se había mostrado de noche, si es que eso era posible. Weald y la muchacha estaban allí.

—¡Buenas tardes! —exclamó el Santo.

Su voz subrayó el convencional saludo con una expresión burlona de infinita arrogancia. El Santo se divertía a su manera.

Comprendía que los calificativos groseros que mereciera la noche anterior y por la mañana no habrían permitido que aumentara en los presentes su estimación por él; lo cual no dejaba de hacerle gracia.

—Hermoso día —observó.

—No le esperábamos —dijo la joven.

—Craso error —contestó el Santo.

Arrojó el sombrero sobre una silla y se dio la vuelta para mirar la puerta que acababa de cerrarse a su espalda.

—No comparto con usted la elección de sus ayudantes —observó el Santo—. Supongo que ya sabe que Frederick Wells sustenta un récord bastante extravagante. ¿No teme que algún día desaparezca y se lleve su dinero?

—Wells es un servidor excelente.

—¡Bravo! ¿Y cómo está Pinky?

—Budd se halla fuera en este momento. Dentro de poco habrá regresado.

—¡Otra vez bravo!

Sus burlones ojos azules recorrieron a Stephen Weald de la cabeza a los pies.

—¿Y qué empleo desempeña en el establecimiento este sietemesino? ¿Pinche de cocina?

Weald se mordió los labios y no dijo palabra. En la barbilla lucía una cruz de esparadrapo cubriéndole una herida, que le recordaba que un hombre como Simon Templar podía indistintamente emplear tanto la violencia física como la agudeza mental. Y Stephen Weald se sentía prudente.

—Mister Weald es amigo mío —le contestó la muchacha—, y le estaré reconocida si no le insulta en mi casa.

—Por usted haré todo lo que quiera —replicó con afabilidad el Santo—. Le presento mis excusas.

Y logró hacer un segundo insulto de su apología.

La joven tuvo que reunir toda su fuerza de voluntad para contenerse y seguir aparentando serenidad. Por dentro volvía a experimentar toda la cólera que el Santo provocara la noche anterior en ella.

—¡No comprendo —exclamó con forzada naturalidad— cómo no le han asesinado aún, Simon Templar!

—Lo han intentado —contestó el Santo con dulzura—. De todos modos, nunca lo han logrado por completo. Pero aún es posible que ocurra.

Parecía que disfrutaba ante la idea. Era evidente que su antipática conducta no era sólo una treta de maneras poco afortunada. Era demasiado deliberadamente ofensiva. Simon Templar había hecho de la descortesía, en todas sus manifestaciones, un verdadero arte, y mostraba sus obras maestras con resuelto entusiasmo.

—¿Cómo están los «Ángeles» esta tarde? —preguntó.

—Pues ya ve —respondió Jill, agitando displicente la mano en una y otra dirección—, por aquí y por allá...

—Les felicito. ¿Puedo sentarme?

—Pienso que...

—Gracias. —Se sentó—. Pero no quisiera yo que por mí interrumpiera usted sus pensamientos.

La joven se agitó en su asiento... con un movimiento bastante más vivo del que se propusiera.

—Si la policía tiene que importunarme —dijo—, le hubiera agradecido la consideración de haber enviado a hacerlo a un caballero.

—Lo siento —le replicó Simon—. Nuestros caballeros están todos fuera, importunando a señoras. El jefe pensó que yo sería suficiente para usted. Pero esto es gasto inútil de saliva. Sin embargo, cuando regrese le expondré su queja.

—Si es que *regresa*.

—¡Ah!, esta misma tarde. Y no la volveré a importunar si me cambian de servicio. Mi especialidad son los criminales ya destetados. Esto de ir detrás de chiquillas inocentes como usted es malgastar mis aptitudes de detective excepcional. Además supone un gasto inútil de saliva.

Weald estalló desde el extremo opuesto de la estancia:

—¿Pero, Jill, hasta cuándo vas a perder el tiempo...?

—Lo que pasa le divierte —observó el Santo—. Cuando haya terminado de divertirse, nos dirá si he perdido mi tiempo. No he caído en una trampa al atravesar el vestíbulo, ni he sido electrocutado cuando me apoyé en el pasamanos de la escalera, ni ningún artefacto surgió de la pared para golpearme en la cabeza cuando puse el pie en el peldaño decimotercero de la escalera; como tampoco he sido proyectado por ningún resorte al subirla. ¿Dónde está vuestro ingenio?

—Santo...

—Cierto que su padre de usted era inglés. ¿Ha tomado usted el acento de él o del «sonoro»?

Se divertía el Santo con sus propias bromas, y Jill se vio obligada a reconocer la exasperante realidad de que Templar jugaba con ella cual si aquél duelo fuera para él un mero simulacro para su íntima y personal satisfacción. A la más ligera señal de agravio u ofensa que ella demostraba, él se apuntaba un tanto de forma tan clara y evidente como si lo anotara con tiza en una pizarra.

—A propósito —dijo Simon—, debe usted renunciar a seguir molestando a Essenden. Nos vino a ver el otro día y estaba de lo más intranquilo. No olvide que sus nervios no son tan fuertes como los míos. Si usted le asesinara, por ejemplo, no me atrevería yo a asegurarle que se manifestase después serio y verdaderamente preocupado.

—Queda aún por probar —replicó con serenidad la joven— si soy o no responsable de las impresiones que pueda tener Essenden.

—No creo que para ello transcurra mucho tiempo —respondió el Santo complacido—. Ustedes, los criminales *amateurs*, no destacan nunca por su ingenio.

Jill Trelawney extrajo de su bolso un diminuto espejito y una barrita de *rouge* dispuesta en tubillo de oro. Se dedicó, sin poner en ello gran interés, a pintarse los labios.

—Templar, me dio usted su palabra de honor de que hoy vendría solo.

—¡Pura fantasía! ¿Y usted lo creyó?

—Yo estaba preparada.

—¡Querida —exclamó el Santo—, me deja usted perplejo!

Se levantó, y, a grandes zancadas, llegó al balcón.

Desde allí, mirando a la calle a través de las cortinas, le hizo señas a la joven para que se aproximara.

—Venga, acérquese aquí.

Jill, después de una pausa de espera, acudió con aire de aburrida languidez, sin que, por ello, Templar diese la menor muestra de impaciencia.

—¡Mire allí!

Y señaló un punto con el índice.

—¿Ve y escucha al hombre que canta, acompañado del acordeón, *Capullo de Rosa*? No hace más que esperar que salga y le diga que ya puede marcharse. ¿Y ve el hombre de más allá, con el carretón de helados? Está vigilando. ¿Y el que vende periódicos, de este lado? Otro agente. Ha puesto usted el dedo en la misma llaga, de modo que he creído inútil rechazárselo. Hay diez más distribuidos en esta calle.

—Pues lo siento. Creí que hasta su palabra de honor tendría algún valor. Pero después de esto...

—La próxima vez será más prudente, ¿verdad? —En sus ojos se descubrían pequeños chispazos de irónica complacencia—. ¿Cuál era la broma que se me preparaba? ¿Pinky Buddy esperándome abajo en el vestíbulo con un coro de «Ángeles»? ¿O solamente que oprimiendo un botón se accionaría la trampa de la puerta, el pasamanos eléctrico o el artefacto mecánico del escalón decimotercero de la escalera?

Jill Trelawney, sin esforzarse lo más mínimo en disimularlo, enrojeció de cólera y de pronto se transformó en una bella tigresa.

—¡Usted se tiene por listo... Santo!

—¡Por descontado que sí! —exclamó Templar con modestia.

—¿Pero lo es...?

—Con frecuencia y brillantemente. Le di con el pie al felpudo antes de pisarlo y noté el borde de la trampa. Desconfío siempre de los pasamanos en escaleras interiores. Y el escalón decimotercero se hundió una pulgada con mi peso, por lo que me agaché. Pero no pasó nada. Una fortuna para usted que ese mecanismo no funcionara... en las actuales circunstancias. ¿No le parece?

Era sorprendente pensar que la joven, según las informaciones oficiales, sólo contara veintidós años. Simon Templar la trataba como a una chiquilla petulante, porque aquello le agradaba. Pero en aquel momento se daba perfecta cuenta de que su cólera crecía rápidamente sin la menor sombra de infantilidad, aunque semejante apreciación no le importara a nadie y Templar se la guardara para sí.

—Nadie le impedirá que vuelva usted con su gente, Templar.

—No creo que nadie pensara hacerlo.

Consultó su reloj.

—Me esperan dentro de cinco minutos. He venido exclusivamente porque no quería desairarla... y porque pensé que quizá tuviera usted algo interesante que decir.

—Yo no tengo nada más... que decir.

—¿Pero sí muchas cosas que hacer?

—Probablemente.

Una desconcertante sonrisa de burla descubrió sus labios.

—¡Si su padre —murmuró Templar—, si su padre pudiera oír esas dulces palabras pronunciadas por esos bellos labios!

—Haga el favor de dejar a mi padre fuera de este asunto.

—A usted le gustaría que lo dejara, ¿verdad? Pero eso no me hará desistir.

En la mirada de Jill se renovó la expresión de dureza que inexplicablemente tenía.

—Mi padre fue vilmente calumniado —dijo en voz baja la joven.

—Hubo una investigación con todo rigor. Un subcomisario de policía no se destituye por una insignificancia. Y, de todos modos, ¿excusa ello cualquiera de las cosas que usted hace?

—A mí me lo parece.

La voz de la muchacha adquirió un acento de pasión tan hondo, que por un instante hizo que hasta el propio Templar se volviera un oyente circunspecto. Jill nunca había esquivado su sarcástica e insistente mirada, pero ahora la sostenía más retadora que antes. Prosiguió con su voz queda y apasionada:

—La impresión le mató. Usted sabe que no pudo ser otra cosa que esto. Y él murió negando la acusación...

—Entonces, ¿usted cree que tiene derecho a vengarse del Departamento en nombre de su padre?

—Le condenaron por algo que él no había hecho. Y el fango me salpicó a mí igualmente, aun después de un año de su muerte. Por lo tanto, quiero darles algún motivo para que me condenen.

El Santo la miró.

—¿Y qué será entonces de aquel muchacho en los Estados Unidos? —la interrogó con gran tranquilidad, al tiempo que advertía la impresión causada.

—¿Cómo sabe usted que existe? —preguntó a su vez la joven.

El Santo se encogió de hombros.

—Es extraordinaria la cantidad de cosas que yo sé —le respondió—. Espero que algún día podamos hablar algo más sobre este tema... Jill. Algún día en que usted se haya olvidado de esta insensatez y que los «Ángeles del Averno» se dejen crecer los rabos.

Durante cierto espacio de tiempo, sostuvo la mirada de sus ojos, de aquellos grandes ojos dorados que él intuía, por propio instinto, hechos para la ternura, como lo demostraba la revelación de dulzura con que se traicionaran un momento antes. Luz de un segundo, que desapareció, para volver a la expresión de rudeza leonada de siempre. Jill sonrió libremente.

—Yo regresaré cuando todas las cuentas estén liquidadas —dijo la muchacha, lo cual probaba que el Santo había equivocado el papel que se proponía representar.

—Ha equivocado su vocación —le observó bondadoso—. Usted debió dedicarse a escribir novelas policíacas. «¡Venganza... y los Ángeles del Averno!» ¡Vaya un éxito!

Se retiró con su rapidez y suavidad de movimientos característicos y cogió el sombrero de encima de la silla.

Weald parecía a punto de decir algo, pero el repentino encuentro con la mirada del Santo le contuvo. Simon se dio de nuevo la vuelta para mirar a la muchacha.

—Me marchó —dijo—. Nos veremos otra vez. Muy pronto. He prometido entregarla a usted en tres semanas, y ya han transcurrido dos días y medio. ¡Pero cumpliré mi promesa, no se preocupe!

—No estoy preocupada, Templar. Y la próxima vez deme usted su palabra de honor de...

—Sospeche de todo lo que yo le diga —le aconsejó Simon—. Yo tengo momentos de extrema sagacidad, como tendrá ocasión de comprobar. Buenas tardes, preciosa.

Se marchó, dejando abierta la puerta, y la escalera. Advirtió la presencia de Pinky Budd en el vestíbulo, junto con seis hombres impasibles a su espalda, pero era preciso algo más para que a Simon Templar le temblaran las piernas.

La joven habló desde lo alto de la escalera:

—Mister Templar se marcha, Pinky. Le espera su gente en la calle.

—Lo cual —añadió el Santo— es una suerte para ti. ¿Verdad, Pinky?

Se dirigió directamente a la puerta, cuyo vigilante se apartó, sin decir nada, dejándole el paso libre. Sólo Budd permaneció sin moverse. Templar se detuvo delante de él.

—¿Me cierras el paso, Pinky?

Budd le miró fijamente con ojos relampagueantes. Ambos, tal cual se hallaban, parecían de una misma estatura, pero de haber erguido sus poderosos hombros, Budd le hubiera sobrepasado en dos pulgadas. Tenía sus enormes brazos pendientes a lo largo del cuerpo, y los puños cerrados.

—¡No! No te cierro el paso. Pero lo haré tan pronto nos encontremos de nuevo. ¿Comprendes?

—Claro que sí.

La mano del Santo se apoyó de plano en mitad del pecho de Budd y lo empujó haciendo que se tambaleara. Simon Templar traspuso la puerta.

A unos cuantos pasos, ya en la calle, se detuvo y le dio al hombre del acordeón media corona.

—¿Conoces una canción que se llama *A Farewell*? —le preguntó.

—Sí, señor —le respondió el músico callejero.

—Pues cántala —le dijo el Santo—, y sáltate la estrofa de en medio.

En cuanto oyó los primeros compases, continuó su camino hacia Buckingham Palace Road. Su marcha era observada por unos ojos encolerizados desde el balcón de la casa de Belgrave Street.

—Le has dejado que se escapara tranquilamente —lamentó Weald—. Ya lo temíamos...

—¡No sea usted imbécil! —le contestó Jill—. No ha venido a otra cosa que a ver si nos atrevíamos a hacer una tontería. De haberla cometido, se habría llevado una alegría. Y yo le dije que viniera sólo para poderle conocer un poco más, con vistas a futuras determinaciones. Es un... ¿Pero qué es lo que canta ese buey del acordeón?

Escucharon las palabras del nada melodioso cantante, que llegaban discordes a sus oídos. El trovador, animado por la magnífica propina que le dio el Santo, ponía toda el alma en su canción.

Niña mía, la más hermosa, nada tengo que ofrecerte; impotentes son los dioses para los cielos sondear; pero antes de yo ausentarme, un consejo quiero darte.

Para cada día...

—Yo vi cómo Templar hablaba al músico.

—¡Cállese, no sea tonto!

Sé buena, mi dulce reina, y ya que no puedo hacer más, empléate en nobles cosas y no en soñarlas siempre, tan sólo...

Sonó el teléfono.

—Vaya usted, Weald, a ver quién es. Pero no, déjeme a mí.

Jill le quitó el auricular de las manos. No hacía falta preguntar quién era el dueño de la sedosa y acariciadora voz que transmitía el aparato.

—¿Oiga?

—¿Sí, mister Templar?

—Le ruego no permita que los «Ángeles» molesten al inocente caballero con voz criminal. No me ha conocido nunca, ni creo que me conocerá jamás. Ya le advertí a usted que yo a veces tengo momentos de extremada astucia, ¿se acuerda?

Jill colgó el auricular y se quedó pensativa, indiferente a la lluvia de preguntas que le hacía Weald.

Abajo, el músico callejero, hombre inspirado, repetía el último verso con creciente fervor... quizá a guisa de consuelo, al haberle prohibido Templar cantar el de en medio.

Sé buena, mi dulce reina, y ya que no puedo hacer más...

La joven permaneció junto al balcón y en sus labios se dibujaba algo así como una sonrisa.

—¡Un humorista! —exclamó.

Luego desapareció la sonrisa de su boca.

—Templar se ha apuntado también el segundo asalto —dijo en voz baja—. ¡Pero ahora sí que hemos comenzado la lucha!

2

De cómo fue inquietado Simon Templar y nuevas bromas en Belgrave Street

I

De ser posible dibujar el plano horario de las actividades de los «Ángeles del Averno», se vería, por distintos motivos, que, durante las dieciocho horas siguientes a la visita de Simon Templar a Belgrave Street, el interés se había concentrado en la barriada de Upper Berkely Mews, donde el Santo había convertido un par de garajes, con sus habitaciones altas, en la fortaleza más ingeniosa de Londres.

Asimismo, al igual que otras concentraciones de los «Ángeles del Averno», parecía que ésta fuera sostenida a base de no poco trabajo y gastos sin inmediata perspectiva de rentabilidad.

Pudiera argüirse que el distrito de Mayfair resultaba un barrio un tanto extravagante para ser habitado por un policía; pero Simon Templar, a Dios gracias, no era un verdadero y autentico policía. En realidad se le debe considerar sólo como el más fantástico tipo de policía que perteneció nunca a Scotland Yard. Pero, indiscutiblemente, Templar trabajaba con Scotland Yard y podía exigir el saludo a hombres que, en tiempos pasados, se hubieran dejado cortar con gusto las orejas por arrestarlo. De modo que en otro almuerzo con Teal, pudo decirle a éste, con cierto sarcasmo: «Caen los más altos y las garras más afiladas se mellan», a lo que suspiró el detective, que se guardó para sí sus recelos. Porque el Santo, en su nuevo disfraz de ciudadano respetable, parecía demasiado bueno para ser tomado en serio... demasiado bueno... Teal participaba de la inquietante opinión de que ningún hombre malo que de pronto se enmiende puede llegar a tamaña santidad. Todo cuanto había visto en el Santo, todo cuanto conocía de él, hacía que el inspector general Teal se sintiera como un elefante domesticado que, ante virtud tan inexplicable, bailase al son de la gaita sobre un techo de cristal. Y a su manera de bovino descomunal, el inspector Teal vigilaba al Santo en sus trabajos de reforzar la Ley, constatando que empleaba métodos estrictamente legales, y se maravillaba...

Por su parte, al Santo no le preocupaban lo más mínimo las supercherías que pudieran crearse a su alrededor. Y de haber pensado alguna vez en semejante cosa, dado su alegre carácter, se habría mostrado satisfecho. De ahí que continuara su vida y la tarea que se impusiera, con un sublime desprecio por los sentimientos y opiniones del mundo entero, y pareciera que lo único que le apesadumbraba fuera la falta de la adecuada provisión de víctimas para su exagerado gusto por el sarcasmo. Empero, una cosa podía turbar su tranquilidad, y era que en las horas por él

destinadas a su descanso y esparcimiento, molestias intrusas, relacionadas con su trabajo, se presentaran. Por ejemplo, a la medianoche del siguiente día de su visita a Belgrave Street, cuando se hallaba tumbado en su cama entretenido en pulir los primeros versos de una canción que aludía a las omisiones cometidas en la *Honours List*, entró una bala por la ventana que tenía a su espalda, la cual hizo saltar un buen trazo del decorado del techo. Fue un detalle que, francamente, le disgustó.

Exhalando un suspiro, saltó del lecho y se puso su batín. Le fue suficiente considerar la dirección entre el orificio abierto en la ventana y el impacto en el yeso del techo, para ver que el tiro había sido bien dirigido. El Santo suspiró de nuevo. Quizá su apreciación no fuera correcta.

Más que las interrupciones en sus horas de descanso, había algo que aún le molestaba más, al parecer... y era que le tomaran por tonto.

Dio un vistazo en derredor y eligió una especie de bandeja vieja... trofeo de una guerra más temible que la presente. Luego apagó la luz. Volvió a la ventana, se hincó de rodillas en el suelo, de modo que quedara cubierto por el antepecho, y levantó el visillo inferior. Colocó enfrente y a un lado la bandeja, como si atibara asomándose por detrás del espaldar de una silla, posición en la que la sostenía con el pie, y esperó, con indulgente interés, el desarrollo de los acontecimientos.



La calle aparecía desierta; en la entrada de Berkeley Square no se distinguía un alma. De pronto pudo observar la sombra de un voluminoso automóvil en el *cul-de-sac* de la calle misma, y un segundo disparo hecho desde aquél dio certero en la bandeja, produciendo un ruido semejante al de un melancólico gong.

Ninguno de los tiros había sido acompañado de detonación. Simon Templar, por más que fuera de temperamento tan divertido, renunciaba ahora a semejante

disposición espiritual. Gastó sin regateo el cargador de su pistola y lo sustituyó con uno nuevo al tiempo que bajaba corriendo la escalera.

El sirviente le salió al paso en el mismo vestíbulo.

—Cuenta diez y abre la puerta de la calle, ¡pero échate al suelo en cuanto la abras! —le dijo secamente el Santo, y se deslizó en la sala sin explicarle cómo había de ejecutarse aquel «número» de contorsionismo.

El Santo se situó a un lado de la ventana, oculto tras las cortinas, cuando comenzó a abrirse la puerta.

No temía por el hombre que la abría, ya que Horacio presentaba tan poco blanco que no hubiera sido extraño que un miope lo tomase por una mula chilena. Y tampoco temía al diligente pajarraco que le estropeaba la noche. O el auto era un coche corriente, en cuyo caso el volátil sería cogido, si es que Simon Templar sabía algo del arte de cazar automóviles, o era un coche extraordinario, de los que suelen llevar coraza de níquel de media pulgada, en cuyo caso el pájaro no sería cobrado. Pero, de todos modos, si venían a picar...

—¡Nueva bromita! —murmuró el Santo agachando rápidamente la cabeza otra vez.

Para picotazos corrientes, siempre estaba preparado y pronto a sufrirlos en todo momento. No era precisamente que se burlara de los picotazos, pero reconocía que de muchos pajarracos del montón podía permitírsele. Sin embargo, había otra clase de estos volátiles ante los que Simon Templar acostumbraba a hacer un alto para aspirar una bocanada de aire y recitar luego el verso del himno que describía los abrigos contra los chaparrones tempestuosos; y, sin duda, era uno de los tales el que desencadenaba aquella granizada horizontal de plomo lo bastante cerca de su persona para que él la considerara como sensiblemente desagradable.

Hizo, pues, la aspiración, pero posponiendo la recitación poética; levantó de nuevo la cabeza, y al tiempo que efectuaba este movimiento, cesaba el fuego y el coche partía a gran velocidad y se perdía en la soledad de Berkeley Square.

El Santo fue a situarse en el recodo de la calle, para tratar desde allí de perforar de un balazo uno de los fugitivos neumáticos, cuando el coche doblara la esquina para tomar por Mount Street; pero en aquel instante se vio arrestado por un policía.

—¡No sea usted más tonto de lo que parece! —le gruñó, y el policía, reconociéndole, le soltó mascullando excusas.

—Era un coche, señor...

—Me deja usted turulato —le contestó el Santo, fingiendo pavor—, yo creía que se trataba de un tronco de camellos de carrera. Apunte en su libreta el número.

Obedeció el guardia, y Templar, con un encogimiento de hombros, le volvió la espalda y regresó de nuevo a su casa por entre una muchedumbre que le miraba con la boca abierta.

Encontró a Horacio restañándose con el pañuelo, manchado de sangre, un picotazo que le había dado en una oreja el pájaro que había volado.

—¿Herido?

—¡No señor...! Una astillita de madera... Tiraban bajo.

—Hace más daño en la barriga —declaró enigmático el Santo, y subió la escalera.

La persecución del coche desde el cual habían disparado la ametralladora no era asunto de Simon Templar. Esta podía llevarse a cabo tan eficazmente por la policía regular... o casi tan eficazmente; porque de seguro que cambiarían la placa del número. Pero el suceso hizo pensar al Santo.

Cuando, más tarde, el subcomisario le fue a ver para que le relatara lo ocurrido, el Santo no mostraba la menor perturbación.

—Claro que la idea ha sido de Budd. La ha visto practicar en Chicago. Pero las ametralladoras en las calles de Londres no son una novedad para mí... Se han empleado en otras ocasiones. No hay, pues, culpable originalidad en esta juegucita. Es lo malo.

—Parece que le dan a usted importancia.

—Efectivamente, muestran sin duda cierta preferencia personal hacia mí —convino el Santo, candoroso—. Yo esperaba una demostración... Ayer estuve hablando otra vez con Jill Trelawney. ¿Un cigarrillo?

—Gracias.

El subcomisario era un hombre de color moreno y de cara dura que había hecho su carrera desde guardia raso y que tenía toda la taciturna brusquedad característica de los hombres cuya subida no se debe a otra cosa que a un implacable arribismo.

—¿Qué tal le zurró la badana?

—No me la zurró —respondió el Santo aviesamente—. Pero creo que lo habría hecho de no ser por la despreciable astucia que me valió mi escapada. Es una chiquilla muy agradable.

—Encantadora —convino el comisario con ironía—. ¡Tan amable! ¡Con procedimientos tan suaves!

—¿No ha hablado nunca con ella?

—No. Conocí a su padre, por supuesto.

Simon sonrió.

—A mí jamás me hizo ninguna insinuación de amistad —murmuró—. Claro que en aquel tiempo existían algunos prejuicios en contra mía. Cuénteme la historia otra vez... pero *por dentro*.

Cullis accedió.

—*Por dentro* lo que hay es que Trelawney siempre juró que le habían calumniado —declaró el subcomisario—. Pero, de todas maneras, no hay ningún misterio, porque él repitió exactamente el mismo cuento en el proceso. Después de todo, era la única defensa que le quedaba: había sido sorprendido con las manos tan en la masa, que nadie podía pensar en otra explicación, fuera de la de considerarle culpable.

—¿Y la historia?

—Desaparecían planes policíacos; las batidas fallaban con aplastante regularidad... Algo tenía que hacerse. El comisario general quiso probar conmigo y con otro inspector, pues éramos los más antiguos en el servicio, y dispuso que diéramos una batida por sorpresa la noche de un jueves. Dicho jueves por la mañana hizo correr la voz en Scotland Yard de que la batida tendría efecto el sábado. Nosotros la dimos el jueves, sin ruido ni aparato, y le echamos el guante a una banda que se nos había escapado dos veces; todo el personal se marchó a sus casas. Incluso los hombres que dieron la batida. Oficialmente, se suponía que el personal quedaba libre de servicio. Por consiguiente, no quedó nadie en Scotland Yard, excepto el comisario general, que sabía que ya se había dado la batida. Pusimos un hombre para que atendiera el teléfono y otro que vigilara el buzón de la correspondencia. El primer correo del viernes por la mañana trajo una carta. Sólo una palabra escrita a máquina: *Sábado*. Estaba escrita en papel oficial, con el membrete recortado, pero los peritos, al examinarla con el microscopio, comprobaron que había sido escrita con la máquina del despacho de Trelawney.

—Que alguien hubiera podido usar.

—El matasellos era de Windsor. Trelawney había ido a Windsor el jueves por la tarde, para asistir a una junta.

—Endeble —observó el Santo—. Un cómplice pudo ponerla en el correo.

Cullis convino:

—Ya sé yo que no tenía valor en sí. Pero era una pista. Nadie vio la carta, salvo el comisario general y yo. Vigilamos a Trelawney personalmente. Por entonces andábamos detrás de Waldstein. Era un sujeto que siempre se escurría, y en aquel entonces nos constaba que, por medio de la Agencia Pan Europa de Conciertos, una de sus empresas más lucrativas, engañaba a una muchacha por semana, más o menos. Pero era listo y jamás daba la cara ni dejaba rastro escrito de su actuación. Entonces, se me ocurrió una idea. Sugerí al jefe que fuera a Trelawney con el cuento de que uno de los hombres de Waldstein había hecho delaciones. El jefe comprendió enseguida y convino en ello. Le contó el cuento a Trelawney, sin darle mucha importancia, como uno entre los muchos referentes a los trabajos que le interesaban. Waldstein se hallaba en París y el jefe manifestó que la Sûreté había tomado sus medidas para interceptar las cartas, telegramas y comunicación telefónica con Waldstein, a fin de que nadie pudiera avisarle, y que uno de los nuestros marcharía al día siguiente a prenderle. Pero por la mañana temprano, Trelawney, muy diligente, alquilaba un avión particular y partía para París.

—¡No es posible!

—Pues fue así. El jefe y yo, que sólo esperábamos aquello, le dimos caza en un avión más rápido y seguimos sus pasos desde Le Bourget al hotel de Waldstein. Entonces, cuando le oímos que pedía en el *bureau* por Waldstein, el jefe le puso la mano en el hombro...

—¿Y qué pasó?

—Tenía ya preparada su novela. ¡Diablos, jamás he visto sujeto de más temple! Apenas sí cambió de color cuando advirtió la presencia del jefe en mi compañía y desde aquel instante jamás mostró la menor vacilación. Entramos en una habitación donde el jefe le dijo que había terminado la partida.

»—¿Qué partida? —preguntó Trelawney.

»—¿Qué ha venido a hacer aquí? —le preguntó a su vez el jefe.

»—Lo que usted me dijo que hiciera —le respondió Trelawney.

»—Yo nunca le he dicho que viniera a París —le replicó el jefe.

»El jefe dice que Trelawney se puso en aquel instante un poquito pálido, pero yo no lo noté. De todos modos, la novela de Trelawney era la de que el jefe le había llamado por teléfono aquella mañana a primera hora diciéndole que fuera personalmente a prender a Waldstein, ya que habían surgido algunas dificultades con la policía francesa y era probable que Waldstein se escapara en tanto se resolvían las dificultades. Le preguntamos por qué no había ido primero al Quai d'Orsay a presentar su documentación y nos contestó que el jefe le había dicho que prendiera antes a Waldstein y que luego discutiera con la Sûreté.

Cullis se encogió de hombros, y añadió:

—Después de esto, ya no había más que hacer...

—Eso creo —observó el Santo—. Si Trelawney era culpable, ¿por qué había de contar semejante novela al propio hombre que por fuerza tenía que saber que era falsa?

—Talento, sencillamente —observó el subcomisario—. Había pensado en la posibilidad de que le sorprendieran y preparó rápidamente su defensa... una celada. Era lo mejor que podía decir. Preparaba el terreno para cuando nosotros abriéramos su caja de hierro y encontráramos, entre otros, billetes de Banco procedentes, según se comprobaría, de Waldstein.

—¿Cómo explicó la procedencia de dichos billetes?

—No la pudo explicar.

—¿Y qué ocurrió después?

—El jefe dispuso que no se diera un escándalo público. Por una razón: hubiera sido difícil obtener una prueba de convicción sobre dicho punto, aun ante aquella evidencia, porque nosotros no habíamos podido comprobar la criminalidad de Waldstein. Este, ante los ojos del mundo ignorante, era un ciudadano perfectamente respetable, como lo sigue siendo hasta la fecha. De modo que no existía razón legal alguna para que le hubiese dado dinero a Trelawney como soborno. Más aún, se le pidió a Trelawney que renunciara a su cargo, y éste murió un mes después. No me agrada hablar de esta parte del drama... me desagrada pensar que, indirectamente, fuera yo el responsable, aunque se trate de un felón.

Templar le acercó el cenicero.

—Y no obstante —observó—, todo ello más parece una casualidad. ¿Por qué dar como seguro el anzuelo de Waldstein? ¿Y por qué creer que Trelawney se lo había de

tragar tan fácilmente?

Cullis se encogió de nuevo de hombros.

—Waldstein era una clase de hombre a quien podía considerarse como anzuelo seguro. Nosotros corrimos el albur. Si hubiese fallado, habríamos tenido que pensar en alguna otra cosa. Pero si era bueno el anzuelo de Waldstein, Trelawney tenía que morderlo. El hombre que admite un soborno no puede descubrir a sus clientes; si lo hace, los clientes pueden delatarlo. Encontrándose Waldstein en París, ponía a Trelawney en un verdadero aprieto, cuyas contingencias tenía que correr. Por otra parte, Trelawney ignoraba la importancia de estas circunstancias. En general, sabe usted, podía esperarse que se decidiera a correrlas, pues Trelawney ignoraba que ya en aquel momento había en su contra cierta clase de evidencia: no sabía que había sido espiado y no podía presumir que hubiese sospechas bastantes que determinaran el que se abriera su caja de hierro.

—¿Tenía Trelawney especiales enemigos?

—No más de los que tienen la mayoría de policías que se destacan por su actuación brillante.

—¿No recuerda usted haberle oído mencionar algún nombre?

Cullis se retorció su mostacho cano.

—¡Pues, la verdad, no recuerdo!

—¿A nadie, por ejemplo, que se llamase... Essenden?

Fue un disparo en el aire, que hizo aparecer dos arrugas en la frente del subcomisario.

—¿Y qué le hace a usted pensar así? —le preguntó.

—No, yo no pienso —le repuso el Santo—. Sencillamente es una estricta apreciación. Porque Jill, la primera vez que yo le salí al encuentro, se dirigía a la casa de Essenden, y era la primera vez que se veía a los «Ángeles» *expuestos* a ser cogidos. ¿Me comprende usted?

—Pero allí fueron para cubrir a Dyson. ¿No es lógico que pensaran que fuese más fácil impedir que lo prendieran a liberarlo después de preso?

Simon asintió con la cabeza.

—Lo comprendo. —Sin embargo, continuó pensando despreocupada y razonablemente.

Y así, en comunión con su pensar despreocupado y razonable, siguió durante un rato después de haberse marchado el subcomisario... y se metió entre sábanas con su pensamiento más despreocupado y razonador que antes si eso era posible.

Quizá sir Francis Trelawney fue calumniado. Quizá no lo fue. Si lo fue, lo habían hecho brillantemente. Si no había sido calumniado... Bueno, era lo más natural que una muchacha como Jill Trelawney, según la opinión que él tenía de ella, se negase a creerlo. Y en uno u otro caso, si el problema se miraba desde el punto de vista del ciudadano observador de la Ley y del policía incipiente que vela por ella, los

descargos y culpas del caso Trelawney habían de merecerle el mismo celo e interés que las disculpas y cargos de Jill.

Durante los últimos cinco meses, una docena de prisioneros peligrosos habían sido librados de las propias garras de la Ley, a pesar de la fama tradicional de temibles que gozasen tales garras; y el modo de librarlos, en cada caso, denunciaba un conocimiento tan completo de los métodos policíacos y sus rutinas, que a veces parecía que sólo una radical reorganización en el Departamento de Investigación Criminal fuera la única alternativa posible para tratar de corregir su evidente ineficacia. Y ello, como siempre ocurre en tales casos, acontecía justamente cuando una ola de impopularidad policíaca y de crítica histérica de los periódicos volvía más gruñones y viejos a los comisarios y agentes. Indudablemente, aquello no podía continuar. Y el Santo, con absoluta tranquilidad y hasta con cierto contento, también comprendía que en vista de cómo se había iniciado él como ciudadano respetuoso de la Ley, o los «Ángeles del Averno» o Simon Templar habían llegado a un final súbito e inevitable.

A la mañana siguiente, dándose perfecta cuenta de esta realidad manifiesta, el Santo tomó el café de su desayuno solo y envió la botella de leche a un químico que vivía enfrente de su casa. Por la tarde tenía el informe.

—Por lo menos —le dijo a Cullis—, colecciono pruebas de una hipótesis contra los «Ángeles».

—Como que antes no existía nada contra ellos —convino zumbón el subcomisario.

Simon movió la cabeza.

—No había nada. Asaltos contra la policía, obstáculos puestos a ésta... yo le digo a usted que, a pesar de todo, no les hubieran podido inculpar sino por delitos menores. Pero por intento de envenenamiento...

—Aunque se trate siquiera de envenenamiento consumado —exclamó Cullis, riendo.

II

Slinky Dyson había «cantado». Simon Templar tuvo que admitir que él debía a tal cantata el haber podido pisarle los rabos tan pronto a los «Ángeles del Averno». Slinky había sido preso una noche por sospechársele vagabundo, y cuando le registraron le encontraron una abultada cartera de cuero conteniendo útiles para el robo, con todas las agravantes de la Ley. Dio la casualidad de que Simon se hallaba en aquel momento en el cuartel de policía de Marlborough Street y presencié el descubrimiento.

—Esperaba a un amigo —declaró Slinky—. Yo era inocente.

—En alguna época de tu existencia, quizá lo fuiste —repuso el inspector con expresión de ingenuidad—. Pero ya hace años que lo dejaste de ser.

Poco rato después de haber sido encerrado en el calabozo, Slinky pidió hablar de nuevo con el inspector, y éste consideró que la delación prometía lo bastante para que Teal acudiera a oírla. Y entonces, Teal mandó al Santo.

—Yo le dije que esperaba a un amigo —repitió Slinky—, y eso no es cierto. Pero si no me hubiesen detenido, mañana habría ido a dar un vistazo por el baile de lord Essenden. Los «Ángeles» me habrían dado una propina. Encontrarán la carta en mi cuarto... la metí dentro de la Biblia, que está en el estante encima de la cama. Me decían que yo podría apoderarme de lo que quisiera y como quisiera, y que ellos se cuidarían de facilitarme una huida segura. Usted no me ha dicho por qué estoy aquí, pero yo lo sé. Ha sido una denuncia. No sé por qué han de querer que me encierren, pero ha sido una denuncia... Y yo le estaría a usted muy agradecido si quisiera decirme quién es el delator.

—No lo sé —le respondió el Santo con gran convencimiento—. Quizá haya hablado usted mientras dormía.

Encontraron la carta conforme lo dicho por Slinky, una carta breve y precisa.

El Santo, valiéndose de ella, acudió al baile de lord Essenden sin que éste lo supiera, y así fue como se encontró con Jill Trelawney, Stephen Weald y Pinky Budd, además de todo lo que ya sabemos.

Después de las bromas del fusil-ametralladora y de la botella de leche, el Santo volvió a entrevistarse con Slinky Dyson; no le fue posible dar al asombrado Slinky ninguna información satisfactoria.

—No ha habido denuncia —le dijo—. Es sólo un servicio de la policía. No ha sido más que su mala suerte, amigo Slinky.

Dyson se rascó la cabeza.

—Le creo, mister Templar. Ha sido sólo mi mala suerte. ¿Pero tendrá usted presente mi soplo, señor?

—Usted ha sido condenado a una semana de cárcel, ¿no es así?

—Sí, mister Templar.

—Si yo te doy la libertad, ¿trabajarías?

—¿Qué clase de trabajo? —interrogó sobresaltado Slinky.

—¡Oh!, no se trata de trabajar —le contestó el Santo para tranquilizarle—. Yo no habría soñado en pedirte que trabajases.

Slinky respiró.

—Pues le escucho, mister Templar.

—¿Cuánto quieres por un cardenal en un ojo?

Slinky le miró de hito en hito.

—Perdóneme, mister Templar.

—Ya me has oído.



El hombre alzó los ojos, nervioso, y disimuló una sonrisilla.

—¿Cu... ánto?

—No te he pedido que imites a una gallina tísica empollando un huevo malo —le contestó el Santo, paciente—. Te he preguntado cuánto querías por un cardenal en un ojo.

—¿Quiere usted hacerme un cardenal en un ojo, mister Templar?

—Justamente.

—¿Para qué?

—Para darte cinco libras.

—... Quiero decir que con qué fin, además de las cinco libras.

—¿Te las podrías arreglar para ponerte en contacto con los «Ángeles»?

Slinky movió la cabeza.

—No me interesa saberlo —prosiguió el Santo—, pero creo que te oirían, si tú te les acercaras y les contaras una serie de historias acerca de cómo te he tratado yo... sin hacer mención de las cinco libras. Ir y decirles cómo te apaleé y traté de «hacerte cantar» lo que supieses de los «Ángeles», y que tú algún día darías buena cuenta de mí. Los «Ángeles» no sienten simpatía por mí y se alegrarían de encontrar un hombre que me odiara tanto como tú, si te encargaras de exagerar tu rencor. Si tenemos suerte, te verías admitido en la banda más pronto de lo que sospechamos. Y entonces me tendrías al corriente por escrito...

—¿Lo que pretende usted es que yo sea un soplón?

—Esa es la idea.

Dyson suspiró.

—Yo no he sido jamás un soplón —afirmó con solemnidad—. No, mister Templar, eso es imposible.

—Serás bien pagado —objetó el Santo deliberadamente—. Veinte libras por cada información auténtica que me des respecto a lo que vayan a hacer los «Ángeles» y cómo se propongan hacerlo.

Slinky cerró los ojos con expresión beatífica.

—Mi conciencia —le contestó— no me permitiría hacer cosa semejante, mister Templar.

—Ten presente —le recordó persuasivo el Santo— que yo podría mandarte a seis meses de trabajos forzados enseguida.

Dyson cerró y abrió varias veces los ojos.

—Si no fuera por mis principios —manifestó pesaroso—, me resultaría muy grato complacerle, mister Templar.

Pero cuando comprendió que el Santo no tenía intención de elevar el precio por el cardenal del ojo, salvo en lo de diez libras en vez de cinco, se las compuso de modo de vencer sus escrúpulos de conciencia, y aceptó. Simon lo dispuso todo para que compareciera a la mañana siguiente ante el juez, que había de ponerlo en libertad, y regresó en un taxi a Scotland Yard. Pero en el camino le asaltó una idea.

«Lo de la ametralladora —reflexionó— se debe exclusiva y espontáneamente a Pinky. A Weald, la iniciativa del ácido prúsico y la leche. Falta aún la contribución de Jill... y sería un golpe de verdadera astucia el sorprenderla a mitad de camino».

Debidamente meditada, esta idea le sedujo, y dio nuevas órdenes al chófer.

La puerta de la casa de Belgrave Street tardó bastante en abrirse. Quizá por esto se mostró demasiado impaciente en cerrarse de nuevo tan pronto como Frederick Wells reconoció al visitante.

Pero Simon Templar era más astuto de lo normal para colarse dentro de donde no le quisieran.

—Falló por esta vez, Freddie —observó, ya dentro, zumbón y como pesaroso, cerrando él mismo la puerta.

El camarero se sonrojó.

—Miss Trelawney ha salido —le dijo.

—Mientes, Ferdinand —le contestó sonriendo el Santo, y subió escaleras arriba.

En realidad, no tenía idea de que el camarero mintiera o no, pero le obsequió con la distinción de dudar de su palabra. Y aconteció que este generoso impulso fuera justificado, pues Jill abría la puerta del vestíbulo en el momento mismo en que él ponía la mano en el picaporte.

—¡Hola! —exclamó amable el Santo.

Sus ojos brillaban con expresión de secreta alegría, algo ofensiva, y pudo sorprender en los de Jill el relámpago de la respuesta correspondiente, antes de que los velase una inescrutabilidad glacial.

—Delicioso día, Jill —observó muy afablemente el Santo.

La joven se apoyó indolente contra una de las jambas de la puerta.

—¡Sólo... esto... faltaba! ¿Se ha escapado usted otra vez de los encargados de su custodia?

—Eso parece —le respondió el Santo, apologetico—. En efecto, me quedaré a tomar el té, por lo que le expreso mis gracias. Llame a la cocina y diga que no mezclen arsénico con el azúcar, porque yo no tomo azúcar. Y que tampoco le pongan estricnina a la leche, porque no tomo leche. Sencillamente, que en la tetera echen sólo los ingredientes.

Con gran tranquilidad, pasó adentro y se sentó en la más cómoda de las butacas. Como reparando en un descuido, después se quitó el sombrero.

La joven le siguió.

—¿También tiene a su gente fuera?

—Pues no le sabría contestar —manifestó el Santo—. ¿Por qué no sale y lo averigua? Usted no sabe dónde está ahora, en este instante, ¿me equivoco? En cierta ocasión le dije que no tenía gente, y no la tenía. Otra vez le declaré que la tenía, y tampoco la tenía. Suponga que ahora le diga que no la tengo, y seguramente creerá que la tengo, ¿verdad?

Jill se encogió de hombros y tomó un cigarrillo de una cajita de plata. Luego la ofreció al Santo.

—¿Quiere uno?

—No, aunque sea de usted, preciosa...

—¿Le entendí que...?

—No... no me parece que lo dijera —contestó muy serio el Santo—. ¿Lo cree usted?

Jill, con el cigarrillo en los labios, se le quedó mirando.

—¿Viene esta vez en serio? —le preguntó—. ¿O es otra etapa de la persecución oficial?

—En parte en serio y en parte por complacencia —respondió el Santo, acomodaticio—. Vengo a hacerle a usted un buen servicio, Jill.

—¿Es posible?

—Sí, lo es. ¿Eh? Sí. ¿Lo oye? En efecto, así es... Yo quiero avisarla. Un hombre moreno se atravesará en su camino. Cuídese de él. Se llama Slinky Dyson.

El nombre apenas la hizo pestañear ligeramente.

—¿Qué pasa con él?

—Es un soplón de la policía —declaró con solemnidad el Santo—. A mí me ha sido posible comprobarlo. A cambio de dinero, va a componérselas para entrar en su banda y luego informarme a mí de todo lo que pueda averiguar.

Jill advertía en los ojos del Santo, cuyo rostro se mostraba ahora inexpresivo, al diablillo que se complace en su travesura.

—¿Se trata de otro de sus graciosos cuentos?

—Desde luego —suspiró el Santo—. Es uno de los mejores de mi repertorio. Verá usted, Jill; yo me temo que usted tenga un infierno de prejuicios respecto a mí.

¿Cierto o no? Primero, el cuento de mi gente; después, éste. Ahora bien, ¿cree usted que yo le estoy diciendo la verdad con la esperanza de que crea que la engaño para que caiga en la trampa, o cree usted que estoy inventando esta historia para restarle un hombre que no quiero que admita en su banda? No puedo evitar el pensar que alguna de las anteriores preguntas le amargue bastante la vida durante unos cuantos días.

Jill golpeó delicadamente su cigarrillo contra el borde del cenicero.

—¿Es para decirme todo eso por lo que ha venido? —le interrogó impaciente.

—No precisamente —replicó el Santo, con su característico tono de burla, que hubiera crispado los nervios a cualquier otra persona con menos dominio de sí misma que Jill—. Sólo quiero hacerle una pregunta... acerca de su padre.

La joven le miró a la cara.

—¿Acaso ya no le he dicho —le contestó amenazadora— que dejara a mi padre fuera de esto?

—Ya lo sé —replicó el Santo—. Y le he dicho a usted que yo meteré en este asunto a quien me convenga. De modo que usted y yo sabemos dónde estamos. Y ahora escúcheme usted esto. Yo he estado haciendo algunas investigaciones sobre el caso de su padre, y me he tropezado con un nombre que me interesa. Podría tener alguna significación para usted. El nombre es el siguiente: Waldstein.

Jill le miró fijamente.

—¿Y qué?

Saltaron de sus labios los dos monosílabos como escamillas de metal candente.

—¿No tiene usted inconveniente en decirme que no estoy equivocado?

La joven bajó despacio la cabeza con expresión de asentimiento.

—¡No está usted equivocado... Templar!

El rostro del Santo se iluminó.

—Esta es una de las cosas mejor pensadas que he oído de sus labios —observó—. Ciertamente, de haber concentrado usted su atención en Waldstein, le habría sido de mucha más utilidad a sí misma, y a todos los demás, que lo que está haciendo ahora. Si su padre fue calumniado, Waldstein sabe todo lo que tiene que ver con ello. Se lo advierto. Pero no entiendo lo que espera conseguir convirtiéndose en una verdadera pesadilla para toda la policía.

Jill le señaló los periódicos encima de la mesa.

—Supongo que habrá leído los diarios.

—Los he leído. Todos hablan de la ineficacia de la policía. Claro que no todo el mundo sabe que se me ha encargado a mí el asunto... Pero ¿acaso esas habladurías le ofrecen a usted la satisfacción que busca?

—Me proporciona alguna.

—También a nosotros nos divierten —declaró Simon—. Los jefes de la C.I.D. se reúnen dos veces al día para reírse a carcajadas por lo que les dicen... Y creo que

basta por hoy. Pronto la volveré a ver. Si usted quiere, le enviaré dos líneas para anunciarle mi visita, y así podrá prepararse para estar fuera.

—Quizá —le replicó Jill con suavidad— no se encuentre usted en condiciones de repetir la visita. De manera que probablemente se ahorrará el sello del correo.

—Muy agradecido —le replicó con gran sencillez el Santo—. Aunque yo no le habría puesto sello a la carta.

Se puso en pie y cogió su sombrero, que cepilló cuidadosamente con las mangas de la americana. Jill no hizo ningún movimiento para detenerlo.

En el umbral de la puerta, se volvió para disparar su acostumbrada puya de despedida.

—Tan sólo a guisa de información —inquirió—, ¿ocurrirá algo esta vez al abandonar la casa?

—No —le respondió Jill en tono perfectamente tranquilo—. Esta vez, no.

El Santo sonrió.

—Supongo que me prepara algo más. Espero que no insista en lo de la ametralladora. Y sobre todo en lo de la leche envenenada. No quiero que se desacredite por «repetirse» demasiado.

—No se preocupe, permanecerá usted por mucho tiempo en el olvido —observó Jill.

—Celebro oírlo —le replicó el Santo, con exagerada expresión de interés—. Bueno, hasta la vista, simpática.

Descendió la escalera tarareando una canción.

Nadie intentó cerrarle el paso. El pasillo estaba desierto.

Abrió por sí mismo la puerta y echó a andar por Belgrave Street abajo.

Como la entrevista no le había dado el fruto que esperaba, pensó que, desde los primeros momentos, la muchacha había recobrado casi el equilibrio y dominio de sí misma, cosa que en anteriores visitas le fue fácil hacérselos perder con su estudiada desfachatez e insolencia. En la presente ocasión, Jill no había dejado sorprenderse en nada importante... salvo en su interés por Waldstein. Y ese interés era quizá lo único que Simon Templar compartía cordialmente con ella.

3

De cómo Simon Templar comete un ligero error y Pinky Budd uno importante

I

Dos días después, Simon Templar entró sin llamar la atención en una taberna de Aldgate. No fue notada su presencia porque había sometido su rostro y apariencia a algunas sutiles alteraciones. Empero, un hombre le reconoció, y ambos se dirigieron hacia un rincón apartado del establecimiento.

—¿Se han puesto de nuevo en contacto contigo? —fue la inmediata pregunta del Santo.

Mister Dyson asintió.

Tenía aún el ojo derecho desfigurado por la hinchazón amoratada de la equimosis. Repensándose luego, Dyson consideraba que diez libras resultaban una insuficiente compensación por el golpe, pero era ya demasiado tarde para volver sobre este punto.

—Me mandaron a buscar ayer —dijo—. Acudí enseguida y me recibieron muy bien.

—¿Bebieron a tu salud? —le interrogó interesado el Santo.

—Me admitieron definitivamente.

—¿Y las noticias?

—Ya las oiré...

Simon escuchó una larga relación que nada de valor le reveló, y se marchó con una libra de menos en los bolsillos. Era la cantidad máxima que podía dar a mister Dyson por aquella su primera información, sin que hiciera mella alguna en su ánimo la opinión e insistencia en sentido contrario del chivato.

Regresó a Scotland Yard para conocer algunas nuevas realmente exactas.

—Sus «Ángeles» han vuelto a actuar mientras usted no les vigilaba —le participó Cullis, tan pronto como acudió Simon a su despacho—. Anoche le dieron una paliza a Essenden.

—¿Muy fuerte?

—No mucho. Los sirvientes estaban aún levantados y Essenden pudo lanzar unos alaridos que les hizo acudir a todos en masa en su auxilio. El hombre se escapó. Parece que Essenden lo encontró en su dormitorio cuando se retiraba a acostarse a eso de las once. Trató de forcejear con el individuo, pero le tocó la peor parte en la lucha. El ladrón llevaba un antifaz.

—¿Y quién hizo la faena?

—Probablemente su amigo Slinky. Yo, de todos modos, he dado orden de que lo prendan.

—Pues dé contraorden —dijo el Santo—. Slinky no se ha puesto jamás un antifaz. Por otra parte, sucede que yo he sabido que no fue él.

—Supongo que él mismo se lo habrá dicho.

—No, él no me lo ha dicho... y por eso lo creo. ¿Ha recibido usted ya la relación de las fichas correspondientes a las líneas generales del suceso?

—He facilitado los pormenores. La relación ha de llegar de un momento a otro.

En efecto, pocos minutos después trajeron la relación. El Santo recorrió la lista de nombres de los posibles autores del crimen, y eligió uno sin titubear demasiado.

—Harry Donnell es el hombre.

—¿En Essenden? —interrumpió, incrédulo, Cullis—. Harry Donnell trabaja en las Midlands. Además, su banda no se dedica a robos vulgares.

—¿Quién ha dicho que se trata de un robo vulgar? —preguntó el Santo—. Yo le digo a usted que, de los de esa lista, Harry Donnell es el hombre que más se complacería en hacer un trabajo tan fácil y de tan baja estofa. Yo podría informar a su Oficina de Informaciones de unas cuantas cosas que ignora respecto a Harry... Parece que usted olvida que yo acostumbraba estar al tanto de todo cuanto se relacionara con los tipos que se dedican a estos negocios. Voy a prenderlo. Pero antes se lo diré a Jill Trelawney. Ahora mismo voy a ir a verla y a decírselo lisa y llanamente. Es probable que ella trate esta vez de retenerme secuestrado por algún tiempo. Pero eso es un detalle de poca importancia. Habiendo fracasado en lo del secuestro, tratará de telefonar a Donnell para prevenirle (creo que Harry regresará a Birmingham esta mañana). Usted tomará las medidas necesarias para que la Central de Teléfonos diga a Jill que la línea de Birmingham no funciona. Entonces, si es que en algo conozco a Jill Trelawney, ella en persona marchará para tratar de vencerme en Birmingham mismo. Tiene que defender su reputación de salvadora, especialmente cuando se trata de que al hombre que ha de ser salvado se le busca y persigue por actos ordenados por ella...

Bosquejó su plan más detalladamente.

Se trataba de un plan que se le ocurría en aquel mismo momento, pero que, cuanto más lo consideraba, mejor le parecía. No había ninguna evidencia contra Jill en las acusaciones que obraban contra ella, y para el Santo hubiera sido un insoportable latazo dedicar su tiempo a remover escombros con la esperanza de construir un edificio nuevo valiéndose de materiales inservibles. Además —y esto era con mucho más importante—, las viejas y rutinarias maneras de actuar no respondían en absoluto a la viva ansiedad que la historia de los «Ángeles del Averno» despertaba en su joven espíritu. De suerte que le pareció un modo mucho más interesante de emplear el día obligar a Jill Trelawney a ir a Birmingham para salvar a Harry Donnell.

A pesar de los dos atentados contra su vida, Simon Templar no tenía mala voluntad a la muchacha. Lejos de esto, el Santo estaba acostumbrado a tales peripecias. En efecto, ahora le resultaba más divertida la persecución de Jill de lo que pensaba cuando la conoció por primera vez; y se preparaba para divertirse todavía más... aunque no se lo confió al subcomisario.

Hablaron durante un largo rato, y el Santo dio instrucciones precisas para que fueran transmitidas al distrito oportuno. Y cuando ya el Santo se disponía a marcharse, el subcomisario volvió sobre una de las ideas sugeridas por el origen del asunto, motivo de la entrevista.

—¿No le parece curioso —observó— que hasta la otra noche no preguntara usted si no existiría alguna razón para que los «Ángeles» tuvieran mala voluntad a Essenden?

—¿Y no podría obedecer a una denuncia? —replicó el Santo a su vez.

Se dirigió a Belgrave Street mostrando una de las facetas de su beatífico optimismo. Le llamó la atención que estuviese dedicando la mayor parte de su tiempo a Belgrave Street. Era su tercera visita en aquella semana.

No abrigaba ilusiones respecto al posible resultado de esta tercera visita, como demostraba la pistola de que se había provisto antes de salir. Un hombre no puede hacerse absolutamente odioso, por desconocidas que sean sus razones para ello, sin provocar, más tarde o más temprano, un estado de tensión nerviosa que ha de descargar sobre algo. Desde luego, sobre lo que tenía que descargar, era sobre Simon Templar, aunque hasta el momento presente la descarga aún no había alcanzado a Simon. Pero esta vez...

Durante los tres días siguientes a su última visita, la vida se le había mostrado amable y pacífica. Tomaba la leche de la lechería de enfrente con sublime confianza en su pureza, y no había sufrido decepción. Salía y entraba en su casa sin temor alguno de que nuevamente lo enfocara la manguera de fuego de una ametralladora, en lo que también se comprobaba lo acertado de su juicio. Por lo demás, cartas, paquetes y taxis que se le ofrecían para que los alquilara, le merecieron considerable sospecha. Hasta entonces no había hallado justificación para semejantes recelos, pero comprendía, sin embargo, que la calma chicha que disfrutaba no podía ser más que un heraldo de la tormenta. Probablemente, esta su tercera visita a Belgrave Street la precipitaría. Iba preparado por si acaso.

Hubo de aguardar un rato antes de que respondieran a su llamada. Sin embargo, no esperó a que le abrieran de pie en los peldaños de la puerta de entrada (sitio en el que una muerte súbita podía llegarle a través de la boca de un buzón para la correspondencia), sino que permaneció sin subirlos y al abrigo de uno de los pilares del pórtico. Desde allí le fue posible ver con el rabillo del ojo el ligero movimiento de una cortina en la ventana del entresuelo, como si alguien atisbara para descubrir al visitante. Simon permitió que le vieran la cara y volvió a su abrigo hasta que se abrió la puerta. Entonces entró rápidamente.

—Miss Trelawney le espera —le dijo Wells al cerrar la puerta. El Santo, ya en el vestíbulo, dirigió su mirada escrutadora en derredor y escaleras arriba hasta donde alcanzó su vista. No había nadie más por allí.

Sonrió relativamente tranquilo.

—Con los años te estás volviendo veraz, Freddie —observó, y subió por la escalera.

La joven le recibió en el descanso superior.

—Recibí su nota participándome que vendría.

—Supongo que le habrá producido escalofríos —le contestó el Santo con prontitud.

Y pasó delante dirigiéndose al salón.

—¿Se quedará también a tomar el té? —preguntó con dulzura la muchacha.

—Me parece que antes de que termine —le contestó el Santo— querrá que me quede toda la semana.

—Queda invitado.

—Gracias. De mil amores. ¿Acaso no sabemos de urbanidad?

Prosiguió.

En el salón se encontró con Weald y Budd, tal como esperaba, aunque no se hubiesen situado en el campo de visión que ofrecía la puerta abierta desde el rellano.

—¡Hola, Weald! ¿También aguarda usted a Waldstein?

La cara demacrada de Weald se volvió de un tono más pálido, pero no le contestó. La mirada burlona del Santo saltó a Budd.

—¿Ninguna otra pelea reciente, Pinky? He oído que un minúsculo mamarracho sorprendió a un par de chiquillos de Shoreditch, la otra noche, y pensé en ti enseguida.

Pinky cerró los puños.

—Si vienes por camorra, Templar —le dijo—, aquí te espero, ¿comprendes?

—Ya lo sé —le respondió despectivo el Santo—. Ya oí tu resuello cuando subía la escalera.

Advirtió que se cerraba la puerta a su espalda y se volvió para mirar de nuevo a Jill.

Lo hizo con un movimiento indolente, pues no esperaba que las hostilidades se reanudaran tan pronto. El hecho de que la mera presencia de su encantadora persona pudiera ser considerada por alguien como una circunstancia hostil en sí misma, había escapado a su imaginación. Según los convenios vigentes, cuando ocurren semejantes situaciones, siempre hay unos cuantos gorjeos y señales con banderas antes de que se despliegue ninguna actividad desagradable.

Simon Templar siempre lo había comprobado así... o sea, que sus enemigos se tomaban cierto tiempo para permitir que sus nervios actuaran con el fin de reponerse ante la confiada desfachatez de su conducta, aparte del consabido respeto que imponía la Ley, a la sazón por él representada temporalmente. Pero no era aquélla su

primera visita a Belgrave Street ni la primera vez que le contemplaba el enemigo, del que podía esperarse, quizá, que hubiera adquirido ya bastante penetración para darse ánimos previamente y para ofrecerle la acogida correspondiente. Empero, Templar no lo había considerado así. Fue la primera pifia que hizo con los «Ángeles del Averno».

Sintió en medio de su espalda una presión fuerte, localizada en un sólo y pequeño punto, y adivinó lo que era sin necesidad de verlo. Ni aun en tal trance se volvió.

Sin el más ligero titubeo o vacilación, dijo lo que había ido a decir, exactamente como si nada hubiera notado.

—Tengo aún más noticias que darle, Jill.

Cierta expresión burlona animaba los ojos de la joven al corresponder a su mirada.

—¿Aún desea comunicármelas?

—Desde luego, ¿por qué no? —respondió el Santo con encantadora ingenuidad—. ¿Qué se opone a ello?

Habló Weald, que estaba a su espalda.

—Te estamos escuchando, Templar. No te muevas con demasiada brusquedad, porque podríamos pensar que vas a provocar pelea.

El Santo se volvió despacio y dio una mirada a la pistola que llevaba Weald en la mano.

—¡Hola! Es maravilloso ver cómo la ciencia favorece a los niños. ¡Y también con amortiguador! Mira, siempre me figuré que esas cosas sólo aparecían en los cuentos de niños.

—Para mí ya es suficiente.

—No creo que nada por el estilo sea suficiente para ti —le replicó el Santo—, con excepción, quizá, de una máquina de coser. —Y volviéndose de nuevo a Jill, le dijo—: ¿Conoce usted a un hombre llamado Donnell?

—Muy bien.

—Entonces, será conveniente que le telefonara y se despidiera de él, porque va a pasar unas largas vacaciones en Dartmoor, y probablemente no se acuerde de usted cuando salga.

Jill se rio.

—Hace dos años que la policía de Birmingham hace correr ese rumor sobre Harry Donnell, y nunca lo ha podido prender.

—Es posible —replicó el Santo como un santito—. Pero esta vez no tiene nada que ver la policía de Birmingham.

—¿Quién es, entonces, el que le va a detener?

Simon se pasó la mano por la cabeza como atusándose el pelo.

—Yo.

Pinky Budd cacareó.

—¡Lo veremos!

—Lo veremos —asintió, cortés, el Santo.

—¿Puedo preguntarle —interrumpió Jill— el medio de locomoción que piensa utilizar usted para trasladarse a Birmingham?

—El tren.

—¿Después que salga usted de aquí?

—Sí.

—¿Y cree usted que saldrá de aquí? —terció Weald.

—Estoy seguro de ello —le contestó el Santo con gran serenidad—. Slinky me pondrá en libertad. Es un viejo y buen amigo.

La joven abrió la puerta. Dyson se encontraba detrás.

—Aquí está su amigo el Santo —le dijo Jill.

—¡Hola, Slinky! —exclamó el Santo—. ¿Qué tal va ese ojo?

Dyson entró con la cabeza gacha en la habitación.

—Cachéalo —le ordenó Weald.

Dyson obedeció, cumpliendo su cometido con mano torpe. Simon no opuso resistencia. En las presentes circunstancias, el oponerse habría implicado un mediocre sistema de suicidio.

—¡Con qué tino ha dado usted en el blanco, Jill! —murmuró Templar—. Era lo que yo me esperaba. Y ahora, claro, me participará usted que permaneceré aquí prisionero hasta que usted tenga a bien dejarme marchar. ¿O me va a encerrar en el sótano y va a abandonar luego la casa? Eso lo hizo ya una vez. O quizá me pida que entre en su banda... Esta última circunstancia sería del todo original.

—Siéntese —dijo secamente Weald.

Simon se sentó, pero lo hizo como si tal hubiese sido su propia intención desde un principio.

Jill acudió a llamar por teléfono. El Santo observaba a hurtadillas, en tanto que elegía uno de los cigarrillos de su pitillera. Aguardó paciente mientras Jill llamaba, pero disimuló su sorpresa cuando falló el teléfono.

—Le aseguro que lo siento —declaró—. Ahora tendrá usted que trasladarse a Birmingham personalmente. No se puede figurar cuánto lamento el proporcionarle tantas molestias.

Advirtió a Budd atareado en desenredar una cuerda, y cuando el ex boxeador se le acercó con la intención obvia de atarle, el Santo le presentó ambas manos antes de que se lo dijera. Weald hablaba con Jill.

—Pero ¿realmente piensas ir a Birmingham?

—Sí, es lo único que se puede hacer. No hay forma de ponerse en comunicación por teléfono con Donnell, y no sería prudente enviarle un telegrama.

—¿Y si no fuera esto una trampa?

—Suponga usted lo que quiera. El Santo es avisado. Pero yo creo que esta vez le he descubierto el juego. No es más que la repetición de sus fanfarronadas burlonas. Ha venido a decirnos que iba a prender a Donnell justamente porque creía que no le creeríamos. Y si lo prende, Harry, «canta». Si usted siente fríos los pies, puede

quedarse. Pero yo me voy. Budd puede venir conmigo, si no lo hace usted. De todos modos, él siempre será más útil.

—Yo iré contigo.

—Haga lo que guste.

Jill se acercó para ver a Budd dar los últimos toques a las ligaduras del Santo.

—Le causará satisfacción saber —dijo al Santo— que por esta vez voy a creerle.

—Eso parece —le respondió Templar—. Y espero que tenga un viaje agradable. ¿Va a dejar a Dyson para que me vigile? Yo tengo la seguridad de que sería muy amable conmigo.

Jill volvió la cabeza.

—Budd —replicó— lo será más todavía.

Era un golpe en los cimientos sobre los cuales pensaba edificar el Santo, pero ni un sólo músculo de su rostro traicionó sus sentimientos.

Hablaba a Jill como si no hubiera nadie más en la sala, atrayendo la mirada de la joven a pesar suyo, con la insistencia de sus ojos burlones.

—Jill Trelawney —afirmó—, es usted una tonta. Si existieran categorías o grados de purezas de imponderable imbecilidad, la calificaría en primera categoría. Marcha usted con Weald a Birmingham. Cuando se halle allá verá el sinfín de dificultades con que se va a encontrar. Weald le servirá tanto como la tapa de una caja funeraria. No es que su viaje me preocupe, yo sólo le digo lo que le digo, y me agradecería que lo recordara. Hasta ahora he creído que usted había nacido con algo en la cabeza que pudiera pasar por sesos. No tengo nada más que añadir. Nos veremos de nuevo en Birmingham, pierda cuidado.

La joven esbozó una sonrisa y frunció ligeramente el entrecejo.

—¿No le causo ninguna inquietud, Templar?

—A nosotros no nos importan estas cosas, tratándose de viejos parroquianos —contestó el Santo apaciblemente.

Se la quedó mirando fijamente. La burlona expresión de sus ojos azules por debajo de sus párpados medio cerrados con indolencia; lo imperceptible de su sonrisa; el eco de risa juguetona oculto de la voz... eran detalles todos que difícilmente podrían revelar mejor lo zumbona que era su intención.

—Y mientras usted está de viaje —le dijo el Santo—, quizá tenga tiempo para recordar que jamás le he pedido que se haga parroquiana. Está haciendo de la ciega paralítica más idiota que nunca mujer alguna hizo de lo que Dios se sirvió concederle con tanta largueza. Pero ése es su gusto, ¿no es así? Ahora, ¡adelante, y vea si tiene razón! Vaya a Birmingham y llévese consigo a ese cero a la izquierda de Stephen Weald.

Weald avanzó unos pasos.

—¿Qué has dicho, Templar?

—He dicho: «ese cero a la izquierda de Stephen Weald» —repitió el Santo, regocijado—. ¿Algo que objetar?

—Sí —replicó Weald—. Esto... —y golpeó la cara del Santo por tres veces con el puño.

Simon Templar resistió el ataque incommovible como si fuera una roca.

—Has cobrado algún valor desde entonces —le observó con voz de acero y granito—. ¿Tomando píldoras rosadas... o algo por el estilo?

En ese momento se interpuso Jill.

—Bueno, se acabó —manifestó lacónica—. Weald, váyase y póngase su americana. Pinky, usted y Dyson pueden llevarse a Templar abajo.

—Luego, ¿será en el sótano, dejando abierta la espita del gas, acaso? —observó sin inmutarse el Santo.

—Sólo en el sótano, por el momento —contestó, insensible, Jill—. Se decidirá lo demás que deba hacerse cuando regrese...

—... Si es que regresa —le respondió, indulgente, el Santo.

II

Simon yacía en el sótano, donde, atado de pies y manos, le arrojaron sin miramiento alguno, meditando acerca de su situación a la luz de una bombilla eléctrica cubierta de polvo. La única que allí había. Una vez depositado en el suelo, Budd y Dyson se marcharon, pero la esperanza de que lo hubieran dejado solo para que se entretuviera en ensayar todos los trucos que conocía tratando de librarse de las cuerdas que le sujetaban y de escaparse, pronto se desvaneció. Sus guardianes regresaron poco después; Budd trayendo una mesa, y Dyson un par de sillas. Luego cerraron la puerta y se sentaron.

Era evidente que se trataba de una vigilancia rigurosa. Budd sacó del bolsillo unas barajas grasientas y se pusieron a jugar.

Con toda cautela, lo mejor que podía sin llamar la atención, el Santo puso a prueba las ligaduras. No invirtió en eso mucho tiempo. Sus expertas tentativas le demostraron enseguida que habían sido hechas por mano experta. Restaba, sin embargo, la lealtad de Dyson. Mas ¿cuánto valía ésta? En una de las pausas de la partida pudo cruzar la mirada con Dyson. No cambió la expresión de Slinky, pero Simon advirtió algo consolador en aquel hecho que a nada le comprometía.

La partida de cartas continuó un cuarto de hora más tarde. Slinky se enjugó los labios con un pañuelo sucio.

—Veo que el trabajo ha de ser en seco —dijo en son de queja.

—¿Verdad que sí? —asintió Budd—. ¿Querías un trago?

—No digo que no. ¿Hay algo por ahí?

Budd movió la cabeza.

—Voy a ver si encuentro. Tú, ¡ojo con Templar!, ¿comprendes?

—¡Pierde cuidado!

Budd se levantó y salió, dejando abierta la puerta; Simon permaneció callado hasta que el ruido de las pisadas se perdió escaleras arriba.

Un momento después, Dyson se encontraba a su lado.

—Yo no quiero darte prisas —dijo el Santo con una inalterable serenidad—, pero si no tienes nada que hacer en este momento...

—Si Budd regresa y me coge en la faena, estoy perdido —le dijo.

Abrió una navaja de marinero y Simon sintió cómo se aflojaban las ligaduras de sus brazos y piernas a medida que Dyson las cortaba a tajos, torpemente. Luego, por encima de la fatigosa respiración de Dyson, percibió las pisadas de Budd, que volvía. Slinky dejó escapar un ligero gruñido de pavor.

—Ya ve, mister Templar, que soy un hombre honrado.

—¡Claro que sí! —confirmó el Santo.

Se puso en pie, se desembarazó rápidamente de los trozos de cuerda que le ligaban y los tiró al suelo.

Pinky Budd lo halló completamente libre y de pie cerca de la mesa. Con mucho cuidado, Pinky depositó sobre la mesita la bandeja que traía.

—¿Conque ése era el truco? —resolló.

—Así es —le contestó, cortés, el Santo—. Y ahora nos toca pelear un poco, ¿no te parece?

Aún conservaba Dyson en la mano su criminal navaja, pero el Santo lo apartó suavemente a un lado.

—Puedes guardarte esto —le dijo—. Se trata de un banquete vegetariano. Franca y completamente vegetariano. Voy a servirle a Pinky unas cuantas judías... ¡Oh, Pinky, no te retires aún!

Budd se dirigía hacia la puerta. La llave estaba puesta en la cerradura y de consumir su maniobra podría salir y cerrar la puerta con llave. Pero el Santo fue unos pocos segundos más rápido que él. Templar lanzó la mesa a un lado como si fuera de cartón, y le cogió la mano a Budd en el momento mismo en que se apoderaba de la llave.

Budd soltó la llave lanzando un quejido. Trató de forcejear, pero el Santo le dominó completamente.

Luego le dio un empujón que le hizo dar tumbos durante un trecho. El Santo cogió la llave y se la metió en el bolsillo del pantalón. Luego se quitó la americana.

—Y ahora, Pinky Budd, vamos a pelear.

Budd volvía ya del extremo de la estancia, donde le enviara del empujón, sin necesidad de que lo invitara. También Pinky estaba dispuesto a la pelea. No veía, sin embargo, muy clara aquella sesión pugilística, pero confiaba en toda la ciencia y experiencia que le había proporcionado la desfiguración que había sufrido su rostro.

Atacó con un martillazo izquierdo que habría bastado para dar en aquel punto cuenta y fin del combate, de haber golpeado en el yunque. Pero no fue así. Simon le

esquivó, y le colocó un derecho en el costado que le hizo gruñir. Luego el Santo se puso de nuevo en guardia, lo que hizo también Budd.

Pero Templar se encontraba entre éste y la puerta, terreno que no quería abandonar. Budd había querido pelea y él se la iba a dar. Quizá a Pinky le satisfacía la ocasión o quizá deseara verse libre de ella; cosas ambas, de todos modos, que no era Templar el llamado para decidir. Así lo entendía el Santo. Hasta cierto punto, la necesidad táctica de mantenerse en el terreno entre su contrincante y la puerta iba a deslucirle el estilo. Se daba cuenta de semejante desventaja, sobre todo en un combate que en ningún momento sería una pelea fácil. Pero ya no se podía remediar.

La siguiente acometida de Budd fue otro izquierdazo que se quedó en un amago. El Santo, que había intuido el golpe, cambió de guardia. Mas anduvo un poquitín tardío en adivinar que el rechazazo directo que seguiría al izquierdazo fuese también amago, para colocarle un directo a las costillas que le sorprendió y lo lanzó medio muerto contra la pared.

Budd se abalanzó entonces como un tigre y le golpeó con la izquierda y derecha. Simon cayó de rodillas.



Se repuso y colocó un tremendo *upper-cut* que hizo crujir la nuca de Budd como si un caballo le hubiera dado una coza en el mentón. Aquel golpe habría puesto fuera de combate a cualquiera durante varios minutos. Pero Budd estaba entrenado en una escuela más dura todavía. Pinky fue al cuerpo a cuerpo, que el Santo, envaradas aún las costillas por el terrible golpe recibido, no estuvo lo bastante ágil para evitar. Y entonces lo que privaba era el peso de Budd. No habiendo juez que los separase, el profesional podía con toda libertad poner en práctica sus sucias tretas de sujetar, de dar cabezazos y zancadillas a que el cuerpo a cuerpo se presta. Pero el Santo conocía

también algunas de aquéllas, y pudo separarse eventualmente colocando un golpe que de fijo le hubiera costado la descalificación en cualquier pelea oficial. Tan pronto como se liberó, dirigió un golpe que debió dar en la quijada de Budd. Pero Pinky echó atrás la cabeza bastante aprisa, aunque no lo suficiente para que el puñetazo no le rompiera y desgarrara las narices de abajo arriba.

El golpe le hizo perder la cabeza, pero también la visión. Ningún hombre, por duro que sea, puede tener rotas las narices de aquella forma, sin que momentáneamente quede imposibilitado de ver. Y antes de que Budd pudiese darse cuenta de lo que ocurría, el Santo le había colocado un derechazo directo sobre la región del corazón, al que acompañó con un izquierdazo sobre el plexo solar, que comportaba exactamente todas y cada una de las libras de su peso, derrumbándose Budd cual si le hubiera golpeado un mazo.

Simon recogió la americana.

—Apenas si nos queda tiempo para tomar ese tren, Slinky —exclamó, volviéndose en busca de Slinky Dyson, pero éste ya se había marchado.

Con un encogimiento de hombros, el Santo salió, cerrando tras de sí la puerta con llave.

Un taxi le condujo a Paddington, y llegó a la valla de acceso al andén en el preciso instante en que sonaba el silbato que anunciaba la marcha.

No tenía billete, pero inconvenientes de tan poca monta nada significaban para los propósitos de Simon Templar. Como tampoco lo significaban los revisores. Simon cogió por las solapas al de la valla de entrada y lo acomodó convenientemente encima de una vagoneta de equipajes, al tiempo que corría a toda prisa andén adelante, pues el convoy ya se ponía en movimiento. Abrió la puerta del primer compartimento en el vagón en que había subido y se coló dentro. Desde la ventanilla se puso a contemplar la búsqueda de que era objeto por parte de los mozos de estación que, rendidos y con la lengua fuera, acabaron por desistir. Probablemente telefonarían a Birmingham para que le prepararan una recepción, pero eso lo resolvería él pronto. Luego se volvió para ocuparse de los pasajeros, cuyos comentarios llegaban a sus oídos mientras miraba por la ventanilla, aunque la primera persona en la que se fijó no fue en ninguna del coche, sino en un hombre que, casualmente, cruzaba por el pasillo.

El Santo, a grandes zancadas, salvó la barricada de piernas, maletines y de una jaula con un pajarraco que tenía delante y salió disparado detrás del hombre. Cuando le dio alcance, le pisó adrede y fuertemente uno de los talones, y Stephen Weald se volvió soltando un taco.

—¡Maldita sea...!

La exclamación se interrumpió en seco, en tanto que el rostro de Weald se tornaba como la cera al reconocer al atacante.

—¡Conque venimos todos juntos a Birmingham!

Luego, con una descortesía abrumadora, se deslizó en el compartimento más próximo, en el que había visto un puesto vacío y se dispuso a fumar un cigarrillo.

Weald prosiguió el camino.

Un poquito más adelante se encontraba el compartimento que ocupaba Jill. Ella le miró al comparecer delante de la puerta y Weald le hizo un signo imperceptible. La muchacha salió a reunirse con él en el pasillo.

—¿Qué ocurre?

—Vamos al coche-restaurante —le contestó Weald—, donde nadie pueda oírnos.

Marchó él delante y no cambiaron palabra hasta que se hubieron instalado convenientemente y ordenado que les sirvieran té.

—Bueno, ¿qué es lo que está sucediendo, Weald?

—¡Que el Santo está en el tren! Acabo de verlo.

Jill interrumpió el acto de colocar el cigarrillo en la boquilla.

—¿El Santo? Usted está soñando.

Stephen Weald movió la cabeza. La mano con que le ofrecía el fósforo le temblaba.

—Te digo que lo he visto. Me habló. Se encuentra tres compartimentos antes que el nuestro. No sé cómo se ha escapado, pero se ha escapado.

La muchacha enarcó las cejas.

—Fue ese hombre, Dyson. ¡Vaya si es listo Templar! Usted estaba presente cuando me previno contra Dyson, ¿verdad? Y precisamente creímos lo que el Santo quería que creyéramos. Dyson nos engañó.

—¿Y Pinky...?

—Pinky... es un número bajo.

Jill admitió el hecho con toda su crudeza. Se mostraba serena.

—¿A qué atribuyes tú que el Santo se haya metido en este fregado, Jill?

—¿Quién sabe por qué el Santo hace cualquier cosa? Ya ha visto lo que dicen los periódicos... Le perdonaron y ahora parece que trabaja honradamente con la policía... Pero tiene usted razón. Esta no parece ninguna de las actuaciones del Santo.

—¿Qué vamos a hacer? —interrogó tembloroso Weald.

—Se lo diré dentro de un minuto. No tiemble y no me moleste.

Dio una chupada a su cigarrillo en tanto que contemplaba por la ventanilla el sombrío paisaje. Transcurrió algún tiempo antes de que se volviera para mirar a Weald.

Luego exclamó:

—¡Es evidente que tenemos que seguir adelante!

Weald abrió un palmo de boca.

—Pero Templar va en este tren. Y eso no me hace gracia.

—Ni tampoco a mí. Lo que el Santo se propone es ahuyentarnos de la proximidad de Donnell, pero no lo conseguirá. De todos modos, si va con nosotros en el tren, no nos queda otro camino que escoger. Lo único que tenemos que hacer es seguir

adelante. Acabaremos con él en casa de Donnell; aquí no podemos hacer eso, está claro. El tren va repleto y no nos podríamos escapar.

—Él tendrá a su gente cercando la casa de Donnell.

Jill se rio, con una risa un tanto forzada.

—Esa gente es otra de las historias fantásticas del Santo. No creo que un hombre como él sueñe en valerse de semejante cosa. Tiene una opinión desorbitada de sí mismo. ¿No ve usted cómo se regocija yendo sólo al peligro, como ahora, y librándose luego de él? De esta forma, el servicio tiene para él el doble de aliciente que si le acompañara un regimiento de guardias. Pero esta vez no se saldrá con la suya. Esa es mi respuesta. Si tiene usted una mejor, la escucho.

Weald no contestó palabra. El tren seguía la marcha.

Stephen Weald evitaba las miradas de Jill Trelawney. Tomando mecánicamente la taza para beber, vertió el té sobre el mantel. Esto pudo deberse al traqueteo del convoy. Él, al menos, esperaba que así lo creyera ella, pues sabía que ésta le miraba.

Desde que Weald vio al Santo en el tren, no dio muestras de volver a aparecer en su cara el poco color que ésta hubiera podido tener, y era porque Stephen Weald vio en el suceso las amenazantes garras de su destrucción definitiva.

Hasta entonces todo ocurría tan llana y amablemente, que no llegó a advertir el peligro hasta que se vio metido en él. No se sabía nada en concreto respecto a que el Santo, con todo y lo imponente de su reputación, anduviera tras la pista de los «Ángeles del Averno». Y aunque cada una de las visitas de Simon Templar a Belgrave Street fuera tanto un insulto como una amenaza, ninguna de ellas resultó lo suficientemente aterradora para provocar un susto que no lo desvaneciera un trago, una vez desaparecido el visitante. Sin embargo, ahora parecía que todo cambiaba de aspecto, cual si hubiera estallado un cartucho de dinamita en los propios cimientos de la casa. Y todo por un detalle tan sencillo como aquel de ver al Santo en el tren.

Hasta entonces no había existido evidencia alguna contra ninguno de los «Ángeles». Pero ahora sí existía. Simon Templar había sido atado y encerrado en un sótano, y se encontraba ya libre para referirlo y con Dyson como testigo para sostenerlo.

Lo ocurrido bien podía ser el comienzo del fin. Weald había tenido siempre un respeto absoluto por la tenacidad de la policía, una vez que ésta se apoderaba de un duro hueso que roer. Durante toda su carrera había hecho cuestión de honor el mantenerse alejado de todo contacto físico con la policía. Mientras ésta trabajaba a ciegas contra él, se podía sentir seguro, pero en cuanto pudiera hacérsele una acusación fundada y, por consiguiente, echarle la zarpa encima, ya no se podía saber dónde se terminaría.

Pero Jill Trelawney no mostraba signo alguno de flaqueza.

—Todavía podemos salir del atolladero —observó la joven.

Weald se retorció la corbata con sus dedos nerviosos.

—¿Cómo puedes decir una cosa semejante, después de lo sucedido?

—Todavía no estamos muertos. Viendo el asunto tal como usted lo ve, está claro que tiene razón. Hemos tropezado con el obstáculo más insignificante que se pudiera encontrar, y si no andamos muy alerta, nos despeñaremos por el precipicio. Pero no voy a echarme a temblar como una gelatina en un terremoto.

—Ni tampoco yo —replicó, Weald.

La despectiva expresión de burla continuó en los ojos de la muchacha, y Stephen Weald comprendió que no había sido creído.

Con violencia un tanto hosca, Jill hizo cierta concesión a su espíritu de ironía y recordó la advertencia que el Santo le hiciera antes de salir de Belgrave Street.

El Santo tenía razón.

En las presentes circunstancias no parecía que Weald fuese más útil que la tapa de zinc de un ataúd. Vio cómo su compañero se llevaba una mano a la boca para ocultar la contracción de los labios, y advirtió que Stephen Weald se estaba desmoronando por momentos.

4

De cómo Jill Trelawney dijo una mentira y Simon Templar no mucho más que la verdad

I

Harry Donnell vivía en una casa de una calle miserable en los suburbios de Birmingham. Era una casa extraña, pero tan pronto la vio, se dio cuenta de que pocas podían reunir tantas condiciones para hacerse fuerte en ella y resistir a la policía hasta morir, si fuere necesario, antes de rendirse, actitud temeraria de la que siempre se jactaba.

Se alzaba la casa en el centro mismo de la manzana. Rodeada como estaba de otras casas, necesariamente sus habitaciones se veían privadas de luz la mayor parte del día, pero Donnell no podía considerar esto como un contratiempo. Su propia oscuridad hacía muy difícil el ataque a la casa, circunstancia que a su juicio era suficiente compensación. En realidad, el edificio no tenía más acceso que un estrecho callejón que corría entre dos de las construcciones contiguas.

Raras veces salía Harry Donnell, como no fuera con alguna misión. Prefería dormir, beber y fumar en casa, y distraerse entregándose a estúpidas e insondables meditaciones. Se encontraba allí cuando llegaron Jill Trelawney y Stephen Weald. Bajó a abrirles la puerta personalmente al reconocer la señal de la llamada del timbre, por la que advirtió que los visitantes eran amigos.

—Buenas tardes, miss Trelawney —saludó cortés, pues Harry se preciaba de sus maneras caballerosas con las señoras. Las de Jill, sin embargo, cortaron en seco toda demostración de cortesía.

—El Santo le viene a prender —le dijo de buenas a primeras—. ¿Dónde podemos hablar?

Donnell la miró y luego les condujo escaleras arriba sin pronunciar palabra.

Ascendieron dos tramos de escalera de peldaños sucios, que crujían al ser pisados, dado que el entresuelo y el primer piso estaban destinados para dormitorios de su gente. Al llegar al segundo piso abrió una puerta y los invitó a pasar a un cuarto grande, desmantelado, cuyo principal mobiliario parecía consistir en una mesa tosca de madera y una caja de whisky. Esta habitación, como la mayoría de las de la casa, recibía luz por una sucia y pequeña ventana que apenas dejaba penetrar la claridad, era aún más tenebrosa a causa del espeso humo de tabaco que notaba en el aire.

Harry cerró tras de sí la puerta.

—¿Decía usted que el Santo...?

—Sí, ¿le conoce usted?

Donnell contrajo los labios, poniendo al descubierto una hilera de dientes negros y rotos.

—Me lo tropecé... una vez.

—Pues parece que se lo tropezará nuevamente —le respondió la joven con sequedad.

Donnell no demostró haberse impresionado de momento. Sacó su pipa del bolsillo y la cargó de tabaco, que tomó de una caja de encima de la mesa.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que el Santo le busca por el golpe en casa de Essenden. Me vino a ver para decirme que él personalmente iba a prenderle. Nosotros le encerramos en el sótano y venimos a avisárselo. Pero de algún modo, el Santo consiguió escapar y ha venido en el mismo tren que nosotros. Weald le ha visto. No le vimos cuando llegamos a la estación, pero no ha de tardar en llegar. Sé perfectamente que no ha de estar muy lejos. Sabe que yo venía a su casa y se retrasa sólo con objeto de cogerme en la trampa, puesto que a mí también me persigue.

Harry miraba a Jill y a Weald.

—¿Se trata de una broma? —preguntó.

Pero la expresión de la cara de Weald le dijo claramente que no se trataba de ninguna broma. Se dirigió de nuevo a la joven:

—¿Por qué no me llamó por teléfono?

—La central me dijo que la línea estaba interrumpida —le contestó Jill con serenidad—. Y no me hable en ese tono. No me agrada.

Donnell sostuvo dos segundos la fría mirada de Jill y luego bajó los ojos.

—No ha sido mi intención ofenderla —balbuceó.

—Olvidado —observó la joven con brevedad—. Supongo que disponemos de tres o cuatro minutos antes de que Templar se presente. Me agradecería darle la bienvenida. Vendrá solo... estoy segura de ello. ¿Qué puede hacerse en su obsequio?

—Abajo están media docena de mis chicos.

—¿Puede impedir que entre el Santo?

Donnell lució de nuevo sus dientes.

—Puedo hacerle frente a cualquier ejército —fanfarroneó.

—¿Pero puede hacerle frente al Santo?

—¿No se ha fijado usted en esta casa? —replicó Harry a su vez—. Hace años que la tengo alquilada, justamente esperando algo por el estilo. Si quiere, se la enseño y podrá juzgar por sí misma.

Jill se ajustó el cinturón del abrigo.

—Si no le importa, iré yo sola —le observó—. Sé lo que se precisa en estos casos, y puede que a usted no se le ocurriera mostrarme lo que más conviniese. Obsequie con una copa a Weald hasta que yo regrese... Sospecho que la necesita.

Se marchó de la habitación y Donnell cogió una botella y un vaso. Escancié cuatro dedos largos de alcohol, que Weald se echó al colete de un trago. Luego se

volvió a Donnell; el aguardiente le había animado un poco... hasta cierto punto.

—¿De modo que usted creía que se trataba de una broma?

—Efectivamente, así lo creía.

—Pues yo no —afirmó tembloroso y angustiado Weald—. ¡Pero ni mucho menos! A usted pueden prenderle por una fruslería; a mí, en cambio, me pueden prender por muchísimo más.

—¿Acaso por alguna falsificación?

—Más todavía. No se lo puedo decir. Podrían... pero ¡vamos, Donnell, usted tiene que sacarnos de este atolladero!

Harry entornó los ojos.

—¿Qué quiere decir con que tengo yo que sacarles a ustedes? ¿Y a mí quién me saca?

Weald le cogió por un brazo.

—No me entiende. Yo tengo que huir. Tengo que llevarme a la muchacha conmigo. ¿No hay ninguna salida falsa... ningún pasadizo subterráneo? Yo tengo dinero...

Donnell le empujó bruscamente sobre una silla y le acercó la botella de whisky. Weald se sirvió, sediento, otro medio vaso.

—Ahora hable usted —le dijo Donnell—. ¿Cuánto?

Weald se sacó la cartera. Estaba repleta. Los ojos de Harry la contemplaron avariciosos.

—Mil. Es todo lo que puedo ofrecer, Donnell, tengo que reservarme algún dinero para marcharme.

—Veámoslo.

Febrilmente, Weald contó los billetes que había sobre la mesa con dedos temblorosos, Donnell se mojó las puntas de los suyos y los contó también concienzudamente. Después se los metió en el bolsillo.

—Ese estante que tiene usted a su espalda —le dijo— tiene corrediza la tabla del fondo. Encontrará unos cuantos escalones. Bájelos. Luego hallará un túnel que atraviesa el callejón y que da a un sótano de la casa del otro lado.

—Pero usted tiene que resistir a Templar.

Donnell se dio un golpe en el pecho con su manaza.

—¿Yo? Yo le hago frente al Santo. Yo no le tengo miedo a nadie... ustedes pueden huir cuando quieran. Más bien estorbarían que otra cosa en el mejor de los casos.

Weald sufrió la injuria sin protestar.

—Perfectamente, entonces. Tan pronto como vuelva la muchacha, dice usted que va a avisar a su gente y se marcha. Yo haré lo demás.

Donnell se sentó y se dejó caer pesadamente en su camastro que había en un rincón. Sacó un revólver de grandes dimensiones del bolsillo, lo acarició para que

expulsara las cápsulas, y las recogió en la mano. Hizo girar el cilindro con los dedos, probó si el galillo funcionaba a su satisfacción y volvió a cargarlo cuidadosamente.

—¿Qué es lo que pretende? —preguntó, lacónico, a Weald—. ¿Acaso se ha encaprichado con la chica?

—Se queda usted a menos de mitad de camino. Hace meses que la deseo. Pensé que la alcanzaría gradualmente, trabajando con ella y haciéndola igual que yo. Pero ya no hay tiempo para tontear. Si la policía va a echarme el guante, antes voy a intentar que Jill sea mía. No me importa si eso es lo último que hago. Donnell... en el tren... ¡se estaba burlando de mí!

—Cualquiera puede burlarse de una rata cobarde como usted —le contestó Harry impasible.

Weald contrajo la boca. El whisky se le estaba subiendo a la cabeza.

—¡Yo no soy una rata cobarde, Donnell! —exclamó.

—Usted es una rata y un canalla al mismo tiempo —le replicó Harry, apuntando con su Colt hacia la botella de whisky.

Weald dio un paso hacia él.

—¡Donnell, guárdese eso!

—No vaya a convenirse ahora en un estorbo —le contestó impaciente Harry.

Y, cogiendo a Weald por un hombro con su manaza, le dio un empujón y se lo quitó de delante. En ese momento entraba de nuevo Jill Trelawney.

—He visto todo lo que quería ver —dijo—. Donnell, ¿quiere bajar y disponer a la gente?

—A eso iba ahora mismo, miss Trelawney —contestó lentamente Harry.

Se encaminó a la puerta y, al pasar por detrás de Jill, miró de soslayo a Weald. Salió y Weald oyó sus fuertes pisadas descendiendo la escalera.

—Yo no le dije a usted que se bebiera una botella entera —observo Jill Trelawney, al advertir la poca estabilidad de su compañero.

—Tú no comprendes las cosas, Jill; he estado preocupándome de encontrar la manera de escapar.

Y balanceándose sobre las piernas se dirigió al aparador que Donnell le indicara y abrió de par en par sus puertas. Después de tantear unos segundos, le fue posible hacer que corriera la tabla del fondo; vio un interruptor y lo hizo girar. Dada la luz distinguió una escalera que descendía y que se perdía en una oscuridad que exhalaba un vaho húmedo.

—¡Nuestra huida! —exclamó Weald, radiante de satisfacción.

—Muy interesante —le contestó la joven—, pero a nosotros no nos corresponde ir por ahí.

Weald se quedó perplejo.

—¿Que no nos corresponde ir por ahí?

—¡Cuánto le echarían de menos los «Ángeles del Averno»! —le replicó Jill—. Sin su ayuda, se verían completamente indefensos —añadió, sarcástica—. ¡Ese

cerebro, siempre despierto y claro en el momento crítico!

—¡Jill!

—¡Oh, téngase firme! —Su sarcasmo se tornó de pronto en desprecio—. Cuando está usted sereno, es insustancial y, cuando está borracho, regañón. No sé lo que es peor. Ahora, dese cuenta de lo que ocurre. Donnell está dispuesto a jugar su partida, y su gente le sigue, pero cuenta también con usted y conmigo para que le ayudemos a sortear el peligro. «Los Ángeles» nunca han fallado hasta ahora y tampoco pueden fallar en estos momentos.

—¡Pero Jill...!

—Y cuídese de llamarme Jill —le interrumpió con frialdad—. Este sitio puede aguantarse una semana, y aun podíamos escapar por ahí si fuese menester. Pero yo voy a dar buena cuenta de Templar, pero buena cuenta, y esta vez sí que no se escapara.

Tambaleándose se abalanzó Weald sobre miss Trelawney.

—¡Y yo digo que nos escaparemos por aquí... ahora! —gritó—. Ya estoy harto de que se me mande, de que se me desaire, de que se me trate como a un chiquillo. Ahora eres tú la que harás lo que yo diga, como compensación. ¡Anda, vamos!

La joven le miraba con mirada reflexiva.

—Una copa más —le dijo— y estaría usted tumbado en el suelo, borracho perdido. Después de todo sería preferible al estado en que se halla.

—¿Conque lo sería?

El resentimiento que Weald no se atrevió a mostrar francamente a Donnell no tenía por qué contenerlo ahora. Cogió a la muchacha por los hombros con sus manos torpes.

—Ese es el lenguaje que no estoy dispuesto a permitirle por más tiempo —le dijo chillándole—. Vas a callarte enseguida. Desde este momento soy yo quien ordena y tú la que obedeces. ¡Porque yo te amo!

—Usted se ha vuelto loco —le respondió con gran serenidad miss Trelawney. Pero por primera vez en su vida experimentó que una sombra de temor le asaltaba el corazón.

Weald inclinó su cara acercándola a la de Jill. Esta retrocedió ante el olor de su aliento.

—Yo no estoy loco. Antes lo estaba, pero ahora estoy en mi sano juicio. Quiero llevarte conmigo... fuera de aquí... de Inglaterra... ¡lejos! Te daré joyas y hermosos vestidos. Y tú me amarás y no pensarás en nadie más. Vas a olvidar toda esa locura referente a tu padre. No pensarás más en ella. ¡Sólo seremos tú y yo, Jill!

La joven le dio un empujón, de forma que Weald fue dando tumbos, a punto de caerse, hasta darse contra la pared.

Jill sacó de su bolso la pequeña pistola que siempre llevaba consigo, pero Weald saltó sobre ella como un tigre y se la arrebató de la mano.

—No, Jill, así no —le dijo.

Y la estrechó entre sus brazos. La joven luchaba desesperadamente por liberarse, pero Weald era mucho más fuerte que ella. Hubo un momento en que casi se soltó, pero él corrió tras ella, la cogió por una manga y la apresó nuevamente. Weald trataba de sellarle la boca con sus labios.

De pronto, miss Trelawney se dejó caer desvanecida en sus brazos. Era lo único que podía hacer en aquel trance, fingir un vahído, y así procurarse una ocasión para sorprenderle. Durante unos segundos, Stephen Weald la contempló con una mirada estúpida. Luego, con resolución súbita, la levantó en vilo y salió por la puerta secreta del aparador.



Embarazado por su carga, apenas podía ir descendiendo la escalera peldaño a peldaño. Pronto la luz de la parte superior fue vencida por la oscuridad, y el descenso tuvo que seguir en medio de crecientes tinieblas. Continuaba avanzando con su carga. El resplandor tenue de una nueva bombilla abajo, en el fondo, adquiría mayor vigor a medida que bajaba escalones, hasta que al fin observó que la bombilla quedaba al nivel de la altura de su cabeza. Siguió avanzando y se encontró ya en terreno llano. Era un estrecho corredor iluminado de vez en cuando por bombillas eléctricas. Lo siguió y al poco rato experimentó en el rostro una sensación de aire fresco. En aquel lugar, el túnel se bifurcaba. Donnell no se lo había advertido. Vaciló un instante para decidirse, y tomó el túnel de la derecha. A los pocos metros había una curva, que iba a dar a una puerta. Al no poder abrir la puerta, por un momento se vio sumido en las tinieblas. A tientas, siguiendo la pared, tropezó con un interruptor; dio la luz y vio que se encontraba al final del túnel. Terminaba allí en el cuarto cuya puerta había abierto.

Cubría el suelo una alfombra vieja y rota. Había también una mesa y una silla. En un rincón, un camastro, y en otro, algo de carne ahumada y una jarra de agua.

Hubiese querido volver atrás para tomar por el túnel de la izquierda, pero no siendo hombre atlético, el esfuerzo de cargar, durante todo aquel rato del largo trayecto, a la joven, aun siendo tan ligero su peso, había cansado sus músculos nada acostumbrados al ejercicio extraordinario. Depositó su carga sobre el camastro e incorporándose se enjugó la frente, que le sudaba en abundancia, y respiró fatigosamente.

Estaba parado de espaldas al camastro. Jill abrió los ojos y percibió la culata del revólver que le asomaba a Weald por uno de los bolsillos de la americana. Alargó la mano para apoderarse del arma, y cuando ya estaba introduciendo los dedos en el bolsillo, Weald se volvió.

—¡Tampoco así, diablillo! —dijo.

La sujetó por la muñeca y le apartó la mano, que casi había llegado a apoderarse del revólver.

—Te gustaría pegarme un tiro, ¿verdad? Pues no vas a tener ocasión. Tú me querrás. ¡Me amarás a pesar de todo... aunque yo fuera Waldstein!

Jill se apartó rápidamente de su lado, con los ojos abiertos desmesuradamente.

—Sí, aunque yo fuera Waldstein —balbuceó—. Aunque yo hubiese contribuido a la caída de tu padre, que era un estorbo, y que estaba siempre entrometiéndose. Pero tú eres distinta. ¡Te adaptarás a mis procedimientos!

II

Cierto hombre, a quien Templar no había visto, iba también en el tren para Birmingham. Él no reparó en él hasta la llegada, cuando se disponía a alquilar un taxi; su presencia no le causó placer. Pero se trataba de una de aquellas impresiones desagradables que Templar jamás dejaba de traslucir. Fue el subcomisario Cullis quien se sorprendió.

—¡Santo Dios, Templar! ¿Qué hace aquí?

—Pues he venido en un triciclo —le contestó con toda gravedad—. ¿Vino usted en avión?

—Yo recibí su recado.

—¿Qué recado?

Cullis se atusó el mostacho.

—Pues Dyson corrió a decirme que usted estaba preso en Belgrave Street. Me dijo que quería que le dejaran allí encerrado y que yo viniera a Birmingham a prender a Harry Donnell.

El Santo le miró filosóficamente.

—¿Acaso se trata de uno de los rasgos de humor del viejo Trelawney? —murmuró—. Nunca le mandé a usted recado alguno. Es más, juraría que tampoco Dyson pudo dárselo, pues no se separó de mi lado mientras estuve encerrado en Belgrave Street, hasta poco antes de que me escapara. Por consiguiente, alguien le ha tirado a usted de los faldones de la camisa.

Y el Santo bajó la vista para mirarle como si realmente esperara sorprenderle con la camisa por fuera.

Cullis se echó atrás el sombrero.

—¿Qué se le ocurre, entonces?

—¡Oh! Detrás de todo hay un plan muy divertido —replicó el Santo con el aire de un hombre que anuncia el principio de una época de descubrimientos—; sólo nos falta saber de lo que se trata. Sin embargo, ya que usted ha venido, puede servir de algo. Déjese caer en el cuartel de la policía privada y dé las disposiciones que le parezcan. Pueden cercar la manzana y estar listos para encargarse de Donnell, cuando yo le traiga preso. Ello me ahorrará algún tiempo.

—¿Va a ir usted solo?

—Temo que tenga que ir solo —observó con tristeza el Santo—. Sabe usted, mi nodriza tiene libre esta tarde... Ya nos veremos luego en la lechería, querido terrón de azúcar.

Dio a Cullis unos golpéenos en el estómago, como para darle bríos, entró en el taxi, cerró la portezuela y dejó allí al subcomisario, parado en la calle, con una cara toda perpleja.

No se dirigió directamente al callejón que conducía a la puerta principal de la fortaleza de Harry Donnell. Eso habría sido demasiado imprudente, aun tratándose de Simon Templar. Además, por osado que fuese, no era partidario del suicidio, y el largo y estrecho callejón que hubiera tenido que recorrer, de decidirse a utilizar el camino regular, habría presentado al peor de los tiradores, por malo que fuese, muy escasa probabilidad de no hacer blanco. Y el Santo no manifestaba especial interés por ceremonias funerarias a las que su persona no asistiera en posición vertical.

Se dirigió, pues, a un estanco situado en la esquina, y allí despidió al chófer. Entró en el estanco y compró una cajetilla de cigarrillos. Después enseñó su placa de policía.

—¿Vive usted en las habitaciones de arriba o están habitadas por alguna otra persona?

—No, señor; soy el inquilino.

—Bien, voy a subir —manifestó el Santo—. No se moleste en mostrarme el camino. Quédese aquí y atienda a su negocio como de costumbre. Yo no regresaré por aquí, de modo que no deje de cerrar a la hora de costumbre por esperarme.

Entró al interior y subió la escalera.

Desde una de las ventanas del primer piso le fue posible estudiar el campo de batalla, que se presentaba poco prometedor. La casa de Donnell formaba, según se ha

dicho, una especie de isla situada en el centro de la manzana, separada cosa de unos catorce pies de las casas que la rodeaban. Los cuatro muros que limitaban la garganta así formada no presentaban nada que pudiese favorecer el asalto, como no fuera el suelo firme abajo del callejón. Y éste era seguro que estaría vigilado y cubierto desde las ventanas de Harry Donnell. Desde la ventana donde se hallaba, de haber sido Templar un desequilibrado, hubiera podido considerar la posibilidad de colocar un tablón de madera, con uno de sus extremos apoyado en el balcón que daba frente a la casa de Donnell, e introducirse así en ella. Pero es interesante recordar que Simon no formaba parte de esta categoría de locos... Entre sus tantas debilidades, se contaba, indudablemente, la de que lo enterraran entero, y no en pedazos, cuando le llegase su hora.

Quedaba, sin embargo, otra solución.

Prosiguió su ascenso por las escaleras. En el tercer piso terminaba la escalera, pero a la altura de la cabeza aparecía una puerta de escotillón y una escala de cuerda plegada. Desplegó la escala y subió.

Se encontró en una especie de desván o buhardilla, lleno de cajas y trastos viejos. Había una ventana cubierta de telarañas, escasamente espaciosa para pasar un hombre, pero Simon pasó y apoyó los pies en el remate o cornisa exterior de la casa del estanquero. Desde allí, de espaldas a la pared y cogiéndose de las tejas del alero, a sesenta pies sobre el nivel del suelo, el tejado plano de la casa de Donnell, con una alta muralla aspillerada que lo circundaba y algo así como un tinglado de observación en el centro, quedaba unos seis pies más abajo... y separado unos catorce pies de donde se encontraba. Pero aquél era el lugar conveniente para dar el asalto, puesto que de ninguna de las ventanas de la fortaleza parecía probable que lo descubrieran.

El Santo probó la resistencia de la cornisa. Considerándola bastante sólida, apoyó firmemente los pies en ella y sin más vacilación se lanzó al espacio de un gigantesco salto.

Salvó limpiamente la muralla de la azotea de Donnell y fue a caer en el tejado plano, de hormigón, que era en realidad el patio de la terrible fortaleza. Descorrió el seguro de su pistola automática. Con aire indolente se paseó alrededor del tinglado, verdadero parapeto sólidamente construido con auténticas troneras, cruzadas por barrotes de hierro, que, sin duda, estaba destinado como punto de resistencia para rechazar cualquier ataque que pudiera intentarse por el tejado contra la casa. En la ocasión presente, sin embargo, parecía que no lo hubieran tenido en cuenta, puesto que ningún disparo saludó al Santo.

Este, en su exploración topográfica, se encontró delante de una maciza puerta de hierro que daba acceso al parapeto. Presentaba su cara exterior completamente lisa. Templar probó de abrirla en vano.

Desistió de su intento a los pocos segundos, se asomó por encima de la muralla y se puso a examinar la construcción del edificio.

Había una ventana justamente unos seis pies más abajo del sitio por el que realizaba su inspección. Se subió sobre la muralla para estudiar el terreno.

La muralla tenía unos cinco pies de alto. Procedió a descolgarse. Podía apoyar las puntas de los pies en un saliente de tres pulgadas que corría alrededor de la muralla. Luego tuvo que dejarse caer materialmente en el vacío para cogerse del propio saliente y quedar colgado. Durante una milésima de segundo experimentó la terrible sensación de haberse precipitado a una muerte cierta, pero los nervios de Templar eran de hielo, y él conocía la fuerza de sus manos. Sus dedos, como garfios poderosos, se agarraron al saliente, resistiendo el violento tirón que experimentaron sus brazos, distendidos por el peso del cuerpo; permaneció colgado unos segundos en tanto recobraba el aliento. Imaginaba que, en aquella posición, los pies le llegarían al nivel de la mitad de la ventana, que era lo que se había propuesto. Tenía que soltarse de nuevo y dejarse caer al vacío para descender un par de pies más a fin de apoyarse en el pequeño resalto de la ventana y cogerse al propio tiempo del marco para poder recobrar el equilibrio. Así lo hizo.

Entonces, después de descansar un instante, forzó el cerrojo por la parte superior, produciendo el menor ruido posible y se coló dentro.

No había nadie. No esperaba tampoco encontrarse con nadie, porque pensaba que, naturalmente, la guardia estaría concentrada en los puntos por donde con cierto fundamento pudiera esperarse un intento de asalto. De haber tenido a alguien allí, hubiese significado el término de la provechosa carrera de Simon Templar, porque no habría podido oponer ninguna resistencia a un simple empujón, que, venciendo la poca estabilidad de sus pies, le hubiera lanzado en el vacío.

Atravesó la habitación cauteloso, en medio de la penumbra caminando con infinitas precauciones para no hacer ruidos que pudieran ser oídos en la pieza del piso inferior. Llegó hasta la puerta, que se encontraba entreabierta. La abrió un poco más para poder pasar, lo que hizo muy despacio y con cuidado a fin de que no chirriaran los goznes, y salió a un estrecho pasillo.

Delante quedaba la escalera. La bajó como un gato, pegándose bien a la pared, con objeto de evitar en lo posible que crujiera algún peldaño viejo. Al llegar al piso inferior, segundo de la casa, tuvo que elegir entre cuatro puertas que se le presentaban ante él. Eligió una al azar, cuyo picaporte hizo girar con todo cuidado, entrando de pronto con la rapidez y ligereza necesarias para que no se produjera ruido alguno.

Tampoco allí había nadie. Se dio cuenta de ello al primer vistazo. Luego, seguro ya de que no había nadie en la estancia, lo primero que llamó su atención fue el estante abierto que parecía conducir a una escalera iluminada.

No era lo que esperaba... no suponía a Donnell provisto de recuerdos melodramáticos tales como puertas falsas y pasillos secretos. Y la apariencia parecía indicar que alguien acababa de escapar por allí a toda prisa; tan a prisa, que se había olvidado de disimular su fuga cerrando las puertas tras sí.

El Santo se dirigió rápido a la secreta escalera con la pistola en la mano.

Se detuvo a la entrada a escuchar, pero no oyó nada. Descendió y se perdió en la oscuridad, llegando por último al túnel que había encontrado Weald.

No veía a nadie y apresuró el paso. De súbito se encontró en la bifurcación que hiciera titubear a Weald. Como se detuviera dudando, sus ojos se fijaron en algo que relucía en el suelo. Se inclinó y lo recogió. Era un pequeño zarcillo.

Cuando se lo guardaba en el bolsillo, un grito ahogado, como proveniente del ramal derecho del túnel, hirió débilmente sus oídos. El Santo partió corriendo en esta dirección.

Stephen Weald, de espaldas a la puerta, luchando y abalanzado sobre la presa de su locura, no se percató de nada, ni oyó la entrada del Santo, de la que no se enteró hasta que dos zarpas de acero hicieron presa en su cogote, y literalmente lo levantaron en vilo y lo pusieron en pie.

Se volvió entonces Weald y se encontró delante de Templar; se llevó la mano al bolsillo, pero Simon, mucho más rápido, le dio un puñetazo en la mandíbula que le derribó sin sentido en tierra.

Se volvió hacia la muchacha que estaba a su lado.

—¿Le oyó usted lo que dijo... que era Waldstein?

El Santo asintió con un movimiento de cabeza.

—Sí, le oí —contestó, e inclinándose agarró por la garganta a Weald y lo medio incorporó. A continuación cogió entre sus brazos el abatido cuerpo de Stephen y se lo echó auestas como si cargara una criatura.

—¿Adónde va usted?

La voz de la joven le hizo detener cuando se dirigía hacia la puerta, y Simon se volvió y la miró por encima del hombro.

—Ahora voy a apoderarme de Donnell para completar la partida —le respondió—. Nosotros, los policías, siempre tenemos que dejar nuestro trabajo terminado. ¿Se le ofrece algo?

Y siguió adelante. Parecía totalmente inconsciente de haber prestado ningún servicio personal a la muchacha, y quiso ignorar en absoluto las circunstancias del vulgar suceso, cuyas apariencias, quizá, hubieran persuadido, al propio tiempo que disculpado, a cualquier otro hombre. Indiferencia tan sublimemente ciega tenía que ser certero golpe para una mujer como Jill Trelawney. Siguió, pues, adelante y subió las escaleras con Weald auestas. Oía que Jill le seguía a su lado, pero sin hablarle; él tampoco se fijaba en ella, al parecer.

De esta forma franqueó la puerta del aparador y se encontró al otro lado con Donnell, que le esperaba encañonándole con su revólver.

Simon permaneció inmóvil.

Y...

—No hay qué temer, Donnell —advirtió la joven—, yo le tengo dominado con mi pistola.

Se hallaba a la espalda del Santo, de manera que Simon y su carga prácticamente la ocultaban. Donnell no podía ver la pistola con la que suponía que dominaba a Templar, porque su mano quedaba oculta por la espalda del Santo, pero Donnell la creyó y bajó el brazo con que apuntaba.

El Santo sintió tan sólo la suave y significativa presión de la mano abierta de Jill contra su cintura y comprendió.

—Entre usted —le ordenó Jill.

Simon avanzó obediente.

Movimiento justamente que le situó frente a frente con Harry Donnell, quien conservaba su arma. Entre Simon y Harry se interponía sólo el cuerpo de Weald.

Templar abandonó de pronto su carga —que dejó caer en tierra sin consideración alguna— y dio a Donnell un certero puñetazo en la mandíbula.

Donnell rodó por tierra y el Santo se abalanzó sobre él como un relámpago y le arrebató el revólver.

Se incorporó al instante y se echó a reír... con una risa realmente jubilosa.

—Ya ve usted, Jill —explicó—, lo malo de este deporte nuestro es que sea tan fácil practicarlo. —Y había en el tono de su voz una expresión que Jill Trelawney jamás había notado antes y que la hizo mirarle llena de perplejidad y sorpresa.

5

De cómo Essenden se volvió malhumorado y Simon Templar recibió una visita

I

Digamos ante todo que, en otro tiempo, lord Essenden había disparado su revólver contra Simon Templar con intención de proveerle de pasaporte franco para el otro mundo. Simon no le guardaba rencor a lord Essenden por esto, porque el Santo era todo un filósofo, y filosóficamente admitía que en dicha ocasión fue sorprendido, en el acto, de forzar el escritorio de lord Essenden con un instrumento propio para el caso o, dicho sin eufemismos, con una ganzúa, de suerte que a lord Essenden podía filosóficamente considerársele como provisto de razón. Además, la bala había pasado a una yarda de distancia.

No, el interés de Templar por Essenden, y particularmente por los viajes de Essenden a París, fue siempre vulgar y práctico. Habiendo espiado y husmeado, en otro tiempo, concienzuda y fervorosamente, en los negocios de Essenden, el Santo sabía que, de regreso de cada una de sus visitas a París —y estas visitas eran más frecuentes que las que hubiera podido permitirse, sin levantar sospechas, un respetable aristócrata casado—, Essenden se veía obligado a pagar liberales cantidades de francos franceses por medio de su Banco en Londres.

Y el Santo, que era más joven que ahora, sabía que los ingleses que pagan fuertes cantidades de francos por medio de sus bancos londinenses, cuando regresan de una corta visita a París, son genuinas curiosidades; y la colección de curiosidades era entonces el hobby del Santo.

Así pues, Simon Templar y Jill Trelawney marcharon a París y se alojaron dos días en el Crillon, Plaza de la Concordia, hotel que escogieron porque lord Essenden lo había elegido a su vez. Asimismo, durante estos dos días, el Santo no cambió palabra con lord Essenden, salvo una vez que le pidió perdón por haberle pisado en el ascensor.

Hasta sus cuarenta y nueve horas de estancia en el Crillon no supo Templar que Essenden se marchaba en el primer tren de la mañana siguiente.

Su cuarto se encontraba en el mismo piso que el de Essenden. Se retiró a él al mismo tiempo que Essenden lo hacía al suyo, y dio al aristócrata las buenas noches en el corredor, porque aquella noche el Santo se había encontrado con Essenden en el bar y había modificado su conducta de mutismo y distanciamiento. Efectivamente, tomaron whisky juntos. Esto, sin referirse para nada al previo encuentro que habían tenido. En la ocasión aludida, el Santo llevaba una careta; y ahora, al encontrarse con

Essenden en circunstancias más propicias, no había querido recordar hechos pasados ni armar jaleo.

De manera que tomaron whisky juntos, cosa peligrosa para cualquiera que lo hiciese con Simon Templar, y se retiraron juntos. El Santo se desvistió, se puso su pijama y su bata, y concedió hora y media a Essenden para que sintiera completamente el efecto del whisky. Luego salió al corredor, fue hasta la habitación de Essenden y llamó a la puerta. No recibió contestación; entró y halló al aristócrata durmiendo apaciblemente. Essenden no se había tomado siquiera la molestia de desvestirse. El Santo lo contempló con pena, lo cubrió tierno y solícito con la colcha y pasados unos minutos volvió a salir, cerrando tras de sí la puerta.

Eso fue todo lo que pasó en aquel viaje a París, que no deja de tener importancia para el asunto de este libro, ya que al siguiente día se marchó en efecto Essenden para Londres llevándose una historia calamitosa que relatar, y que le condujo directamente a la casa de un antiguo conocido.

Al subcomisario de Scotland Yard, mister Cullis, le desagradaba recibir visitantes casuales. Siempre que fuera posible, los eludía. Para un particular, obtener una entrevista con él resultaba algo prácticamente imposible, pues Cullis solía pensar que, fuera el que fuese el asunto de que se tratase, o no tenía importancia, y en tal caso lo podía muy bien resolver un inferior, o era de importancia tan grande, que sólo podía ser adecuadamente resuelto por el comisario general, porque Cullis era, por temperamento, un hombre retraído. La importancia de su cargo, le permitía esta forma de proceder, pues en los días en que no era más que un humilde inspector, no le hubiera sido tan fácil evitar el contacto con el público.

Esta conducta, sin embargo, tenía ciertas excepciones, una de las cuales era lord Essenden.

Lord Essenden podía obtener audiencia del subcomisario mister Cullis casi a cualquier hora, porque Essenden era una persona importante, que había ocupado un puesto en más de una Comisión del Gobierno. Y, en efecto, la actual posición de mister Cullis se debía en gran parte a Essenden. Y a Essenden no se le podía negar nada. Así que cuando aquella noche pidió en Scotland Yard hablar con mister Cullis, aunque era uno de esos días en que mister Cullis se sentía menos amigo de la humanidad que de ordinario, fue recibido, sin tardanza, en tanto que, probablemente, un primer ministro hubiese tenido que retirarse sin lograrlo.

Entró, pues, lord Essenden, ejemplar de hombrecillo nervioso y exigente, con lacio bigotito, y le dijo sin preámbulo:

—Cullis, vuelven los «Ángeles del Averno».

Habló en presencia de Teal, que se encontraba allí mascando estólidamente sus caramelos, sentado junto al escritorio del subcomisario.

—¿Qué «Ángeles del Averno»? —preguntó Cullis con acritud.

Essenden frunció el entrecejo.

—¿Quién es este caballero, Cullis? —preguntó. Pareció titubear antes de calificarlo de caballero.

—El inspector general Teal, que se ha hecho cargo del asunto.

Cullis hizo con brevedad las presentaciones del caso, y Essenden se sentó, agitado, en una silla, sin estrechar la mano a mister Teal.

—¿Qué «Ángeles» y de qué «Averno»? —inquirió de nuevo Cullis.

—No disimule —exclamó impaciente el lord—. Usted sabe lo que quiero decir. La banda de Jill Trelawney...

—Eso nunca ha sido una banda —le replicó Cullis—. Trelawney, Weald y Pinky Budd siempre fueron los «Ángeles del Averno». A tres personas no se las puede llamar una banda.

—Son más...

—Para hacer las faenas sucias, Pero que no representan nada.

Essenden tamborileaba con las yemas de los dedos sobre la mesa escritorio, sin disimular su mal humor.

—Usted ya sabe lo que le digo —le repitió—. Jill Trelawney ha vuelto de nuevo... si es que prefiere que le hable así. Y lo mismo el Santo.

—Pero ¿a dónde?

—Ayer regresé de París...

—Y yo fui a Brixton anoche —le respondió Cullis, descompuesto—. Nosotros trabajamos, ¿no es cierto? Pero ¿qué tiene que ver esto con lo otro?

—El Santo estaba en París... y Trelawney con él.

—Eso ya es otra cosa. ¿Los vio usted con sus propios ojos?

—No precisamente...

Cullis mordió la colilla del cigarro, horriblemente cohibido.

—¿Los vio o no los vio? —le observó—. ¿O es que quiere decir que estaba borracho?

—Había tomado unas cuantas copas —confesó Essenden—. Un sujeto que me tropecé en el bar. Debió de ser el Santo... Ahora lo comprendo. Estoy seguro de que bebí más que whisky. Fuera lo que fuese, sólo puedo recordar que me fui a mi cuarto y que luego... no supe más de mí. Lo siguiente que recuerdo es que el camarero me entró el desayuno y que yo estaba tendido sobre la cama completamente vestido. No sé lo que pensaría el camarero.

—Yo sí —dijo Cullis.

—En fin —continuó—, me han desplumado doscientos mil francos... y se han llevado una libreta de apuntes y una carpeta, lo cual es mucho más importante.

Cullis se incorporó bruscamente en su asiento.

—¿Y en ellos qué había escrito? —preguntó.

—¡Oh, todo estaba escrito en clave, por supuesto...!

—¿Qué era lo que estaba escrito en clave?

—Algunas cuentas... y direcciones. Nada que se refiriese a Inglaterra, sin embargo.

El subcomisario volvió a recostarse en la silla.

—Es evidente que alguien tiene un determinado interés respecto a usted —le observó.

—Ya se lo había dicho antes —le replicó Essenden malhumorado—. Pero usted nunca ha hecho nada en tal sentido.

—Yo le he ofrecido la protección de la policía.

—He tenido la protección de la policía, y uno de sus agentes estaba de guardia protegiendo mi casa la noche que sorprendí a un hombre forzándome el escritorio. ¡Eso es lo que vale la protección de su policía!

Cullis se manoseó los bigotes.

—No obstante —dijo—, no hay nada que complique al Santo con ese robo, como tampoco que le relacione a él o a Trelawney con su... accidente en París.

Essenden se registró la faltriquera y mostró una hoja de papel, que puso sobre el escritorio y bajo los ojos mismos de Cullis.

—¿Y qué piensa de esto? —le interrogó.

Cullis vio un dibujillo que ya le era familiar... un muñeco como trazado por un niño, que representaba un pequeño esqueleto de hombre con la cabeza rodeada por una corona simbólica. Pero además de esta figura había otra que ni Cullis ni Teal habían visto antes relacionada con ella: una figura que llevaba faldas y sin corona. Y debajo de ambas estas tres palabras: *uno de abril*.

—¿Y qué piensa de esto? —insistió de nuevo Essenden.

Teal abrió sus ojos soñolientos para leer en el calendario colgado de la pared.

—Una semana después del viernes próximo —dijo—. ¿Es usted supersticioso?

Podía perdonársele a Essenden que se mostrara enfadado.

—Si es usted el encargado de este negocio, mister Teal —le replicó con impertinencia—, no me merece mucha confianza la manera como desempeña su cometido. ¿Es así, Cullis, como entrena usted a su personal?

—Yo no lo entreno —le contestó paciente el aludido—. El primero de abril, ¿no es el día de engañabobos?

—Pues no veo el chiste.

—Habrà que explicárselo —le observó Cullis. Se puso en pie con un aire que no dejaba ninguna duda de que por su parte la entrevista ya había terminado. A decir verdad, la presente historia era una mera variación sobre un tema que Cullis iba encontrando aburrido.

Tiempo hacía que le hablaban de lo mismo con análogo tono para que le impresionara; si bien no quería ello decir que dejase de atribuirle menos valor a su significación. Pero él no podía discutir sobre este punto con Essenden, porque había algo en lord Essenden que a veces le hacía temer seriamente un homicidio.

—Téngame al corriente de cualquier cosa que le ocurra —le dijo con evidente propósito de dar por terminada la entrevista.

Debe considerarse que lord Essenden, aunque persona lo bastante importante para alcanzar a voluntad audiencias con el subcomisario, carecía de la suficiente importancia para fijarles el tiempo que habían de durar, circunstancia que siempre significaba una espinita en su vanidad.



—Trata usted todo esto muy a la ligera —le observó en son de queja—, y yo creo francamente que debería hacerse algo, Cullis.

—Toda la policía de Inglaterra está buscando a Simon Templar y a Jill Trelawney —le replicó el subcomisario—. Si logramos dar con ellos, los arrestaremos y serán juzgados. No podemos hacer más. Escriba lo que le ha pasado y entréguelo al sargento Berryman, abajo, cuando salga, y veremos de incluirlo en el legajo. Buenas tardes.

—Le digo, Cullis, que yo estoy asustado...

Cullis asintió con la cabeza.

—Ciertamente, parece que la hayan tomado con usted —le respondió—. No me lo puedo explicar. Buenas tardes...

Essenden se sintió estrechar vigorosamente la mano y luego se encontró fuera del despacho, en el pasillo embaldosado, abriendo y cerrando los ojos delante de una puerta cerrada.

Bajó las escaleras y escribió su relato, conforme le había sido indicado, pero en una forma un tanto majadera, que lo estropeaba como pieza literaria. Después se dirigió en su coche a su club y comió y bebió solo y abundantemente antes de que

tomase nuevamente asiento en su paciente vehículo y despabilase al somnoliento chófer, dándole fríamente orden de conducirlo a su domicilio.

Su casa se encontraba en los alrededores de Oxfordshire, pues Essenden prefería vivir apartado del centro de la vida social de Londres. Lady Essenden tenía objeciones que oponer a este rasgo de misantropía, objeciones de las que lord Essenden no hacía caso. A su modo, era de un carácter tan retraído como mister Cullis.

Durante todo este tiempo, lord Essenden permaneció incómoda y rígidamente sentado en un rincón del coche, con el puño del paraguas entre los labios y entregado a pensamientos desagradables.

Cuando llegó, era ya medianoche, y el criado que abrió la puerta le informó que lady Essenden se había recogido con dolor de cabeza hacía dos horas.

Essenden le dio el sombrero y el abrigo. A cambio, recibió una sola y única carta, la letra de cuyo sobre le era tan familiar, que se dirigió con la misiva a su biblioteca y cerró tras de sí la puerta. La carta no le sorprendió tanto como lo habría hecho un mes atrás.

«Dé una mirada en el “secreto” de su estante que figura ser uno de los anaqueles».

Y debajo se veían las reproducciones de los dos dibujos que ya había observado antes.

Essenden encendió un fósforo y vio cómo se retorcía el papel al quemarse en el cenicero. Luego, con un perfecto fatalismo impasible, se acercó al estante y empujó hacia dentro el anaquel que imitaba una hilera de libros. No abrigaba ningún temor respecto a los documentos que allí había, porque desde el primer robo intentado había trasladado todos los papeles importantes a un sitio más seguro.

Abrió el secreto y vio la cartera de apuntes que perdiera en París.

Preocupado, recorrió sus hojas.

Cada nota había sido descifrada, y la traducción, escrita con claridad entre las líneas.

Essenden examinó la cartera durante unos minutos, se la guardó en el bolsillo, y comenzó a recorrer la habitación nervioso y a cortas zancadas.

La cartera no estaba en la caja de hierro, por la tarde, a su regreso de París. Lo sabía porque había guardado algunas cartas antes de ir a ver al subcomisario. Y aun para que le llegase a él la carta aquella misma noche, tuvo que ser dejada en el correo por la mañana temprano. Y por la mañana temprano, Jill Trelawney y el Santo estaban ya en París... y la carta llevaba el matasellos de Londres. Algo terrible surgía de la despiadada evidencia que ponían de manifiesto ambas circunstancias.

Un ligero golpe en la puerta puso a Essenden los pelos de punta.

—¿Se le ofrecerá algo esta noche al señor? —preguntó el criado respetuosamente.

—Una copa grande de coñac y soda, Falcon.

—Perfectamente, señor.

A los pocos minutos entraba el criado la bandeja con lo pedido.

—Gracias, Falcon.

—He puesto algunos bocadillos, señor.

—Gracias.

—¿Quiere algo más el señor?

Essenden cogió la copa y la miró a contraluz.

—¿Ha venido alguien hoy?

—No, señor. Pero el joven que mandó usted a Londres para examinar su máquina de escribir vino a eso de las seis de la tarde.

Essenden movió la cabeza. Despició al sirviente y cuando éste se hubo retirado y cerrado la puerta, Essenden se dirigió a otro de los anaqueles y retiró un par de volúmenes polvorientos. Introdujo la mano en el hueco que había quedado al retirar los dos volúmenes y de detrás de los libros contiguos sacó una pistola automática y una caja de proyectiles. Colocó de nuevo los dos viejos volúmenes. Puso la pistola sobre la mesa, se cercioró de su buen funcionamiento y luego la cargó. Hizo pasar a la recámara el primer proyectil y luego corrió el seguro.

Con la pistola en el bolsillo experimentaba una leve sensación de consuelo.

Permaneció durante varias horas sentado allí, en su biblioteca, viendo consumirse las pavesas del fuego de la chimenea y bebiendo coñac, cigarrillo tras cigarrillo, hasta que el fuego se consumió del todo y comenzó a sentir escalofríos a medida que se enfriaba la estancia. Y así, durante aquellas horas, consideró cada uno de los sucesos, se trazó y desechó planes uno tras otro hasta que por último ideó uno al que su cansado cerebro no encontró fallo alguno por el momento. Se trataba de una idea extraña y desesperada, de una idea de las que sólo concibe un hombre en una noche de vela, reforzada con innumerables cigarrillos y de apurar no menos copas a solas, sobrecogido de miedo, pero era la única solución que encontraba al problema. Estaba completamente tranquilo y decidido a resolverlo así. Cuando por fin se metió en la cama, el hombrecillo nervioso y exigente que era lord Essenden, se sentía más tranquilo y decidido que nunca lo estuviera en su vida.

II

Simon Templar tomó las cuartillas en que había estado trabajando a ratos durante su viaje a París, y se aclaró la garganta:

—Entiendo que estas líneas —manifestó— han sido propuestas para el Premio Dumbbell de literatura:

«Sentado se encuentra el rey en la ciudad silenciosa, tomando su té de China: “¿Dónde encontraré yo un esforzado caballero que esgrima en mi favor su espada?”

»Las bestias feroces se agolpan ante mis murallas, los buitres esperan la carnaza, hasta que un espejo de caballeros acuda, y corra en busca del Sangreal nuevamente”.

»Se levantó y habló un ministro que se sentaba a la derecha del rey: “Basil de Bathmat Dilswipe Boil pertenece a un esclarecido linaje”.

»Su hermano es barón de Bathmat Boil, propietario del periódico *Daily Squeal*, y todo el mundo sabe que es un caballero a toda prueba.

»—Ha estado con mis hombres de armas, ostenta por mí cicatrices, ¿habré de contar a este Basil Boil entre mis caballeros?

»—Señor, encontrándoos en tiempo en guerra le llamasteis al combate y os hubiera servido lealmente, mas su conciencia se lo impedía.

»Y lo hicieron comparecer ante los jueces porque se había rebelado, y sufrió un año de cárcel para salvar su alma de las garras del demonio.

»—Entonces, ¿lo que tengo por portento, lo que ponéis a mi firma, significa que debo tomar a este cobarde como uno de mis caballeros?

»—Señor, vamos a publicar una lista que el *Daily Squeal* puede hacer fracasar, y sería prudente halagar al barón de Bathmat Boil.

»Entonces el rey se levantó airado y los miró a todos con dureza: “Habéis agotado el vino y la alegría, el orgullo y el prestigio de los siglos.

»La última mujer hermosa está marchita y el último de los caballeros sucumbe de vergüenza, pero antes me servirá un perro del arroyo que ese hombre que nombráis”.

»Le oyeron los ministros y no le respondieron, le oyeron y no se inclinaron sumisos, y el rey advirtió su tranquilidad imperturbable y comprendió que aquello era el fin.

»Basil de Bathmat Dilswipe Boil fue presentado al siguiente día y el rey le dio el espaldarazo volviendo a un lado el rostro.

»Y a través de los balcones vio los bulliciosos estandartes plegados, y en la frente se le dibujó una cruz de hierro y el cansancio de la vida...»^[4].

—¿Y qué significa eso? —preguntó Jill Trelawney, desconcertada.

—Si no se da usted cuenta de que se lee poesía, cuando escucha —le observó con severidad el Santo—, ya no tiene salvación posible. Aunque admito que se trata de un

producto algo amorfo... y es que mi sensibilidad se intensifica demasiado cuando cultivo la sátira. Si leyó usted el periódico el otro día, se fijaría en que a un pacifista le habían hecho recientemente caballero. Probablemente el próximo arzobispo de Canterbury será un ateo empedernido, y un comprobado abstemio será el futuro presidente de la Comisión de Alcoholes. Después de lo cual no queda más que el suicidio.

Jill Trelawney cogió dos terroncillos de azúcar del azucarero.

—Parece que algo le ha sacado a usted de quicio —le observó.

—La legañosa organización de este ciego mundo siempre me saca de quicio. Ha de sacar a cualquiera que no tenga esparavanes desde la cuna.

—Pero ¿aparte de eso?

—Pues aparte de eso —replicó Simon Templar, expansivo—, creo que en este momento la vida me es grata. Tengo en el bolsillo cerca de doscientos mil francos que aguardan impacientes a que los Bancos abran por la mañana para convertirse en moneda inglesa. He hecho una excursión en coche por el campo. He descubierto que, si todo lo demás me falla, siempre me podré ganar honradamente la vida como inspector de máquinas de escribir. Me he bañado y cambiado de ropa, y me he repuesto de mis trabajos y correrías con una trinidad de soberbios salmones, guisados con tanta destreza que pudieran hacerme famoso como *chef*. Mi última obra maestra en poesía me ha proporcionado gran satisfacción. Y, finalmente, gozo de una compañía encantadora. ¿Qué más puede pedir un hombre?

Hallábase sentado cómodamente en el pisito cerca de Sloane Square, que hacía tiempo conservaba como reserva para el día en que sus travesuras hicieran de su casa un Upper Berkely Mews un lugar demasiado señalado para su residencia. Con una taza de café delante y un cigarrillo entre los dedos, mirando por encima de la mesa los ojos de oro de Jill Trelawney, acababa de hacer su discurso.

—Pero, Jill —protestó—, observo que la rodea a usted una expresión especial de ensimismamiento. ¿Se trata de mala digestión o de amor?

La joven sonrió abstraída.

—Pienso en Essenden —contestó.

—Entonces, es amor —dijo el Santo.

—¡Pienso... pienso...!

—Pero, seriamente, ¿por qué? Durante estas últimas veinticuatro horas nos hemos dedicado devota y completamente a Essenden. Por lo que a mí toca, estoy dispuesto a concederle un paréntesis de descanso al asunto. Por el momento, hemos hecho nuestro agosto. El huevo, por así decirlo, está empollándose; el cebo está en el anzuelo. Todo lo que podemos hacer ahora es sentarnos bien juntitos y esperar.

—¿Cree usted que reaccionará?

—Ya le dije a usted —le contestó extravagante el Santo— que se rebelará como una hogaza de pan sobrecargada de levadura nueva. Reaccionará hasta tal altura, que los faisanes y los arenques ahumados no podrán vivir en su misma casa. Cuando haya

terminado de reaccionar, habrá alcanzado tal altitud que tendrá que subirse a una escalera para quitarse las botas. Eso es lo que le digo. Créame, Jill.

La muchacha removi6 su caf6, reflexiva.

—Lo mismo da —dijo—. Como toda pesca, es cuesti6n de suerte.

—No, trat6ndose de ese pez y de ese cebo —le contest6 el Santo—, nosotros abrimos las hostilidades contra su se1or6a. Le dimos un coscorr6n en la cabeza lo bastante fuerte para hacerle un chich6n a pesar del sombrero. De eso no hay duda. Entonces, ¿qu6 es lo que puede hacer? Puede o bien sentarse tranquilamente a escuchar m6sica, o bien marcharse a dar un paseo en autob6s, o bien prepararse para un contraataque. Lo primero no es probable que lo haga. Si se decide por lo segundo, nos ahorra una porci6n de molestias y de trabajo pesado. Y si opta por lo tercero...

—Eso —interrumpi6 la muchacha—, si escoge lo tercero...

—Nos hace el caldo gordo, desde luego. Ser6a descubrirse. Y una vez que estuviese con las cartas en la mano, podr6amos hacer nuestro envite. ¡Y, desbancarlo...!

Simon arroj6 el cigarrillo y se incorpor6 en su asiento.

—Es una t6ctica que no tiene que ver con la suya, Jill —a1adi6—, que en nada se parece a lo que hasta ahora he visto de usted; y, sin embargo, no deja de responder a la que ha ido empleando esta 6ltima semana. No me diga que sus nervios se aflojan ahora, porque no le creer6a.

—Pero ¿qu6 es lo m6s probable que haga?

Simon se encogi6 de hombros.

—¿Y qui6n sabe? —exclam6—. Yo lo que le digo es que a nosotros nos toca contemplar el paisaje y aguardar. ¿Y a qui6n puede importarle esto?

Jill Trelawney encendi6 un cigarrillo y sonri6.

—Tiene usted raz6n, Simon Templar —dijo—. Me estoy volviendo mani6tica. Me figuro que las cosas se me han presentado un poquit6n demasiado f6ciles... en general. Ya sabe usted c6mo las he sorteado hasta ahora, y tambi6n debe de saber que nunca se consiguen salvar indefinidamente.

—Ya lo s6 —contest6, complacido, el Santo.

Jill asinti6 abstra6da. Durante un instante, sus morenos ojos leonados se fijaron en el Santo. Resultaba extraordinariamente humillante, al tiempo que provocativo, el sentimiento que aquellos ojos le revelaban en un instante...: que 6l no se encontraba all6, o que era ella la que no estaba all6. Sin embargo, Jill le o6a, entregada como estaba a sus pensamientos.

La joven le mir6 de nuevo.

—Es usted el 6ltimo socio que jams pude pensar en tener —le declar6.

El Santo replic6, cort6s:

—Ello no me sorprende.

—Y no obstante... ¿se acuerda usted cuando me record6 a aquel muchacho que est6 en los Estados Unidos? —Los ojos 6ureos absorbieron su sonrisa—. Aquello fue

un golpe bajo... que supongo que merecí.

—En efecto.

—Entonces, ya es otra cosa.

Simon frunció el entrecejo, pero su gesto burlón carecía de malicia.

—Después de lo cual —murmuró Templar— mató usted a Stephen Weald.

—¿No habría usted hecho lo mismo?

—Sin duda. Exactamente lo mismo. Y ésta es precisamente la cuestión. Ha podido usted dejármelo a mí, pero yo me puse al margen porque me figuraba que Weald era su capricho... En fin, su muerte, si bien se piensa, no fue un acierto, porque de haberlo conservado le habríamos podido hacer cantar. Pero ¿quién era yo para estropear aquel deporte?

—Lo comprendo.

—El caso es que seguimos haciendo bien el trabajo, así es que, ¿por qué preocuparnos?

Miss Trelawney asintió con un reposado movimiento de cabeza.

—Sí, seguirnos. Quizá no durará mucho tiempo.

—¿Y ese muchacho que le pertenece a usted?

—Se imagina que viajo para ilustrarme —contestó, riendo—. Y creo que me ilustro, si lo mira usted en tal sentido.

Reinó el silencio.

Y en aquel silencio se inició una inteligencia que no precisaba explicaciones, pues el Santo sabía exactamente lo que debía dejarse decir... Y cuando, al poco rato, estiró su largo brazo para depositar el cigarrillo en el cenicero, consultó el reloj y se puso en pie; el ademán correspondía natural y espontáneamente a la agradable tranquilidad que había presidido toda la velada.

—¿Se ha dado usted cuenta —le preguntó con la mayor sencillez— que es casi medianoche y que hoy hemos tenido un día muy ocupado?

Jill le dio las gracias con una sonrisa, que recordó el Santo después que se retirara la joven de la habitación, sentado allí, al lado de la chimenea, fumándose el último cigarrillo en tanto meditaba sobre los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas.

Aventuras sobre aventuras, Simon Templar se calificaba a sí mismo de aventurero. Como le calificaran los demás, le traía sin cuidado. Ciertamente, había alcanzado más de lo que se proponía en más de un sentido, y la calidad del trabajo y rendimiento que se había asignado desde el comienzo de su carrera, no daba muestras de decaer. Hacía sólo poquísimo tiempo que se daba cuenta de que la vida le reservaba aún más cosas que hacer de lo que hubiera satisfecho en el momento presente. La visión filosófica que de la vida tenía Simon Templar constituía su fuerza. Era lo que le conservaba joven. En tanto que ocurrieran sucesos interesantes, era feliz. Esta noche lo era completamente.

Para una felicidad completa, precisaba de alternativas equilibradas de agitación y de tranquilidad satisfecha. Al comenzar a fumar su cigarrillo, disfrutaba de aquella tranquilidad. Estando a medio cigarrillo sonó breve y nerviosamente el timbre de la puerta de la calle, y el Santo se puso con toda calma en pie, frunciendo un poco el entrecejo.

No esperaba visitantes en aquella casa, salvo vendedores ambulantes, porque nunca la había declarado como vivienda propia. Y, en todo caso, cuando regresó esta vez a Londres, nada habían dicho los periódicos respecto a que mister Simon Templar se hallase de vuelta en la ciudad y de que experimentaría verdadero placer en recibir a los amigos y conocidos que tuviesen interés en buscarlo. Ello ocurría así por razones más que obvias. Nunca se había distinguido el Santo por ocultar su personalidad con innecesarios procedimientos, pero sí sabía siempre, con toda precisión, cuándo permanecer discretamente en la penumbra. Conocía este arte desde la cuna y a la sazón atravesaba uno de los períodos de su vida en que lo practicaba con mayor resolución. Por consiguiente, no podía haber duda de que el visitante fuera un inoportuno. Simon, sin embargo, abrió la puerta con la sonrisa en los labios, pues tenía por norma el afrontar siempre cualquier molestia que pudiera presentarse en tal forma.

—¡Cómo, si es Claud Eustace...! —exclamó, y se hizo a un lado para dejarle paso.

—Sí, soy yo —contestó mister Teal, lentamente.

Entró, se escurrió por el pequeño vestíbulo y pasó al salón. Simon Templar le siguió.

—¿Qué puedo hacer por usted? ¿Quiere una propina por los doscientos mil, o viene usted a pedirme dinero prestado?

El inspector Teal quitó el envoltorio de papel a un caramelo cuidadosamente, y se metió la golosina en la boca.

—Santo —observó soñoliento—, tengo noticias de que ha vuelto usted a ser mal chico.

—Yo no —contestó el Santo—. Debe de estar pensando en algún otro. Convengo en que he estado en París, pero...

La quijada de Teal subía y bajaba en rítmico movimiento.

—Sí —convino—, algo de ello ocurrió en París.

Simon se apoyó contra la chimenea haciendo un guiño en demostración de contento.

—¿Y qué?

—Que en París —respondió Teal— usted le administró un poco de opio a lord Essenden y le arrebató doscientos mil francos. Y previamente, actuando en su calidad de oficial de policía, transgredió su deber e hizo la vista gorda para que se escapara una mujer a quien se persigue por asesinato. No puede continuar haciendo estas cosas, Santo. Me temo que tenga que amonestarle otra vez.

—¿Y qué?

El detective se encogió de hombros con aire de gravedad.

—Lo bueno que tiene usted, Templar, es que siempre actúa de un modo pacífico. Simon se rascó la barba.

—¿Qué quiere usted decir con eso de «pacífico»? —le interrogó el Santo con inocencia semejante a la de un niño.

—Vamos a dar un paseo —le replicó Teal—. O, si lo prefiere, tomaremos un taxi. Siento tenérmelo que llevar tan tarde, pero no estaba cuando vine antes y, si lo hubiera dejado para mañana, tal vez habría estado usted de nuevo fuera.

—¿Y adónde vamos a dar este paseíto a pie... o en taxi?

Mister Teal parpadeó. Parecía costarle un esfuerzo tremendo conservarse despierto.

—A la delegación de policía de Rochester Row.

—¿A Pimlico? —protestó el Santo—. ¡No, señor...! A mi sólo se me puede conducir a los cuarteles de policía del West End.



—No es a Pimlico —observó Teal—, sino a Westminster.

—Peor todavía —replicó el Santo—. Allí es a donde llevan a los miembros del Parlamento.

Mister Teal se colocó bien el sombrero, que, como es tradicional en todo detective, no se había quitado cuando entró en el piso.

—¿Vamos? —le preguntó, soñoliento.

—Imposible —le contestó el Santo—. Lo siento, amigo mío.

—¡Simon Templar —exclamó Teal—, queda usted arrestado por...!

—Enséñeme el mandato —le interrumpió Templar.

—¿Qué mandato?

El Santo se rio, burlón.

—Pues la orden de mi arresto —le dijo.

—No tengo mandato alguno.

—Ya lo sospechaba. ¿Y cómo me va a arrestar usted sin una orden?

—Le puedo arrestar preventivamente...

—No lo puede hacer —le replicó el Santo, sonriendo—. Yo me comporto con toda corrección. Estoy en mi casa, a punto de retirarme a descansar, como cualquier ciudadano respetable. No hay nada, por lo tanto, de lo que usted pueda acusarme. Lo que está haciendo, Teal, es preparar una menguadísima jugarreta, para la que se me escoge a mí como la víctima. ¿No es así?

Teal cerró los ojos.

—Pero en París...

—En París —le contestó Simon, imperturbable— le robé doscientos mil francos a lord Essenden, Lo confieso. Si usted quiere, se lo declaro por escrito, y puede llevarse la declaración a su casa y enseñársela al comisario general. Pero a pesar de esto no puede hacer nada. El delito se perpetró en suelo francés, por lo cual sólo afecta a la policía francesa. Yo estoy en Inglaterra. No se puede pedir la extradición de un inglés que se encuentre en Inglaterra. Siento decepcionarle, se lo juro, pero no puede presentarme el asunto desde ese punto de vista.

—En Birmingham...

—En Birmingham —continuó el Santo con la misma expresión de equidad—, un hombre conocido últimamente con el nombre de Stephen Weald, y anteriormente con el de Waldstein, fue muerto por Jill Trelawney. Que lo fuera o no en defensa propia, es asunto a dilucidar por el jurado ante el que comparezca... Supongo que también habrá oído algo de lo que dice Donnell. Pues bien, yo cumplí con mi deber y arresté a Jill. Creí que le había quitado todas las armas, pero en el taxi sacó otra pistola y me desarmó, haciéndome su prisionero. Me obligó a tomar un tren con ella. No lejos, al norte de Londres, me hizo saltar del vagón, a la vía. No sé lo que haya sido de Jill después. Permanecí sin sentido, allí en tierra, varias horas...

—¿Qué clase de comedia —preguntó Teal— es la que trata usted de representar?

El Santo sonrió seráfico.

—A grandes rasgos le estoy dando una muestra gratis de mi defensa, que también me proporciona los elementos para arrojarlo a usted de cabeza en las redes de los tribunales, si usted se torna, querido corpúsculo, intratable. El comisario ha de haber recibido mi carta renunciando al puesto de oficial, en la que le manifestaba que me sentía tan avergonzado, que no me atrevía a verle cara a cara ni a estrecharle la mano. La deposité en el correo la misma noche. Convengo en que he resultado el más inepto de todos los policías imaginables, pero el comprensible deseo de salvar la piel sobre todas las cosas...

Teal extendió sobre la mesa una hoja de papel.

—¿Y esto... su recibo a Essenden? Conozco uno de los dibujos, pero el otro...

—El de mi esposa —respondió como un susurro Templar.

—¡Hola! ¿Y cuándo se casaron?

—Todavía no. Hablo en futuro.

El detective volvió a cerrar los ojos.

—¿De modo que ésa es su historia?

—Y una historia que parece zurcida por el propio Barrabás —contestó Simon Templar complacido.

—¿Y qué hay de este nuevo domicilio?

—¿Desde cuándo es un delito que un ciudadano respetable tenga un segundo domicilio...? De todas formas, no me disgustaría saber cómo lo ha descubierto tan pronto.

—Pues hace meses que lo sabía —le dijo el detective dormitando—. Cuando vi que faltaba en Upper Berkeley Mews, me vine derecho aquí.

El Santo se rio.

—Y ahora tiene usted que volverse derecho a casa... ¡Teal, cuánto lo siento...! Debió usted pensárselo mejor, de veras, mucho mejor. Y ahora, ¿va a seguir el consejo del tío y a tomarse un vaso de agua de cebada antes de marcharse, o quiere discutir alguna otra cosa?

Durante unos cuantos minutos hubo un silencio imponente... por parte del inspector general Teal.

El Santo pudo darse cuenta de la importancia de este silencio, y se felicitaba de él porque conocía exactamente el terreno que estaba pisando. Aparte de que en los bolsillos de sus pantalones aguardaban tranquilos dos puños de hierro, prontos a dar fe del valor de sus convicciones, si te invitaban a ello.

Por último, Teal abrió los ojos y entreabrió momentáneamente los labios como media pulgada.

Inclinó la cabeza.

—Usted siempre ha sido un chico inteligente —declaró.

—Ya lo sé —le respondió el Santo.

Teal conservó su expresión sonriente. Se arregló el sobretodo y se abrochó un botón. Sus ojos, bajo aquellos pesados párpados, se fijaban aburridos en los pormenores de la habitación.

—Siento que haya malgastado su tiempo —le dijo amable el Santo—. No le quiero retener más, si realmente tiene prisa.

—No tengo ninguna prisa —le contestó Teal. Y sus ojos se fijaron en la silla en que se había sentado Jill Trelawney.

Simon siguió la dirección de su mirada.

—¿La visita de una amiguita? —interrogó Teal sin cambiar de expresión.

—La tía Ethel —le respondió con dulzura el Santo—. Acababa de marcharse cuando llegó usted. ¿Verdad que ha sido una lástima? Pero quizá pueda encontrársela

algún otro día.

—¿Qué edad tiene esa tía Ethel?

—Alrededor de los cincuenta —le respondió el Santo—. Tal vez demasiado joven para usted, pero, en fin, puede probar suerte. Le enviaré su dirección. Quizá le guste hacerle una visita a Rochester Row.

Teal retiró las manos de los bolsillos y comenzó a «locomoverse» de un lado a otro de la estancia. Sólo de un hombre como Teal pudiera decirse que se «locomovía».

Esta locomoción era ilusoria. Se presentaba demasiado tardíamente y en extremo lenta y desgarbada en sus movimientos, pero en aquella ocasión se movía con notable soltura. Teal cogió el bolso de encima de la silla y lo examinó con sobriedad.

—Su tía Ethel tiene un gusto chillón por lo que se refiere a bolsos —observó—. ¿Qué edad dijo que tiene?

—Cosa de unos cincuenta —contestó el Santo.

Teal abrió el bolso y procedió a extraer su contenido, sacando uno a uno cada objeto y colocándolos encima de la mesa, después de examinarlos. Un lápiz para pintarse los labios, una diminuta polvera, un espejo, un estuche con un peine, un pañuelo, una pitillera, un lapicero de oro, algunas tarjetas...

—«Princesa Selina de Rupprecht» —leyó Teal en las tarjetas—. ¿De dónde es?

—De Lituania —respondió el Santo sin vacilar—. Tengo también algunas relaciones distinguidas en Checoslovaquia —añadió con aire modesto.

Teal dejó el bolso y se volvió con desacostumbrada prontitud.

—Me gustaría conocer a esta princesa —dijo.

—Llámela tía —le indicó Simon—. A ella le agrada. Pero esta noche no la podrá ver aquí, porque ya se ha marchado a su casa.

—Volverá a por su bolso —le contestó Teal—. Esperaré. Y en tanto que espero, me gustaría dar un vistazo por las demás habitaciones del piso.

Simon Templar se separó bruscamente de la chimenea contra la cual había permanecido recostado hasta entonces y, mirando fijamente a los ojos de Teal, le dijo:

—Usted no se esperará, porque ocurre que yo quiero meterme en la cama y prefiero que antes esté usted fuera del piso. Ni tampoco dará ningún vistazo a las demás habitaciones, por ningún motivo o excusa, porque carece del mandato judicial correspondiente.

Teal permaneció inmóvil junto a la mesa.

—Tengo mis razones para creer —le dijo— que está dando asilo a una mujer a la que se persigue por asesinato.

—Carece de un mandato judicial para hacer el registro —le repitió el Santo—. No sea pesado, Teal. Yo puedo ser un individuo sospechoso, pero usted no tiene nada definitivo, claro, contra mí, salvo el pequeño sainete de París, con el que nada tiene usted que ver, nada absolutamente. Si intenta registrar el piso, me opondré por la fuerza. Más todavía, le echaré a la calle, escaleras abajo, con una violencia tal, que

dará usted un bote de aquí a los establecimientos Harrod. Y si trata de arrestarme por ello, recibirá el zarpazo terminante y definitivo. Tiempo atrás quizá habría usted podido hacerlo, pero ahora no. La policía en los tiempos presentes no es tan popular. Más vale que vea lo que hace.

—Puedo conseguir el mandato del juez —le contestó Teal— dentro de dos horas.

—Pues obténgalo, entonces —le respondió, lacónico, el Santo—. Y no venga a molestarme hasta que tenga ese mandato en el bolsillo. Buenas noches.

Atravesó la estancia y abrió la puerta, y Teal, después de unos cuantos segundos de espantosa indecisión, se dirigió hacia el vestíbulo.

Simon abrió la puerta de la calle y el inspector, deteniéndose en el umbral, le dijo con expresión solemne:

—Es usted un chico listo, Santo. No se vaya a dormir, porque dentro de dos horas estaré de vuelta con esa orden del juez.

—Buenas noches —le repitió el Santo, y le cerró la puerta en las narices.

Regresó al salón y encontró a miss Trelawney volviendo a colocar en su bolso los objetos sacados por el inspector.

—Ya he oído —le dijo Jill.

—Dentro de cinco minutos, Teal tendrá un agente delante de la puerta para que vigile mientras él vuela a obtener la orden del juez. Entretanto...

En ese momento se oyó el sonido agudo, estridente, de un silbato de policía, y los labios del Santo hicieron un amago de sonrisa.

—En ese instante, Teal, parado en los escalones de la entrada, toca su silbato. Prefiere no fiarse. No va en busca de un agente, sino que no se moverá de la puerta hasta que llegue el guardia. Quiere estar seguro de que nadie salga de aquí mientras vuelve. Y la persona a quien busca es usted.

Jill Trelawney asintió, moviendo la cabeza.

—Perseguida por asesinato —observó con suavidad.

6

De cómo Simon Templar se fue a la cama y cómo mister Teal se despertó

I

Simon sacó su pitillera y, abstraído, escogió un cigarrillo. Lo encendió y se puso a mirar distraídamente un cuadro que estaba colgado de la pared. Su ligera sonrisa, significativa, se dibujó en la comisura de sus labios con expresión temeraria y peligrosa, lo cual era muy propio de Simon Templar, que no solía alterarse por nada.

—¡Desde luego! —exclamó imperturbable—. Tenía que haberlo previsto.

Levantó los ojos y miró a Jill. La belleza de la joven aparecía completamente serena y tranquila. Nada revelaba en ella la menor señal de desconcierto... ni un leve temblor en los labios, ni un ligero parpadeo. Y a menos que no se tomara una resolución inmediatamente allí mismo, tal vez no le quedaban dos meses de vida por delante, con arreglo a lo que disponía la ley, que la podía condenar a la horca.

Volvió a oír, abajo en la calle, el silbato de Teal, que sonaba de nuevo.

Jill Trelawney se rio. No nerviosamente, ni por arrogancia. Simplemente, se rio. Con discreción.

Se desabotonó la sencilla chaqueta que llevaba y Templar advirtió una pistolera en el ancho cinturón que se ceñía.

—Nunca había previsto esto —dijo Jill—, es decir, del todo.

Simon dio la vuelta en derredor de la mesa y cogió a Jill de la muñeca con su mano de acero.

—No haga eso —le dijo.

La joven le miró a los ojos.

—Pues no me queda otra salida —le observó—. Nunca me ha seducido el Old Bailey... ni las muchedumbres... ni el gorro negro. Como tampoco las tres semanas en Holloway, con la visita del cura todos los días, como si asistiera a unos funerales. Y el último almuerzo ¡a una hora tan intempestivamente temprana de la mañana! —la expresión de su mirada era de perfecta jovialidad.

—Es posible que nadie haga una buena oración fúnebre a las ocho de la mañana —declaró.

—No diga tonterías —le replicó el Santo con brusquedad.

—No las digo —afirmó Jill—. Y usted bien lo sabe. Si las cosas se han vuelto del peor lado...

—Todavía no hemos llegado a ese extremo.

—Todavía no.

—Y no llegaremos... mientras yo ronde por aquí.

La muchacha se rio de nuevo.

—Simon... realmente... es usted un encanto.

—¿Pero es ahora cuando lo descubre usted? —le preguntó el Santo.

Esta vez sólo se sonrió Jill. Su risa, fuera nerviosa o por petulancia, no le había satisfecho. Una sonrisa era distinto. Y Templar todavía podía hacerla sonreír con facilidad.

Pero Jill era de un temple tan fuera de lo corriente, que Simon no podía dejar de pensar en ella un solo instante en tales circunstancias. Hacía poco que eran socios y Jill era todavía casi una extraña para él. Apenas íntimos amigos de dos días, y Simon escasamente la conocía. En los días de su vieja enemistad, él había reconocido en ella una intrépida independencia que ningún hombre habría podido creer dominar fácilmente, a menos que, en su vanidad, no lindase con la locura.



>

A este sentido de la independencia se unía un inconsciente individualismo. No seguiría más consejos que los suyos propios, sin pensar nunca en que alguien más pudiera considerarse con derecho a conocer dichos consejos. Aquel aislamiento habíase producido absolutamente de improviso... y Templar sabía que Jill jamás lo había experimentado antes de los días de los «Ángeles del Averno», y que una vez que éstos cumpliesen su misión, aquél desaparecería.

El silbato de Teal había dejado de sonar. Simon miró por la ventana y vio que Teal se había marchado. Pero un guardia con uniforme estaba parado al pie de la escalera y de vez en cuando levantaba la cabeza.

—Bien, ¿y qué? —inquinó la muchacha.

—Que se ha marchado a por el mandato judicial —le contestó el Santo—. Podemos agradecerse a los «Ángeles del Averno». Si usted no hubiese desacreditado tanto a la policía, Teal se hubiera aventurado a hacer el registro sin el mandato del juez. A lo que debemos unos cuantos minutos de gracia que podrían transformarse en dos horas. Gracias a mí.

Se dirigió a su dormitorio y cogió una chaqueta del armario. Volvió con la chaqueta y una almohada de cama.

—Retírese al otro lado de la habitación.

Jill obedeció perpleja. Templar acercó una butaca al balcón, metió la almohada dentro de la chaqueta que había traído y puso sobre la butaca la chaqueta así rellena imitando un pelele sentado.

—Ahora... ¿dónde está el sombrero?

Buscó el sombrero y lo colocó encima de la especie de pelele valiéndose de un bastón. Luego acercó una mesita que colocó al lado de la butaca y puso encima de la mesa una pequeña lámpara. Después de revisar lo hecho, hizo girar el interruptor de la lámpara.

—Ahora, haga girar usted el interruptor que hay allí cerca.

Jill lo hizo conforme Templar le indicó, de tal manera que la única luz que quedó en el cuarto provenía de la pequeña lámpara de encima de la mesa, al lado de la butaca junto al balcón.

—«La Sombra de lo Desconocido» —exclamó el Santo—. Un misterio en tres actos. Acto primero.

Jill Trelawney le miró.

—Y el acto segundo... ¿escapando del incendio?

El Santo movió negativamente la cabeza.

—No, no hay necesidad. ¿Por qué no por la puerta principal? ¿Está usted lista?

Le dio su bolso, fue al vestíbulo y cogió su maletín, que abrió cortésmente.

—Póngase otro sombrero —le dijo—. Usted ha de tener el aspecto de una mujer ordinaria, corriente.

Jill obedeció. En dos minutos estaba ya lista y bajaron juntos por la escalera. Al final de la misma se detuvieron.

—Ahí, a la vuelta —le indicó el Santo—, encontrará una escalerilla que conduce al sótano. Escóndase allí. Cuando me oiga subir de nuevo las escaleras, salga y márchese por la puerta de la calle, tome un taxi y diríjase al Ritz. Inscríbese en el hotel como mistress Joseph M. Holliday, de Boston. Mister Joseph M. Holliday, que soy yo, llegará mañana a la hora del almuerzo.

—¿Y el acto tercero? —preguntó la muchacha.

—No habrá tal acto —le respondió con serenidad el Santo—, se reducirá a un breve diálogo entre Teal y yo. Buenas noches, Jill.

Le extendió la mano. Miss Trelawney se la estrechó.

—Simon... usted no es sólo un encanto... sino también un chico listo.

—Lo mismo que me dijo Teal —murmuró el Santo—. Duerma bien, Jill... y no se preocupe.

La dejó allí y fue abrir la puerta.

El guardia que había fuera se volvió enseguida.

—¡Guardia! —le dijo, agitado, el Santo.

Había adoptado una actitud y un aire de respetabilidad desconcertante. El policía le tranquilizó.

—Mande, señor.

—Parece que ocurre algo raro en este piso, debajo del mío...

El agente subió los escalones de la entrada.

—¿Cuál es su piso, señor?

—El segundo.

Los ojos de la Ley observaron la nerviosa respetabilidad del Santo con atenta mirada, y luego el dedo de la Ley señaló.

Simon siguió a la Ley en su movimiento: el dedo apuntaba hacia arriba. En el balcón del primer piso se veía una silueta proyectada sobre un biombo.

—En ese piso, señor —declaró la voz de la Ley con tono impresionante—, hay una mujer escondida a la que se persigue por asesinato.

Simon miró hacia arriba.

—¿Por qué no la arresta usted?

—El inspector ha ido a por el mandato judicial para detenerla —confesó el agente—. Y yo estoy de vigilancia hasta que él regrese. ¿Qué fue lo que oyó usted en ese piso, señor?

—Algo así como lamentos —dijo el Santo con lúgubre voz—. Los he estado oyendo durante un rato. Quejidos como si alguien agonizara. Me puse algo nervioso, bajé y llamé a la puerta, pero no conseguí que me respondieran.

—Escuchemos —dijo el policía.

Se pusieron a escuchar.

—No oigo nada —declaró el policía.

—Desde aquí abajo, con el balcón cerrado —observó el Santo—, no oiré nada. No son quejidos fuertes. Pero los puede percibir claramente desde el rellano de mi piso.

—Está todavía sentada en el balcón —afirmó el policía.

Ambos miraron hacia el balcón.

—Está quieta, sin moverse, ¿verdad? —observó el Santo, indiferente.

Continuaron observando.

—Es gracioso —dijo el policía—, ahora que usted lo dice, es cierto, no se mueve, está quieta. Y en todo el tiempo que la observamos, no se ha movido una pulgada siquiera.

—A mí no me gusta lo que está pasando, guardia —añadió nervioso el Santo—. Si hubiera usted oído aquellos quejidos...

—Yo no oigo ninguno ahora.

—Le juro que se me ponían los pelos de punta... ¿Acaso sabe esa mujer que la van a prender?

—¡Oh, creo que lo sabe perfectamente!

—¿Y si resultara que está suicidándose?

El agente continuaba estirando el cuello, esforzándose por oír algo.

—Quizá debería entrar y ver —manifestó—. Pero no puedo abandonar mi puesto. El inspector me dijo que no debía moverme de aquí bajo ningún concepto. Pero si trata de escapar a la Justicia...

—Todavía no se ha movido —dijo el Santo.

—No, no se ha movido.

—No veo que porque entre usted a la casa abandone su puesto —declaró pensativo el Santo—. Como guardia, vigilaría usted tan eficazmente arriba en el rellano y delante de la puerta del piso, como aquí abajo.

—Eso es cierto —asintió el policía.

Y miró al Santo.

—Suba conmigo —le dijo.

—Si usted quiere... —le contestó el Santo con timidez, y subió tras la corpulenta excitación de la Ley.

Se pusieron a escuchar durante un rato frente a la puerta en el rellano y, como era de esperarse, no oyeron nada.

—Quizá ya haya muerto —aventuró con aviesa intención el Santo.

La Ley pulsó el timbre con su dedo índice.

Transcurrió un minuto.

La Ley repitió la llamada... sin resultado.

—¿No se puede derribar la puerta?

El agente movió negativamente la cabeza.

—Es mejor esperar a que regrese el inspector. No tardará.

—Suba y espérelo en mi piso.

—No puede ser, señor. Yo me quedaré abajo guardando la puerta.

Santo hizo un signo de aprobación.

—Entonces, yo me voy. Estaré arriba si me necesita para algo...

—Si hay novedad, puede que el inspector quiera verle, señor. ¿Querrá usted decirme su nombre?

—Essenden —contestó irónicamente Simon Templar—. El duque de Essenden. Su inspector me reconocerá el nombre.

Vio cómo el agente escribía el nombre en su cartera, y subió la escalera. Aguardó en el rellano del piso de arriba hasta que oyó bajar al agente, y entonces descendió y entró en su propio piso.

Estaba leyendo en pijama y con la bata puesta cuando volvió a sonar, hora y media más tarde, el timbre de la puerta, que acudió a abrir enseguida.

Allí estaba Teal, y detrás de Teal, el agente. Al ver a Simon, el agente abrió desmesuradamente los ojos.

—¡Ese es el hombre, señor! —exclamó atropelladamente.

—Ya lo sabía, imbécil —le fustigó Teal—, lo supe tan pronto como me dijo usted el nombre que le había dado.

Entró en el salón. Su cara redonda estaba más roja que nunca, y por primera vez parecía que sus quijadas no se ocupaban de la masticación de los productos de la Wrigley Corporation.

Le siguió el agente, y Simon, humildemente, a éste.

—¡Y ahora vea usted esto! —exclamó con aspereza Teal.

El Santo, deferente, se apartó para dejarle paso, y el agente caminó en la dirección señalada por el índice de mister Teal. El Santo había preferido conservar el improvisado pelele por considerar una crueldad el privar a la imaginación del policía del alimento y entretenimiento que le proporcionara, mientras vigilaba, aquella silueta siempre inmóvil.

—Y mientras hacía usted el tonto aquí arriba —añadió con amargura Teal—. Jill Trelawney salía por la puerta de la casa y se escapaba tranquilamente. ¡Y se llama usted policía!

—Yo creo —intervino con timidez el Santo— que la idea del agente era buena.

Teal se volvió a mirarle. Los soñolientos párpados del detective se contrajeron, y en sus ojos resplandeció un destello que casi tocaba los linderos de la furia.

El Santo sonrió.

Cachazuda y deliberadamente, los labios de Teal se cerraron en el momento mismo en que iba a pronunciar la palabra que se le venía a la boca.

Perezosamente, los adormilados párpados del inspector se desplegaron de nuevo.

—Santo —murmuró—, ya te dije que era usted un muchacho listo.

—Es lo mismo que me dijo mi tía Ethel —le contestó Simon.

II

Simon Templar, recobradas nuevas energías con una noche de descanso, se dirigió al Ritz a las 9:30 de la mañana siguiente.

No se había acostado tarde la víspera. Teal se entregó de nuevo a su antigua pose de gigantesca somnolencia, de la que rarísimas veces se permitía salir y se había marchado tranquilamente. En efecto, tres cuartos de hora después de la segunda visita del detective, Simon dormía como un lirón.

Teal no tenía donde cogerse. Ciertamente que el Santo se había conducido de una manera «curiosa», pero no existe ley alguna que castigue a los hombres por conducirse de una manera «curiosa». El Santo había mentido, la mentira no es en sí

un hecho criminal. Como tampoco lo es el confeccionar un pelele y acomodarlo sobre una silla de modo que proyecte su silueta contra un biombo con realismo. Y asimismo no hay estatuto que prohíba a un hombre el proclamar a una princesa lituana por su tía... siempre que lo haga sin intención de fraude... De manera que Teal tuvo que marcharse sin realizar sus propósitos.

La sospecha no prueba una evidencia... es un principio fundamental de la Ley inglesa. La Ley se refiere a hechos, y mil circunstancias sospechosas no suman un hecho.

Nadie había visto a la princesa Selina de Rupprecht. Ni una sola persona podía probar que su verdadero nombre fuese Jill Trelawney. Por consiguiente, no había ningún cargo contra Simon Templar por lo ocurrido aquella noche. Y Teal era lo bastante avisado como para saber cuándo estaba perdiendo su tiempo. En la mirada del Santo había una expresión que no invitaba a las baladronadas.

«Y, sin embargo, chicos y chicas —se dijo Simon Templar cuando bajaba la escalera—, no creáis que os esperan siestas apacibles. Claud Eustace Teal es considerado un hombre de excelente memoria. Y el sainete representado anoche ha debido grabarse en su memoria hasta que aparezca de nuevo una luna color azul. Francamente, no creo que el futuro que nos aguarda sea tan dulce como hasta ahora».

Desde luego, la casa estaba vigilada. Al salir a la calle, el Santo observó, sin demostrar que lo notaba, la presencia de dos hombres en la acera de enfrente, enfrascados en interesante conversación; y, al proseguir su camino, sabía, sin necesidad de volverse para mirar, que uno de ellos le seguiría.

Aquello no tenía mayor significación, salvo la de un mal agüero. Para nada influiría en su propósito de almorzar en el Ritz como mister Joseph M. Holliday, de Boston. Massachusetts. En efecto, se debía atribuir a esta circunstancia que el Santo tuviera que salir de su casa más temprano que de costumbre. En la corta existencia de Simon Templar no era ninguna novedad el verse seguido por hombretones vestidos de paisano, persecuciones secundarias que hacía tiempo le tenían sin cuidado.



Cerca de Marble Arch burló al sabueso y tomó un taxi, dirigiéndose al Ritz con la satisfactoria certeza de que temporalmente permanecería perdido el olfato de la policía; el par de anteojos de concha que se había puesto al tomar el taxi completaban a maravilla su sencillísimo disfraz.

Llegó cuando sonaban las diez, y entró en el comedor justamente detrás de la bandeja que llevaba el almuerzo. Se valió del hecho de que estuviera presente el camarero para besar a Jill como esposo que sabe cumplir con sus deberes, y tomó asiento pensando que el día había comenzado bien.

Tan pronto estuvieron solos, manifestó el Santo con apesuramiento:

—Es realmente notable la autovigilancia de la policía.

La muchacha pudo conservar con esfuerzo su gravedad.

—¿Se marchó tranquilo? —inquirió.

—Asegurar que se marchara como un cordero —contestó el Santo— no sería decir nada.

Habría podido parecer un tigre feroz al más dulce corderillo que en las tempranas horas matutinas se viera expuesto en cualquier carnicería.

Relató con todo detalle la parte de su ardid que no presenciara Jill, y, como recompensa, consiguió que miss Trelawney se afirmase contra el respaldo de su asiento y le mirara.

—Es usted una maravilla —le dijo, y como lo decía lo pensaba realmente.

—Toda esa zalamería —le objetó Templar— me duele en el alma.

Tomó uno de los periódicos que estaban sobre la bandeja, y leyó anhelante la sección de los sucesos, sin hallar lo que buscaba. No tuvo más suerte con el resto de las secciones.

—No ha habido tiempo —observó Jill.

Simon asintió.

—Mañana —dijo— habrá partido de pelota. ¿Se apuesta algo?

Pasaron el día sin salir del Ritz, en holganza completa, pues ninguno de los dos hallábase decidido a correr ningún riesgo en aquellos momentos. Entretanto, Scotland Yard, fustigado con los sarcásticos comentarios del inspector general Teal, se tiraba de los pelos y escudriñaba por todo Londres. Naturalmente, no se pensó ni por un instante en el Ritz, y mister y mistress Joseph M. Holliday no pusieron un solo pie fuera del hotel.

El anuncio apareció al día siguiente en *The Times*. Durante el día anterior se distrajeron haciendo conjeturas acerca de la forma en que aparecería, y sucedió lo que siempre ocurre en tales casos, que ninguno de los dos se aproximó a la realidad. Decía así el anuncio:

«*Injusticia*. Podría repararse una gran injusticia si la Dama de París quisiera entrevistarse con quien está deseoso de dar una satisfacción a cambio del perdón. El Caballero de París».

—Esto me hace saltar las lágrimas —declaró el Santo.

—¿Usted lo cree? —le preguntó Jill.

Simon se encogió de hombros.

—No es imposible —replicó—. Usted dice que está segura de que tuvo participación en la calumnia levantada contra su padre. Bien, ahora sabemos unas cuantas cosas acerca de él. Y, como hombre cauto, tal vez crea prudente iniciar este movimiento para concertar un tratado.

Jill Trelawney, asintió y extendió mantequilla en una tostada.

—Y no obstante —observó—, eso es una trampa.

—No para la policía. Essenden no se atrevería... no se atrevería ante lo que ya sabemos. El traficar con drogas prohibidas tiene una pena de cinco años de presidio.

—No, no me refiero a la policía, sino a él mismo.

Simon encendió un cigarrillo.

—¿Quiere usted comprar?

—Compraremos —Jill le miró—. O, mejor dicho, compraré yo. Esta noche veré a Essenden.

—¿Dónde?

—En su casa. He estado allí antes. ¿Lo podría olvidar, acaso? —Le sonrió y el Santo hizo lo propio—. Es lo que esperará Essenden de mí desde hoy. No espera que le escriba... me conoce demasiado bien.

—Y si le conoce a usted tan bien —observó el Santo—, ¿no se dispondrá para esperarla?

—Claro que sí.

—¿Y no luchará?

Con la taza de café en la mano, Jill Trelawney contestó sin inmutarse:

—Hace un año juré matar a todos y a cada uno de los que colaboraron en hundir a mi padre. Waldstein ha muerto. Sospecho de Essenden. Si encuentro pruebas en su contra...

—En cierta época, ése fue mi proceder —le dijo el Santo con gran tranquilidad—. ¿Pero no se le ha ocurrido pensar que quizá haría más provechoso trabajo si diera preferencia a buscar la evidencia que esclarezca el nombre de su padre, en lugar de limitarse únicamente a la venganza?

Jill Trelawney respondió:

—Pero mi padre murió.

Simon nada tuvo que replicar.

Pasaron otro día ocioso, leyendo y charlando a ratos. Para Simon Templar aquellas largas conversaciones eran fascinantes, además de enloquecedoras. Jamás habló Jill de los «Ángeles del Averno», ni de la acusación que pesaba contra ella, ni de la inmutable inflexibilidad de su propósito. Eran cosas que quedaban perdidas en el claroscuro que tenía por fondo el cuadro de su personalidad; no las permitía destacar y, no obstante, no era posible dejar de percibir las. Ante aquel fondo, el propio Simon Templar se sentía un extraño. A pesar de la bizarra alianza, Jill no le había permitido aún bucear ni una vez en los secretos de su pensamiento. Pero él no desistía. Y, por sostener aquella apariencia, él la mantenía ignorante de sus designios. No le dirigía preguntas. Jill era el solista y él un acompañante valioso, perfectamente afinado, pero sometido y medio ignorado. Fue una de las más saludables experiencias en la vida violenta del Santo. ¿Qué otra cosa podía hacer? Una mujer que tiene una idea en la cabeza es como una calle con dirección única: o se ha de seguir la dirección marcada o se provocan atascos en el tránsito.

Miss Trelawney no hizo alusión a su próxima aventura hasta la noche. Hasta después de la cena, cuando, sonriéndole por encima de la mesa, al serle ofrecida la pitillera, le dijo:

—Santo, es sumamente amable por su parte que quiera acompañarme.

—Sumamente amable que usted lo acepte —le dijo Templar con cortesía.

Le ofreció un fósforo, pero la joven no reparó en el ofrecimiento.

—¿Le atrae a usted la idea de otro posible asesinato? —le preguntó.

—Tremendamente —contestó el Santo.

—¿Sabe usted que tal vez sea ése el resultado?

—A mí siempre me ha gustado un buen asesinato.

Jill se llevó la mano al pecho. Templar sabía lo que la joven llevaba debajo de su chaqueta. La noche anterior había examinado el arma con ojos de profesional.

—¿Tiene usted revólver? —le preguntó Jill.

—No me agradan —le contestó—. Son chismes intratables y ruidosos. Y también expuestos. Se pueden disparar.

Miss Trelawney se rio.

—Y, no obstante, usted ha demostrado que no es tonto. Si no fuera así, me costaría mucho convencerme de ello... ¿Está listo?

El Santo consultó su reloj.

—El coche ya debe de estar aquí.

Se dirigieron a él cinco minutos después. Se trataba de un lujoso automóvil con chófer de librea, pedido por teléfono.

Simon ayudó a la joven a subir, ofreciéndole la mano, y de paso dio la dirección al chófer.

Fue una pura coincidencia que el inspector general Teal bajara en aquel momento por Piccadilly. El coche no estaba en Piccadilly, sino delante de la entrada del hotel, en Arlington Street, que Teal cruzaba a la sazón. Este se fijó en el coche, como hacía invariablemente con todo lo que estuviera a su alrededor, con ojos soñolientos que parecía que nada vieran, pero a los que, en realidad, nada se les escapaba.

Observó a un hombre que hablaba con el chófer. Un hombre que usaba un sobretodo con el cuello levantado hasta la barba, un sombrero con el ala vuelta sobre los ojos y unas gafas de concha. Es sorprendente lo mucho que pueden hacer cambiar la cara a una persona estas tres cosas... y especialmente de noche. Teal creyó reconocer en el caballero discreto algo que le era familiar, pero no le fue posible determinar quién podría ser.

Se detuvo en la esquina del Ritz y vio entrar al caballero en el coche. En aquel momento no buscaba a Simon Templar. Ni pensaba, en verdad, siquiera en Simon Templar. Durante las últimas cuarenta y ocho horas apenas si había hablado y pensado en otra cosa que no fuese Simon Templar, y tenía el cerebro cansado de darle vueltas al mismo asunto.

De manera que permaneció allí parado, sin reflexionar ni pensar, hasta que el coche tomó por St. James Street. Cuando el coche doblaba, una mujer que había en su interior se incorporó para tirar una colilla por la portezuela, y recibió de lleno la luz del farol en la cara.

No llevaba sombrero. Tenía una cabellera negra como el azabache, las cejas negras, y finas y bien dibujadas, los ojos de intenso color pardo, y los labios de color carmín. Características que no pertenecían a mujer alguna que él conociera.

Meditabundo, escupió la pastilla, que no conservaba ya sabor a menta, y la sustituyó por otra que extrajo del bolsillo y que se metió en la boca dedicándose a chuparla con renovado entusiasmo. Después, y todavía meditabundo, continuó su camino.

Le mortificaba aquella laguna de la memoria y, aun cuando por fin consiguió cegarla, continuó, sin embargo, mortificándose, porque para Teal su orgullo máximo consistía en sostener que una vez vista una cara no la olvidaba jamás. Había sido el primer fallo que en muchos años le ocurría, y que no podía apuntarse en el haber para su satisfacción.

No fue sino al cabo de una hora, conversando con el inspector de distrito en el cuartelillo de policía de Walton Street, cuando, de pronto, se iluminó el punto oscuro de su cerebro.

—Si me permite una observación —le dijo el inspector de distrito—, nosotros hemos estado buscando por todos los rincones sospechosos del mundo del hampa. Y a un hombre y a una mujer como Templar y la Trelawney, se les debe suponer algún valor. Tal vez se escondan en algún sitio como el Ritz...

El inspector general Teal abrió desmesuradamente la boca y sus pequeños ojos azules parecieron saltársele fuera de las órbitas. El inspector de distrito le miró fijamente.

—¿Qué le pasa, señor?

—¡El Ritz! —rugió Teal—. ¡Oh, sagrado, consagrado y sacratísimo Moisés! ¡El Ritz!

De un salto se puso en pie y desapareció como alma que lleva el diablo, dejando al inspector boquiabierto delante del asiento vacío que ocupara.

La salida por la parte de atrás del cuartelillo y una carrera loca Jeoman's Row abajo, le condujeron a Brompton Road, donde tuvo la fortuna de coger un taxi sin perder un momento.

—¡Hotel Ritz!... —ordenó Teal—. ¡Y vuele! Soy un jefe de policía.

Se subió en el coche anhelante. Sus días de corredor se perdían ya en la oscuridad de los tiempos.

En el momento presente estaba completamente despierto... aunque, ¡ay!, comprendía con amargura que ya era algo tarde para despertarse.

Minutos después interrogaba a toda la dirección del Ritz, que se mostró ansiosa de ayudarle y al mismo tiempo de evitar toda publicidad. A Teal no le interesaban las susceptibilidades interiores de la dirección. Hizo su investigación fría y eficientemente y no tardó en dar en el registro de entradas con los nombres de los falsos mister y mistress Joseph M. Holliday, de Boston, Mass. Hizo una visita de inspección al pequeño apartamento que ocupaban y oyó de labios del camarero de servicio el cuento de que mistress Holliday había estado guardando cama con un fuerte resfriado desde el día de su llegada, y que mister Holliday, como buen esposo americano, verdaderamente amante, no se había movido de su lado. Aquélla era la primera noche que salían. La señora se había sentido mucho mejor, tanto, que el señor había creído que un corto paseo por las afueras, bien abrigada y en un coche cerrado, le sentaría bien.

—¡Oh, en una bonita noche de invierno... templada! —comentó Teal sarcástico—. Y, ¡claro!, a oscuras, para gozar mejor del panorama. Sí, el cuento es de primera.

Quien facilitaba la información entendía que semejantes excentricidades eran propias de americanos ricos.

—Sí, de americanos muy ricos —convino Teal.

Cogió un maletín de cuero. Estaba vacío. Ulteriores investigaciones demostraron que aquel maletín era lo único de su propiedad que habían dejado en el apartamento mister y mistress Holliday.

—¿Llevaron consigo alguna manta de viaje? —preguntó Teal.

—Alquilaron dos del hotel, para el paseo.

—Es asombrosa —observó Teal— la cantidad de cosas que se pueden llevar en una manta de viaje, si se conoce el truco para empaquetarlas.

Volviendo a la oficina del gerente en la planta baja, se enteró, tal como esperaba, que el coche había sido pedido por el hotel para mister Holliday.

—Somos nosotros los que nos ocupamos de estos detalles —añadió el gerente.

—Y a veces —observó Teal con cierta malsana satisfacción— también pagan ustedes por ellos.

El gerente no estaba del todo convencido.

—¿Quiere decir —preguntó—, que no confiamos en que regresen?

—No, no se preocupen de eso —replicó Teal—. Es otra excentricidad de estos americanos millonarios.

Se dirigió a toda prisa a Scotland Yard, y en el camino, mientras llegaba, ya había decidido que sólo había un lugar en Inglaterra donde plausiblemente hubieran podido ir Simon Templar y Jill Trelawney.

Trató de telefonar a Essenden, pero le informaron que la línea no funcionaba. Quiso ponerse al habla con el subcomisario Cullis, pero éste se había marchado de Scotland Yard a las seis y no se encontraba ni en su domicilio ni en su club.

A Teal sólo le quedaba una cosa que hacer, pues sentía un profundo desprecio por todos los policías que no fueran del área metropolitana.

A las diez menos diez minutos marchaba hacia el oeste de Londres a toda prisa, en un coche del servicio policíaco. Muy a su pesar, era consciente de que llegaría a Essenden probablemente dos horas demasiado tarde...

De cómo Jill Trelawney acude a una cita y Simon Templar hace de escudero

I

Essenden se sirvió otra copa y acercó la botella hacia el centro de la mesa.

Había quietud y soledad aquella noche en Essenden. Lord Essenden se había cuidado de esto. Con alguna ingenuidad y afabilidad, hasta entonces ajenas a sus hábitos, sugirió a lady Essenden que su afición a la vida campestre debía ocasionalmente ser interrumpida por alguna visita a Londres, por lo cual, había tomado un palco en el Orpheum Theatre, para aquella misma noche.

Fue una verdadera mala suerte que a última hora, a punto de salir para la capital, le hubiera acometido un violento y molesto dolor de muelas, pero se opuso con energía a que su desgracia privase a lady Essenden de distraerse, e insistió en que debía ir sola a Londres. Telefonó a unos amigos y quedó con ellos en que acompañarían a su esposa.

Ese fue el primero de los problemas. El segundo se refería a la servidumbre. Pero por lo que respecta a disponer de ésta, el destino se lo había resuelto graciosa y amablemente. Aquella noche había baile en el pueblo vecino. La servidumbre había acudido previamente a él en demanda de permiso para asistir, permiso que él le había negado. Luego se arrepintió y, en un arranque asombroso de generosidad, concedió toda la noche libre a cada uno de los servidores y sirvientes del castillo de Essenden. El mayordomo se había quedado, pero Essenden lo mandó también con los otros, diciéndole que prefería quedarse solo con su dolor de muelas.

Es por ello que no le fue difícil introducir en la mansión a los cuatro hombres que ahora le hacían compañía.

Habían sido cuidadosamente escogidos. Salvó algún que otro financiero afortunado, pocos eran los amigos delincuentes que tenía lord Essenden, y de entre los rufianes que conocía había elegido a estos cuatro con cuidado y premeditación.

Sentados alrededor de la mesa, cada uno se servía de la botella de whisky que él había puesto a su disposición... cuatro sujetos cuidadosamente escogidos. Allí se encontraba Arne el Relámpago, hombre con cara de hurón, especialmente aficionado a lucir sortijas de diamantes y pantalones a cuadros de dos colores, propios para las fiestas hípicas, miembro prominente de una banda que muchas de las taquillas de apuestas para carreras de caballos del norte de Inglaterra conocían por el dinero que les costaba. También se hallaba allí Ganning el Serpiente, recién salido del presidio de Pantouville, alto, delgado y flexible, con el pelo negro alisado y brillante, cuello

largo y ojos de cuenta, cuyos rasgos dieron pie a su apodo. Igualmente concurría Harver el Rojo, con su eterna mala cara y sus poderosos puños, siempre prontos. Así como Matthew Keld, con su tajo de la frente al mentón, producido con una navaja barbera por un hombre que no tuvo ocasión de volver a marcar otra cara en su vida. Cuatro sujetos perfecta y cuidadosamente escogidos.

Essenden habló:

—¿Está todo bien claro?

Paseó la mirada por el reducido círculo de rostros expectantes cuyos dueños correspondieron a su mirada complacidos. Ganning el Serpiente inclinó la cabeza cuanto se lo permitía la largura de su cuello, y, con voz suave y sibilina, contestó:

—Todo está bien claro.

—No puedo decirles cuándo vendrán —añadió Essenden—. Sí sé que sólo vendrán dos de ellos. Si algo les conozco, diría que con toda probabilidad se presentarán por la puerta principal y que tocarán el timbre. Pero quizá no suceda así. He escogido los puestos que he señalado a cada uno de ustedes en los distintos lugares de la casa, de modo que cada cual pueda dominar la parte que le corresponda de su terreno. Hay timbres por todas partes y pueden avisarse y ayudarse en un momento dado. Con él pueden conducirse como les parezca. A la muchacha quiero que me la traigan a mí.

Era la cuarta o quinta vez que lord Essenden repetía sus instrucciones con su tono vacilante y majadero, y los ojos negros y hundidos del Serpiente le miraron con cierto desdén.

—Ya le hemos oído —le dijo.

—Perfectamente.

Essenden se ajustó la corbata y consultó su reloj por vigésima vez.

—Creo que sería mejor que fueran a ocupar sus puestos —indicó.

Ganning se levantó, estirando su desmesuradamente estatura como los muñecos de las cajas de sorpresa.

—Vamos —dijo.

Ame y Keld se levantaron para seguirle, pero Harver el Rojo se quedó sentado en su sitio. Ganning le dio una palmada en el hombro.

—Vamos, Buey.

Harver se puso en pie lentamente, sin volverse. Miraba con insistencia hacia algo situado detrás de Essenden. Detrás de Essenden se hallaba un balcón que tenía corrida su pesada cortina.

Los otros, observando con curiosidad a Harver, siguieron la dirección de su mirada. Pero no notaron nada. El mismo Essenden se volvió bruscamente. Luego se dirigió a Harver.

—¿Qué pasa? —graznó.

El poderoso brazo de Harver apuntó en dirección al balcón.

—¿Cerró usted ese balcón? —preguntó.

—Claro que lo cerré —le respondió Essenden—. Usted me vio cerrarlo.

—¿Pero lo cerró usted bien cerrado?

—Pues claro que sí —repitió Essenden.

Harver apartó de un manotazo la mesa.

—Bueno, pues, entonces, si no se ha abierto solo —dijo—, alguien lo ha abierto. Yo acabo de ver moverse esa cortina.

Essenden se retiró.

Ganning se llevó la mano derecha a la revolverá del pantalón, y Relámpago se abrochó intencionadamente la americana. Harver avanzó cauteloso de puntillas.

El disimulado movimiento terminó en un rápido ataque. Los enormes brazos de gorila de Harver apresaron la cortina en un precipitado abrazo, cogiendo algo entre los pliegues como el pez entre las redes.

Transportó la pesca al centro de la estancia y rasgó la cortina como si fuera de algodón. Allí, en el suelo, dejó el fardo, del que se separó un paso, en tanto que el intruso luchaba para mostrarse a la vista.

—Bien, ¿quién es usted? —aulló débilmente Essenden, que se mantenía algo separado del grupo.

El hombre tirado en el suelo se levantó la gorra que le tapaba los ojos y miró a su alrededor con espanto. Su aspecto no era, en verdad, seductor. El traje que llevaba aparecía cubierto de manchas de polvo. Parte de los calcetines asomaban por los ruedos de un pantalón deshilachado, y por los extremos de unos enormes zapatones llenos de barro. Alrededor del cuello, probablemente como sustituto de camisa, cuello y corbata, se ataba una bufanda roja. La gorra era de un color rojo púrpura. Parecía no haberse afeitado en varios días, y un parche que le tapaba un ojo comunicaba a su rostro un aspecto siniestro y desagradable. Hablaba gimiendo.

—Yo no estaba haciendo ningún daño, señor gobernador.

Harver le dejó caer una de sus manazas, grandes como un jamón, en el cuello, y le puso de un tirón en pie.

—¿Cómo se llama usted? —le preguntó.

—George —respondió el ratero, aterrorizado.

—George, ¿qué?

—Albert George.

Harver zarandeó a su prisionero cual si fuera una rata.

—¿Y qué estaba haciendo ahí?

—Oh, déjalo, Rojo —dijo Ganning—, no tiene nada que ver con el asunto.

Essenden se aproximó.

—Eso no lo sabemos —observó—, podría ser una de sus triquiñuelas. De todos modos aunque no tenga nada que ver con el asunto, puede habernos oído hablar.

Harver zarandeó de nuevo al pescado.

—¿Qué es lo que has oído? —le preguntó.

—No he oído nada, suélteme, señor gobernador, no he oído nada.

—¡Embustero! —dijo el Relámpago con delicadeza.

—Suélteme —gemía el prisionero—. No he oído nada.

Harver gruñó:

—Te suelto —le dijo— si no te acuerdas de nada. Pero ¿quién te dijo que vinieras aquí?

—¡Suélteme!

Harver le dio un puñetazo en el pecho que lanzó al infeliz dando tumbos contra la pared.

—Te prometí que te soltaría —le dijo— y así lo he hecho. Ahora, ¿quieres hacer el favor de hablar?

Se dirigió sobre su víctima a grandes zancadas, y el ratero retrocedió a gachas, presa del terror. Keld y Ganning presenciaban imperturbables la escena. El prisionero lanzó un grito, contraído el rostro por el pánico. Y como Harver llegara a la distancia de golpearle y volviera a levantar en alto el puño, el hombre dio un agudo grito de verdadero espanto.

—¡No me pegue!



Hurtó el cuerpo desesperadamente y el puño de Harver dio el martillazo contra la pared. George corrió hacia un rincón y se acurrucó allí, pero Harver, como un toro enfurecido, le siguió.

—¡Hablaré! —gritó el prisionero—. Pero no me pegue más.

Harver no parecía dispuesto a acceder, pero Essenden se puso en medio.

—Espera un minuto —dijo—. Para eso habrá tiempo después. Ya oiremos lo que tenga que decir.

Albert George se arrimaba contra la pared.

—Es un «golpe» —declaró el ratero entre alientos entrecortados que parecían boqueadas de moribundo—. Pero la idea no es mía. Fue un sujeto que me encontré esta mañana en Seven Dials. Me dijo que aquí vivía un hombre a quien quería que le dieran una paliza, y que se llamaba Essenden. ¿Alguno de los señores se llama mister Essenden?

—Siga —rezongó Harver.

—Me ofreció un puñado de dinero para que lo hiciera y me dijo que no había riesgo. Que sólo tenía que abrir un balcón del entresuelo y entrar. Me dijo dónde estaban los timbres de alarma, me dio un plano de la casa en el que me señaló el dormitorio, y añadió: «No tienes más que entrar en el cuarto y cepillar la ropa; yo te estaré esperando con un coche a la puerta de la casa para traerte de nuevo a Londres».

—¿Te dijo que te esperaría en la puerta con un coche?

El hombre tartamudeó:

—Sí. ¿Qué hora es? Él me dijo que estaría allí a las diez.

—¿Cómo se llamaba ese hombre?

—No lo sé. Era un caballero. Bien vestido. Se parecía a ése —y señaló al Relámpago.

—¿Había alguien con él?

—Sí, señor. Una mujer. Una señora bien vestida también. Ella también estará en el coche... según dijo.

Ganning retiró la mano de la pistolera de su pantalón.

—Entonces la cuestión es fácil —observó. Y dirigiéndose a Essenden añadió—: Creo que lo indicado es bajar y sorprenderlos.

Essenden asintió. Apenas podía creer en su buena suerte.

—Es mejor que vayan todos —dijo—. Podrían estar armados. Pero primero amarren a este hombre.

Sacó de una gaveta un trozo de cuerda y se la dio. Harver cogió al ratero por los brazos y se los retorció bruscamente llevándoselos a la espalda. Keld utilizó la cuerda con pericia de mano experta. Luego arrojaron al prisionero a un rincón como un saco de patatas.

—Tardará en soltarse —aseguró Matt Keid.

Ganning dio la vuelta alrededor de la mesa.

—Vamos —dijo.

Los cuatro hombres se deslizaron fuera de la estancia por el balcón.

Una vez solo, lord Essenden cogió la botella de whisky y se sirvió. Esta vez parecía que la suerte se mostraba a su favor. Jill Trelawney era astuta —no lo negaba—, pero él lo había sido más que ella. Se quedó mirando al desgredado sujeto que yacía acurrucado en el rincón, tal como lo habían arrollado allí. Le llamaba la atención que el Santo diera una prueba de tamaña falta de criterio escogiendo a un hombre como aquél para que «le cepillaran».

No podía comprender el objeto de tales ataques. No hacía mucho que le habían dado una terrible paliza por orden de Jill Trelawney y por medio de uno de los miembros de la banda de Donnell. Y ahora, al parecer, había alquilado a otro individuo, con el mismo objeto. Desde el punto de vista de la Trelawney, no podía comprender a qué conducían semejantes ataques. Pero, desde su punto de vista personal, tenía que admitir que la perspectiva de recibir una paliza que lo redujera a intervalos regulares a la cama de un hospital, no era, en general, muy alentadora. Todavía ostentaba una cicatriz fresca en la frente como recuerdo del último suceso, que le escocía con odio reconcentrado cada vez que pensaba en Jill Trelawney.

Puso el vaso sobre la mesa y se enjugó los labios con su pañuelo de seda. Albert George continuaba en el rincón con la barbilla clavada en el pecho, viva expresión de la conformidad desventurada. Essenden se le acercó, y lo empujó con la punta de su bota de charol.

—¿Cuánto te pagaban por esto? —aulló, y el temblor de su voz denunciada la ansiedad que agitaba su pensamiento.

—Cien «truchas» —le contestó, y volvió a caer en su estupor.

Essenden se retiró y volvió a obsequiarse con otros dos dedos de whisky. Cien libras esterlinas eran mucho dinero para dárselas a un infeliz como aquél. Le constaba que existían muchos hombres para el caso, que se habrían encargado por mucho menos; y si a aquel sucio ejemplar allí tirado le iban a pagar cien libras por la faena a Harry Donnell debieron pagarle por lo menos el doble. Desde luego, en estos asuntos variaban las tarifas. A un hombre se le podía mandar una semana al hospital por una cantidad relativamente razonable. Se pide más proporcionalmente por romperle a uno un brazo que por romperle los dos. Pormenores muy conocidos en ciertos círculos cuyas puertas había franqueado Essenden más de una vez, pero así y todo...

Así y todo, el suceso de aquella noche no era más que la confirmación del hecho de que Jill Trelawney no andaba escasa de fondos para llevar adelante su campaña. Cosa que ya había notado la policía en sus primeras hazañas al frente de los «Ángeles del Averno», que tanto le preocuparon y que había desencadenado sobre Scotland Yard la condena de su ineficacia pregonada por una Prensa histérica. Y si los «Ángeles del Averno» estaban dispersos y la propia Jill Trelawney era una criminal con su cabeza puesta a precio, con la sombra del patíbulo siguiéndole los pasos, parecía que aún contaba con fondos que le permitían seguir siendo la formidable forajida de antes. Claro que ahora estaba con ella el Santo, y los recursos del Santo, según creencia popular, eran inagotables. Además, estaba también el pequeño detalle de los doscientos mil francos desaparecidos en París.

El recuerdo de París le produjo una desagradable sensación de vacío en la boca del estómago, y recurrió a un trago de whisky para llenar dicho vacío... Porque el cartapacio y la cartera que al mismo tiempo que el dinero le habían quitado, y cuyo contenido ya habrían logrado descifrar la Trelawney o el Santo, eran trozos de información que si se relacionaban hábilmente y se estudiaban e investigaban, no era

imposible que su propio nombre se viera complicado de un modo peligroso con cierto tráfico que la Ley veía con cara de muy pocos amigos, y que podía, sin dificultad, valerle cinco años de presidio a trabajos forzados y veinticinco azotes con un látigo de nueve nudos.

Consultó nuevamente su reloj y pensó extrañado en lo mucho que tardaban en regresar sus hombres. En aquel preciso momento oyó sonar un timbre en el fondo de la casa.

Tenía los nervios tan impresionables, que la repentina alteración del silencio le hizo temblar la mano hasta el punto de que parte del contenido del vaso se derramó sobre la mesa y le salpicó las botas. Colocó el vaso cuidadosamente encima de la mesa y se llevó la mano al bolsillo de la americana para tocarse el revólver, cuyo contacto le reanimó. Luego, medio vacilante de lo que le inducía a averiguar el origen de la llamada, se dirigió al vestíbulo, que estaba a oscuras. En el momento en que hacía girar el interruptor para iluminarlo, se repitió la llamada.

Abrió la puerta de la casa. En el umbral apareció Jill Trelawney, erguida y esbelta, con su sencillo traje de viaje, su cabellera de seda, libre de la peluca que tan eficazmente despistara a la famosa memoria del inspector general Teal, asomando por debajo de su pequeño sombrero que enmarcaba su exquisito y lindo rostro. A la vista de Essenden, la expresión de los ojos de Jill apenas dejó traslucir la más leve señal de reconocerle.

—Buenas noches —dijo con gran serenidad.

Essenden retrocedió vacilando, perplejo, pero ella, sin titubear, dio unos pasos hacia delante; y con la palabra resonándole en los oídos, lord Essenden se volvió para cerrar la puerta.



Decimos que dio unos pasos hacia delante. Esta fue, en efecto, la impresión de Essenden, pero, en realidad, Jill estaba casi pisándole los talones —lo bastante próxima para apoyarle fuertemente en el centro de la espalda, algo redondo y resistente que el lord comprendió no podía ser más que una cosa—, y cuando la joven habló su voz le hirió detrás de la oreja como un puñal.

—¡Arriba las manos! —le ordenaba Jill en el mismo tono tranquilo con que había dicho «Buenas noches».

Lord Essenden levantó las manos. Le pareció que el cerebro se le había paralizado... y entonces se dio cuenta de que dos minutos antes había estado a punto de que se lo paralizasen para siempre.

Miss Trelawney advirtió luz en un cuarto que había después del vestíbulo y empujó a lord Essenden hacia él. Este avanzó sin oponer resistencia, con los brazos en alto, entrando en la estancia que momentos antes abandonara.

Al llegar al centro de la habitación, Jill se detuvo y vio por encima del hombro, al hombre que, hecho un ovillo, estaba tirado en el rincón.

—¡Hola, Santo! —exclamó.

II

Simon Templar sonrió.

—¡Hola, Jill! —contestó—. ¿Y qué ha sido de usted durante todos estos largos años?

La muchacha retrocedió hasta él, sin dejar de apuntar a Essenden con su pequeña pistola, y esgrimió en su mano izquierda un cuchillo. El Santo dio una vuelta poniéndose boca abajo y Jill cortó rápida y certera las cuerdas que le ataban. En un instante se vio libre, se puso en pie y se desperezó.

—Ah, esto ya es más agradable —declaró—. El hermano Matthew tiene ideas eficientes, aunque violentas, acerca del tema de ligar mortales. Apretar los nudos tanto como sea posible, sin romper la cuerda... ése es su sistema; muy loable, pero incómodo para la víctima. Sin embargo, henos de nuevo aquí...

Simon Templar se dedicó a sacudirle el polvo a su americana. En verdad, era una espléndida prenda una vez quitadas las manchas de yeso que le había aplicado. Se sacó los enormes zapatones, y aparecieron un par de zapatos perfectamente limpios. Los horribles jirones de los calcetines eran postizos, de modo que se los desabrochó y guardó en la faltriquera. La bufanda roja demostró también que la primera impresión que producía era asimismo falsa: Simon llevaba camisa, cuello y corbata, y todo era moderadamente elegante. Ante los ojos de sorpresa de Essenden se quitó su gorro púrpura y el parche del ojo, se limpió con el pañuelo el cardenal que se había pintado y dejó de parecerse lo más mínimo a Albert George.

—Un disfraz ingenioso —dijo— útil para dividir el campo enemigo. Pero no es, a decir la verdad, original. Aunque no por ello menos eficaz.

—¿Ha tenido que sufrir alguna inconveniencia? —le preguntó Jill.

—No. Sólo las propias de un hombre falto de maneras. Me dio un puñetazo una vez, lo cual es siempre incómodo; y otra vez se lo dio a la pared, que debió de hacerle un rato largo de daño. Por lo demás, no había otros desperfectos. Y todo el racimo se echó a la calle en busca del coche como cuatro budas chinos a la caza de queso Rochefort.

Essenden, de pie, contra la pared y con la mira de la pistola de Jill Trelawney apuntándole al pecho, sintió miedo. En el bolsillo de su chaqueta guardaba un revólver, pero no se atrevía a sacarlo. La muchacha no separaba su vista de él más de una décima de segundo, y la expresión de aquellos ojos le decía que tenía el dedo en el gatillo.

Comprendía haber sido fatalmente descuidado. Incluso cuando vio aparecer en la puerta a Jill, no se alarmó... Tan estúpidamente le había cegado la historia de Albert George. Sabía que sus hombres regresarían dentro de poco y estaba también seguro de que cualquiera que fuese el pensamiento de Jill Trelawney, no lo ejecutaría mientras él la convenciese de que, en tanto sostuviera la sartén por el mango, tenía probabilidad de obtener la información ofrecida en su anuncio; pensó, pues, en valerse de tal promesa... Era su carta de triunfos y se la reservaba para caso de emergencia. Tenía el convencimiento de que mientras dispusiera de esta carta, su vida no correría verdadero peligro. Pero el desenmascaramiento del falso Albert George —la revelación de que no se trataba solamente de Jill Trelawney sino también de Simon Templar, con quien debía habérselas— había trastornado el equilibrio de Essenden.

Algo horrible se advertía en los destellos nerviosos que despedían los ojos de aquel hombrecillo imperativo, con aires de loco.

El terrible y brillante plan que había trazado, se venía al suelo como un castillo de naipes.

Sólo Jill Trelawney se reía.

—Ahora tenemos que hablar de algunas cosas, ¿no le parece? —indicó la joven, y lord Essenden pareció estremecerse, aunque quizá fuese a causa de la corriente de aire que entraba por el balcón, que sus hombres habían dejado entreabierto cuando se deslizaron por allí.

Al lado del balcón estaba el Santo.

—Ya regresan los muchachos —advirtió Templar—. Esta vez creo que un revólver puede evitar inconveniencias.

Se acercó a Essenden, le sacó la pistola automática del bolsillo y se resguardó tras el armario de la librería el cual estaba situado en forma que impedía que nadie que entrase por el balcón lo pudiese ver.

—Si usted fuese con Essenden a dar un paseo —indicó, zumbón—, yo le avisaría cuando la colección estuviera completa, vocalizando la escala desde los bajos a los agudos. Aunque ya está algo avanzada la estación, es probable que encuentren algún muérdago por ahí...

—Aprobado, hermanito mayor.

Simon vio cómo se llevaban a Essenden, y se pegó contra la pared, agitando ligeramente en la mano la pistola que pertenecía al aristócrata.

Se oía hablar en la parte exterior del balcón.

Harver el Rojo, cuya voz prevalecía sobre las demás, venía diciendo:

—Una trampa, eso es lo que ha sido.

Luego, Arne el Relámpago soltó un término... que no puede darse a la imprenta.

Y Keld ladró:

—No ha podido desembarazarse de las cuerdas... él solo, no ha podido...

—Pues ahí está la cuerda en el suelo, en el sitio donde le dejamos —silbó Ganning—. Hay que suponer que se derretiría y se escurriría a través de las ligaduras para después solidificarse.

—No bromeéis —refunfuñó Harver—. Sabemos que Albert George era un embustero. Alguno de sus compinches entró mientras estábamos fuera...

—Ni más ni menos —interrumpió el Santo en tono apologetico—. ¡Ni más ni menos!

Harver se volvió rápido con los puños en alto, pero la pistola que el Santo tenía en la mano abatió su coraje. Como abatió el de Ganning, que era famoso en lo de evitar encuentros frente a frente, e igualmente se desanimó Arne el Relámpago, que practicaba ciertas tretas que sólo él conocía y se desanimó también Matthew Keld, el desconsiderado perito en atar mortales.

—Lo siento —manifestó el Santo—, pero se trata de «un golpe» como decía George.

Harver el Rojo le miró siniestramente de hito en hito y, reconociéndole por la voz, exclamó:

—¡Usted...!

—¡Oh, perdón! —le respondió el Santo como anonadado—, no me ha complacido nunca dar gato por liebre.

Obligó a los cuatro a colocarse juntos en una esquina conveniente de la habitación, valiéndose de su manera breve y persuasiva, y levantó la voz para que le oyera Jill. Fue lord Essenden el primero en entrar. Ganning contuvo la respiración, pero el misterio quedó explicado cuando tras él apareció Jill Trelawney.

—Si se encarga del mando —sugirió el Santo—, yo iría a buscar un poco más de cuerda.

La muchacha hizo un breve signo afirmativo. Con su pistola automática, describiendo un pequeño arco de círculo, cubría a los cinco hombres, demostrándoles de esta forma lo que les esperaba si se movían.

Diestro y rápido, Simon cacheó al grupo de sujetos y recogió cuatro pistolas, dos salvavidas, un cuchillo y una navaja barbera, objetos que depositó con un ligero gesto de disgusto en el cubo del carbón.

A continuación se fue a la cocina y volvió a los pocos momentos con seis brazadas de cuerda.

Los métodos de Templar para amarrar mortales eran menos primitivos que los de Matthew Keld, pero no menos eficaces. Amarrados ya, sólo cuatro brujos hubieran podido volver a los señores Arne, Ganning, Keld y Harver a la condición de actores con movimientos en la escena. A Essenden se le dispensó de las ligaduras.

—Tal vez —sugirió Simon a Jill— quiera usted hacer algunas preguntas a Su Excelencia. Y quizá precise yo de este cabo de cuerda para animarle a responder.

Hizo zumbir terriblemente en el aire un trozo de cuerda de dos metros casi. Pero la muchacha movió la cabeza.

—Ha comenzado ya a responder.

Simon manifestó sorprendido.

—¿De modo que...?

—Claro que he respondido —declaró Essenden con voz quebrada—. ¿Por qué no había de cumplir lo que decía en mi anuncio? Pero pensé que quizá ustedes tomarían mi anuncio como una trampa y por eso me he preparado. Esta es la única razón de la presencia de esos otros hombres aquí.

—¡Un precioso ramillete! —murmuró el Santo con incredulidad. Su mirada indolente envolvió al cuarteto con una expresión de fogonazo genial—. Me parece que les conozco a todos. Tengo noticia de los siete años de presidio de Harver el Rojo por homicidio casual... que debió ser la horca por asesinato. Sé todo lo concerniente al hermano Matthew y el Waikiki Club. No ignoro cómo adquiere el dinero Arne el Relámpago para comprar sus anillos de diamantes. Y a Ganning el Serpiente ya le había saludado antes. ¿Verdad, Serpiente?

—Admito cuanto usted expone —contestó Essenden de mala gana—, pero...

—Lo que usted pensaba —intervino Jill Trelawney con serenidad— era tendernos una trampa, pero nosotros le hemos hecho caer en ella. Ahora se encuentra cogido en el cepo que preparaba para Simon y para mí. Y sus simpáticos camaradas lo presencian todo en calidad de estatuas decorativas. De momento, usted, para salvar la piel, está dispuesto a reanudar su primitiva oferta. Habiéndole fallado la doble, se apresura a jugar la sencilla. ¿No es así?

Jill Trelawney no tenía fundamentos en que apoyarse para preguntar si era así o no. Pero la pregunta era casi puramente retórica. Lo que se proponía la muchacha era demostrarle a Essenden que se daba cuenta de que era la única salida que le quedaba. De modo que no le interrogaba... sino que le ordenaba. Hablaba persuasivamente, en tono tranquilo y razonador, teniendo en la puntería de su mano la muerte pronta y la expresión del asesino luciendo en sus ojos morenos, que semejaban dos gotas heladas de oro.

—En efecto, así es —respondió con hosquedad Essenden.

—¡Adelante! —ordenó miss Trelawney.

Essenden prosiguió:

—Su padre de usted no fue calumniado...

Hizo una pausa.

—¡Le he dicho que siga!

La voz de la muchacha resonó como un disparo de pistola; sin embargo, no había gritado. La semejanza provenía del tono penetrante, repentino, distinto, mortal.

—Yo, lo confieso, estaba en el asunto, por lo que se le acusaba, pero su padre no tuvo suerte. Usted no me creerá, pero puedo probarlo. He conservado documentos que, naturalmente, no salieron a relucir en la investigación. Sí hubiesen salido, habría sido peor para él. Yo le puedo mostrar cartas de su puño y letra...

—¿Dónde?

—En mi caja fuerte particular... escondida lejos de aquí.

—¿Dónde?

Essenden parecía acobardado por la glacial severidad de su voz.

—En el sótano.

—¡Ah, vamos! —exclamó el Santo.

—Hay una puerta debajo de la escalera principal. Baje por ella...

—Y encontrará un portillo que conduce a los albañales del castillo —prosiguió el Santo impasible—. Lo sentimos por usted, compañero, pero ya conocemos esa historia.

La joven contestó sin dar muestra de turbación:

—Yo iré a ver si miente —dijo—. Si miente... bueno, entonces hace usted uso de la cuerda, Pero debemos asegurarnos... no sea caso de que diga la verdad *per accidens*.

Simon depositó el cabo de cuerda encima de la mesa con un encogimiento de hombros.

—Iré yo —declaró—. Aunque no creo que dé gran resultado. Obtengamos unas cuantas indicaciones más. Bajamos la escalera...

—Vaya a la bodega —indicó Essenden—. Entre, y en el fondo encontrará una puerta cuya llave se encuentra colgada en un clavo junto a ella, hay que bajar unos cuantos escalones más, que conducen a lo que queda de un antiguo paso secreto. A unas veinte yardas de distancia, el pasillo desembocaba en una especie de cueva.

Simon interrumpió la historia.

—Bien —dijo—. Todo eso me huele a un inútil propósito de malgastar el tiempo, pero iré. Y le advierto que si se trata de malgastar el tiempo... ¡ah, mi mimado duequecito, va usted a arrepentirse de haber tenido tan feliz idea!

—Yo no trato de malgastar ningún tiempo —contestó Essenden.

El Santo lo miró fijamente. Algo que sorprendía en los ojos de Essenden y que antes no había notado le infundió una borrosa sospecha, pero no estaba del todo

seguro. Y, no obstante... ¿de qué ardid podía tratarse? No de otro que el librarse del hombre, con la esperanza de que fuera más fácil entenderse con la mujer.

Considerada en tal sentido, la idea resultaba risible para cualquiera con un adarme de imaginación y un mínimo conocimiento de Jill Trelawney. De todos modos, Simon se volvió en el umbral de la puerta y le hizo a la joven una advertencia ridícula.

—Jill —le dijo—, es muy posible que lo que quiera sea quedarse a solas con usted para idear algo más ingenioso. Pero los cuatro sujetos peligrosos están bien atados y el duquecito este es un hombre que no hace ninguna falta al Imperio... de modo que si se para en los cuartos traseros...

—No se preocupe —le contestó la joven—. Eso es precisamente lo que estoy esperando. No apartaré la vista de él hasta que usted regrese.

—Así me gusta, muñeca —le contestó el Santo y desapareció. Cruzó el vestíbulo y encontró la puerta debajo de la escalera principal sin dificultad. Al abrirla, vio un interruptor, que hizo girar para tener luz, y descendió un tramo de escalera de piedra, al final del cual se hallaba la bodega, conforme le habían indicado. Otro interruptor allí colocado le sirvió para iluminar la bodega. La que había al fondo era de madera maciza, vieja, cruzada por una fuerte barra metálica y con grandes alcayatas de hierro. Esperaba encontrar mohosa y cubierta de telarañas semejante puerta, pero una ligera traza de aceite en sus goznes fue bastante para denunciar a su ojo avizor que no era él la única persona que franqueaba el pasillo secreto.

Cogió la llave. Estaba brillante y recientemente engrasada, y la cerradura cedió con facilidad. Cuando abrió la puerta, encontró un poco más allá otro interruptor, que le permitió iluminar todo el pasillo, éste se extendía ante su vista a la luz de una serie de bombillas eléctricas.

Un vaho de humedad, de aire enmohecido, le dio en la cara. Avanzó cauteloso y con una ligera sensación de ilógica desconfianza en la espina dorsal, una sensación que casi equivalía a una aprensión. La rechazaba porque no había razón para ella... no había razón a no ser por aquella expresión que creyera sorprender en los ojos de Essenden y cuyo significado le había contrariado. Pero siguió avanzando, mientras se llamaba tonto a sí mismo y sostenía la pistola en la mano.

El pasillo descendía en rampa y sus últimas diez yardas casi eran un precipicio. Bajó este último trozo con ayuda de los huecos que presentaba el suelo y que en un tiempo debieron ser otro tramo de escalones, antes de ser la actual pendiente.

El techo del pasadizo, que al principio parecía bajo, no descendía conforme el suelo se hundía. Se mantenía a la misma altura, de modo que el espacio sobre la cabeza del Santo se hacía mayor a medida que bajaba por el túnel. Al final de la bajada, el pasadizo presentaba una curva cerrada. Dobló dicha curva y se encontró de súbito en el sitio descrito por Essenden como «una especie de cueva». Efectivamente, era una especie de cueva, pero de una clase que el Santo no esperaba encontrarse en semejante lugar. A la entrada, el techo no estaba demasiado alto y las luces de las últimas bombillas que le habían conducido hasta allí iluminaban su acceso. Pero no

podía juzgar el tamaño de la cueva. Empezaba a estrecharse a partir del espacio alcanzado por la luz, cuyos últimos resplandores se perdían en la más negra oscuridad.

Simon pronunció algunas palabras separadamente con el fin de apreciar las dimensiones de la cueva, pero el eco rebotaba de un lado a otro con una intensidad tan extraordinaria que casi le ensordecía, para decrecer luego paulatinamente hasta perderse como tragado por las entrañas de la tierra. Una vez que hubo cesado el fenómeno, Simon pensó en echarse a llorar, movido por lo apropiado del lugar, dado lo absoluto de su quietud y soledad, porque sus instrucciones no le obligaban a avanzar más adentro de aquella gigantesca cripta.

Se volvió a mirar. La abertura por la cual penetraba se le antojaba, ante la perspectiva de cuanto le rodeaba, de mezquina e insignificante apariencia, algo así como la entrada de una cueva de ratones en el muro de una catedral, pero a la derecha de la entrada encontró lo que le habían dicho que hallaría. En el centro de la pared de la cueva, a unos doce pies de distancia, había dos juegos de cadenas que colgaban de unas argollas empotradas con cemento en la roca. Aquello merecía ser examinado.

Siguió avanzando. Lamiendo la pared de la cueva, entre él y dicha pared, corría una especie de arroyo negro, de unos cuatro pies de anchura. Parado en la orilla, Templar pudo distinguir en la pared una losa cuadrada, como una caja incrustada en la roca... tal como había indicado Essenden.

Dando un suspiro se retiró unos cuantos pasos, se quitó los zapatos y se subió los pantalones. Luego hundió delicadamente los pies en el agua, negra y helada.

No había más de seis pulgadas de profundidad.

8

De cómo Jill Trelawney cometió un error, al que siguieron un sinfín de sucesos y un contento general

I

Lord Essenden cambió de postura.

Más de diez minutos habían transcurrido desde que el Santo se hubiera marchado. Los brazos de Essenden, casi paralizados por lo violento de la posición que le obligaron a adoptar, habían ido bajándose poco a poco hasta colgar extenuados y doloridos de sus costados.

Jill Trelawney le había permitido moverse... era lo único que podía hacer. La fatiga abrumadora lo imponía. Pero ella no separaba una pulgada la vista del prisionero, y la pistola que llevaba en la mano apuntaba como sostenida por un autómatas. Essenden era demasiado prudente para tratar de poner en práctica ninguno de los audaces planes para liberarse que asaltaban su imaginación. En cuanto a Jill Trelawney, estaba convencida de que era muy estrecho el margen que le otorgaba para declarar vacante la baronía de Essenden en el Condado de Oxford.

Pero el tiempo pasaba; y Jill Trelawney, incansable en su vigilancia del prisionero, comenzó a experimentar las primeras zozobras de ansiedad.

Le debía mucho a Simon Templar. Cualesquiera que fuesen las preguntas que pudiera sugerir su sociedad con él, como los varios cargos y abonos que dicha sociedad pudiera envolver, había un hecho que quedaba fuera de toda discusión. Cuarenta y ocho horas antes, Simon Templar se había jugado una incipiente y prometedor carrera para arrancarla de las mismas garras de la Justicia. Era un tanto en su haber que difícilmente podía ser compensado con una contrapartida.

Y Simon Templar aún no había regresado. Jill no tenía idea de lo que hubiera podido ocurrirle... si es que le había ocurrido algo. Pero ella no era de las que se acogen a la inacción y esperan a que suceda lo mejor. Simon debía ya haber vuelto y no había vuelto. La razón del retraso podría explicarse a su debido tiempo, pero Jill no estaba dispuesta a dejarlo todo al azar.

—¡Essenden!

Su voz rasgó el silencio en que había quedado sumida la estancia con la marcha del Santo, y Essenden se estremeció.

—Hace ya mucho que salió el Santo —le dijo, serena y expresiva.

—Tal vez haya tropezado con alguna dificultad...

—O quizá con algún... accidente.

La respuesta era una acusación. Jill miraba fijamente a Essenden, pero la cara de éste no reveló nada.

—Quizá se haya atascado el cajón donde se encuentra la caja fuerte.

—Entonces hemos de ir y ayudarle a abrirla.

Los ojos de Essenden evitaron su mirada inquisitiva.

—No veo la necesidad...

—¡Pero yo sí! —Ahora estaba segura—. ¡Essenden, usted irá conmigo al sótano!

Bajo los bigotes caídos de Essenden sorprendió la contracción de un músculo, y habló de nuevo.

—Usted no quiere bajar al sótano. Eso es. Hay en él algo que pudiera ser peligroso... ¡Oh, sí, lo veo en su cara! Y por eso es por lo que vamos a ir nosotros.

Miss Trelawney abrió la puerta.

—¡Vamos! —ordenó.

—Yo no voy...

El entrecejo de Jill se contrajo comunicando a su mirada la resolución de las decisiones supremas.

—He dicho... ¡Vamos!

Essenden abrió la boca y la volvió a cerrar sin articular palabra. Se dirigió hacia la puerta.

—¡Aprisa!

—Usted misma se está sentenciando a muerte si insiste en ir allí.

—Insisto. ¡Aprisa!

Essenden obedeció. La puerta debajo de la escalera principal estaba abierta y con luz. Lord Essenden la traspuso seguido por Jill, que iba alerta para sorprender la menor sombra de traición. Descendieron el tramo de escalones de piedra. Al entrar en el túnel, el Santo había dejado abierta la puerta que había al extremo de la bodega.

Siguieron adelante. En la cabeza iba Essenden, que marchaba despacio y vacilante, espoleado por la voz de la muchacha, que denunciaba un marcado tono de impaciencia. Essenden proseguía avanzando sin oponer resistencia, y descendió las últimas diez yardas de pendiente. Jill descendió detrás con infinitas precauciones para no dar un paso en falso, lo que hubiera podido ofrecer a lord Essenden ocasión para volver las cartas.

—¿Y ahora?

—Esta es la cueva.

Y Essenden dio con rapidez la vuelta que presentaba el túnel. Jill le siguió inmediatamente. Pero no lo suficientemente aprisa.

Lord Essenden había jugado su carta de un modo soberbio... con una naturalidad tan inocente que en un segundo había desaparecido ante la vista de miss Trelawney, y cuando ésta dio la vuelta a la curva del túnel, ya no le pudo ver.

Pero Essenden le salió de pronto por un lado, pues se había escondido en una de las anchas grietas que presentaba la pared, y se agarró desesperadamente a Jill.

Logró hacer presa en su muñeca antes de que Jill se moviera. No era Essenden un hombrecillo tan insignificante como el Santo se creía y era demasiado fuerte para Jill. El inesperado zarpazo en su muñeca sorprendió a la muchacha, y le hizo soltar la pistola. Essenden le dio un fuerte empujón a Jill y cogió el arma.



—Y ahora, ¡contemple mi cueva!

Jill dio un paso hacia atrás. Essenden había cambiado por completo. Se mostraba confiado, cruel, bestial, transformado.

—¡Y a mister Templar!

Jill miró. Simon Templar estaba tendido en tierra. Vivía. Jill percibía su respiración anhelante, obsesionado por el dolor. Tenía el tobillo izquierdo sujeto por un mecanismo semejante a un par de mandíbulas de calavera que remataba una larga cadena que se perdía detrás de Templar en las negras aguas del arroyo.

—Es un invento mío —declaró Essenden en un tono de voz curiosamente agudo — para atrapar a los pescadores furtivos. ¡Pero esta noche ha cogido algo mejor que un pescador!

Se reía rechinando los dientes. De pronto miss Trelawney comprendió que se había vuelto loco.

—¡Cogido! —murmuraba—. Yo lo escondí en el arroyo. Pasara lo que pasase, pensaba hacerle venir hasta aquí. Tendría que cruzar el arroyo para llegar a la caja de hierro. ¡La caja de hierro! Yo mismo coloqué ayer esa caja, justamente para cogerle. Ya me lo figuré cuando no regresaba, y también que usted me traería aquí para buscarle y que entonces yo la atraparía a usted. Esos cuatro hombres que están arriba no eran más que una parte de la sorpresa que yo les tenía preparada a ustedes. Si yo me hubiera presentado demasiado confiado, ustedes habrían sospechado. ¿No lo

comprendió cuando yo fingía que no quería bajar aquí? Era sólo para afirmarla más en su decisión de traerme aquí abajo. ¡Y me salió tal cual lo pensé!

Se rio de nuevo, con una risa forzada que hizo erizársele el pelo de la nuca a Jill.

—¡Pero no se mueve!

—¡Claro que no se mueve! —respondió Essenden mirando de soslayo—. Tiene un poderoso resorte, mi pequeño mecanismo... y, no obstante, basta hacer funcionar una llavecita que lo suelte. La tengo en mi bolsillo. Pero hasta que no haga uso de la llave, el resorte seguirá apretando.

—¡Monstruo!

El Santo volvió la cabeza con una sonrisa en los labios.

—Nada de palabras fuertes, Jill —exclamó Templar secamente—. Yo no he pronunciado ninguna... y hace diez minutos que estoy aquí tumbado y que se me cayó la pistola en el arroyo sin poderla encontrar.

—¡Querido mío!

—Dios la bendiga por esas cariñosas palabras —masculló entre dientes el Santo.

Jill corrió hacia él y se arrodilló a su lado sin importarle lo que pudiera hacer Essenden. La cara del Santo estaba lívida por el dolor, pero se mantenía sonriente.

Y le dijo en un susurro apenas perceptible:

—Mentira... la pistola... bolsillo izquierdo de la americana... la encontrará. Su peligro de usted puede ser aún mayor que el mío, hermana... No pierda su ocasión.

Essenden se aproximaba. Levantaba su mano izquierda agitándola en el aire.

—¡Cuevita mía! —cacareaba—. Véanla bien porque es lo último que van a ver en esta vida. En un tiempo, el túnel estuvo tapado, pero yo lo abrí... y me encontré con esto, aunque nunca he explorado debidamente esta cueva. Uno puede llegar a perderse y además puede sorprenderle la marea...

Prorrumpió en otro acceso de histérica alegría.

—¿Saben ustedes...?, ésta es una de las orillas de un inmenso lago subterráneo, que tiene sus mareas dos veces al día. Cuando sube, la marea llega casi al techo que tienen ustedes encima de sus cabezas. A esto se debe que los últimos peldaños de la pendiente estén tan gastados. Antes de dos horas la marea habrá subido. ¡Oh, sí!, y ustedes desde allí la verán... subir, subir... hasta que llegue aquí. Hasta que les cubra la cabeza... arriba... arriba... y arriba...

—Y arriba —dijo el Santo.

—Y ustedes estarán aquí... los dos. —Essenden volvió sus ojos grises hacia la muchacha—. Los dos. Yo le habría salvado a usted, Jill, pero es usted demasiado peligrosa. Tendrá que quedarse también aquí. Y yo, con mis propias manos, cerraré de nuevo el túnel y nadie jamás sabrá una palabra.

Jill continuaba arrodillada al lado del Santo. Con una mano le separaba de la frente el pelo mojado y se lo echaba hacia atrás, mientras iba deslizado la otra mano despacio, muy despacio, hacia el bolsillo de la americana de Templar. Pero Essenden les seguía apuntando con el revólver y en sus ojos relucía la malicia de los dementes.

—Ahora les voy a sujetar a los dos con cadenas y después les abandonaré —dijo divagando—. Luego subiré y despacharé para sus casas a los que están arriba. Les pagaré bien, y no me harán preguntas. ¡Ajajá...!

Se le echó encima de súbito, como un tigre, y la joven dejó escapar un grito. Tenía la mano dentro del bolsillo del Santo, pero había dado con el cañón del revólver en lugar de la culata. Desesperadamente trató de agarrarlo por la culata. Sacaba el arma del bolsillo en el momento en que Essenden la asió por la muñeca, y el revólver cayó sobre las rocas. Simon se revolvió en el suelo para apoderarse de él. Essenden dio una patada al arma. El revólver se escapó de los dedos del Santo y salió como una pelota dando botes sobre el suelo rocoso y desigual, yendo, a caer al arroyo, casi una docena de pies más allá.

—Ha debido usted formar parte del equipo de fútbol de Borstal —observó el Santo, humorístico.

Con presteza asió por el tobillo a Essenden, pero éste le dio una patada con el talón del pie que le quedaba libre. El talonazo martilleó al Santo entre los dos ojos, dejándole medio aturdido...

Por su parte, Jill contraatacó, cogiendo a Essenden por la muñeca, y dando un traspíe, cayeron ambos en el arroyo. Entonces, con la fuerza del loco, Essenden le trabó los brazos y la empujó contra la pared de la cueva. Con una mano buscaba a tientas, y con la otra y con el peso de su cuerpo la impedía moverse. Dio con lo que buscaba, y le pasó una cadena alrededor del cuerpo. Jill oyó el chirrido metálico al cerrarse el eslabón de cierre automático. Fue un sonido seco. Lord Essenden se separó jadeante.

—¡Ya estás atrapada! —exclamó.

Jill le daba puntapiés desesperada, pero Essenden se hincó en una rodilla y le cogió las piernas. Una segunda cadena se arrolló a sus piernas, reduciéndola a la impotencia. Simon Templar, al que todo le daba vueltas a causa del salvaje talonazo recibido, luchaba con la fuerza de un gigante prisionero contra el inexorable resorte que le apresaba por el tobillo.

—¡Atrapados! —balbucía Essenden—. ¡Los dos atrapados! Pero se me ha caído el revólver...

Y se puso a buscarlo en el arroyo, refunfuñando y explorando su fondo. De pronto se puso en pie, con las manos vacías.

—No importa. Ahora no necesito revólver.

—¡Ya lo creo que sí! —declaró el Santo—. Yo tengo otro... no sé dónde...

Y con la mano en el bolsillo trasero del pantalón, parecía que se esforzaba en coger algo.

Essenden lanzó un aullido y se abalanzó sobre él.

Y el Santo sonrió.

Esta vez no había fallado el ardid.

Al echársele encima aquel loco, las nervudas y poderosas manos del Santo le asieron por la garganta. Los dos hombres lucharon en el suelo como bestias furiosas. Simon Templar tenía la fuerza y ligereza del tigre, pero la locura había hecho sobrehumano al lord. Sujeto a tierra por el resorte de acero de modo tan efectivo como si estuviera clavado, lo único que podía hacer era no soltar el gajate de su adversario, y en tal sentido reconcentró toda su energía, mientras Essenden le daba patadas, se retorció y le arañaba el rostro con unas uñas que parecían garras. Luchaban, revolcándose, anhelantes. Simon comprendía que no podía continuar por mucho tiempo la lucha.

El dolor del tobillo le debilitaba. Creía que lo tenía roto, y, efectivamente, parecía que su pierna izquierda, a partir de la rodilla para abajo, estuviera separada del resto de su cuerpo.

A menos que Essenden no se rindiera pronto...

Bueno, aún quedaba un ancho campo para otros candidatos a la distinción de ser las dos plagas más impopulares que cayeran sobre Scotland Yard. El Santo apretaba desesperadamente el gajate aristocrático, mientras sentía que sus fuerzas disminuían por instantes en aquella terrible lucha de pesadilla. Essenden, presa de la locura, parecía quebrantar todas las leyes conocidas de la resistencia humana. Seguía luchando cuando cualquier otro estaría rendido, asfixiado.

Uno de los puñetazos de lord Essenden acertó en la cara a Simon. No era el primero que le había propinado durante la lucha. Pero esta vez ocurrió cuando el Santo se encontraba incorporado a medias, con la cabeza levantada a una pulgada escasa del suelo. El golpe le proyectó la cabeza contra la roca con extraordinaria fuerza.

Una ola de oscuridad irrumpió en su visión y todas las fuerzas que le restaban le abandonaron. Sintió cómo sus dedos se aflojaban y soltaban el gajate de su enemigo, y oyó a Essenden exhalar un hondo suspiro de satisfacción. El Santo cayó rendido como un niño.

Cuando se aclaró de nuevo la visión observó que Essenden se había puesto a rastras fuera de su alcance.

Tumbado allí, inmóvil, oscilándole fuertemente el pecho por una respiración anhelante, completamente extenuado, veía que Essenden se levantaba tambaleando a respetable distancia del peligro.

—Vencido otra vez... Y ya no querrás... probar... de nuevo.

Essenden hablaba con una voz entrecortada, en la que se advertía la alegría del triunfo. Se dirigió hacia Jill Trelawney, mientras con la mano se acariciaba la garganta, y se detuvo delante de la joven, retorciendo la cara.

—¡Tú también, mi encanto! No sabes la cantidad de molestias que me has dado. Pero ahora vas a pagarlas. Pienso dejarte aquí y marcharme enseguida. Aunque aún falta bastante tiempo para que suba la marea...

—¡Imbécil! ¿Y cree usted que va a escapar así?

Jill Trelawney hablaba con la cabeza erguida y con la expresión de un inconfundible desprecio en su imperiosa mirada, lo cual hacía resaltar su belleza a pesar de la palidez de su rostro.

Su voz no mostró desmayo en ningún momento.

—¿Por qué no? —preguntó Essenden sin comprender.

—Porque va a venir la policía. Yo les he avisado para que vengan a tiempo para arrestarle a usted...

—¿Arrestarme a mí? —cloqueó Essenden—. No hay nada por lo que se me pueda arrestar. No existen documentos de ninguna clase. No te creerías el cuento, ¿verdad? La única evidencia que existe *está* aquí. —Y se dio un golpecito en la frente—. Pero yo nunca la revelaré. Yo podría rehabilitar el nombre de tu padre, pero jamás lo haré. Era un entrometido y había que eliminarlo. Ahora tú eres también una entrometida y hay que eliminarte igualmente...

—La policía registrará la casa —le observó miss Trelawney con energía—. No pueden dejar de encontrar este sitio. Y entonces le arrestarán y le ahorcarán.

Hablaba a sabiendas de que su bravata caía en oídos sordos. Essenden la dejaba hablar, pero sus palabras no llegaban a registrarse en su cerebro. Tal vez no las oyó nunca.

—¡Ustedes van a desaparecer! —gritaba—. ¡Pero no...! ¡No antes... de que yo les haga... pagar... por lo que me han atormentado!

Y se movía agitado, manoseando el cuerpo de Jill.

Simon Templar, en un último y doloroso esfuerzo, trataba en vano de romper la cadena que le sujetaba.

En este empeño, movió la cabeza, y allí, debajo mismo de sus narices, percibió un manojito metálico reluciente.

¡Un llavero!

II

Miró las llaves de hito en hito, como hipnotizado. Y, como hipnotizado, las cogió entre las manos y las sintió, sintió la frialdad dura de su contacto, y se preguntó si aquella pavorosa aventura le habría hecho perder la razón.

Pero las llaves pudieron muy bien habersele caído del bolsillo a Essenden, durante la lucha...

Dirigió a éste una mirada a hurtadillas. Por el momento, Essenden no se acordaba de su existencia. Pero aun así, no podía moverse.

Continuó retorciéndose, como si persistiera todavía en su empeño de librarse de la cadena, y se metió en el arroyo.

Bajo el agua podía probar cada una de las llaves del llavero sin que se notara.

—¡Ya lo tengo, Jill!

La voz del Santo retumbó en la cueva con el viejo e inconfundible acento de victoria santesca, y Essenden se volvió para mostrar sus dientes con una risotada.

—¡Jamás te soltarás, Templar! Cuando coloqué la trampa estaba seguro de ello. Pero puedes probarlo...

Volvió a manosear de nuevo el cuerpo de Jill.

—Y tú, Jill... —canturreaba—. ¡Jill! ¡Qué nombre más bonito! ¡Jill! Jill, preciosa... ¿todavía me odias? No deberías odiarme...

El Santo trabajaba frenéticamente.

El agua helada en la que se había sumergido había hecho algo más que ocultar sus movimientos. Su frialdad había comunicado nueva vida a su fatigado cuerpo.

Encontró una llave que iba bien y sintió que resurgía la esperanza.

Jill Trelawney no había hablado ni una sola vez. Había permanecido muda. No contestó siquiera al grito alentador del Santo. Cuando el Santo probaba la llave en la cerradura y las aceradas mandíbulas soltaban su tobillo, creyó oírla ahogando un sollozo.

Acuciado por lo que le pareció haber oído, el Santo se olvidó en un instante de su tobillo, aprisionado durante más de media hora en el cepo de Essenden. Se abalanzó sobre éste, pero se vio estúpidamente sorprendido al notar que le fallaba la pierna izquierda, privada casi de movimiento.

Essenden le acometió como un relámpago.

—¡Conque te has soltado!

—Me he soltado —contestó el Santo.

Había logrado arrodillarse cuando la acometida de Essenden le hacía rodar de nuevo; y una vez más se enzarzaban en lucha desesperada revolcándose por el suelo.

Si alguna vez el Santo luchó por su vida con frenesí de la desesperación, fue en esta ocasión. Era su segunda oportunidad. Ya le habían dado otra, y la había perdido. Ahora le daban la segunda, y no podía desaprovecharla, ya que, si lo hacía, no podría esperar ninguna más. Esta vez tenía que ganar por fuerza.

Y oyó que Jill Trelawney le gritaba:

—¡Simon, valiente!

Sintió no poderse detener a contestarle. Pero con el manojito de llaves en el bolsillo y poniendo fuera de combate a Essenden, la liberaría enseguida. Sin embargo, faltaba vencer a Essenden...

El aristócrata tenía la fuerza de diez hombres, mientras que la de Simon se había reducido a la mitad, a causa de los varios castigos recibidos. Lo más poderoso del Santo eran sus dedos, de modo que trató de repetir su primer ataque. Le buscó la garganta y se la apretó entre sus poderosas garras, apretándosela hasta que la oyó crujir. La cara de Essenden se volvió violácea. Se le dilataron los ojos enormemente y el aire se colaba penosamente en sus pulmones, casi paralizados. Pero continuaba luchando como una fiera acorralada.

Simon clavó su barbilla en el pecho y, arqueando los brazos, trató de cubrirse o por lo menos de restar eficacia a los golpes que su adversario hacía llover sobre él. Pero cuando se cubría la cara, Essenden le atacaba golpeándole el estómago. En circunstancias normales poco le hubieran importado los golpes, pero en los momentos presentes se hallaba débil y sin preparación. Respiró con fuerza abriendo la boca y, sin soltar su presa, se volvió un ovillo, venciendo así una náusea que amenazaba acometerle.

Ocurrió, no obstante, que el canto de una piedra del suelo le golpeó de tal modo en el codo, que por un momento sintió su brazo entumecido como si fuera objeto de una corriente eléctrica. Los dedos de su mano derecha se relajaron, y con un gruñido de alegría, Essenden le separó las manos y respiró de nuevo.

Dándose apenas cuenta de lo que hacía, el Santo levantó un brazo y descargó un golpe a ciegas.

Sintió que había dado el puñetazo sobre un hueso apenas cubierto por carne alguna, y vio que Essenden se doblaba y caía en tierra sin sentido.

Simon se levantó, y renqueando fue en auxilio de Jill.

Cuando lo vio por primera vez, el arroyo que corría a lo largo de la pared de la cueva tenía unos cuatro pies de anchura. Ahora la anchura era doble y se advertía una gran agitación en sus negras aguas.

Essenden debía de haberse equivocado respecto a la hora de la marea, pues las aguas subían con aterradora violencia y rapidez. Mientras el Santo luchaba con el candado que aseguraba las cadenas que sujetaban a Jill, sentía cómo las heladas aguas iban trepándole poco a poco piernas arriba; y cuando logró que las cadenas cedieran, el agua ya llegaba a las rodillas. Ahora el arroyo era un río turbulento de tantas yardas de anchura como pies tenía antes, y se desbordaba por una de sus orillas hasta cubrir el suelo alto de la cueva.

Essenden se disponía de nuevo al ataque.

—¡Cuidado! —gritó Jill.

El Santo se volvió y, al hacerlo, su pie descalzo tropezó con un objeto duro que le era familiar.

Aun así, fue un error por su parte el tratar de coger la pistola.

Cuando ya la tenía en la mano, Essenden le dio un fuerte puntapié en la muñeca, haciendo caer de nuevo el arma al agua. Essenden se lanzó desesperado al arroyo, y el Santo, con una sola pierna en que apoyarse, fue lanzado a trompicones contra la pared de la cueva.

Por verdadero milagro, el aristócrata encontró la pistola sin necesidad de un segundo tanteo.

Con la expresión de un auténtico demonio, lord Essenden apuntó. El Santo, pegado contra la pared, descubría la muerte en sus ojos.

También la segunda oportunidad... desaprovechada.

Porque, estaba claro, debió rematar del todo a Essenden cuando tenía ventaja, en vez de confiar en el efecto perdurable del afortunado golpe que le había dado en la mandíbula.

Lo fuerte de la corriente de la marea, ya una pulgada más arriba de sus rodillas, parecía vencerle el pie sobre el cual se apoyaba y arrastrarle. Aquella crecida subterránea se debía transformar en pocos minutos en algo que presentaría el poder y la ferocidad de un remolino. Matarían al Santo de un tiro y su cuerpo lo arrastraría la marea a las profundidades insondables de donde provenía. Sin dejar rastro... Lo cual sería el final...

Con un curioso sentimiento de indiferencia, Simon Templar contrajo sus músculos para recibir el balazo.

Fue entonces cuando vio que Jill se movía. Avanzaba hacia Essenden. Un paso más la colocaría en la línea de fuego.

El Santo dio un grito, pero fue a caer al agua. No era posible vadear así aquel torrente arrollador.

Al caer oyó el disparo de Essenden retumbar en la sonoridad de la cueva.

Su mano se asió entonces de un tobillo. Tiró con violencia, y cuando luchaba por salir a flote de las aguas, vio que a Essenden lo arrastraba el torrente.



Vio una mano... la mano que empuñaba la pistola, y que se agitaba con desesperación en el aire.

Simon apresó la mano y, volviendo el arma en dirección a su dueño, gritó:

—¡Dispara ahora!

Y Essenden, mirándole con ojos extraviados, le respondió:

—Usted es otro entrometido. —Y apretó el gatillo.

9

De cómo Simon Templar besó a Jill, y mister Teal trató con rudeza a mister Cullis

I

Essenden se mató, y a su cuerpo desmadejado lo arrastró la creciente marea del arroyo furioso, engulléndolo y precipitándolo en el fondo oscuro de la cueva, más allá de donde podía penetrar la luz que iluminaba la entrada.

El agua seguía subiendo. A la sazón llegaba arriba del muslo y era difícil resistir su corriente de pie. En efecto, el Santo, con una pierna inutilizada, no habría escapado probablemente de no haber sido por Jill Trelawney. ¡Y pensar que ella, que necesitaba de todas las fuerzas que le restaban para salvarse, supo encontrar aún energías para emplearlas en ayudar al Santo, llevándoselo consigo! Dando traspiés y chapoteando desesperadamente, con frecuencia a punto de caerse donde un paso en falso significaba muerte segura, llegaron por fin al extremo del túnel por el cual habían venido.

Allí se sintieron algo así como en el cielo, con aguas más tranquilas, que les llegaban a la cintura. Si a esta altura de la marea se hubiera encontrado en plena corriente del arroyo, difícilmente se habrían salvado. Así y todo, ardua era la empresa de escalar la empinada pendiente al final del pasadizo. Pero arrastrándose y avanzando penosamente lograron escalarla hasta poder tenderse extenuados en el suelo de roca seco, donde no alcanzaba el nivel de las aguas.

Al cabo de unos minutos, Jill se puso en pie.

—¿Se siente mejor? —preguntó.

—Infinitamente —le contestó el Santo.

Templar se levantó con trabajo y anduvieron el resto del túnel juntos, gravitando Simon parte de su peso sobre los hombros de Jill, a la que había rodeado con el brazo.

Cuando llegaron a la bodega, la muchacha cerró la puerta por donde habían entrado y colocó cuidadosamente la llave en el clavo.

Los zapatos y calcetines del Santo se los había llevado la marea. Entró cojeando en la biblioteca y después de comparar el tamaño de sus pies con el respectivo de los cuatro rufianes allí atados, procedió sin miramiento alguno a descalzar al Relámpago y a ponerse sus botas. El tipo de los calcetines ofendía sus principios estéticos y hubiera preferido unos zapatos de un color menos llamativo, pero a quien se despoja de lo que tiene no viene obligado a ofrecer más. Cómodamente calzado, más o menos, el Santo se puso en pie.

—Vosotros, muchachos, os podéis quedar aquí hasta que gustéis —dijo—. Quedáis en vuestra casa. Distraeros pensando el cuento que les contaréis a los criados cuando vuelvan y os encuentren aquí.

Las respuestas obtenidas no tienen lugar en esta historia de tan alta y reconfortante moral.

Se marchó Templar con Jill y descendió cojeando las escaleras.

—El agua entró dentro de la maquinaria del reloj y lo ha parado —observó—, pero debe de ser justamente la hora.

Lo era. Al llegar a la puerta de reja exterior, vieron los faroles de un coche que se acercaba por la carretera.

Jill Trelawney mandó al chófer que fuese a comprar una botella de coñac al pueblo vecino. El tiempo probable que invertiría en el recado —con su consiguiente «refresco» *en route*— fue calculado cuidadosamente.

—Es posible que esta botella —declaró el Santo— sea una de las mayores inspiraciones que hayamos tenido nunca cualquiera de los dos... si tiene usted tanto frío como siento yo.

En la oscuridad, el estado lamentable que presentaban podía pasar inadvertido. Subieron al coche y Simon se despidió del «Courvoisier» y le dio instrucciones al chófer.

«Y fue así... extinguido que se hubo el tumulto y los gritos, como se separaron pecadores y santos».

Se rindió el corcho de la botella a las hábiles manipulaciones de Templar, y los lujosos floreros del coche sirvieron de copas. Gorgoteó el ambarino licor en medio del desastre...

—Veneno inferior, si se le compara con la cerveza, pero tal vez sea mejor —opinó el Santo.

Bebieron agradecidos y sintieron ceder el frío ante el parpadeo radiante de «Las Tres Estrellas». Luego, Templar obsequió a Jill Trelawney con un cigarrillo y encendió uno para él.

—¿Adónde le dijo al chófer que se dirigiera?

—A Reading. De allí podemos continuar a Londres por la mañana; prefiero que no haya mucha gente al tanto de nuestros movimientos. Teal descubrió bastante pronto mi dirección en Sloane Street, pero éste no fue nunca mi mejor escondrijo. Tengo otro agujerito en Chelsea, y le juro que no ha pensado nunca el inspector general en él. Puede hacerlo usted su casa; yo volveré a Upper Berkeley Mews descaradamente, sólo por hacer rabiar un poco a Claud Eustace. Quizá le telefonee y le invite para que venga a hacer pinitos y a chupar caramelos conmigo.

Templar veía el rostro de Jill a favor del resplandor de su cigarrillo cuando fumaba.

—¿Supongo que los Santos se separarán? —preguntó miss Trelawney.

Encendió un fósforo para verla mejor y enarcó las cejas al propio tiempo que daba una chupada.

—¿Por qué?

Jill vacilo. Y luego...

—Creía que usted quería decir que debíamos separarnos —dijo.

—¡Vamos, Jill, debería usted conocerme mejor!

—Pero yo no me imaginé nunca que esta suerte de aventuras entrara en sus aficiones.

—La corrección de la injusticia, el castigo del malvado y el socorro de una doncella necesitada... ¡Oh, Jill!... ¿No ha oído usted nunca hablar de Galahad?

—... Sí.

—Es mi nombre de guerra —dijo Simon Templar.

El fósforo se apagó y Templar se reclinó en su asiento. Recobraba sus fuerzas rápidamente. Y se había comprobado que no tenía roto el tobillo, que era lo que realmente le preocupaba. En un par de días andaría haciendo cabriolas como un cachorrillo libre de la traílla.

Estaba del todo satisfecho.

—Por supuesto —observó— que nosotros nos hemos conducido con una imprevisión francamente criminal. Hemos estado espantando a los pájaros que nos hubieran podido ahorrar un montón de molestias. Convengo en que Essenden se espantó a sí mismo, pero lo hizo por equivocación. Lo importante es el origen de todo esto. Jill, si vamos a reivindicar a su padre, hemos de poner un enorme cuidado en no eliminar al tercero del programa antes de que cante su parte.

—Lo pondremos.

—Y luego —añadió el Santo con arrobamiento— tendrá usted las manos libres para pensar en ese muchacho amigo suyo de allá, lejos, de Gee. Wisconsin, ¿no le parece?

Hubo una pausa de silencio. Luego preguntó Jill:

—¿Y usted?

—¡Ah! —contestó el Santo—. No me querrá ver usted por allá, ¿verdad?

La muchacha se rio.

—¿Y no querrá usted, por su parte, volver al lado de alguien?

—¡Vaya usted a saber!

La colilla del cigarrillo del Santo se enrojeció por efecto de una larga chupada, y se apagó después.

—Comenzó por donde no debía —declaró—. Esa historia tiene su origen en una broma, como le dije en cierta ocasión. Yo siempre he estado un poco loco. Aunque, la verdad, no creía llegar a tanto. Pero ya que estoy en un baile, me divierto, sí bien no es de las diversiones que figuraban en el programa de esta temporada. No obstante, aquí me tiene, pues mi norma ha sido siempre la de aprovechar lo mejor posible las

cartas cuando vienen buenas. Puede que usted observara esta inclinación... ayer cuando almorzábamos.

—¡Ah! —exclamó la muchacha.

—Precisamente —prosiguió imperturbable el Santo—, se trata de esa idea tonta, tan extendida entre los subnormales de arrabal, de que un hombre no puede besar a una muchacha si no tiene más motivo que el de querer besar. Por supuesto, semejante idea resulta ahora absurda, porque, a pesar de que me acaba usted de salvar la vida, yo voy a besarla apasionadamente ahora mismo, sin más motivo que el de quererlo hacer... y a usted no le desagradará.

II

El inspector Teal llegó al castillo de Essenden antes de que los sirvientes regresaran del baile y encontró a los cuatro delincuentes en la biblioteca.

De lo que siempre se lamentó fue de que, a pesar de lo extraordinario de las circunstancias que concurrían en su hallazgo, y de lo bien sentado de las reputaciones de los hallados, no pudiera encontrar un solo cargo de peso contra ellos relacionado con el misterio de aquella noche. Y esto resultaba aún más sospechoso porque lo que decían era perfectamente cierto y no había forma de que se contradijeran en lo que afirmaban, o entre sí, por muy severos y minuciosos que fueran los interrogatorios a que se les sometiera. Por otra parte, existían pocos indicios circunstanciales que corroboraran sus declaraciones. Y no es un crimen que cuatro bandidos, por notorios que sean, figuren como huéspedes de un lord. Lo cual molestaba a Teal, porque le era imposible hallar la menor traza de los principales actores en aquel misterio. Una víctima propiciatoria, por pequeña que fuese, era mejor que ninguna víctima.

Bajó a la bodega y dio con la cueva inundada. Cuando descendieron las aguas, se efectuó una extensa exploración con antorchas eléctricas, pero ni aun así pudo determinarse las dimensiones de la cueva ni el origen de sus extrañas mareas subterráneas.

Y ningún mortal volvió a ver a lord Essenden.

No fue sino hasta la tarde del siguiente día cuando el despierto y listo —pero no por ello menos soñoliento— inspector general Teal regresó a Scotland Yard a preparar su informe.

—No creo que se vuelva a ver nunca más a Essenden —manifestó entristecido el subcomisario.

—Sin duda le asesinaron.

—Probablemente. ¿Pero cómo vamos a probarlo, si no presentamos el cadáver? Usted conoce la Ley tan bien como yo.

Cullis se rascó la barbilla.

—Primero Waldstein, después Essenden. Debe de haber alguna relación ahí:

—Claro que la hay. Trelawney cree que su padre fue calumniado y se ha propuesto el exterminio de los hombres que le deshonraron. Su idea es que se trata de una banda de criminales que trabaja en complicidad con alguien de esta casa. Sir Francis Trelawney era el hombre con quien necesitaba contar aquí; sin embargo... no lo podían sobornar. Más aún, sir Francis se iba acercando cada día más al rastro. Tenía, pues, que ser eliminado. Lo calumniaron con la ayuda de su cómplice policía; el resto ya lo sabemos. Tal es lo que cree la muchacha, quien de una manera u otra ha hecho que lo crea Simon Templar.

—¡Pero eso es ridículo! Sólo había dos personas a quienes concerniera el asunto, y que, realmente, pusieron manos en él. El comisario general era una de ellas, y yo era la otra. Yo mismo le conté la historia a Templar. Si usted quiere sugerir que alguno de nosotros estaba siendo sobornado por Waldstein...

—Yo no estoy sugiriendo nada —contestó Teal—. Simplemente le explico la historia contra la cual tenemos que luchar.

Cullis frunció el entrecejo.

—Es una historia que nos está dando más que hacer que ninguna otra en muchos años... Esta tarde el *Record* publica otro artículo —dijo con amargura—. Algo hay que hacer... o el jefe se verá obligado a pedir la dimisión a todos. Si hay algo de cierto en eso de la Trelawney, la clave ha de estar en algún sitio de la Oficina de Informaciones... ¡Si pudiéramos encontrar algo!

Teal hizo un signo de asentimiento con la cabeza.

—Nos podría favorecer bastante —contestó—. Porque será a este cómplice en Scotland Yard a quien atacará ahora la Trelawney, y si supiéramos de quién se trata, podríamos coger a la muchacha. A mí no me había preocupado mucho, mientras el Santo no anduvo de por medio, pero cuando vi su marca de fábrica, me convencí de que no eran fanfarronadas y de que nos darán guerra. Yo al Santo le creo capaz de secuestrar al comisario general y de sustituir las fichas de informaciones con números de la *Vie Parisienne*.

—Hay que ser un hombre listo para hacerlo —dijo Cullis, que carecía del sentido del humor.

—El Santo es un hombre listo.

Cullis gruñó.

—Voy a volver a estudiar personalmente ese legajo de la Trelawney.

El legajo fue puesto en manos del subcomisario, mister Cullis, al día siguiente mismo, y mister Cullis se pasó estudiándolo doce horas íntegras y cabales sin atender a ningún otro trabajo.

Esta documentación sobre Jill Trelawney tenía un gran interés para mister Cullis, porque contenía informaciones referentes a la carrera de la peligrosa dama antes de su aparición en Londres como cabecilla de los «Ángeles del Averno». Llegaba hasta la época, en efecto, en que tuviera lugar la creación de los «Ángeles»... hasta la época

en que sir Francis Trelawney, su propio padre, siendo subcomisario, había sido sorprendido casi en el acto mismo de traicionar su cargo, lo que le costaría ser juzgado por cohecho e inmoralidad. Y después de su muerte, que alguien consideró ser consecuencia directa, de tal descubrimiento y consiguiente baldón de ignominia, aparecieron los «Ángeles del Averno», con su hija a la cabeza.

Mientras estudiaba el legajo, Cullis recordaba el día aproximadamente tres años atrás, en que él mismo, entonces un simple inspector, ayudó a poner de manifiesto la acusación... el día en que fue a París con el comisario general para espiar a sir Francis y sorprenderle en el preciso momento en que traicionaba un secreto de la policía.

Y Cullis recordaba el día que siguió a dicho suceso. Una tarde, en Scotland Yard, cuando en presencia de Trelawney, y del comisario general, abrió una caja que había sido traída de la cámara acorazada de Chancery Lane, y había encontrado en ella un fajo de billetes nuevos de cinco libras que fue posible probar como provenientes de Waldstein. Recordaba las protestas de Trelawney... de que jamás había puesto en su caja de hierro aquellos billetes y que no podía explicar cómo se encontraban allí. Y recordaba la mirada acusadora del comisario general.

Todos estos recuerdos acudieron a la memoria de Cullis a medida que estudiaba hoja a hoja el legajo, recuerdos que no le habían abandonado aun cuando se marchó a su casa por la noche, ya tarde. Porque aunque humanamente Teal estaba pronto a echar el resto en aquel asumo, por el cual sentía la mayor aversión, no cabía duda, ni aun en la mente de Cullis, de que el Santo era un factor a considerar y cualquiera se aventuraba a predecir lo que ocurriría en el futuro.

Pero al día siguiente, por la mañana, parecía que ya no hubiera motivo de divagaciones, pues cuando Cullis llegó a Scotland Yard y entró en su despacho, encontró allí al inspector general, mister Teal, esperándole, y había algo en la lúgubre expresión de Teal que delataba malas noticias. Como el pensamiento de Cullis estaba tan lleno de Jill Trelawney, las aludidas noticias no le sorprendieron, como le habrían sorprendido en otras circunstancias.

—¿No fue usted la última persona que tuvo entre sus manos ese legajo de la Trelawney? —le interrogó Teal, yendo derecho al grano.

Cullis asintió, moviendo la cabeza.

—Me parece que sí. Lo tuve conmigo toda la tarde de ayer.

—Supongo que usted mismo lo colocaría en el archivo.

—Justo —contestó Cullis—. Era ya tarde cuando me marché y lo deposité en el archivo al salir.

Teal tamborileó con el pulgar en el escritorio de Cullis.

—Eche un vistazo.

Allí estaba el legajo bajo su blanca cubierta. Cullis lo abrió y prorrumpió en una exclamación de pésimo gusto.

Lo primero que se presentó a sus ojos fue una hoja de papel que ostentaba el muñeco que había visto en tantas otras ocasiones con una sola línea escrita:

«Expresivos saludos y gracias».

La hoja de debajo estaba en blanco. Y debajo de ésta, la tercera, también en blanco. Había veintisiete hojas de papel blanco en total... Cullis las contó.

—¿Cuándo se descubrió esto?

—Hace cosa de una hora —le contestó Teal—. Yo me senté a hojear el legajo para mirar otro dato. Observará usted que todas las hojas que se refieren al primitivo proceso Trelawney han sido retiradas. Lo demás lo han dejado y llenaron el hueco de las hojas en blanco.

—¡Pero eso es imposible! —tronó Curtis.

—Puede ser —convino Teal con acritud—. Y, sin embargo, lo han hecho.

El empeño que desde hace años ponía Teal en dominar su temperamento de detective no había logrado mayor éxito.

—Nadie puede entrar así en Scotland Yard —insistió Cullis—. ¿No había alguna señal en el Archivo de que alguien hubiese andado curioseando?

—Ninguna.

—Entonces tiene que ser una persona de la casa... alguien empleado de la Oficina de Informaciones.

Teal se sacó una pastilla de la boca, como si le desagradara su sabor.

O tal vez fuera otra cosa lo que no le sentaba bien.

—Si seguimos progresando en esta proporción —dijo con marcado disgusto—, cualquiera de esos periódicos malabaristas va a presentarnos como modernas reencarnaciones de Sherlock Holmes.

El subcomisario mister Cullis frunció el entrecejo.

—Eso no nos ridiculizaría más de lo que estamos. Pero si hay alguien culpable en la Oficina de Informaciones, tendrá que ser uno de la docena de individuos que usted podría nombrar.

Teal se encogió de hombros.

—¿Y cuál? —preguntó concisamente.

—Claro que habría que hacer una investigación...

—¿Y qué resultado daría? Sabemos que los «Ángeles» tienen mucho dinero, y yo sé que el Santo tiene todavía más. Suponga que hayan comprado a alguien de la casa, ¿por qué han de ser más probables unos hombres que otros? —Teal alargó su brazo perezoso y cogió una de las hojas en blanco. Presentaba los pliegues de haber sido doblada en cuatro, como las otras. Teal las cogió todas y las dobló en dos pliegues—. Caben en el bolsillo superior de la americana —dijo—. Es papel barato corriente... de la clase que se gasta en centenares de oficinas. Con esto no encontraremos pista alguna.

Cogió la hoja con la nota escrita.

—¿Qué quiere hacer usted con eso? —le preguntó Cullis.

—Es casi el mismo carácter de letra que tenía el papel que le dejaron en París a Essenden, ¿no le parece? Exactamente, no es el mismo. Porque en el papel, de todos modos, la letra estaba «disfrazada». Pero un hombre puede desfigurar su propia escritura tan eficientemente como si escribiera según su manera habitual.

—Simon Templar —observó el inspector general, mister Teal, con cierta inconexión—; es muy astuto.

Cullis le miró. Recordaba que la lucha entre el inspector general Teal y el Santo era una de las más épicas leyendas de la Policía. Hubo armisticios de tiempo en tiempo —armisticios y breves sainetes—, pero la lucha original y fundamental nunca había cesado. Sí algo faltaba para que resucitara en el pecho de Teal la ambición de ser el primer hombre en doblegar al Santo, acababa de proporcionárselo la noche de Londres en que el Santo le arrebató de las manos la presa codiciada, valiéndose de un ardid que un niño de teta hubiera sospechado, y que un agente de policía de mediana edad habría sin duda advertido.

—Muy astuto —repitió Teal.

—¿Tiene usted alguna idea de dónde puede encontrarse ahora?

—Está en Londres, viviendo en su casa. Anoche le vi.

—¿Le vio usted? —exclamó incrédulo Cullis—. Pero...

—¿Necesito repetirle que ya tenemos bastante con el tema? —inquirió Teal aburrido—. Estoy cansado de que se me diga que debo arrestarle. Y cansado de explicar que nada podemos hacer contra él en Inglaterra porque robara a Essenden en París. Cansado de decir que se puede sospechar de él y de Jill Trelawney cuanto se quiera, respecto a que estuvieron en Essenden la noche en que desapareció el lord. Pero uno no lo puede probar, y Simon Templar lo sabe. El Santo me puede confesar lo que tenga a bien cuando conversamos en privado, pero tal evidencia desaparece en el momento mismo en que yo pongo los pies fuera de su casa. Se ha burlado de mí una vez y no me siento inclinado a darle ocasión para que se burle una segunda demandándome ante los tribunales por arresto ilegal. ¿No sabe usted que el Santo jamás ha sido detenido?

Curtis preguntó:

—¿Con su historial?

Se hizo una breve pausa.

—No tiene historial —contestó Teal—. Es un carácter sospechoso y un policía prófugo, pero eso es lo peor que usted puede decir de él... sin tener que pagar daños por difamación. Salvo el suceso de París, contra el que nada podemos hacer. Tiempo atrás había elementos por los cuales le hubiéramos podido echar el guante, pero el Santo fue perdonado y todas esas cosas dejaron de existir. Dios sobre todo, sir —exclamó Teal en una especie de irremediable desesperación—. ¿No he dedicado yo, por ventura, años de mi vida a buscar algo por lo cual pudiera prenderse al Santo? En

los viejos tiempos arresté a hombres a los cuales el Santo había apaleado; luego él me decía en mis barbas que no los había apaleado, y yo no podía hacer que ninguno de ellos declarase una sola palabra en contra de Templar... quiero decir una palabra en la que pudiéramos apoyarnos para actuar. En cierta ocasión lo tuve entre mis manos atrapado, con un montón de pruebas en mi despacho y con un mandato judicial en mi bolsillo para poder prenderle, pero en aquellos precisos momentos salvó un tren real y obtuvo el perdón de todas sus culpas. Yo, con mis propios ojos, le he visto pegar fuego a un hombre hasta convertirlo en una llama viva; y hasta hoy no me sería posible probarlo. Yo no soy un hombre que haga milagros, ni siquiera un embustero convincente. Estoy dispuesto a declarar públicamente que el Santo me ha vencido en todas las partidas en que yo llevaba ventaja (y en algunas otras que ignoraba antes de conocerle), y hasta me esforzaba en sonreír mientras así lo declaraba. Pero no voy a aventurarme a decirle a un sordomudo y medio tonto que mañana podría arrestar al Santo y hacer que lo enviaran a la segunda división tanto como siete días, porque sé que todo lo que recibiría como respuesta sería una carcajada.

—Pero se sabe que está asociado con la Trelawney.

—¿Y qué?

—Era su cómplice en lo de Essenden.

—¿Cómplice? —murmuró, dudoso y paciente, Teal.

—Estaba con ella. Ha de saber por lo tanto dónde está escondida ahora.

—Claro que lo sabrá. Pero ¿cómo probar eso ante un tribunal? Nada conseguiríamos con prender al Santo, si es que pudiéramos prenderlo. En lo que hemos de fundar nuestras mejores esperanzas es en que, si le vigilamos de cerca, tarde o temprano nos conducirá a Jill Trelawney. No puedo evitar el pensar que lo que digo es decir mucho... tratándose de un hombre fuera de lo normal como Simon Templar.

Cullis volvió los ojos hacia el desordenado legajo.

—El jefe tendrá que ser informado de todo esto —exclamó.

—Ya se lo he dicho —respondió Teal—. Estaba dispuesto a poner de patitas en la calle a todo el personal de Scotland Yard, sólo que pude persuadirle. Me gustaría tener ocasión de intentar algo por propia iniciativa antes de que todo el mundo sepa lo imbéciles que somos.

Se puso en pie. Había permanecido en la silla del subcomisario durante toda la entrevista, chupando pastillas, como si aquél fuera su despacho, pues mister Teal era persona que gozaba de muchos privilegios. Su extraordinariamente apática aceptación del alarmante descubrimiento de aquella mañana desconcertó a su jefe.

No se extraen todos los días documentos de la Oficina de Informaciones sin dejar rastro. No obstante, Teal parecía tan resignado a aceptar el hecho, cual si sólo tuviese que informar al comisario de que un lampista fuera preso la noche anterior, por borracho y escandaloso, en Old Kend Road. Cullis estaba desconcertado, porque

creyó sorprender una sombra de melancólico fatalismo entre las pocas observaciones que hizo Teal sobre el asunto.

—Yo iré adelantando —manifestó Teal con displicencia.

Cullis estaba de pie junto al balcón y en su frente se marcaban tres profundas y preocupantes arrugas.

Cuando Teal se dirigía ya a la puerta con la intención de retirarse, Cullis salió de su abstracción.

—¿Y ese hombre, Gugliemi? —preguntó.

—Mañana será embarcado. La orden de deportación llegó esta mañana. ¿Qué ocurre con él?

—¿Dónde está ahora?

Teal entreabrió los ojos soñolientos.

—En Brixton, creo. Ya se lo averiguaré. ¿Por qué?

—Porque tengo una idea.

—También yo he tenido una —dijo Teal como recordando—. ¿Cuál es esa idea?

—Pienso arrancar una hoja del libro del Santo. No sé si usted recuerda que Dyson le fue muy útil al Santo, y tengo la impresión de que Gugliemi podría serme útil a mí. Cada uno de los hombres de los que nos hemos valido para espiar a la Trelawney y a Weald han sido menos que inútiles. Gugliemi podría tal vez tener éxito donde un hombre corriente y sincero no lo tendría. También...

Se detuvo bruscamente.

—¿También? —inquirió rápido Teal.

—Eso me lo callo —contestó. Se guardó su idea para sí, y Teal tuvo que largarse sin satisfacer su curiosidad.

Media hora después se sabía de fijo que Gugliemi se encontraba preso en la cárcel de Brixton.

Cullis, recibida la información, habló personalmente con el director de la prisión por teléfono.

Al cabo de una hora, Gugliemi llegaba a Scotland Yard en un taxi, entre dos guardias, y era conducido directamente al despacho del subcomisario. Poco rato después, los guardias regresaban solos.

Teal, hombre inquisitivo, volvió al despacho del comisario horas después, y vio que Gugliemi había desaparecido misteriosamente, aunque nadie lo había escoltado para llevarlo otra vez a la cárcel.

—La orden de deportación permanecerá sin efecto durante siete días —le dijo Cullis a Teal en respuesta a su pregunta.

—¿Y cuál es su gran idea? —preguntó insistente Teal.

—Gugliemi —le respondió Cullis con sequedad— es un entusiasta coleccionista de mariposas. Le he dicho que en Inglaterra se ha visto un raro ejemplar de mariposa llamado Trelawney, y hemos convenido en que yo le dejaría en libertad para que tratara de capturar una de ellas, antes de que lo remitamos a Italia.

A Teal no le hizo gracia la idea.

De cómo Simon Templar habló de nidos de pájaros y Duodécimo Gugliemi se enamoró

I

Hay que admitir, sin vacilar, que Duodécimo Gugliemi nunca fue utilizado como propaganda de su país. Su sublime desprecio por la ley de la propiedad era bastante para descalificarle en tal aspecto; además, tenía un temperamento amoroso que se manifestaba como súbitos accesos de celos. No transcurrió mucho tiempo para que Italia le pareciera demasiado calurosa como país habitable. La abandonó, pues, por exigencias de su salud, cruzó los Alpes y entró en Austria, pero no se pudo poner de acuerdo con las prisiones austriacas y, nuevamente, por motivos de salud, inició otro viaje hacia el norte y pisó el territorio germano. Conoció el interior de las cárceles de Múnich y Bonn, y por casualidad se libró de un obsequio más desagradable en Leipzig. En Berlín tuvo una vida impecablemente respetable durante seis semanas, tiempo que pasó en el hospital con una pulmonía doble. Repuesto, salió de Berlín con limpios pergaminos y pasó a Francia, y desde allí, después de unos cuantos altibajos, se trasladó a Inglaterra, de donde, a no ser por la intervención del subcomisario, mister Cullis, hubiese sido rápidamente devuelto a su tierra natal.

En realidad, el que hacía trece de los hijos de una familia que los fue bautizando por orden numérico, pudo deslizarse al número correspondiente a su precedente hermano, pues éste murió de un empacho de cebollas en escabeche a la tierna edad de dos años.

Gugliemi era un hombrecito apuesto y vivaracho, muy divertida su compañía por sus modales, con verdadera debilidad por las muchachas de servicio y de habilidad innata en el manejo del *stiletto*, si bien no había nada que se pareciera menos a un inglés en traje de paisano que Gugliemi con pantalones. Lo que puede explicar el hecho de que Simon Templar, siempre alerta de que le espieran, observase a dos hombres trajeados sencillamente al otro lado de la calle y no se fijara en absoluto en Duodécimo.

Aquellos hombres de tan sencilla indumentaria se contaban entre las aflicciones de esta vida que Simon Templar soportaba con la paciencia ejemplar con que afrontaba todas sus tribulaciones.

A intervalos, desde su primer roce con la Justicia, se veía favorecido con atenciones semejantes, pero el recreo que al principio le proporcionaba tan silenciosa persecución comenzaba ya a perder interés. No era que le molestara la vigilancia constante, ni siquiera que dificultase su «estilo» hasta cierto punto, pero comenzaba a

encontrar un tanto aburrido el tener que burlar a una pareja de sombras husmeadoras cada vez que tenía que salir por asuntos realmente privados. Si tenía, por ejemplo, una cita particular al mediodía a diez minutos de casa, debía salir media hora antes, sólo para tener tiempo de despistar a un par de tenaces lebreles desgraciados, y esta pérdida de tiempo mortificaba la eficiencia de su espíritu. Más de una vez había pensado en elevar una queja al comisario general de Policía sobre el asunto.

Aquella mañana tenía una cita a las doce en punto y, como ya se ha dicho, hubo de tomarse media hora para burlar a los espías.

En realidad, los burló en veinte minutos, lo cual era bastante satisfactorio.

No burló a Duodécimo Gugliemi... ora porque Gugliemi fuera de intuición más flexible que la de los detectives, ora porque no se diera cuenta de su existencia. Tan pronto como advirtió que aquellos dos hombres faltaban en la procesión, se dirigió a la cita por la ruta normal y directa, ignorando que Gugliemi estaba aún pisándole los talones.

El regreso de Reading no ofreció seria dificultad para un hombre del ingenio y descaro del Santo, aunque sabía perfectamente que a la mañana siguiente serían legión los coches del servicio policial cargados de sabuesos con ojos inquisidores que saldrían a buscarle por todas las carreteras de acceso a Londres. Con el traje nada favorecido por el remojón de la noche anterior, y que dejó deliberadamente tal como estaba, fue a ver al propietario de un garaje, que era el hombre que necesitaba. Un militar retirado con quien la suerte no se mostraba propicia. Empresario de transportes, al que una serie de malos negocios le habían obligado a vender la casa, pero a quien, bajo la forma de un viaje que le valdría veinticinco libras de beneficio, le llovía ahora una inesperada ganga sólo con que pudiera encontrar los medios para realizarlo.

El Santo alquiló el camión que quería, y también un traje de hule. Luego se dirigió a Londres con Jill Trelawney debajo de un encerado en la parte trasera, y pasó por delante de las mismas narices de los que le estaban esperando al acecho en Chiswich, final de la Gran Carretera del Oeste. Después de lo cual resultó coser y cantar el meter a Jill de incógnito en el estudio a altas horas de la noche. Una vez instalada, le ofreció una alacena bien surtida de comestibles y fiambres y la abandonó. Allí la visitaba con frecuencia para llevarle noticias y reponer las vituallas... En la mañana a que nos referimos se presentó cargado con una docena de salmones ahumados, una hogaza de pan, media libra de mantequilla y dos docenas de huevos, transportado todo dentro de una valija de las que usan los agregados diplomáticos.

Jill le recibió en la puerta.

—¡Dios le bendiga! —exclamó—. Si no hubiera venido hoy, creo que me habría dado un ataque de nervios. No tiene idea de lo que es permanecer encerrada sin hacer otra cosa que leer y comer durante las veinticuatro horas del día.

Simon colgó su valija de diplomático de un caballete que nunca sustentó una tela.

—Pero si estuve aquí anteanoche, hace sólo cuarenta y ocho horas —observó—. Eso quiere decir que comienzo a serle interesante a la señorita...

Jill le ofreció un cigarrillo y ella cogió también uno.

—¿Qué más ha ocurrido?

—Nada importante. Teal ha vuelto a visitarme. Comenzó por amenazarme, y le falló el tiro; trató de ser astuto, y le falló el tiro; trató de hacerlo en plan de amigo, y le falló el tiro; trató de sobornarme, y le falló el tiro. Y se fue. Ahora va a pedir el retiro y a montar una granja para dedicarse a la cría de gallinas a base de ese capital. Unos polizontes disfrazados de caballeros me siguen a todas partes...

—¿Cuándo sabe usted que los despista?

—Cuando ya no oigo crujir sus botas, sé que les llevo una delantera lo menos de tres calles. ¡Ah!, me olvidaba, la Oficina de Informaciones ha sido objeto de un asalto.

—¿Qué quiere decir?

—Pues... robada. Han sido extraídos de ella papeles secretos e importantes. El legajo de Jill Trelawney, subdivisión M 3879 XXI (b)... Lo cual, entre paréntesis, fue una exageración. Hay que dar algún crédito a la policía. La teoría del asalto se desechó a los cinco minutos, como cosa evidente por absurda, y ahora el delito se asegura que fue un trabajo interior llevado a cabo por algún empleado corrompido y pagado por el Santo.

—¿Cuándo sucedió eso?

—Anteanoche.

—¿Cuándo estaba usted aquí?

—Justamente. Mi coartada es perfecta.

—¿Usted se marchó a medianoche?

—No por mi propia voluntad...

Jill sonrió.

—¿Pero no dijo que tenía una cita?

—Lo dije.

—¿Pero tenía una cita?

—¿No dije que la tenía? Jill, no quiero que me someta a un interrogatorio. Usted debe guardarse los interrogatorios para ese muchacho norteamericano amigo suyo, cuando ya lo haya pescado. Fui a ver a un hombre en Camden Town para comprarle un Pomerania de segunda mano, y me vendió un cachorro. ¿Qué hay en ello?

Jill se sonrió nuevamente. Luego señaló un montón de periódicos en uno de los extremos de la mesa.

—Es la primera vez que oigo hablar acerca de este robo en la Oficina de Informaciones —dijo—, y juraría que el resto de los mortales está tan a oscuras como yo.

—Es... muy probable.

—Entonces ¿cómo se ha enterado usted de lo ocurrido?

—Tengo mis fuentes secretas de información —respondió el Santo.

Dio un bostezo descomunal. Recostó la cabeza pesadamente en un cojín y cerró los ojos.

Jill le contempló durante unos pocos segundos. Luego...

—¡Simon!

—¡Hola! —suspiró el Santo, espabilándose.

—¿Qué es lo que le pasa a usted?

—Perdóneme —contestó Templar—, pero apenas si he dormido estas dos noches pasadas, y estoy muerto de cansancio.

—¿Qué ha estado haciendo?

Simon se desperezó.

—Jill —le dijo—, tiene usted que tener más fe en mí. Yo no he andado por los tejados. He estado muy cerca, sin embargo... había que hacer un trabajillo en la cañería del agua y hubo un momento terrible en que creí que el canalón se iba a hacer añicos... Pero todo salió a pedir de boca, aunque sospecho que le causé algún desperfecto a la hiedra...

—Pero ¿no fue Scotland Yard lo que escaló usted?

—¿Quién ha dicho que lo escalara yo? —preguntó el Santo abriendo desmesuradamente los ojos, con expresión de sorpresa infantil.

Jill se dirigió a su lado y se sentó en el brazo de la butaca que ocupaba Templar. Con su sencillo vestido azul, su lindo rostro, sin maquillaje, pues nunca lo necesitó, hubiera podido posar, de ser pintor Simon Templar, para un cuadro que hiciera famoso aquel estudio. El Santo la contempló abiertamente con satisfacción.

—Ese muchacho norteamericano va a tener trabajo espantando a los aspirantes a colaboradores algún día —murmuró con frivolidad.

—¿Qué hacía... subido a las cañerías del agua?

—Cogía nidos de gorriones.

—¡Simon!

—De acuerdo, maestrita. Si lo quiere saber, ¡pues que me voy a dedicar a lampista, y quiero hacer prácticas!

La muchacha se puso en pie nerviosa, y Simon, riéndose, la obligó a sentarse de nuevo, tirándole de la mano que no había aún soltado.

Como distraído, se la besó.

—Gracias.

—No hay de qué —respondió cortés el Santo—. Pero escúcheme: ¿me creería si le jurase que Scotland Yard fue robada anteanoche, y que yo no hice mis prácticas de cañería sino hasta anoche... o mejor dicho, hasta la madrugada de esta mañana?

Jill le miró a los ojos fijamente, desconcertada.

—Sí —contestó—, le creo. Pero ¿qué ha descubierto?

El Santo hizo una mueca.

—Cójase fuerte de la silla —le dijo—, porque mis palabras van a hacer tambalear su fe.

Se introdujo la mano en el bolsillo interior de la americana, y le entregó un pesado sobre.

Jill miró el sobre.

No estaba cerrado. Luego sacó la cartera y extrajo unos papeles que desdobló.

A la vista del primero, su rostro cambió de expresión. Luego, rápidamente, ojeó lo restante. Se volvió hacia Simon frunciendo el ceño, con una media sonrisa en los labios.

—¡Vamos... bromista!

—Ya le dije que su fe iba a sufrir una conmoción.

—Pero ¿por qué no me lo dijo enseguida?

—¿Decirle qué?

La expresión de inocencia volvió a manifestarse en los grandes ojos azules del Santo.

—¿Por qué no me dijo enseguida que había violado el archivo?

—Porque —le replicó el Santo blandamente— no habría sido del todo verdad. Siempre he tenido especial cuidado en eso de decir la verdad —añadió en un alarde de sinceridad.

—Pero ¿es cierto, o no?

—Hablando de todo un poco —interrumpió el Santo apresuradamente—, ¿se ha fijado en la última hoja?

Jill la miró.

—Está en blanco.

—Una curiosidad valiosa. Érase una vez que alguna o algunas personas, que llamaremos desconocida o desconocidas, obtuvo u obtuvieron, ilegalmente documentos privados de los archivos de Scotland Yard. En lugar de tales documentos, dicha persona o personas dejó o dejaron en ellos un número equivalente de hojas de papel en blanco. Esta hoja en blanco que tiene en la mano es un ejemplar de ellas. Todo sumamente interesante.

La muchacha examinó cuidadosamente la hoja.

—¿Una de las que pusieron en el archivo? —preguntó.

—No. Es una hoja idéntica a la de la resma de donde fueron tomadas las hojas que dejaron en Scotland Yard. Ahora verá —el Santo buscó en otro bolsillo—, ésta es una de las hojas que dejaron. Si las compara...

Jill Trelawney tomó en sus manos la segunda hoja.

Exclamó anhelante:

—¿Pero cómo...?

Simon Templar se rio seráfico.

—Mis espías están en todas partes —declaró—. Tengo recursos que usted no podría ni imaginárselos siquiera. Perdón.

Le tomó los documentos de la mano, los volvió al sobre y se guardó éste en el bolsillo.

Jill le puso una mano en el hombro.

—Me parece que usted está jugando una interesante partida —le dijo—. Quiero conocerla.

El Santo se golpeó el bolsillo.

—Aquí hay papeles —afirmó— que no pueden duplicarse. Son los únicos, los genuinos padres de la criatura. Está, por ejemplo, la carta original en que se daba aviso de una inminente batida, escrita en el papel que usa Scotland Yard para estos casos, y con la máquina de escribir del despacho de su padre. Esta carta fue motivo para sustanciar los cargos de que le hicieron objeto. Es una prueba que no puede obtenerse otra vez. Y hay detalles de la causa que, sin estos papeles, nadie podría recordar después del tiempo transcurrido. Pequeños detalles, pero que son importantes para alguien. Si, por ejemplo, el comisario general ordenara, por una razón cualquiera, que se abriese una nueva información sobre las circunstancias que motivaron la separación de su padre del Cuerpo...

—¿Y la ordenaría?

—¿No es eso lo que usted quiere?

Jill no respondió.

—¿No era ésa la misión de los «Ángeles del Averno»?

—Sí —contestó, casi con un murmullo—, ése era su objeto... originalmente.

—Sonarle las narices a los bellacos que calumniaron a su padre porque no pudieron comprarle.

—Y eso fue —dijo Jill secamente—. Eso fue lo que hicieron. Tenemos a Waldstein y a Essenden. Essenden hizo una especie de confesión... pero está muerto y nadie dará crédito a mis palabras ni a las de usted. Cosa por el estilo acontece con Waldstein. De usted empiezo a creer que no podemos hacer otra cosa que continuar como hasta ahora, cobrando venganza.

—Waldstein y Essenden —observó el Santo— son los números Uno y Dos, queda aún el número Tres, y a la tercera va la vencida.

—¿Vamos a adelantar algo con eso?

—Debemos adelantar, después de toda la experiencia que hemos adquirido. Si no deja usted que su corazón decaiga, querida chiquilla...

Jill levantó la cabeza.

—Todavía no sé —murmuró— por qué está usted conmigo.

—Mocosa —dijo el Santo—, ¿aún siente curiosidad?

—Los otros lo estaban por dinero.

—Yo tomé cien mil francos de Essenden en Paris. Habrían sido doscientos mil si no hubiéramos sido socios. Sí, es verdad, usted me representó un quebranto económico. Pero, por otra parte, está la broma de que le he hablado más de una vez, si recuerda.

—¿Es ése su secreto?

—Uno de ellos. ¿No le dije a usted que yo siempre había estado un poco loco? Eso es muy importante no olvidarlo. De no haber estado un poco loco no existiría la broma, y sólo Dios sabe lo que les hubiera ocurrido a los «Ángeles del Averno»; de fijo que habría habido muchísima menos alegría y payasadas en la novela que hay ahora... El día en que la novela termine, se lo contaré todo. Por ahora, cuanto puedo decirle es que hay algo que yo juré hacer antes de volverme una persona respetable, y puedo asegurarle que ello vale la pena. ¿Le basta con lo dicho por hoy, Jill?

El Santo advirtió la perplejidad en su cara sonriente y en el caprichoso movimiento que hizo con la cabeza y sonrió. A continuación consultó el reloj y se puso en pie.

—¿No tendrá inconveniente en que me retire? —preguntó—. Es mi hora de dormir.

—¿A la una de la tarde?

El Santo asintió con la cabeza.

—Ya le dije que no había dormido, por así decirlo, en dos noches. Y esta noche he de visitar a un pariente de lo más respetable, ante quien no quiero aparecer como demasiado distraído. Quizá no se mostraría tan inclinado a creer en mi virtud como usted.

A Jill le sorprendió la observación.

—Ignoraba que tuviese parientes.

—¿No se lo había dicho? Tengo padre y madre, entre otros. Es de lo más extraordinario. Los periódicos de la época vienen llenos de noticias sobre el particular.

—¿Se referirá usted a la *Police News*?

—Pues no recuerdo que justamente en tales días la *Police News* se ocupara de mí —replicó con mucha seriedad el Santo—. Me parece que demostró su interés después.

Hubo Jill de echarlo a broma, para disimular así la falta en que había incurrido como criminal bien educada, pero se sentía lo bastante curiosa para tratar de obligar al Santo con una pregunta directa y explícita.

—¿Tiene usted familia todavía?

La pregunta fue formulada de una forma encantadora... con una nota de simpática curiosidad, dando por sentado que ya existía la suficiente confianza entre ellos como para comunicarse pormenores familiares. Pero Simon únicamente se rio.

—A decir verdad —manifestó—, no es realmente de la familia, aunque yo la llame tía Ethel... Pero mira mis indiscreciones con ojos tolerantes y hasta confía en que me corregiré algún día. Hablemos ahora de otra cosa. No puedo prometerle cuándo volveré, Jill, pero lo haré tan pronto como pueda.

Miss Trelawney le acompañó hasta la puerta y le siguió con la vista mientras bajaba la escalera. En cuanto Simon desapareció se sintió espantosamente sola.

El Santo marchó directamente a Upper Berkeley News. No bromeaba cuando dijo que se iba a la cama. Tenía que estar despierto por la noche y sólo Dios sabía cuándo sería su próxima noche de descanso.

Si antes no se percató de la presencia de Duodécimo Gugliemi, ahora, cuando regresaba a su casa, no escapó a sus ojos de lince.

II

Hacía ocho horas que Simon Templar se había marchado, cuando el timbre resonó en el estudio, haciendo que el corazón de Jill chocase con violencia contra su pecho.

No estaba previsto que nadie tocara el timbre. El Santo llevaba una llave y nunca llamó ningún tendero, por razones obvias. No podía ser, por lo tanto, más que un detective a quien el Santo, a pesar de su destreza, no despistó como creyera...

Mientras se hallaba de pie junto a la mesa, con el pensamiento hecho un torbellino, sonó de nuevo el timbre.

Se asomó al balcón y miró calle arriba y abajo, pero no observó nada extraordinario... ningún indicio de que la policía hubiera hecho acto de presencia, ni siquiera uno o dos hombres que vigilasen por si escapaba por otra salida. Porque, en lo que se refiere al guardia que eventualmente custodiase la puerta de entrada de la casa, no le era posible verlo, debido a que al estudio se accedía por el tercer y último piso, y el arquitecto, ignorando que el edificio pudiera servir alguna vez de asilo a un criminal buscado por la policía, había omitido la construcción de una ventana o de otro artificio por el estilo para dominar la puerta principal.

Fuera quien fuese, nada iba a ganar con oponerse a abrir la puerta. Si era la policía, la manzana estaría ya bien rodeada, y la puerta sería forzada si no contestaba a la llamada del timbre. Si era alguna persona particular... No tenía idea de quién pudiera ser, pero aun así debía abrir.

Llevaba en la mano la pequeña pistola automática, de la que, aquellos días, no se separaba. Se dirigió a la puerta y abrió.

El aspecto del hombre que apareció ante ella la tranquilizó. Seguro que podía ser todo menos detective; era demasiado pequeño y delgado para ser admitido en las filas de la Policía Metropolitana, aunque él lo hubiese deseado. Un segundo vistazo la convenció de que, ni aun deseándolo, hubiese sido admitido, pues había algo en la exagerada elegancia de su indumentaria que le denunciaba como extranjero, prescindiendo de sus finas facciones morenas y de sus ojos negros inquietos.

—¿Miss Trelawney?

Después de vacilar una décima de segundo, asintió. Se manifestaba tan seguro, que Jill comprendió inmediatamente lo inútil de una negativa. Al mismo tiempo,

aunque pareciese tan al corriente de su identidad, nada se advertía de amenazador ni alarmante en sus modales.

Enseguida explicó su presencia:

—Vengo de parte de mester Templar, que ha sido arrestado.

Un escalofrío recorrió el espinazo de Jill.

—¿Arrestado? ¿Cuándo?

—Muy cerca de aquí. Anoche me vino a ver para decirme que tenía trabajo para mí. Esta mañana le vi de nuevo, me trajo aquí y me dijo que esperase fuera mientras él entraba; luego nos marchamos juntos y me explicó el trabajo que tenía que hacer. Pero a poca distancia de aquí un hombre lo reconoció y le dijo: «¡Queda usted arrestado!»

El visitante levantó los brazos expresivamente.

—¿Y mister Templar le dijo a usted que viniera aquí?

—¡Oh, no! Pero me miró, y yo comprendí lo que debía hacer.

Jill comprendió también. El Santo no hubiera podido decir nada delante de la policía sin descubrir su paradero.

—¿Quién es usted?

—Yo soy Duodécimo Gugliemi —respondió con aire dramático el hombrecillo—. Voy a explicarme: Mister Templar cogió un taxi con el detective, y yo cogí otro y le seguí. De pronto vi que por la portezuela arrojaban un papel; detuve mi taxi y lo recogí. Aquí lo tiene.

Le ofreció un trozo de papel sucio. Jill lo tomó y procedió a descifrar sus garrapatos, trazados a hurtadillas:

«Espere en un coche a las diez, frente a Scotland Yard.

—S».

—¿Por qué no vino antes —interrogó con sequedad la joven— si todo esto le sucedió al salir de aquí...?

—Tenía que buscar el coche y me ha llevado un rato conseguirlo; está ahí fuera. El chófer es amigo mío. Mister Templar también le conoce.

—Espere un minuto.

Lo dejó en la puerta y regresó al instante con el abrigo puesto y colocándose el sombrero. Llevaba su pistola en la pistolera del cinturón, debajo del abrigo.

—Vamos.

El italiano la precedía bajando la escalera y ella le seguía aprisa.

Un coche esperaba al borde de la acera. Gugliemi abrió la portezuela para que subiera. Jill subió, el italiano la siguió y el coche arrancó inmediatamente.

Se dio cuenta entonces miss Trelawney de que una fina gasa cubría todos los cristales del vehículo. Se sentó sin mostrar la menor desconfianza.

—¿Qué hacen esas cortinillas echadas?

—No debe ver adónde vamos. Sería peligroso para usted.

Permaneció sentada sin hablar, imaginándose en caleidoscópico torbellino una serie infinita de peligrosas aventuras. Sólo estaba segura de una cosa, y era la de haberse conducido con una estupidez increíble.

Observaba a hurtadillas al hombre que tenía a su lado, pero éste no miraba sino hacia delante, dando la impresión de haber olvidado temporalmente su existencia.

Cuando consultó su reloj y advirtió que llevaban media hora de viaje, Gugliemi le dijo:

—Ya llegamos. Me permitirá que le ponga esto sobre los ojos.

Y mostró entre las manos un pañuelo blanco.

—¿También eso?

—Espero que no se oponga. He de ponérselo en los ojos y confío en que no me obligue a hacerlo por la fuerza, porque a mí no me gusta conducirme violentamente.

Jill permaneció inmóvil. El blanco rectángulo de tela le tapó los ojos y sintió la caricia de su seda en el rostro. En ese momento se sacó su pistola y apoyó el cañón contra las costillas del italiano.

—Se muestra usted demasiado expeditivo, Duodécimo —le dijo con dulzura—. Piense lo que hace... ¡y piénselo de prisa!

El italiano siguió imperturbable atándole el pañuelo.

—Contaré hasta tres —anunció Jill secamente—. Puede ir encomendándose a Dios. Uno...

—Y ahora se para el coche, viene la policía y la arrestan a usted —le respondió Gugliemi con toda calma—. Pero no se preocupe, miss Trelawney, me cuidé de descargar su pistola.

Observó que el coche se había detenido y lloró interiormente de rabia contra sí misma.

Percibió lo intenso de la luz al salir del coche, aunque tenía bien tapados los ojos. No podía ni siquiera ver dónde ponía los pies, porque no disponía ni de un segundo para alzarse la venda, ya que Gugliemi la sujetaba fuertemente por las muñecas.

—Hay que bajar unos escalones.

Gugliemi la guió a lo largo de algo que parecía un pasadizo y luego, al volver un recodo, subieron unos cuantos peldaños que a Jill le parecieron de piedra.

—Ahora hay que subir una escalera.

Miss Trelawney subió cuatro tramos cogida de un brazo por el italiano. Luego Gugliemi abrió una puerta y la hizo pasar. A los pocos pasos la detuvo y Jill sintió que algo duro le comprimía las corvas.

—Siéntese —le dijo Duodécimo.

Ella obedeció. Después sintió el contacto de las manos del italiano alrededor de sus muñecas y la presión de unas correas con su fría hebilla metálica... Luego, la misma cosa alrededor de los tobillos. Cuatro correas la sujetaron tan firmemente como si fueran cadenas de acero. Entonces le quitaron la venda de los ojos.

Se encontraba en una habitación reducida y amueblada miserablemente. De la pared pendían tiras de papel despegadas y la alfombra estaba llena de remiendos y con las orillas deshilachadas. En un rincón había una cama cuyas patas descansaban sobre ruedas, y encima de una mesa desvencijada, una botella, varios vasos y los restos de un bocadillo sobre un trozo de periódico.

La butaca de roble en que se sentaba, maciza y sólida, parecía carecer de sitio en el cuarto y que la hubiesen comprado para aquella ocasión. Las correas, que Gugliemi acababa de ajustar, le adormecían los brazos, de la muñeca al codo, y las piernas, del tobillo a la rodilla. Desde el primer momento comprendió que no lograría jamás verse libre, si se resignaba a permanecer allí sentada por el resto de su vida. Empleó todas sus fuerzas lo mejor que pudo y supo para romper las correas, en tanto que el hombrecito la veía luchar inútilmente con cierta expresión de regocijo.



—No creo que escape, miss Trelawney —le dijo—, de modo que voy a dejarla sola. Quiero despedir a mi amigo y luego volveré y hablaré con usted. —Sus ojos pequeños le relucían debajo del ala del sombrero—. Tengo cosas muy interesantes que decirle... muy interesantes.

Cuando desapareció por la puerta, Jill sintió algo así como la mano de un fantasma que le apretaba por la nuca y le comunicaba una sensación de hormigueo por el cuero cabelludo al tiempo que una sensación glacial le descendía hasta la boca del estómago. Ahora que comprendía que aquel hombre nada tenía que ver con el Santo, se preguntaba si éste tendría noticia de él... si sería posible que se hubiese fijado alguna vez en él. Lo que estaba pasando inducía por lo menos a suponer que la historia de la detención del Santo era falsa, que era sólo el cebo para que ella cayera ciegamente en el lazo. Pero ¿cuándo lo descubriría el Santo? Y aun así, ¿qué podría

hacer en su favor? Unos cuantos minutos podían tener mucha importancia... Y en la esfera de su reloj de pulsera, tres manecillas metálicas hilaban la madeja de las horas con arabescos de eternidad...

Contemplaba el movimiento cruel de las manecillas con apática fascinación y seguía la marcha perseverante de los minutos para sumar una hora. No tenía idea de lo que pudiera estar haciendo Gugliemi, ni le parecía de ninguna utilidad imaginárselo. Probablemente estaría bebiendo... Una hora se transformó en dos. Parecía que algo se le hubiese roto en el cerebro haciéndola insensible a la marcha del tiempo. ¿Qué estaría haciendo ahora el Santo...?

Oyó ruido de pisadas y girar el picaporte de la puerta con un chirrido que le hizo salirse el corazón por la boca. La esperanza descabellada de que pudiera ser el Santo acudió a su pensamiento... inconscientemente había llegado a tener tanta fe en él, tan fuertemente atrapada estaba sin saberlo en la red de su hechizo, que le creía capaz de cualquier milagro... Pero las pisadas no eran más que el heraldo del regreso de Gugliemi, quien comparecía ahora sin sombrero y sin americana.

Entró y cerró la puerta con llave. Jill levantó la cabeza.

—Ha estado mucho rato con su amigo —le observó.

—Sí —confesó sonriente Duodécimo—. Estaba algo impertinente. Pero ya le he hecho que se marchara y no volverá hasta dentro de dos horas. Así me dará tiempo a mí. Supongo que ya sentirá usted cierto interés...

—No el suficiente para que se me altere el pulso. Y no le invito a que tome asiento, a pesar de haberse disfrazado de caballero...

—Miss Trelawney...

—O tal vez no esté usted disfrazado de caballero. Convengo en que el disfraz no se distingue por lo acertado; pero me imagino que quiera ser lo que he dicho.

Gugliemi se compuso la corbata con sus manos delicadamente arregladas por la manicura.

—¿Sabe usted lo que le va a pasar? —le preguntó.

Su inglés se hacía más difícil, debido a que su agitación primera, que no había sido fingimiento, había desaparecido.

—Le dije que no me interesaba —le contestó ella.

Al mirarle, Jill apreciaba fríamente las circunstancias. Hasta la había despojado de su inútil pistola; y Jill sabía, desde el manotazo con que la había apresado por las muñecas, que aun no estando atada a la silla, no podría dominarlo, aun siendo aquel hombre tan menudo como era. Y pensaba... Por supuesto, la historia del arresto del Santo podía ser cierta, aunque no lo parecía.

Sus pensamientos obedecían al sentimiento de exasperación que los agitaba.

¡Ella, después de haberse reído como había querido de las leyes inglesas, después de haber dado guerra hasta hacer encanecer a los hombres de Scotland Yard, caer así, en una celada de pega! Pero ¿cuánto tardaría el Santo en advertirlo?

Desde que se instaló en el estudio, el Santo había acudido por lo menos cada dos días. A veces a diario.

Pensando lo más favorable, y conforme a su costumbre, no volvería hasta el día siguiente. Según lo manifestado por Duodécimo, dos horas era todo el tiempo de que se disponía.

No obstante, los acontecimientos se sucedían con más celeridad que antes, y era más que posible que el Santo tuviera que volverla a ver aquella noche. Y en cuanto él no la encontrara, probablemente no se mostraría dispuesto a que se acumulase tanto barro en el camino que llegase seriamente a impedirle continuar la marcha. Pero ¿podría ella sostenerse tanto tiempo... el tiempo necesario para que él pudiese ganar el terreno perdido?

—Es necesario —manifestó Gugliemi— que usted muera. Eso es lo que me han dicho, y me han pagado para hacerlo. Yo no sabía que en Inglaterra se hacían estas cosas, pero me han dicho que sí se hacen. En Italia, desde luego, al que estorba, se le hace desaparecer... ¡pum...!, así. Pero yo no sabía que esto también sucedía en Inglaterra, hasta que me dijeron que usted tenía que desaparecer, y que si desaparecía sin dejar rastro, no me remitirían a Italia. Lo cual es muy importante, porque si vuelvo a Italia me mandarán enseguida a presidio.

Jill le miraba de hito en hito, dando apenas crédito a lo que oía.

—¿Quién le dijo a usted eso? —le preguntó con voz forzada.

—Me lo han dicho —respondió Duodécimo—. Pero no que lo hiciera así. Esto es idea mía. Me dijeron que cogiera mi revólver, que la fuera a buscar a usted a donde pudiera encontrarse, que entrara en su casa, la matara y saliera, y que nadie me interrogaría por ello. Pero yo la vi asomarse por el balcón cuando me encontraba en la acera de enfrente, y decidí que no podía ejecutarse la orden así, tratándose de una mujer tan joven y tan bonita.

Y le envió un beso en la punta de los dedos, con mucha cortesía.

—De modo —continuó— que la he traído a mi casita. Usted ha desaparecido y la policía estará satisfecha. En cuanto a mí, también estaré satisfecho, y todo quedará cumplido.

La ridícula petulancia de su discurso y sus ademanes hacían grotesca la situación, y no obstante...

Miss Trelawney recorrió con la vista el cuarto miserable y desamueblado, que parecía más sucio, si eso era posible, por efecto de no estar iluminado más que por una débil luz de gas en un rincón. Y mientras Gugliemi coordinaba su siguiente párrafo, meciéndose con distinción en su silla, Jill aguzó el oído.

No oyó ningún ruido afuera, en la casa. Probablemente estaría vacía... Gugliemi no se habría arriesgado a dejarla amarrada en un sitio donde pudiera haber gritado y llamado la atención.

Como si le hubiera leído el pensamiento, con sus ojos negros, admiradores elocuentes de su belleza, Duodécimo le dijo:

—No, no vive nadie en esta casa. Estamos en Lambeth, y nos encontramos en el cuarto de un vigilante situado encima de un almacén desalquilado. Puede usted gritar, si gusta, pero nadie la oirá. Tan pronto como usted me prometa que se portará bien, le quitaré esas correas y quedará libre.

—De modo —le observó la joven con gran calma— que mister Templar no ha sido arrestado.

Duodécimo levantó los brazos.

—¿Cómo puedo yo saberlo? Esa fue una historia que inventé yo. Cuando salió de su casa de usted, dejé de seguirle. A mí no me interesaba. Quizá ha sido detenido, quizá no. ¿Quién lo puede saber?

Jill se asió a este hecho como un náufrago se coge a una tabla.

Y luego, como respondiendo a sus pensamientos, allá, en los abismos, bajó sus pies, resonó un golpe en la puerta del almacén, como un trueno.

De cómo Simon Templar interrumpió un dialogo, y mister Cullis se encontraba en casa

I

Gugliemi debió pensar que era su amigo quien regresaba, porque puso ojos de sorpresa al encontrarse con el Santo.

—¿Qué quiere usted? —le preguntó.

—¿Y usted quién es? —le replicó a su vez el Santo mientras con ojo escrutador le miraba de cabeza a pies por la puerta entreabierta.

—Yo soy el vigilante.

—Pues, entonces, espero que vigile bien —le contestó el Santo.

El italiano iba a darle con la puerta en las narices, pero Simon empujó con fuerza y entró.

Simon se quitó con gran cuidado un fragmento de telaraña que tenía en el brazo. Iba de smoking, sin sombrero ni abrigo, y, en la semioscuridad que le rodeaba, la pechera de la camisa tenía la blancura de la nieve.

—No quiero que ni por un segundo vaya usted a imaginarse, *signor* Oleaqua, que yo me entrometo —le dijo el Santo con timidez—. Pero ¿no cree usted que es tiempo ya para que miss Trelawney vuelva a casa?

—Yo no sé nada de miss Trelawney.

—Pero mi querido *signor* Gazebo —protestó el Santo con acento de sorprendida inocencia—, ¡piense en las conveniencias! ¡Piense en lo que dirá el obispo si supiera que estaba usted a solas con una bella dama a estas horas!

—No le entiendo —replicó Gugliemi con terquedad—. No conozco a ninguna miss Trelawney.

El Santo enarcó las cejas media pulgada.

—¿De veras? —le contestó—. Pues un amigo suyo acaba de decirme que la había traído con usted a este lugar.

Duodécimo se encogió, con elocuencia, de hombros.

—¿No me está usted contando un cuento?

—Quizá —convino el Santo—. Pero, por supuesto, me permitirá echar una ojeada, sólo para asegurarme, ¿verdad?

—¡No se lo permito! —exclamó con energía Gugliemi—. Usted se ha introducido aquí violentamente, y si no se marcha enseguida voy a llamar a la policía.

El Santo también cambió de expresión.

—Su idea de la hospitalidad es deplorable —le observó genial—. Pero estoy seguro de que no ha querido decir lo que ha dicho. Es usted uno de esos hombres fuertes, sin paja ni cartón, que seguramente por nada del mundo querrá hacerse pesado, ¿no es cierto?

Sin saberse cómo, de pronto relució una pistola en las manos del italiano. La esgrimía amenazador en el aire; pero Gugliemi se daba cuenta de que su valor personal decrecía.

—Yo no estoy muy acostumbrado a estos juegucitos —observó el Santo con mansedumbre, en tanto que le amenazaban con la pistola en alto—. Soy hombre de paz, aunque parece que no está dispuesto a creerlo. Según tengo entendido, si se tira de ese ganchito se produce ruido y se agujerean las cosas. Tiemblo de curiosidad por verlo. Quizá, usted, por casualidad, lo haya visto funcionar —y con las puntas de los dedos tocaba el gatillo de la pistola que le apuntaba, y Gugliemi se ponía pálido—. Pero... ¿cuál es el plan, mi pequeño *andante capriccioso*? ¿Una especie de secuestro? ¿Algo de esos indigestos postres sentimentales que ha visto usted en el cine?

A cada pregunta el italiano movía ligeramente su peligrosa pistola automática.

Gugliemi intentó, con un rápido cambio de sitio, colocarse a la espalda del Santo, pero éste anduvo más listo. Cogió al italiano por la muñeca y Duodécimo dejó caer la pistola exhalando un quejido de dolor. Simon lo empujó hacia un lado y recogió la pistola del suelo.

—¿Y qué opina usted —le interrogó el Santo como si conversara— del suprolapsarianismo? Su opinión ha de ser de peso. Justamente hace apenas unas horas...



—Muy bien —refunfuñó Gugliemi—, le llevaré a donde está miss Trelawney. Pero no siga apuntándome con la pistola.

—¡Desde luego!, dejaré de apuntarte en cuanto sepa que no vas a sacar otra porra de mentirijillas —le respondió el Santo—. ¿Dónde está miss Trelawney?

—Arriba.

—¡Válgame Dios! —La pistola automática apuntó de nuevo al chaleco de fantasía de Gugliemi—. ¡Espero que no haya olvidado la buena educación!

—Le enseñaré el camino.

—Ciertamente que me lo enseñará —le dijo el Santo, jovial—. Pero me temo que si hubiera olvidado la buena educación, me vería forzado a hacer con usted habilidades que no sólo le producirán dolor físico, sino que le descorazonarán de un modo permanente... ¡Adelante, Rudolph!

Gugliemi subía seguido de Templar hacia el cuarto del sotabanco. Simon advirtió que, a su entrada, los ojos de Jill se llenaban de luz, y la saludó ceremonioso inclinando la cabeza y con una carcajada... Era demasiado evidente el hechizo de su sugestión y nada podía causarle a él, que, de ser algo, era melodramático, mayor arrobo ni satisfacción.

Se volvió el italiano y le ordenó con aire de cantante de ópera:

—Desátela.

Gugliemi se apresuró a obedecer.

Quitó las correas de las muñecas y luego de los tobillos.

—Y ahora, Jill, ¿se ha conducido el espécimen que se esconde detrás de ese alfiler de corbata de modo que haya merecido de usted el calificativo de insolente?

—Así ha sido.

—¡Ajajá! —El Santo esgrimió la pistola—. No quiero precipitarme, Antonio, pero todo parece contrario a sus proyectos matrimoniales. Si recuerda usted lo que le decía hace un momento...

—Pero ha llegado a tiempo —protestó Jill—. ¿Qué iba usted a hacer?

—¡Oh! —dijo el Santo, casi violentándose—. Pero ¿es cierto que no se ha conducido suciamente?

—Prácticamente no.

El Santo respiró.

—Otra vez la vieja historia —murmuró apesadumbrado—. ¿Sabe usted?, siempre pienso en lo que hubiera sucedido si el héroe hubiese perdido el tren y hubiera llegado media hora tarde... Creo que nunca lo sabremos... Pero ¿qué era lo que tramaban?

Miss Trelawney le explicó exactamente lo que Gugliemi le había dicho, mientras el italiano permanecía de pie, silencioso y pálido, bajo la amenaza continua de la pistola del Santo.

Y cuando, acabada la relación, Simon se volvió hacia él, Duodécimo casi se murió de miedo.

—¿Quiere usted decir que la policía le encomendó semejante patraña? —le preguntó el Santo—. ¿De verdad espera usted que yo la crea?

—Pues es verdad, señor.

—¿Qué policía le ordenó tal cosa? —le interrogó con escepticismo.

—Un hombre alto... con un bigote... así... —Y Gugliemi contrajo las cejas, retorció la boca y alargó la quijada, caricatura en la que el Santo reconoció enseguida al aludido. Lo mismo que Jill.

—¡Cullis! —exclamaron.

Simon se sentó en la cama y miró al italiano con aire pensativo.

—Pero ¿cómo ha llegado usted hasta aquí? —le preguntó Jill.

—Oh, me paseaba por la calle muy tranquilo. En realidad, iba a verla a usted. Mi respetable amigo creyó que le gustaría conocerla, de modo que me mandó a buscarla, y en el momento en que doblaba la esquina cerca del estudio la vi a usted subir en un taxi y marcharse. No había por allí ningún taxi para darle caza, y en tales circunstancias, me quedé parado en la calle, dado a los demonios. Pero anoté el número del coche y luego me fue fácil saber el nombre del dueño.

—Pero ¿cómo hizo usted todo eso?

—Consulté a un vidente —respondió el Santo—, me lo dijo enseguida. Me costó algún tiempo; sin embargo, di con el hombre cuando metía su coche en el garaje, le persuadí para que hablara.

—¿Le hizo usted hablar?

—Le hipnoticé —contestó con dulzura el Santo— y habló. Entonces vine directo aquí.

La joven movió la cabeza tristemente.

—Soy más afortunada de lo que me merezco. ¡Quién me hubiera dicho que iba a vivir para caer en una trampa como ésta...!

—Es un viejo ardid porque es bueno, querida. Si se presenta debidamente, no falla nunca. De modo que yo no lo tomaría tan a pecho. Y ahora, vámonos a casa, ¿quiere venir?

Templar se puso en pie y Jill Trelawney, que apenas si se daba cuenta de lo que estaba pasando, no tenía más que decir por el momento. Aunque todavía hizo la siguiente observación:

—¿Y qué vamos a hacer con... esto?

Y señaló a Gugliemi. Simon miró a Duodécimo como si no hubiera advertido su presencia.

—¡Ah, me lo llevaré conmigo a Upper Berkeley Mews! —respondió—. Creo que me agradaría celebrar con él una pequeña conversación íntima; la pifia que ha cometido usted quizá se convierta en lo más provechoso de todo lo que ha hecho.

Y se llevó a Gugliemi cogido de un brazo con una mano y con la otra apoyándole la punta del cañón de la pistola contra las costillas, durante todo el camino de Lambeth al estudio en Chelsea, dentro del taxi que tuvieron la suerte de encontrar tan

pronto como salieron a la carretera. Dejó a Jill en el estudio, diciéndole que volvería al cabo de una hora, y él, con Gugliemi, continuó hacia Upper Berkeley Mews. Fue tan exacto como había prometido. Casi puntualmente, una hora después, Jill oía abrir la puerta, y a los pocos segundos el Santo entraba tan sereno e imperturbable como si nada interesante hubiera acontecido aquella noche.

Para entonces, Jill ya había recobrado su serenidad de juicio y esa toda capacidad e interés.

—¿Ha tenido una conversación interesante? —le preguntó.

—Encantadora —fue la respuesta del Santo, que se tumbó en el sofá y encendió un cigarrillo—. ¿Y qué ocurriría si tuviéramos un recuerdo para esos salmones ahumados que traje esta mañana? Mi respetable amigo me obsequió con un prólogo de comida, pero aún me queda hueco para algún bocadillo sustancioso sin pretensiones.

—¿De qué habló con Gugliemi? —insistió la joven.

—De Judas Iscariote.

—Vamos, déjese de bromas.

—Pero si estoy más serio que un cadáver, Jill. En ese nombre famoso se contiene todo lo hablado, como en una cáscara de nuez. No me costó mucho persuadirle, y nos hemos separado como los mejores amigos del mundo.

—¿Querrá usted hablarme claro? ¿Qué partida juega ahora?

—Eso —dijo— todavía ha de ser uno de mis secretos particulares. Pero puedo satisfacerla por lo que respecta a Gugliemi, persona de sensible corazón cuando uno le conoce, aunque sus métodos resulten algo bajos. En efecto, pude comprender que se había enamorado positivamente de usted antes de que mi llegada le estropeará la noche.

—Lo creo —contestó, ceñuda, la muchacha.

—Bromas aparte —añadió el Santo—. Se trata de un interesante espécimen psicológico; me lo había figurado desde el primer momento. Estaba del todo decidido a hacerla desaparecer a su modo (por una propina), ya que le habían dicho que usted era un estorbo político. Pero yo le conté una historia mucho mejor. No tuve que apalearlo siquiera, cosa para la cual iba preparado. Me gané su confianza. Le administré debidamente una botella de Chianti que andaba por allí. Le dije que le habían engañado en toda la línea y tuve ocasión de mostrarle una pequeña prueba para convencerle.

—¿Qué prueba era ésa?

—No importa. Pero Duodécimo se quedó convencido, porque, como ya le he dicho, usted, sin duda, le ha flechado. Y cuando él vio cuál era el juego, su natural caballeroso, junto con otro litro de Chianti y lo persuasivo de mis palabras, hicieron que se pasara a nuestro lado con armas y bagajes. Creo que, si usted se lo ordenase, ahora mismo iría a matar a Cullis con un revólver en cada mano y un *stiletto* detrás de la oreja. ¿Sabía usted que su nombre de pila es Duodécimo? Suerte de nombre que

invita a la risa, ¿verdad? Antes de terminar ya nos estábamos riendo como buenos amigos... Lo que es en verdad interesante es la psicología de nuestro subcomisario.

Jill encendía a la sazón un cigarrillo.

—Continúe.

—Ya ve cuál es la cuestión —declaró el Santo—. Usted se está convirtiendo en alguien molesto así que Cullis se vale de Gugliemi para hacerla desaparecer. Si no detienen a Gugliemi, tanto mejor. Si lo cogen y trata de denunciar al subcomisario por haberle empleado para eliminarla a usted, quien le oiga pensará que desvaría. ¿Puede pensarse algo más sencillo? A mi respetable amigo seguramente le encantará esta historia.

La joven le miró con expresión de curiosidad.

—¿Quién es ese respetable amigo a que usted se refiere?

—Tía Ethel —contestó el Santo con gran lucidez—. Tiene un gran sentido del humor. Por ejemplo, se ha reído hasta enronquecer con esa historia del robo de documentos en la Oficina de Informaciones.

Jill Trelawney le miró con gran fijeza. No le había visto nunca en aquella actitud y le molestaba.

Cuando en Birmingham habían sumado sus fuerzas, y durante todas las aventuras que siguieron —aun en los primeros días de dura lucha—, todo había sido perfectamente claro y franco. Pero ahora el Santo comenzaba a rodearse de una aureola de misterio, y Jill se daba cuenta, casi experimentando una gran contrariedad, que, a pesar de la forma fantástica en que Simon desempeñaba su papel, algo muy fundamental se escondía detrás de sus bromas.

Ella tenía por costumbre estar siempre enterada de todo. Los «Ángeles del Averno» la habían seguido ciegamente. Pero Simon Templar la desafió desde el principio, y desde el preciso momento en que decidió empujarlos a todos de cabeza en una sociedad absurda, había ido paulatina, pero firmemente, usurpándole el puesto. Y ahora, con toda habilidad, se refería a un secreto enigmático que no quería revelar a ella, en tanto que él sabía de ella todo lo que había querido. Jill comprendía que había caído en una subordinación definitiva.

Pero la actitud del Santo no revelaba sentimientos de triunfo, ni siquiera de satisfacción personal, lo que resultaba, en verdad, tan sorprendente, que aún hacía la situación más irritante para miss Trelawney. Si el Santo hubiese presumido de su situación, Jill habría sabido cómo conducirse. Pero Simon Templar tenía patentada una clase especial de petulancia que no había manera de contrarrestar.

—Son los papeles —observó deliberadamente la joven, refiriéndose a lo que había dicho el Santo—, quiero decir, los papeles que *usted* sustrajo de la Oficina de Informaciones.

—¡Oh, no, por Dios! —protestó Simon—. Los papeles que Cullis sustrajo de la Oficina de Informaciones.

Miss Trelawney lanzó una exclamación de incredulidad.

—¿Cullis? —repitió.

El Santo asintió:

—Sí, Cullis. La noche anterior a la que yo me pasé espiando su casa. Vive en Hampstead, cosa peligrosa para un hombre de su condición, en una casa habitada sólo por él, rodeada de jardines. Los balcones de la biblioteca dan a uno de ellos... Yo estaba allí, en el jardín, sentado, oculto entre unas mantas y tiritando de frío. Le vi cuando entró. Entonces yo no sabía, por supuesto, de qué papeles se trataba, pero por la expresión de su cara comprendí que era algo muy importante. A la mañana siguiente supe del robo en la Oficina de Informaciones, y supuse lo que el tal robo significaba.

—Nunca me dijo usted cómo lo pudo comprobar.

—Por medio del vidente al que me referí —dijo el Santo sin titubear—. Un hombre muy útil, en verdad. Ha debido usted consultarle... Por consiguiente, anoche fui y ejecuté mi ratería. Tuve que hacer aquel trabajo de lampista que le dije, en las cañerías, y colarme dentro por el primer piso, porque todos los balcones de la planta baja están provistos de timbre de alarma (muy útiles, desde luego) contra los ladrones... un modelo nuevo que no se puede desconectar. Y con todo cuidado me apropié de los papeles, como ya ha visto usted. De modo que a Cullis se le está acabando la cuerda.

Jill Trelawney le miró sin contestar.

—A Cullis se le está terminando la cuerda —repitió el Santo con íntima satisfacción—. Nuestro jovial y burbujeante mister Cullis está sintiendo frío en la región situada más al sur de su sólido busto. Como teme que se abra de nuevo la investigación acerca de su padre de usted, ha extraído del legajo ciertos papeles importantes. Y como la sabe a usted peligrosa, se ha valido de Duodécimo para que la hiciera desaparecer del mapa. Sí, creo que poéticamente podemos decir que nuestro mister Cullis desaparece a toda prisa arrebatado por el vendaval que desata.

—Ahora, comprendo —dijo Jill.

—Pero ¿no sabía que en realidad sólo fueran dos hombres los que tomaron parte en el asunto de su padre: el comisario general en persona y el entonces inspector Cullis? Poniendo por encima de toda sospecha al primero, nos queda el segundo, que pudo haber redactado la carta sobre la escrita con máquina de escribir de sir Trelawney, así como haber dado por teléfono la falsa orden que hizo marchar a París a su padre, y luego llevarse al comisario general allá para que viera el sainete. Y fue Cullis el hombre que llevó la caja de hierro de su padre y quien la abrió en Scotland Yard. Si Cullis estaba en contacto con Waldstein, ¿qué cosa más fácil para él que fingir el descubrimiento de billetes de Banco en la caja, y que pudiera comprobarse como provenientes de Waldstein?

La joven, mientras el Santo hacía su breve relato, miraba fijamente al vacío, sin mirar en realidad nada. Pero de pronto se volvió con una expresión extraordinariamente inquisitiva en los ojos.

—¿Cuándo se imaginó usted todo esto? —preguntó al Santo.

—A ratos perdidos —le contestó Templar con ligereza—. Pero esto no cuenta. Lo que cuenta es que el subcomisario se ha puesto él mismo al remo. Conduce el bote en persona, y usted y yo somos las únicas almas que van a aprovecharse de la regata. En parte por suerte, y en parte por nuestro buen juicio, que hace que el bote haga agua... por el momento. Y la carta que voy a escribirle a mister Cullis esta noche se lo revelará todo. La depositaré personalmente en el correo y me sentaré en el jardín a ver cómo la lee... vale la pena de exponerse a coger reuma. Y cuando haya digerido del todo la carta, me propongo aún investigar un pasatiempo en su obsequio que le hará sentirse, para cuando baje el telón, como una pelota rebotando contra un puerco espín furioso.

II

Poco después se marchó sin explicar su acertijo, y Jill se quedó sola, entregada a su incertidumbre.

Trató de dormir, pero el sueño no acudió. Estaba demasiado preocupada por otras cosas, y no era una mujer a la que le satisficiese el permanecer en un estado de confusa expectación. Jill tenía que coger a cada toro por los cuernos. Y aunque la inactividad no la habría molestado menos en otra ocasión, la molestia se hacía ahora mil veces peor por la impresión que implicaba el verse alejada de toda actividad útil.

Durante una hora permaneció agitada en la cama sin poder conciliar el sueño; su cerebro estaba demasiado excitado para caer en ese estado de resignada laxitud que se transforma en sueños. Y cuando oyó que las campanas de los relojes del vecindario daban las doce y media de la noche, saltó de la cama dando un suspiro, se puso su bata y volvió al estudio.

Las brasas resplandecían aún en la chimenea. Jill las removió, puso más carbón y contempló cómo volvían a surgir las llamas. Luego se puso a pasear por la habitación sin reposo.

En una de las esquinas del cuarto había un gran armario. Cada vez que Jill, en sus incesantes idas y venidas, pasaba por delante, lo miraba. Le fascinaba el armario: desde todos los lugares de la habitación, le atraía la mirada. Por último, la obligó a detenerse y a fijarse en él. Tal vez, aun entonces, el principio o embrión de lo que quería hacer no había brotado en su pensamiento. El armario estaba cerrado... había tratado de abrirlo antes, cuando buscaba un sitio para colgar la ropa. ¿Qué podría haber dentro de aquel armario? Su imaginación se lanzaba codiciosa sobre la respuesta evidente. Aquel estudio estaba considerado por el Santo como el lugar más recóndito. ¿Cómo un hombre desconcertante y de tan destacada personalidad y mal

talante podía confiar en que permaneciera indefinidamente secreto un lugar, por muy prudentemente que lo guardase?

Y casi sin darse cuenta, miss Trelawney se encontró cogiendo un vulgar destornillador casero de uno de los cajones de la cocina.

El armario estaba cerrado, desde luego, pero la cerradura era de las que tienen por objeto desanimar más que ofrecer verdadera resistencia.

Jill metió la hoja del destornillador por la rendija entre las dos puertas y haciéndola servir de palanca ejerció una presión moderada, pero creciente... Finalmente, la cerradura saltó haciendo menos ruido que la caída de un libro en el suelo.

Miss Trelawney encendió otro cigarrillo y examinó su descubrimiento.

Todos lo más que podía suceder era que su hallazgo no le sirviera para nada. Pero por arrojada que ella fuese y por muy irreflexivo que resultara su impulso en lanzarse a liberar a un posible Santo prisionero de una trampa, sin pensar ni por un momento en el riesgo al que se exponía, sin embargo, la empresa exigía ahora sobrias y prácticas consideraciones preliminares. Nada ganaría con apuntarse un solo tanto en la partida. Pero si el armario proporcionaba medios para hacer bueno ese tanto, en caso de que ocurriera un accidente...

Y el armario los proporcionó.

Al abrirlo aparecieron ante su vista tres equipos completos colgando de una pequeña percha... una chaqueta y pantalón impermeables de hule; un traje de un llamativo tono púrpura a cuadros, con unos cuantos refinamientos elegantes de la Shaftesbury Avenue, y un vestido viejo y raído del estilo de los que suelen llevar los hombres-sándwich. Y pulcramente ordenados se veían en los tramos adyacentes las camisas, calcetines, corbatas, bufandas, sobretodos, sombreros y zapatos para completar el disfraz hasta en su menor detalle.

Contempló un momento el tesoro descubierto y luego, con deliberada calma, apuró su cigarrillo.

A la vista de los elementos que tenía a su disposición, hacerse un disfraz resultaba un problema complejo, pero no le quedaba otro remedio. Había un par de pantalones rotos, con los bajos vueltos hacia adentro y sujetos con imperdibles, que podían quedarle aceptablemente; pero, aun siendo de elevada estatura como era, no encontraba en la colección una americana que poder llevar. Una gabardina manchada y hecha jirones, aplicándole el mismo procedimiento a las mangas que el practicado con los bajos de los pantalones, podía pasar, y disimuló en fin las deficiencias del traje en otros aspectos con una chalina chillona que se ató al cuello. Se puso una gorra a cuadros, encajándosela bien en la cabeza, y tapándose así la cabellera. En la cocina encontró bastante hollín para tiznarse la cara y las manos en previsión de cualquier mirada indiscreta; sus propias botas de tacón bajo eran lo bastante fuertes para presentarse a pasar revista. Una vez que hubo examinado ante el espejo de cuerpo entero su acabada obra de arte, quedó satisfecha...

Dio un último vistazo en derredor, y se marchó en busca de su parte en la aventura.

El escalofrío que sintiera al salir a la calle no obedeció de ningún modo a los nervios. Fue simplemente el gran consuelo que experimentaba al verse fuera de aquel estudio, en el cual, prácticamente, llevaba diez días prisionera, y al sentirse por fin libre y dedicada a una empresa activa, en vez de sentarse en casa a recibir las enigmáticas informaciones que le daba el Santo, lo cual era peor que si no recibiera ninguna.

De todos modos, Simon le había dicho lo suficiente acerca del subcomisario mister Cullis, para poder darse cuenta de que el sencillo plan de Templar, cualquiera que fuese, no era ni podía ser demasiado perfecto.

No tenía Jill Trelawney paciencia para esperar sentada a que Cullis saliera de su cueva y fuese a buscarla. Lejos de esto... ella iría en su busca.

Mientras andaba, experimentaba una sensación de inefable bienestar. Canturreaba una canción, y el cigarrillo apagado, pendiente melancólicamente de la comisura de sus labios, desdecía de la alegría de su espíritu. El aire fresco de la noche se le subía a la cabeza como un trago de vino generoso. Aunque obligada a su considerable encierro, Jill Trelawney, sin embargo, no capitulaba. Ciertamente que durante los días pasados sentía la obligada holganza como si fuera una tuerca que se le hundiera poco a poco en la carne, con amenaza de apoderarse de su personalidad y convertirla en una mujer desventurada corriente... idea ridícula para cualquiera que la hubiese conocido, y más que intolerable para ella misma.

En su caminar, apenas si notaba el correr del tiempo ni la distancia, y seguía su marcha casi instintivamente. Antes de darse cuenta de lo mucho que había andado, se encontró ya más allá de la estación Belsize Park, del Metropolitano. Se detuvo un momento para subirse los pantalones, y luego, unas cien yardas más adelante, cogió una calle oscura, no lejos de donde se proponía ir.

En ésta vagó de una esquina a otra, hasta que, por último, se paró bajo la luz de un farol a encender un cigarrillo. La acción era más instintiva que necesaria: no había un solo nervio de su cuerpo que necesitase aquel sedante, pero la caricia de terciopelo de la bocanada de humo, la ayudó a recoger sus pensamientos y a moderar su ímpetu; y en un momento de burla de sí misma, sintió que al arrojar aquel pitillo era lo que había que hacer. Algo por el estilo de lo que el Santo hubiera hecho...

Desde donde se encontraba, observaba la topografía del terreno.

Era bastante sencilla. La casa se levantaba en lontananza, apartada de la carretera, exactamente como la describiera el Santo, en medio de sus jardines propios, y no se veía una sola luz por parte alguna. Le fue fácil, por consiguiente, dar con ella a la primera. El estudio de Chelsea por otra parte hallábase ampliamente provisto para preparar una excursión tan sencilla. El listín de teléfonos para descubrir la dirección de Cullis, la guía de las calles para fijar con exactitud la situación de la casa, y un plano a gran escala para trazarse el camino más recto, era más que suficiente.

Elementos cabales para cualquiera menos habituado a pensar con rapidez y concisión que Jill Trelawney, quien invirtió en la investigación menos de tres minutos.

Además, poseía una excelente memoria topográfica a la cual encomendar el resultado de sus consultas en cuanto llegase al lugar designado. Recordaba que detrás de la casa había un trozo de terreno, sin edificar, marcado en el plano, pero ahora a la mortecina luz de una luna medio cubierta, podía distinguir oscuras masas de andamios y paredes no concluidas, circunstancia que señalaba el terreno en cuestión como muy conveniente lugar para la retirada en caso necesario.

En cuanto a ella, la buena suerte le había acompañado. El último policía que vio en ronda de noche fue cerca de Baker Street, y la calle donde actualmente se encontraba estaba desierta. Como conocía las costumbres de los policías en ronda de noche, con sus ojos perspicaces sondeaba cada sombra de su alrededor; pero no había ninguno por allí.

Cruzó la calle, trepó silenciosamente por encima de la reja y se deslizó en el jardín fronterero de la casa.

Bondadosamente el Santo la había informado respecto a los timbres de alarma que había en los balcones del piso bajo. También había sido lo bastante generoso para explicarle su sistema de introducirse valiéndose de las cañerías del agua. Pero Jill no tenía gran confianza en las cañerías. La hiedra era más fácil, si bien más arriesgada y ruidosa y, precisamente, por detrás de la casa trepaba una mata de hiedra hasta una ventana muy indicada del primer piso.

Jill se subió por la hiedra como si hubiera nacido en un circo de acróbatas.

Apoyó los pies en el antepecho de la ventana, que ni siquiera tenía echado el cerrojo. Haciendo el menor ruido posible, se deslizó al interior con toda cautela.

La oscuridad era impenetrable, pero esto nada significaba para ella. Anduvo, avanzando pulgada a pulgada, con las manos hacia delante, hasta que dio a los pocos segundos con la puerta de la habitación. No se atrevió a encender su diminuta linterna, sino una vez ya en el pasillo, cuando hubo cerrado la puerta a su espalda.

A la luz de su linterna encontró la escalera y descendió al vestíbulo. Atravesándolo, se dirigió a una puerta en el extremo opuesto, la cual abrió cuidadosamente y la cerró luego tras de sí. Después se encaminó hacia uno de los balcones y con su linterna pudo localizar los timbres de alarma. Después de desconectarlos, abrió el balcón y volvió a correr las cortinas, dejándolas como estaban.

Los finos haces de luz de su linterna se filtraban en la oscuridad, permitiéndole explorar la habitación palmo a palmo. Descubrió enseguida una maciza caja de hierro en una esquina... pero Cullis jamás se aventuraría a confiar nada que pudiera comprometerle a una caja en aquel sitio, por muy evidente que fuese la imposibilidad de que llegase a ella ningún intruso. Registró tramo por tramo la estantería de la biblioteca, retiró los libros uno a uno, por si hubiera alguna hilera falsa o algún estante que ocultara algún lugar secreto, pero su experta mano nada encontró. Poco

tiempo invirtió en examinar los cuadros pendientes de las paredes, ya que nada se escondía tras ellos. Encendió entonces otro cigarrillo y miró en derredor con expresión de contrariedad.

Sabía que en cualquier casa moderna eran contados los espacios para posibles lugares secretos y que, sin realizar obras en el inmueble, que despertarían demasiado la curiosidad para ser eficaces, era imposible la instalación de plafones secretos o de ingeniosos dispositivos en el pavimento. Y, no obstante, en aquella habitación esperaba encontrar algo... si algo había que encontrar. En el dormitorio de Cullis, del otro lado... tal vez. Pero no era probable. De esta forma le respondió su intuición y decidió una segunda exploración de la biblioteca, determinación denotada por la ligera contracción de sus labios.

En un momento dado intensificó su busca en un bien decorado escritorio Chippendale, colocado entre dos balcones. Jill hacía su trabajo pacientemente. Ninguna de las gavetas estaba cerrada, razón por la cual se tomó el trabajo de examinar sus contenidos. Sacaba cada una de las gavetas y la medía con sus hermanas y con la propia anchura del escritorio, en la esperanza de hallar alguna diferencia, pero no observó ninguna. Pero si creyó notar que la madera de la superficie plana para escribir ofrecía un curioso grosor. La examinó golpeándola con las puntas de los dedos y le pareció advenir una sonoridad hueca. El corazón le latió algo más aprisa. Observó entonces una ligera rendija entre las dos piezas de madera que componían la tabla de la mesa.

Introdujo la hoja de un cortaplumas en la abertura, pero debió de apoyar uno de los codos en el necesario régimen del mecanismo, porque la parte posterior del escritorio parecía ceder a la inconsciente presión y de pronto se deslizaron hacia el fondo las dos piezas de madera entre las que Jill había introducido la hoja de su cortaplumas. La joven se halló en presencia de una verdadera gaveta plana japonesa.

Y en aquel momento oyó el ruido de los goznes de una puerta a su espalda volviéndose rápida con su pistola en la mano, en tanto que la luz se encendía.

Hubo un silencio momentáneo.

Luego...

—Buenos días, mister Cullis —exclamó Jill.

Ambos se apuntaban con sus pistolas...

—¿Qué quiere usted?

La voz de Cullis era áspera. Además de tener los ojos fijos en Jill, miraba también el escritorio abierto. La joven advirtió que un ligerísimo temblor agitaba sus labios, ocultos por el bigote.

—La pregunta es obvia —le contestó miss Trelawney.

Cullis sostuvo su mirada. No la había reconocido. Pero una idea intuitiva relampagueaba en su cerebro. Jill casi la leyó al reflejarse en su cara, y permaneció inmóvil mientras Cullis avanzaba un paso para verla más de cerca.

—¡Jill Trelawney!

Claramente vio la joven saltar el chispazo de inteligencia e iluminarle la frente, y le contestó con súbito tono de perentoriedad, en tanto que le observaba el dedo índice apoyado en el gatillo del revólver:

—La misma. Pero ¿no cree usted que sería mejor dejarme hablar antes de disparar?

En cierto modo, con sutileza, el tono empleado imponía el diálogo.

—¿Por qué?

—Porque tal vez ello le evitaría cometer una gran tontería.

—Es usted muy precavida.

—Soy previsora —le respondió serena la muchacha—. Cullis, ¿tan poco sabe usted de mí que realmente cree que incurra yo con tanta facilidad en una ligereza como ésta? ¿Acaso ha pensado usted que he venido sola...? A usted todavía no le ha salido la muela del juicio. ¡Tal vez haya echado en olvido... al Santo!

Cullis, impaciente, golpeó el suelo con el pie sin contestar, pero el tono de firme y terrible propósito que mostraba la voz de Jill le dominaba muy a su pesar. Y ella se aprovechó de su ventaja sin perder un instante.

—No he venido sola. Tengo algún dominio sobre mis nervios, Cullis, pero el robar la casa de un subcomisario requiere un poquito más de sangre fría de la que yo dispongo. Yo registraba este cuarto mientras el Santo recorría el resto de la casa... ¡buscándole a usted! No comprendo cómo no han tropezado, aunque usted no le hubiera oído, ni visto siquiera. Es como un gato en la oscuridad. Tal vez le haya visto a usted en el pasillo o en la escalera... en cualquier parte. Quizá venga detrás de usted en este mismo instante —levantó un poco la voz—, y si está detrás... ¡Cójalo, Santo!

Le comunicó a la voz una súbita expresión de fiereza, y Cullis mordió el anzuelo durante una fracción de segundo... que fue suficiente.

Casi sin pensarlo, volvió ligeramente la cabeza. Era lo bastante. Lo bastante para que Jill Trelawney tirara del gatillo de su infalible pistola automática...

El estampido del disparo retumbó contra las paredes ahogando el chasquido metálico de la bala al hacer blanco. Porque Jill jamás erraba. La mano derecha de Cullis hizo un movimiento extraño; el revólver cayó sobre la alfombra y el subcomisario, como sin darse cuenta de lo que pasaba, se miraba sobrecogido el destrozo sufrido en su dedo pulgar.

—No se mueva —le dijo Jill. Y se encaminó hacia las cortinas del balcón, apuntando siempre al subcomisario con su pistola, que jamás fallaba el blanco en un milímetro siquiera. En un rasgo de elegancia se detuvo un momento entre las dos cortinas, para despedirse.

—Quizá con este balazo haya terminado mi misión —le observó—, porque todavía le quiero a usted vivo... Y espero que tenga más noticias de mí.

En aquel preciso momento oyó a su espalda fuertes pisadas, pero no podía detenerse. Quienquiera que fuese, ella tenía que aprovechar la ocasión... aquel disparo que acababa de hacer, retumbando a través del balcón abierto, debía de

haberlo oído medio Hampstead, y no podía contar con que su suerte la acompañase hasta que llegara el fin del mundo.



Tenía razón: al saltar ágilmente afuera y huir oyó el sonido agudo de un silbato de policía. No había podido ver a la persona cuyas pisadas creyó oír, ni le interesaba tampoco averiguarlo, pero notó una inequívoca sombra en la puerta de la reja por donde entrara y, sin vacilar, se volvió hacia la parte posterior de la casa y echó a correr por el césped.

Pero sintió que unos pasos, en carrera rápida sobre la arena de los paseos del jardín, le iban a la zaga; oyó un disparo y la bala le pasó por encima de la cabeza. Estaba demasiado oscuro para que Cullis pudiera apuntar certeramente, y con su mano derecha imposibilitada, habría sido una casualidad que la hubiera tocado. En aquel instante, por una u otra razón, se sintió completamente confiada en la eficacia de su propio destino frente al de Cullis.

Una vez desaparecido el césped bajo sus pies, sintió que se hundían en tierra blanda, cubierta de flores acuáticas. Un poco más allá había un pequeño muro. De un salto lo salvó y cayó en tierra al otro lado; se levantó y se internó corriendo en el terreno desierto que se extendía frente a ella.

Oyó voces a su espalda, y al girarse para mirar, distinguió el ojo redondo de una linterna que exploraba la oscuridad.

El terreno por donde huía era traidor y desigual, pero Jill corría tanto como podía. En una ocasión la polea de uno de los andamios le cogió un pie que a duras penas pudo soltarse; en otra, corrió sobre unos montones de ladrillos que le magullaron espinillas y tobillos, pero logró salvar el resto del terreno sin mayores daños, saliendo

por último a la carretera por una senda llena de baches hechos por las ruedas de los carros.

Ya en la carretera, modificó su marcha y adoptó un paso tranquilo. Bien podía suceder que alguien quisiera enterarse sobre el alboroto ocurrido y Jill no deseaba llamar la atención. Pero, al parecer, la carretera estaba desierta, salvo un pequeño automóvil de dos asientos que se veía parado en la cuneta, un poco más adelante.

Al menos, eso era lo que creía Jill, que la carretera estaba desierta, pero al aproximarse al pequeño automóvil, sintió pasos precipitados a su espalda, y una mano la cogió por el brazo.

Ella se volvió enseguida con la pistola en la mano, y se encontró con la cara sonriente del Santo.

—Ha sido una competencia —observó Simon—. Y ahora, ¿quiere usted irse a pie a casa o vamos en coche?

Jill le seguía mirando de hito en hito cuando el Santo ponía el coche en marcha con toda tranquilidad.

De cómo Simon Templar se fue a su casa y el inspector general, mister Teal, no hizo lo propio

I

Transcurrió un rato antes de que Simon Templar se permitiera hacer ninguna observación, o que a Jill Trelawney se le ocurriera alguna por su parte. Y luego...

—Es una suerte que yo haya venido por aquí —dijo el Santo, cachazudo—. Le he ahorrado el taxi hasta casa.

Jill no se aventuró a preguntarle lo que había estado haciendo por allí, pero a los pocos minutos, de *motu proprio*, el mismo Santo le dio una explicación.

—Pero usted no debe invadir mi terreno —le dijo con pesadumbre—. Ya le dije que yo vigilaba este sitio. Después que la dejé a usted, me fui derecho a casa para ponerme un traje más sencillo y vine aquí a mi hora. Llegué justo a tiempo para oír su disparo. ¿Le ha matado?

Le hizo la pregunta con una indiferencia tan jovial, que Jill no pudo por menos que reírse.

—Ni siquiera pensé en matarle —le contestó con dulzura—. Probablemente, algún día... pero aún no. ¿Vio usted algo?

—Sólo el aspecto exterior.

—Entonces ha debido ver a la policía —le replicó—. Pero usted no se presentó a ofrecer su ayuda.

El Santo sonrió.

—Yo estaba resolviendo mi propio asunto —le contestó—. Su huida era bastante sencilla, y yo jamás he oído que necesite usted a nadie para estos, menesteres. De haber pensado en la posibilidad de que la arrestaran, habría metido las narices, pero desde el momento en que vi al policía andando como los patos, cien yardas extraviado, y a usted que se escapaba como una joven gacela, pensé que no tenía por qué preocuparme. Yo mismo corrí demasiadas veces delante de la policía en mis días de juventud para que llegue a alarmarme ante ningún guardia... a menos que cuando salga a darme caza, ya me lleve una ventaja de tres millas por delante. Pero a ellos les conviene correr, Jill... eso les hace entrar el hígado en actividad y les impide que se les congelen los riñones.

—¿Pensaba usted hacer lo mismo que yo?

—Algo parecido. He visitado la habitación más de una vez con una lendrerita, y muchos otros lugares de la casa de igual modo, pero esta noche no se me había

ocurrido hacerlo con el escritorio, y pensaba poner en práctica el mismo experimento que usted.

—Pero creí haberle oído que no había visto nada de lo ocurrido en el interior.

—¿Dije tal cosa?

La joven le miró haciendo algo así como una mueca.

—¿Todavía lo niega?

—Oh, no... Pero volvamos otra vez al absorbente tema de los supralapsarionistas. ¿Realmente cree usted que usan camisetas tejidas con alambre de púas y que se quitan los calcetines cuando se cruzan en la calle con un infralapsarianista?

Jill le dijo enfurruñada:

—Si su intención no es hablar del pavo, no tiene por qué darme salsa.

—Muy bien hablado, pero... ¿hasta dónde llevó su registro en el escondrijo ese antes de que Cullis metiera el hocico?

Jill encendió un cigarrillo que había cogido de la pitillera que le presentaba el Santo y movió la cabeza delante de la llama del fósforo con expresión de desconsuelo.

—No llegué a ninguna parte —contestó—. Todo el tiempo lo invertí en dar con él. La puerta del cuarto y la tabla falsa de la mesa debieron abrirse casi simultáneamente. Era una gaveta para cartas y creo que en el fondo vi uno o dos papeles viejos. Fue todo lo que pude averiguar antes de que comenzara el jaleo. El haberle oído a usted andar por allí fuera fue lo que me marcó el compás. Sin eso, que me decidió a considerar que la viga maestra era la batuta adecuada para dirigir la orquesta, probablemente habría podido coger algo que mereciera la pena.

—De poco le habría valido —le observó el Santo—. No han de existir muchos documentos que inculpen a Cullis, y las probabilidades de que hubiera cogido los más interesantes en su mano eran una entre mil.

—Y ahora —dijo la joven con amargura—, si por casualidad había en esa gaveta algún documento acusador, Cullis lo habrá sacado ya y lo quemará esta misma noche antes de acostarse. No querrá correr más riesgos conmigo.

Simon se encogió de hombros.

—¿Por qué suponer que lo haya querido correr nunca?

—Es lo que hacen los hombres como Cullis —observó Jill—. Quizá los guarde para deleitarse a solas en el daño ajeno. O quizá los guarde como curiosidades.

Simon se disponía en aquel momento a tomar con el *dos plazas* la gran avenida de Hyde Park Corner y tardó en contestar.

—Estoy pensando —dijo después— qué documentos acusadores podía haber.

—Lo mismo yo... Pero la faena de esta noche puede que le haya excitado un poquito más, que ya es algo.

El Santo permaneció en silencio durante un rato y su nueva observación fue como un disparo a quemarropa.

—¿Tendría usted inconveniente en que la arrestaran? —le preguntó.

Jill le miró.

—Creo que me inclinaría a oponerme —le respondió—. ¿Por qué?

—Es sólo parte de esa idea a la que me referí hace poco —le dijo—. Lo pensaré con calma esta noche, y mañana le expondré todo el plan, si creo que tiene algún valor.

Miss Trelawney tuvo que contentarse con eso. El aire de misterio que desde hacía tiempo la venía exasperando, se manifestaba aquella noche más pronunciado que nunca, y el Santo continuó el resto del viaje hasta Chelsea muy taciturno.

La dejó en el estudio, y no quiso ni siquiera entrar para tomarse la última copa y fumarse un cigarrillo antes de marcharse a su casa.

—Quiero dormir mi idea —dijo—. Ahora son las tres y media de la madrugada. Me acostaré a las cuatro y media y dormiré hasta las cuatro y media de la tarde. Cuando me despierte, seguro que tendré algo que venir a decirle.

Por su particular conveniencia decidió pasar la noche en su piso de Sloane Street en vez de regresar a Upper Berkeley Mews. Guardó el automóvil en un garaje vecino y se dirigió al piso, pero, al atravesar la calle, se le ocurrió mirar a los balcones. Observó algo que le hizo detenerse; se metió las manos en los bolsillos del pantalón y permaneció parado, observando los balcones meditabundo durante largo rato. Luego se volvió al garaje y regresó con un par de llaves de tuerca de la caja de herramientas del coche.

Colocado en la acera, lanzó una de las llaves con certera puntería contra los cristales de uno de los balcones.

Se produjo un ruido de vidrios rotos y a continuación lanzó la otra llave contra el otro balcón.

Luego se retiró y vio cómo dos espesos chorros de humo amarillento descendían en espiral hacia la calle como un par de fantásticas y lentas cataratas.

Mientras contemplaba el fenómeno, una mano enérgica le dio una palmada en el hombro.

—¡Ea! —le gritó alguien a su espalda—. ¿Qué es eso?

—Nada —contestó imperturbable el Santo—. Un gas venenoso. Yo no me acercaría ahí, pues no sería saludable para usted el ponerse debajo de esa fuente.

—Lo he visto a usted romper esos cristales.

—Ha debido divertirte —murmuró Templar, que seguía mirando hacia lo alto—. Pero desde el momento en que son mis balcones, supongo que me está permitido romper los cristales.

El policía se colocó a su lado y miró hacia arriba.

—¿Cómo se introdujo ese gas ahí?

—Lo dejé allí —contestó el Santo cortés— un subcomisario de Scotland Yard que me tiene manía. Yo hubiera entrado tranquilamente, sólo que se me ocurrió mirar los balcones, y recordé que cuando salí la última vez los dejé abiertos. Al volver me

he encontrado con que estaban cerrados, lo que me ha hecho sospechar. Aun con la luz que hay se puede ver una especie de calígine en los vidrios.

El agente se volvió y abrió los ojos con expresión de sorpresa. Se fijó más en el Santo y lanzó luego una jaculatoria blasfema.

—¡Yo lo conozco a usted!

—Es un honor —le respondió el Santo con afabilidad.

—¡Usted es el caballero que me contó aquella historia tan divertida acerca de ese mismo piso la semana pasada, y que me valió el mayor rapapolvo que jamás me haya ganado de un inspector de brigada!

—¿Soy yo? —preguntó el Santo.

—Y ahora mismo viene usted conmigo a la comisaria.

Simon se volvió a mirarle sonriendo con dulzura.

—¿Por qué?

—Le arresto a usted preventivamente...

—¿Por qué falta?

—Por sospecha de vagancia y alteración del orden.

—¡Oh, por el amor de las once vírgenes! —respondió Templar—. ¿Por qué no añade también bigamia?

Pero tuvo que dejarse arrastrar, porque de un humilde agente —especialmente de aquel que tenía buenas razones para recordarle—, no podía esperarse que apreciase los argumentos como tan claramente los apreciaría el inspector general mister Teal hacía poco tiempo.

El incidente le costó una hora para recobrar su libertad y más de una después para que desapareciera del piso la última traza de cloro.

No le llevó a Templar tanto tiempo descubrir el medio de que se valieron para introducirlo. Encontró en el suelo trozos de cristal que no pertenecían a ninguno de los balcones. Le fue posible unir unos cuantos, obteniendo la forma curvada que tenían originalmente. En el marco de la puerta principal, al nivel del ojo de la cerradura, había sido abierto un agujerito no más grueso que una aguja de hacer media... casi invisible a la mirada de cualquiera, pero tan evidente como el cuello de una jirafa para los diestros ojos del Santo.

—Otro de los viejos ardides infalibles... a veces —murmuró el Santo—. Y unos tubitos cargados con la sustancia, dentro de un maletín de mano, listos para... Probablemente regresaba de hacer este trabajo cuando se tropezó con Jill... Nuestro mister Cullis está dando señales de vida. Si él no hubiese cerrado las ventanas o... no me hubiera acordado de cómo las había dejado la última vez... puede que a estas horas yo estuviera ahí, junto al paragüero, hecho fiambre. ¡Oh, qué hermosa es la vida!

Comenzaban a apuntar los primeros tintes de la aurora cuando Simon se subía la sábana hasta la barba y cerraba los ojos; pero ni aun entonces pudo disfrutar del descanso que tanta falta le hacía, pues apenas transcurridos diez minutos, según él

creía, hubo de levantarse a la llamada del timbre de la puerta, y cuando abrió los ojos con airada expresión de protesta, el reloj le comunicó que eran las once de la mañana.

Hecho un basilisco saltó de la cama, se puso una bata y se dirigió hacia la puerta.

En el umbral afrontó el seráfico rostro del inspector general Teal.

—¿Otra vez usted? —suspiró el Santo, y giró sobre sus talones sin añadir palabra, dejando la puerta abierta.

Teal le siguió al salón.

—¿Ha pasado mala noche? —inquirió con simpatía Teal—. Siento que haya tenido que molestarle.

—No tenía necesidad —le contestó el Santo—. Si hubiese usted mirado dos veces habría descubierto que con sólo meter la aguja de su alfiler de corbata y apretar en ese agujero al lado de la cerradura, se abría la puerta de par en par, como el bostezo de una ballena. ¿O es que usted va a decirme que tampoco esto lo había oído decir nunca?

Teal comenzó por desenvolver de su papel un caramelo.

—Oí decir que había tenido usted alguna molestia.

—Encantador por su parte venir a ver si ya estaba bien —le contestó el Santo zumbón—. Pero da la casualidad de que aún gozo de buena salud. Ahora no le importa a usted que me vuelva a la cama, ¿verdad?

—No fue usted el único que sufrió alguna molestia la noche pasada —observó el soñoliento Teal.

—¿Comió demasiado otra vez, acaso? —inquirió solícito el Santo.

—Algunos hombres —dijo Teal— muerden más de lo que pueden mascar.

El santo se tumbó en la butaca exhalando un suspiro.

—¿Es que ha estado usted leyendo alguna novela de detectives y viene ahora para comprobar algunas de sus averiguaciones? —le preguntó.

—¿No permaneció usted sin acostarse hasta muy tarde la noche pasada?

—No —le respondió el Santo—, hasta muy temprano de esta mañana.

—¿Divirtiéndose en Hampstead?

Simon enarcó las cejas.

—Me parece haber oído nombrar ese sitio antes —dijo—. ¿No hay un autobús que va allí o algo parecido?

Teal siguió impassible chupando del caramelo.

—Sé poco más o menos la hora en que usted regresó —le dijo—, porque me fue posible averiguarlo en Rochester Row, Sé también cuándo alguien, no del todo desconocido, anduvo revolviendo en el escritorio de mister Cullis. Se encontraron huellas de pisadas en un jardín y las mismas huellas en un terreno situado detrás, en el que se hacen edificaciones. El lodo de este trocito de terreno en que se edifica es característico. Resulta curioso, por tanto, que aparezca la misma clase de barro en los estribos y piso de su coche. Esta mañana fui al garaje antes de venir, sólo para echar una mirada.

El Santo sonrió.

—¿Vio Cullis al *hombre* que le revolvía el escritorio?

—Sí.

—¿Está seguro de que lo podría identificar?

—Completamente seguro.

—Entonces —observó el Santo—, puede ir a buscarlo y decirle que venga a identificarle.

Teal movió la cabeza.

—Oh, no —exclamó—, las pisadas de usted no eran las únicas. La otra colección es la que podría identificar mister Cullis.

Simon arqueó dantescamente las cejas.

—Entonces, ¿por qué marearme?

—A mí se me ha ocurrido una idea.

—Grandes titulares en el *Daily Scream* —murmuró irreverente el Santo—. «¡Scotland Yard, emporio de cerebros de primera fuerza!» Pero, Claud, debe usted tener cuidado de no abusar mucho de esas ideas. No sé hasta dónde puede estirarse su cerebro, pero me temo que no le será muy posible contener dos ideas a la vez. Y bien, ¿eso es todo lo que tenía que decirme o quiere inculparme aún de algo más?

—Todavía no —replicó Teal—. Sólo quería saber si yo estaba en lo cierto o no.

—Y ahora lo sabe o no lo sabe —contestó el Santo.

Cogió una pequeña libreta negra de encima de la mesa y se la metió al policía en el bolsillo anterior de la americana.

—Puede quedársela —le dijo—. Es una copia exacta de un libro que el malogrado Essenden perdió en París. Quizá tenga usted noticias de ello. Descifrado y anotado personalmente por Simon Templar. Contiene cosa de veinticinco nombres y direcciones, con informaciones completas y pruebas suficientes para colgar a los veinticinco arcángeles... todos, principales beneficiarios de la organización dirigida por Waldstein y Essenden. Puede quedárselo, Claud, junto con mi bendición. Yo me habría ocupado personalmente en otra época, pero ahora la vida se presenta demasiado corta para semejantes entretenimientos. Lléveselo a casa, querido vejete, y no le diga a nadie cómo lo ha obtenido; y si maneja sus cartas con astucia podía hacer creer a algún imbécil que siempre fue usted un verdadero detective. Yo me vuelvo a la cama.

Teal le siguió al dormitorio.

—Templar —exclamó soñoliento—, ¿no cree que ya no merece la pena que se cruce en el camino?

—Desde luego —le respondió el Santo cerrando los ojos.

Teal chupó, meditabundo, su caramelo.

—Está corriendo usted un gran riesgo —le observó—. Hasta ahora le ha favorecido la suerte, pero eso no quiere decir que siempre vaya a estar de su lado. Y tarde o temprano, si continúa usted por ese camino, se va a encontrar con una

montaña de inconvenientes esperándole a la vuelta de la esquina. No veo nada en lontananza que me lo haga suponer en este momento. Admito que usted se ha marcado más tantos que yo en más de una ocasión, pero estoy dispuesto a que hagamos las paces, si usted así lo desea.

—Gracias —bostezó el Santo—. Y ahora, ¿quiere usted cerrar el pico?

—Usted es listo —continuó Teal—, pero hay otros hombres listos en el mundo y...

—Ya lo sé —respondió, burlón, el Santo—. Usted mismo es un hombre listo. Esa pista de barro en el coche es de las que acreditan a un sabueso. Ya le mandaré al comisario general un testimonio espontáneo de la eficiencia de usted el día menos pensado. Buenas noches.

II

Teal se marchó cabizbajo. Estuvo muy ocupado el resto del día, pero ello no le impidió dar frecuentes vistazos a la carterita que el Santo le había metido en el bolsillo. Las anotaciones eran chocantes de puro evidentes, y Teal no necesitó más de veinte minutos para comprender que aquel librito le ponía en sus regordetas manos todos los hilos secretos de una organización que durante años le había estado burlando. Pero semejante acontecimiento no le levantó los ánimos como habría podido esperarse, porque sabía muy bien que había un tiempo en que el contenido de aquel libro había sido, como el propio Simon Templar reconociera francamente, de la exclusiva propiedad de este mismo caballero, mejor conocido con el título del Santo, y que habían ocurrido ya más de veinticinco muertes o desapariciones proclamadas por la famosa divisa, para que el inspector general Teal se tirara de los pocos pelos que ostentaba su cabeza, redonda como un queso de bola. La propia declaración del Santo respecto a que la vieja partida había perdido su atractivo y que estaba en vísperas de caer en otro de sus tremendos períodos de virtud, hacían que Teal se mostrara escéptico. Todo aquello parecía demasiado perfecto para que fuera cierto; y a Teal jamás se le tuvo por un optimista incorregible.

Se ocupaba, pues, de los diversos asuntos, pero tenía la certidumbre de que pronto sucedería algo que alteraría la relativa tranquilidad de los últimos días, presentimiento en el que no se equivocaba.

No regresó a Scotland Yard hasta después de la comida, pero ya para entonces tenía tomada una resolución terminante y clara. De forma que, a los cinco minutos de haber llegado, solicitó ser recibido por el comisario general.

La respuesta que obtuvo, sin embargo, no fue la que esperaba.

—El comisario general no ha estado en todo el día —le contestaron.

Teal enarcó las cejas. No ignoraba que el comisario general tenía un trabajo especial que hacer aquel día, además de acudir a varias entrevistas; y sabía que su jefe era en el cumplimiento del deber tan exacto como un reloj.

—¿No ha enviado ningún recado?

—No, señor. Desde que se marchó anoche, no hemos tenido noticias de él.

Nada tan diferente a la manera de ser del comisario general como aquello de desaparecer sin decir a nadie una palabra; y sin poderse explicar lo que pasaba, Teal se dirigió a su pequeño despacho, que daba al Embankment. Estuvo trabajando hasta las diez, porque a pesar del aire de invencible apatía que nunca le abandonaba, era, por el contrario, un entusiasta de su profesión, de suerte que las horas regulares de oficina eran pura fórmula cuando se ocupaba de algún suceso. En eso era totalmente diferente de su inmediato superior, mister Cullis, quien siempre refunfuñaba por conceder un minuto más de tiempo que el Estado le compraba con su sueldo.

Se disponía por fin a ausentarse, cuando ya en el corredor tuvo un violento encontronazo con un guardia que entraba apresuradamente.

Por efecto del choque, al guardia se le cayó un sobre que llevaba en la mano. Teal, riéndose, se agachó y lo recogió del suelo. Pero al hacerlo leyó la dirección.

—¿No se ha marchado mister Cullis a su casa? —preguntó.

—No, señor; está aún en su despacho.

—¿Puede usted esperar medio minuto?

Y sin esperar respuesta, Teal regresó a su oficina llevándose consigo el sobre. Ante la mirada de sorpresa del guardia, Teal pasó una esponja por la parte posterior del sobre y lo abrió con su cortaplumas. Luego extrajo el contenido y lo leyó.

En un momento dado, mientras leía, dejó de chupar el caramelo de menta que tenía en los labios.

Después, con gran cuidado, dobló de nuevo el telegrama y lo metió en el sobre, al que puso goma del frasco que tenía en su mesa y lo secó al calor del mechero de gas.

Devolvió el telegrama al guardia.

—Ahora puede llevárselo a mister Cullis —le dijo—. Pero no hay necesidad de que mencione mi nombre.

—Muy bien, señor.

La sombra de una sonrisa se dibujó en la boca de Teal al marcharse el guardia. Quizá la suerte le favoreció deparándole a aquel guardia, que sólo a los buenos oficios del inspector general debía su reciente ascenso, y en quien, por tanto, podía confiar que obedecería su un tanto excéntrica recomendación.

El guardia cerró tras de sí la puerta al marcharse, y tan pronto como se perdieron sus pisadas en el corredor, Teal se levantó de su asiento y abrió de nuevo la puerta. Apagó la luz y se quedó de pie, cerca del interruptor, escuchando atentamente.

Oyó que el guardia regresaba y bajaba la escalera, y cinco minutos después sintió pisadas diferentes que se acercaban.

La oficina de Cullis se hallaba en el extremo del mismo corredor y Teal salió silenciosamente en el momento en que el subcomisario pasaba por delante de la puerta.

—¡Caray, qué susto me ha dado! —exclamó Cullis de mal humor—. Preferiría que no gatease usted con esas suelas de goma.

—Es el calzado reglamentario, señor —le respondió Teal con flema y se colocó al lado del subcomisario—. Haga que se cambie la orden y me quitaré las gomas. Hemos tenido un bonito día, ¿verdad?

Cullis no estaba para hablar del tiempo. Se separó de Teal bruscamente al pie de la escalera, y Teal le vio alejarse con mirada inexpresiva. Tomó entonces por el pasadizo y se dirigió a Cannon Row Police Station, donde encontró al hombre que quería ver.

—¿Qué noticias hay de Templar? —preguntó—. ¿Se le ha escapado otra vez? El detective asintió moviendo la cabeza en señal de irremediable fatalidad.

—Como siempre, mister Teal.

—¿Cuándo ocurrió?

—A eso de las cuatro, señor.

—¿Y no ha regresado desde entonces?

—Al menos hasta las nueve y media, hora en que me relevaron, señor.

Teal le miró ceñudo.

—Entonces, ¡voto al diablo!, ¿por qué no me lo ha dicho antes?

—En primer lugar —contestó el detective convencido—, porque usted no estaba aquí, mister Teal.

Este giró sobre sus talones y regresó a Scotland Yard, con la suerte de encontrarse con el telefonista que había prestado servicio durante el día, que se marchaba en aquel momento.

—Me ha dicho que no ha habido ninguna orden del jefe hoy —le dijo—, ¿pero está seguro de que no ha hablado con nadie por teléfono?

—Sí lo hizo, mister Teal. Habló con mister Cullis a eso de las seis. Se cruzaron casualmente las líneas y oí que le decía a mister Cullis que no se moviera esta noche hasta que el jefe le llamara de nuevo.

Teal movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Gracias. Era todo lo que quería saber. Buenas noches.

—Buenas noches, señor.

Teal desistió de marcharse a su casa como pensaba. En lugar de hacerlo, volvió a su despacho, se quitó el sobretodo, y se quedó a oscuras chupando un caramelo fresco.

La marcha del subcomisario mister Cullis quedaba explicada, sí es que era sólo eso lo que explicaba. Pero había muchas cosas todavía en que mister Teal estaba en blanco y estuvo meditando sobre ellas durante hora y media antes de que las luces de

la aurora le sorprendieran con sus rayos y le hicieran saltar de la silla como si le hubiesen pinchado.

Un momento después consultaba un itinerario de trenes. Y renegaba con liberalidad al ver que había perdido el último tren al lugar donde quería ir.

Bajó la escalera y con una sorprendente actividad para un hombre de apariencia tan indolente, pocos segundos después aullaba al primer policía que encontraba:

—¡Que dispongan enseguida un camión rápido del servicio y un par de hombres...! —ordenó—. ¡Mejor si van armados!

A los cinco minutos, los dos hombres y el camión se encontraban a la puerta de Scotland Yard y Teal subía en el camión.

Dio el nombre de un desconocido pueblecito de Surrey y se exasperó ante el tiempo que perdía el chófer consultando el mapa.

—De todos modos, está cerca de Guildford —gritó impaciente—. Diríjase rápidamente a Guildford y mientras andamos yo veré por dónde queda.

Sabía que el pueblecito se encontraba cerca de Guildford, porque desde éste había sido remitido el telegrama. Las borrosas palabras impresas con la cinta del Telégrafo Nacional aparecían ante sus ojos, al cerrarlos, como escritas con letras de fuego; si bien contenían una noticia que en absoluto podía turbar a un hombre de la experiencia de Teal:

«He encerrado a Trelawney y a Templar. Venga enseguida».

El mensaje aparecía firmado con el nombre del comisario general, y estaba enviado desde Guildford a las nueve. Al final del telegrama se indicaba la dirección.

Teal había empleado noventa minutos en leer entre líneas tan sencilla noticia, pero aun así, cuando la consideró después a su gusto y cómodamente, no se mostró inclinado a sospechar que llegaría tarde a la cita.

De cómo Simon Templar se entregó y el inspector general Teal no fue de ninguna utilidad

I

Parecía que todas las luces de la casa estaban apagadas cuando Cullis llegó a la puerta del pequeño jardín situado al lado de la oscura carretera. Era, por lo que podía columbrar, uno de esos pintorescos retiros que se ven con frecuencia en el campo, al borde de caminos de poco tránsito, que empresas modernas edifican sin estropear el paisaje...; una casita de dos pisos con aleros y vigas al descubierto, envuelta en un ambiente de amable serenidad, que aquella noche parecía haber sido alterada.

Recorrió el corto sendero de la entrada y subió los dos escalones que daban acceso a la puerta principal. Iba a pulsar el timbre para llamar cuando observó que la puerta no estaba cerrada del todo; frunciendo ligeramente el entrecejo. La empujó y entró en el recibidor.

—¿Es usted, Cullis?

La voz venía de la parte alta de la escalera y le causó cierta sorpresa, aunque inmediatamente reconoció que pertenecía al comisario general.

—Sí, señor.

—¿Quiere hacer el favor de subir?

Cullis subió la escalera. Arriba había un pequeño rellano, se hallaba el comisario general con una pistola automática en la mano.

—¿Recibió mi telegrama? Bien. Me alegro que haya venido.

—¿Dónde están? —fue la primera pregunta de Cullis.

—Ahí dentro. —El comisario general señaló con el índice una puerta cerrada—. Les he sorprendido aquí, y aquí me he quedado montando guardia. Cerraron la puerta por dentro, pero no pueden escaparse por la ventana porque tiene balaustres cruzados, que hace imposible la huida. Están intentando romperlos, pero todavía no lo han logrado. No pueden huir por la puerta, porque estoy esperándoles aquí. Pero, armados como están, me parecería un suicidio abrir yo solo la puerta para cogerlos.

—¿Pero está usted solo, señor?

El comisario respondió afirmativamente.

—Pues claro que sí —dijo con destemplanza—. Por eso estoy aquí sin saber lo que hacer. Me gustaría que me dijera cómo puede un hombre solo guardar una puerta interior y una ventana exterior al mismo tiempo.

Cullis hizo un movimiento para acercarse a la puerta, pero el jefe le detuvo y le tiró de un brazo haciéndole retroceder.

—Yo me quedaría donde está ahora —le observó—. A mí me han hecho uno o dos disparos a través de la puerta, quizá usted no sea tan afortunado...

Y le enseñó tres agujeros perfectamente redondos que presentaba la puerta.

—¿No pudo valerse del teléfono? —le preguntó Cullis.

—No hay teléfono.

—Entonces, ¿cómo envió el telegrama?

—Fue debido a la suerte. Los descubrí en Guildford y les oí dar las señas a un chófer en la estación, de modo que antes de seguirles la pista envié el telegrama... ¡Escuche!

Cullis percibió, dentro de la habitación, el sonido de la lima contra el metal.

—Todavía tratan de romper los barrotes —dijo el comisario general—, pero no creo que se escapen por ahí tan pronto.

Cullis sacó su pitillera.

—¿Cómo pasó todo? —preguntó.

—Una delación. Provenía de un tal Pinky Budd, que era uno de los antiguos «Ángeles». Anoche vino a mi casa y me dijo que había visto a la Trelawney en Guildford. No tenía dinero y había intentado sacarle algo, pero la Trelawney no le dio nada. Mientras Budd regresaba a su casa, fue creciendo su decepción y cuando llegó a Londres ya estaba decidido a delatarla. Pero cuando me vino a ver, sólo pudo decirme que el Santo y la Trelawney vivían cerca de Guildford y que hoy iban a ir a esta ciudad en visita rápida. De modo que me trasladé a Guildford y me pasé medio día espionando todos los trenes en la estación, hasta que llegaron.

—¿Y sin decir nada a nadie?

—En ese asunto ha habido ya demasiada ineficacia. He perdido la cuenta de las veces que ese Templar se les ha escapado a los que se supone le andan a la caza. Ya me voy cansando de todo esto, y cuando me llegó la delación hice propósito de encargarme personalmente del asunto.

—Y entonces los siguió usted hasta aquí...

El jefe aceptó un cigarrillo.

—Y aun así no salió todo a pedir de boca —dijo el comisario general—. Cuando observé las luces encendidas en el piso alto, pensé que la aventura se presentaba bien, y me introduje por uno de los balcones de la planta baja... pero allí me encontré con un hombre que me esperaba. ¡Con Duodécimo Gugliemi! ¡Usted se acordará, el hombre que debió ser deportado el otro día!

Cullis asintió.

—Cuya orden de deportación mandé aplazar —interrumpió Cullis—. A mí me ocurría lo mismo que a usted con respecto a Templar; que siempre lograba burlar a la gente; y pensé que tal vez un individuo que pareciera menos detective fuese más eficaz.

—En vez de eso —contestó el comisario general—, lo que parece es que se ha unido a ellos. En cualquier caso estaba cargando una pistola cuando entré. Por fortuna

no hice ruido y al principio no me oyó. Estaba de espaldas y me fue posible ponerme casi a su lado antes de que se diera la vuelta para mirar. Tenía la pistola en la mano, pero aún no había colocado el cargador, por tanto, no le era de ninguna utilidad. Dio un grito de aviso e intentó golpearme en la cabeza, pero yo lo esquivé y le alcancé con un golpe en la oreja. Cayó sin sentido, pero ya había dado la voz de alarma. Salí al vestíbulo y en lo alto de la escalera divisé unas faldas que se movían. La Trelawney no debía tener consigo su pistola en aquel momento, pues de otro modo el resultado hubiese sido diferente. Luego esta puerta se cerró violentamente en el instante mismo en que yo llegaba al rellano. Cuando probé de abrirla empujando con el hombro, oí que la cerraban por dentro. Un momento después una bala la atravesaba, a una pulgada de mi oreja, y me separé. Pero logré encerrarlos juntos, lo que quiere decir que he tenido un poquito de suerte, y lo mejor que podía hacer era montar guardia aquí con la esperanza de que cogiera usted el tren tan pronto como le llegase mi telegrama.

—¿Y qué hay acerca de Gugliemi?

—Aún estará allá abajo, a menos que haya recobrado el sentido y escapado. Yo no he perdido de vista la escalera por si acaso trataba de meter de nuevo la pata, pero no he oído el menor ruido. Según todas las apariencias, debe de seguir durmiendo. Cuando le golpeé, lo hice con fuerza. Ya que ha llegado usted, no estaría de más que bajara y viera si hay algún rastro de Gugliemi antes de que hagamos cualquier cosa. ¿Ha traído su pistola?

Cullis se golpeó el bolsillo.

—No habría venido sin una pistola —le contestó y bajó la escalera enseguida.

Abajo, en el cuarto indicado por el comisario general, Cullis encontró al italiano sentado en el suelo con la cabeza entre las manos. En efecto. Duodécimo se había despertado... Cullis le oyó quejarse.



Cullis lo cogió por el cuello y zarandeándolo lo puso en pie. Gugliemi mostró una cara de espanto, más amarilla que la cera.

—*Signor*... —gimió—, ha sido una desgracia imprevista...

—¿El qué? —le preguntó con sorna Cullis—. ¿Su doble juego?

—No le entiendo...

Cullis le mandó de un empujón a una silla, donde quedó todo tembloroso.

—Usted sabe perfectamente lo que quiero decir —le contestó, y su primera expresión de salvajismo brutal se transformó en algo peor... en una serena y fría ferocidad—. ¿Se acuerda usted de la última vez que me vio?

—Sí, *signor*.

—Usted tenía que buscar a esa muchacha y hacerla desaparecer, por lo que le ofrecí cien libras esterlinas y su salida de Inglaterra en normales condiciones. No le dije que formase parte de su pandilla... ¡Miserable!...

—Puedo justificarme, *signor*.

—¿Puede usted? —preguntó Cullis, sin apartar un segundo sus ojos grises de la cara del italiano—. No creo que pueda hacerlo en ninguna forma que me satisfaga. Usted es un traidor, y yo tengo un procedimiento para aplicar a los traidores...

—Pero si usted quisiera oírme, *signor*.

—¡No se mueva!

Las palabras saltaron de los labios de Cullis como si fueran chispas de metal candente. Durante las primeras horas de la noche había estado bastante nervioso, pero ahora volvía a tener dominio sobre sí mismo y la expresión de su cara revelaba una ausencia total de humanidad.

Señaló al suelo, al lugar donde estaba la pistola de Gugliemi y el cargador.

—¿Ve usted eso? —le preguntó Cullis.

Gugliemi hizo un signo afirmativo con la cabeza sin pronunciar palabra.

—La estaba usted cargando cuando entró el comisario general. Hace un momento, cuando entré, usted acababa de despertarse y estaba terminando de cargarla. ¿Comprende lo que quiero decirle? Para mí será de lo más sencillo poner el cargador en la pistola y ésta en su mano, cuando haya terminado su traidora vida.

A medida que hablaba, su presión sobre el gatillo se iba haciendo mayor. Gugliemi podía ver cómo se volvía blanco el nudillo del dedo al ejercer la presión, y abrió los ojos con verdadero horror. Cullis vio que el hombre iba a abrir la boca para gritar, y sonrió con expresión feroz.

Pero el tiro que sonó no fue el de su pistola. Venía de arriba, del piso superior, y le siguió otra detonación un instante después. Luego resonó la voz del jefe con sequedad:

—¡Cullis!

Cullis lanzó una blasfemia. No podía poner su plan en ejecución: era demasiado tarde. Tendría que imaginar otro pretexto. Pero entretanto...

Cogió a Gugliemi por la solapa de la americana y le tiró hacia sí. Volvió la pistola con un rápido movimiento y le dio un feroz martillazo con la culata.

Cuando el hombre se retorció a sus pies, oyó que el comisario general le llamaba de nuevo.

Subió la escalera corriendo. Vio al jefe apoyado contra la pared, oprimiéndose un hombro con la mano.

—Me han herido —dijo el jefe con aspereza—. Les oí hablar y me acerqué más para oírles. Entonces dispararon a través de la puerta. Pero yo disparé a mi vez y creo que he hecho blanco.

Cullis se puso a escuchar y oyó como un débil quejido. Luego, detrás de la puerta, habló Simon Templar:

—Nos rendimos —dijo.

La llave rechinó en la cerradura y la puerta se abrió. Salió el Santo con el revólver en la mano, cogiendo el arma por el cañón y con el brazo extendido. Sus ojos azules envolvieron al subcomisario con una mirada de desdeñoso desprecio cuando le cogió la pistola y se la guardó en el bolsillo.

—Jill está herida —declaró Templar—. Ha sido un disparo afortunado para usted.

Cullis entró en el cuarto. Era una pequeña habitación dormitorio, y le bastó un vistazo a la ventana para comprobar que los prisioneros habían avanzado bastante en su intento de abrir un boquete lo suficientemente grande para escapar. Luego se fijó en la cama y vio a Jill Trelawney tumbada, con una mancha roja en su blusa blanca.

—Sólo la carne —observó el Santo—, pero de todos modos es bastante importante. Sería mejor que enviasen a por un médico.

Se volvió para mirar al comisario general, que se ponía un pañuelo doblado en cuatro debajo de la camisa.

—Siento que mi puntería no haya sido mejor —exclamó el Santo, socarrón.

El comisario general gruñó:

—Sería mejor, Cullis, que bajara usted a la chica. Yo saldré a buscar un teléfono. Usted está en mejores condiciones que yo para vigilar a esta pareja.

Pero Simon Templar apartó a Cullis a un lado, sin ceremonia alguna, y cogió en sus brazos a Jill Trelawney con tanta facilidad y ternura como si hubiera sido un bebé.

Bajaron la escalera en procesión, y se dirigieron al cuarto donde estaba Gugliemi. Cullis iba delante apuntando al Santo con su pistola, y el comisario general cubría la retaguardia. Una vez en el cuarto, el Santo, depósito con gran cuidado a la muchacha en el sofá, y ella le cogió la mano y lo retuvo cuando se iba a separar de su lado.

El comisario general reparó en el italiano tendido en el suelo.

—Se ha movido —observó el jefe—, luego no le he matado.

—Se levantaba cuando yo bajé —replicó Cullis—. Entonces oí que usted me llamaba y no tuve tiempo para hacer otra cosa sino darle otro golpe en la cabeza y dejarlo ahí.

—Bueno, ya los tenemos presos a todos juntos. Si quiere, vigílelos mientras yo voy aquí cerca. Me parece que vi unos hilos telefónicos que se dirigían a una casa, distante unas cien yardas de ésta.

—¿Pero se encuentra usted bien, señor?

—Sí, estoy bien, Cullis. Sólo ha sido un rasguño en el hombro, pero puedo caminar esas cien yardas sin inconveniente alguno. Usted quédese aquí y ojo avizor con esta gente. Yo estaré de vuelta tan pronto como pueda.

Salió y se oyó el golpe de la puerta de la casa al cerrarse. Luego, el ruido de la puerta de la verja.

Y entonces se volvió hacia el Santo.

—¿De modo que esto es el final de sus habilidades?

—No estoy del todo seguro —le explicó—. Yo jamás me canso de ser inteligente. En su lugar, no apostaría que ésta fuese mi última palabra. Tal vez sea mi última aventura, ¡pero hay tantos finales posibles!...

—Sólo por la faena de esta noche, le corresponden siete años de presidio.

—¿Y cuántos piensa, querido, que le tocarán a usted? —le observó cortés el Santo.

—Creo —contestó Cullis—, que no le favorecerá mucho si trata de ensayar esta clase de fanfarronadas.

—Pero supongamos —le respondió el Santo—, supongamos solamente, dulce Cullis, que no se trata del todo de una fanfarronada. Convengo en que por el momento usted nos tiene en la sopa, por así decirlo. Pero eso no es más que un tanto que se ha apuntado por casualidad: el caso de un disparo a través de la puerta que debió de fallar por millas de distancia. Pero ha sido mucho mejor que Jill no haya huido por la ventana... no podía escaparse por allí, aunque hubiéramos saltado fuera

y les hubiésemos hecho a tiros. Y, no obstante, Cullis, quizá todo se vuelva color de rosa.

—¿De veras? ¿Y cómo? —interrogó el subcomisario como si la idea le divirtiese.

—Cuando le abrieron anoche su escritorio...

—¿Sí?

—¿Examinó usted sus papeles después de que estuviera la policía?

—Sí.

—¿Cuidadosamente?

—Sí.

—No puede ser —afirmó el Santo—. Si los hubiera examinado, se habría dado cuenta de que nos habíamos llevado algo.

—No tuvieron ustedes tiempo para llevarse nada. Yo entré en el cuarto en el momento mismo en que Jill Trelawney lograba abrir el lugar secreto, y después ya no volvió.

—Ya sé que ella no volvió —le contestó el Santo, balanceándose sobre las puntas de los pies—. Pero yo sí.

—¿Usted?

—Yo. Por supuesto que usted no se imaginó que yo estuviera allí. Pero estaba... a modo de rododendro en mitad del camino. Cuando usted salió en persecución de Jill, que huía por el jardín, yo me colé por el balcón, cogí lo que me interesaba y volví a salir.

Los ojos de Cullis brillaron expresivos.

—¿Y qué cogió usted?

—Pues solamente esto.

Y Simon se metió una mano en el bolsillo y sacó una cartera. De ésta extrajo un trozo de papel, lo desdobló y lo agitó delante de los ojos del subcomisario. Era un billete nuevo de cinco libras.

—¿Lo reconoce? —le preguntó el Santo, en su característico tono de extrema afabilidad—. ¿No oye su vocecita cantarina llamándole papaíto?

—Eso para mí no tiene importancia.

—Pues es uno de los muchos que usted guarda en esa gaveta secreta de su ingenioso escritorio. En total debían de sumar algo así como un par de miles de libras... ¡Oh, Cullis, se olvidó usted de lo que le dijo su abuela, y permitió que la avaricia dominara lo mejor de su prudencia! ¡No pudo usted avenirse a destruirlos y, no obstante, no se atrevió a ingresarlos en su Banco o disponer de ellos en cualquier otra forma!

Cullis se mantuvo sereno.

—¿Y qué piensa usted que significa todo eso? —preguntó.

—Pues que el número de este billete —le replicó el Santo—, que era el primero de los del fajo que encontré en su escritorio, es precisamente el número que sigue al último del fajo que sacó usted de la caja fuerte de sir Francis Trelawney, comprobado

como proveniente de Waldstein. Y cuando se haga la investigación del caso, no vacilaría en apostar que este billete que tiene delante fue retirado del Banco de Waldstein aquel mismo día y a la misma hora.

II

El prolongado silencio que siguió a las anteriores palabras no se veía turbado más que por la marcha de un reloj de pared situado en algún sitio cualquiera del vestíbulo. Entretanto, Templar se estiraba y desperezaba a su gusto, apoyándose en la librería que había escogido para tal objeto, sin desviar su fría mirada de la cara del subcomisario.

Jill Trelawney permanecía quieta, tendida sobre el canapé; y en el suelo, Duodécimo Gugliemi se quejaba y se revolvía, con los dedos contraídos. Era todo el movimiento que podía advertirse en la estancia.

Y así por espacio de cinco o seis segundos de terrible tensión nerviosa... hasta que el Santo, que había permanecido atrincherado tras su conocida expresión burlona, prorrumpió en una carcajada.

—Todo lo cual es muy infausto para usted... ¿No le parece, Algernon? —dijo con sorna; y la boca de Cullis se contrajo como un resorte de acero bajo su mostacho.

—Ya veo —dijo.

—¡Bravo! —exclamó el Santo—. ¿No le importa que fume?

Tomó un cigarrillo de la caja que había encima de la mesa y encendió un fósforo.

—¿De modo que ésa es la historia que se propone usted contar? —dijo Cullis.

—Esa —replicó tranquilamente el Santo—. Y le diré que es una historia infernalmente buena, si me pregunta mi opinión. De todos modos, le haré pensar al cerebro buscando la respuesta que habrá de dar.

Cullis se echó a reír.

—¿Y realmente piensa que haya nadie que le vaya a creer?

—No lo sé. Yo haré todo lo que pueda para divulgar la grata nueva, y cuando me lanzo a ello es porque elementos no me faltan... Además de la acumulación de pruebas.

—¿Qué otras pruebas?

—La de Duodécimo, por ejemplo, quien tiene una historieta que referir, completamente personal, que ha de causar sensación.

Cullis se rio con expresión de burla.

—¡Un criminal que miente para salvar el pellejo! ¿Cree usted que su palabra tenga ningún valor? Con una reputación así...

—¡Oh, pero no va a apoyarse tan sólo en su reputación, amigo! Habrá considerables corroborantes demostrativos y circunstancias expositivas.

—¿Y cuáles pueden ser?

—Se las diré más tarde —le replicó el Santo— si me lo recuerda. Pero por el momento estoy impaciente por oír el cuento de hadas que contará usted acerca de ese billete de cinco.

—Pero ¿realmente cree que podrá valerse de él en contra mía?

—¡Claro que sí!

—Pues permítame decirle —observó Cullis— que va a sufrir una decepción. Hay un punto que parece haber usted olvidado, pero que yo recuerdo muy bien. El propio Waldstein, bajo el nombre de Stephen Weald, hubo un tiempo que perteneció a la preciosa banda de la Trelawney. ¿No lo sabía usted?

—Sí que lo sabía.

—Entonces —replicó Cullis deliberadamente—, ¿qué más natural que usted tenga en su poder un billete de cinco libras, que puede comprobarse como proveniente de la cuenta bancaria de Waldstein?

El Santo le miró. Luego se rio y movió la cabeza.

—El argumento no es lo bastante bueno —le contestó—. Podría serlo en lo que respecta a este billete, pero ¿y los otros que probablemente se encuentran todavía entre sus cosas?

—Billetes que usted hubiera podido poner... allí.

—Esa excusa no salvó a sir Francis Trelawney —le replicó el Santo, severo y frío como un juez—. ¿Por qué ha de pensar que le salvaría a usted?

Se miraron de hito en hito durante un largo espacio de tiempo. Luego, Cullis avanzó un paso. Su rostro había adquirido la expresión insensible del granito.

—Ya veo —replicó por segunda vez, muy despacio.

—Pues celebro mucho que aprecie mi observación —declaró el Santo—. Va a ser un paso un poquito peliagudo para usted, ¿no es cierto? Pero que contribuirá bastante a la reivindicación del buen nombre de sir Francis Trelawney.

—¿Y quién —preguntó Cullis en el mismo tono suave de voz— va a hacer el registro en las cosas de mi propiedad antes de que yo tenga tiempo para hacer desaparecer esos billetes?

—Gracias por haber admitido que tiene usted los billetes.

—Y suponga que lo admita —le replicó impasible Cullis—. Aún tiene que responder a mi pregunta: ¿Quién va a hacer esa investigación... quién va a probar nada?

—¡Oh, eso se puede arreglar! —le replicó el Santo. Y lo dijo tan natural y sencillamente, que era difícil advertir la más pequeña expresión de fanfarronería en sus palabras.

Cullis le miró con gran fijeza. En su frente, el pulso comenzó a latir con cierta aceleración.

—Ocurre algo divertido con usted, Templar...

—¡Cuánto me halaga! —le interrumpió cortés, el Santo.

—Porque tal vez —agregó Cullis— no esperaba lo que iba a ocurrirle al contarme esa historia.

—Usted dirá.

—Es usted un criminal peligroso, y su cómplice está perseguida por asesinato. Viéndose ya perdidos, tratan de hacer un último esfuerzo desesperado para vencerme y salvarse. Y yo, en defensa propia, tendré que matarle a usted de un balazo.

—Lo mismo que iba a hacer con Gugliemi —le respondió el Santo, y el color desapareció hasta en los labios del rostro de Cullis.

Su cara granítica se contrajo de súbito.

—¿Cómo lo ha sabido usted?

—Yo soy adivino —le contestó el Santo con sencillez.

—Y no obstante —observó Cullis—, el truco es todavía bueno...

—No tan bueno —manifestó el Santo. Y en su voz se advertía una ligera sombra de expresión de premura, porque en aquel momento veía la muerte cara a cara... la muerte en los pálidos ojos azules de Cullis, la muerte en la contracción de los labios de Cullis, la muerte palpitante en la mano derecha de Cullis...—. No tan bueno. Porque mi historia aún tiene otro capítulo... y tal vez sería mejor que lo oyese antes de que disparara.

Por un momento creyó que el subcomisario dispararía y correría las consecuencias del albur, y preparó sus músculos para dar un salto desesperado. Pero Cullis depuso su actitud durante un segundo.

—Diga lo que tiene que decir. Pero no cuente con escapar valiéndose de una treta por el estilo de la que anoche puso en práctica la Trelawney.

—¡Y fue una buena treta, ciertamente! —exclamó el Santo, compasivo, mirando de reojo el dedo pulgar del subcomisario, todo vendado.

Luego sonrió a la mirada de Cullis.

—Pero no necesitamos valemos de más ardides —continuó el Santo—. La escena está ya dispuesta para que la actriz pueda dirigirse al obispo, y la hora de las fanfarronadas ha pasado, Cullis.

—¡Siga!

—Yo soy un hombre notablemente listo —prosiguió el Santo con su característica expresión de frivolidad—, y las obras de este género son para mí sencillos entremeses. Planeé la presencia para la función especial en su beneficio de usted, y a usted he visto que también le ha agradado... Sí, verá usted, habría sido perfectamente fácil darle a usted pasaporte para la eternidad, pero eso no era todo lo que nosotros queríamos. Waldstein y Essenden fueron eliminados demasiado pronto y no íbamos a cometer el mismo error con usted. Queríamos oírle cantar en nuestra presencia, antes de que pasase a reunirse con los ángeles precursores, aunque nos dábamos perfecta cuenta de que como «audacia» no éramos gran cosa. Jill y yo somos almas sencillas, de quienes el mundo ha abusado, y Duodécimo es otro náufrago arrebatado por el mar y a merced de las olas.

—Abrevie el cacareo —interrumpió Cullis con aspereza y con veneno fresco en la voz—. Si lo que trata es de ganar tiempo...

—Me confieso, hermano, en mi personal estilo —dijo el Santo con expresión lastimera—. Concédame una pausa. Y ahora... ¿dónde estaba?... ¡Ah, sí! Duodécimo es otro náufrago arrebatado por el mar y a merced de las olas...

—Le concedo tres minutos más. Si es que tiene algo que decir...

—¡Ni una palabra más, Algernon! Y terminemos observando que quizá sus palabras hayan superado a lo que Jill o yo o Duodécimo hubiésemos podido decir. De modo que tendrán por testigo a alguien que no puede ser rechazado. ¿Y quién mejor testigo, pregunto yo, que el propio comisario general?

El Santo observó que Cullis bajaba los ojos apenas una fracción de milímetro, y se rio de nuevo.

—Pues sí, yo fui a ver al comisario general. Le pedí prestada su propia casa. Vinimos aquí esta tarde y dispusimos la escena con todo cuidado. Esos agujeros de bala que vio usted en la puerta de allí arriba se hicieron hace tres horas con permiso especial del propietario. Los balaustres de la ventana se pusieron este mediodía y se limaron mientras usted hacía el viaje de Londres aquí. Yo personalmente dispuse la escena, escribí el diálogo y presenté el conmovedor drama que va a terminar ahora... con una primera y única representación. Un micrófono, que se encuentra detrás de ese cuadro en que se exhibe de modo tan indecente esa dama que le arroja geranios a un ruiseñor, ha estado recogiendo todas sus aladas palabras y transmitiéndolas, si no a todas las comisarías, por lo menos a una... donde un sargento de policía, con su diploma Pitman, las ha ido anotando. Otra conexión en el piso superior transmitió la conversación personal, palabra por palabra, que sostuvo usted hace poco con Duodécimo aquí abajo... suficiente prueba para que le ahorquen. Pero no nos contentamos aún con lo dicho. Medio minuto después de que usted oyera cerrarse la puerta de la casa tras el comisario general, éste entraba por la escalera de la puerta de servicio para oír algo más de la historia desde su estación particular situada arriba, detrás de esta escalera. Sí, Cullis, yo de usted ya no dispararía, porque me parece que oigo regresar a tía Ethel...

Cullis oyó a su espalda el ruido de la puerta al abrirse y se volvió.

El comisario general apareció en el umbral.

No presentaba ninguna señal de la herida que antes había impresionado a su auxiliar. Se mantenía erguido, ya no se oprimía el hombro con la mano y sus ojos relucían con una expresión que en nada se relacionaba con la que mostrara a Cullis antes de marcharse.



También llevaba en la mano una pistola automática.

Todavía el subcomisario llevaba en la mano su pistola, pero había bajado del todo el brazo correspondiente y bien sabía que el menor movimiento hubiera sido fatal. Permaneció inmóvil, y el comisario general dijo:

—Le he estado oyendo —afirmó, y Cullis retrocedió un paso—. Ha de saber usted —continuó—, que yo le estoy vigilando desde hace algún tiempo. Creí que mis sospechas se confirmaron cuando se llevaron esos papeles de la Oficina de Informaciones, luego el Santo vino a verme y a contarme una historia que yo no podía dejar de tomar en consideración, por fantástica que pareciera.

—¿Y creyó usted a un criminal? —exclamó Cullis, sarcástico.

—Por mis razones particulares —le contestó el comisario—. El Santo era tal vez algo más que un criminal vulgar cuando se me acercó, y pude creerle, porque no hubiera podido creer a nadie más que a él. Usted mismo ha de admitir que el Santo tiene cierta reputación. En aquellos momentos había una orden de arrestarle. —El comisario hizo una mueca con los labios—. Una de las tantas que se han dado contra él. Pero el Santo se puso a mi disposición sin reservas y parece que el resultado justifica nuestra actitud.

Cullis miró en derredor y vio que Simon Templar tenía también una pistola en la mano. Jill Trelawney, sentada en el canapé, se restregaba la blusa con un pañuelo.

—Tinta roja solamente —declaró el Santo con exagerada dulzura.

Cullis permanecía de pie, inmóvil como si fuera una estatua.

Luego inclinó poco a poco la cabeza y un amago de sonrisa se dibujó en su boca.

—No tengo por qué molestarme en negar nada —dijo con serenidad admirable—. Todo está perfectamente claro. Pero ha sido un trabajo brillante por parte de ustedes el haber obtenido de mis propios labios todas las pruebas de esta historia.

Miró al comisario general.

—De todas formas, debe usted conocerla en todos sus pormenores —declaró—. Yo calumnié a sir Francis Trelawney en las propias narices de usted. Waldstein y Essenden eran los directores de la camarilla de granujas que Trelawney se había propuesto aplastar, y yo entonces no era más que un oficial subalterno. Me ofrecieron mucho dinero y me puse a su lado. Trelawney era peligroso. De seguir un mes más en su puesto, probablemente les hubiera cogido. Lo único que había que hacer era echarlo fuera para que no estorbara, y nos trazamos nuestro plan. No era tan difícil como pudiera figurarse, porque Trelawney fue siempre un hombre que trabajó según su personal criterio. Sabíamos que una vez desacreditado, nadie podría continuar sus trabajos en el punto en que él los dejara. Yo allané el camino escribiendo con su propia máquina la denuncia de la batida. Después le di telefónicamente la orden, que suponía de usted, y que le llevó a París; una vez allí, nos resultó sencillo arrestarle al salir del hotel de Waldstein. Después de esto, lo que restaba era fácil. Yo tenía dinero de Waldstein en mi bolsillo cuando abrí en presencia de usted la caja fuerte de Trelawney, y llevaba varias semanas ensayando el pequeño juego de manos. No era difícil. Los billetes salieron de la caja fuerte a la vista de usted, y Trelawney no pudo decir ni una palabra. Después, Waldstein, bajo uno de sus «alias», se unió a la muchacha para impedir que conociera o averiguara la verdad. Se calificaba a sí mismo de afortunado cuando la conoció a bordo del barco en que venía de Nueva York para dar principio a las hazañas de los «Ángeles»... El conflicto se presentó cuando el Santo sospechó de mí... cuando anoche entraron en mi casa y abrieron mi escritorio.

—Tengo noticias de eso —dijo el comisario general.

Cullis hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Por boca del Santo, supongo. Pues sí, fue un buen trabajo, aunque fue la muchacha quien lo hizo. Pero antes de que esto ocurriera, yo ya sabía que Jill Trelawney se estaba convirtiendo en un peligro y envié a Gugliemi para que la hiciera desaparecer, pero éste se volvió en contra mía, como usted sabe. Aunque me abrieron el escritorio, yo no pensé que se hubieran llevado algo y cuando usted me dijo que viniera aquí, pensé que podía correr el riesgo.

—Hasta que Templar le mostró el billete de cinco libras —murmuró el comisario general.

—Exacto... ¿Hay algo más que desee usted conocer?

—No creo.

Cullis paseó la mirada alrededor del cuarto.

—Pero hay una cosa que me gustaría saber —dijo.

—¿Qué?

—Cuando el Santo fue a su casa con esa historia, ¿por qué le dio usted más crédito que a la de cualquier otro que hubiese ido con el mismo cuento?

Una sonrisa fría se asomó a los labios del comisario.

—Porque sucede que yo conozco bien al Santo —le contestó—. Cuando obtuvo el perdón real, yo le agregué al Servicio Secreto para librarlo en el futuro de posibles contingencias desgraciadas. Sus métodos han sido siempre excéntricos, pero son positivos. Cuando hace algún tiempo se le metió en la cabeza que en el caso Trelawney había algo que nunca se había puesto en claro, le dejé que tomara el asunto y lo investigara a su modo. Desde entonces lo ha estado trabajando a su manera: su nombramiento de policía fue sólo una parte del juego, y su en extremo irregular renuncia del cargo en cuestión sólo fue también otra parte del juego.

Hubo una persona a quien las palabras anteriores sorprendieron más que a Cullis. Y fue a Jill Trelawney.

—¿*Usted*, Santo? —exclamó ésta.

—Cuando la vi la primera vez —manifestó tristemente el Santo—, le dije que yo me había reformado, pero usted no me quiso creer. Y en estos últimos días me parece que no he hecho más que hablarle de mi respetable amigo. Permítame que se lo presente... Sir Hamilton Dorn, comisario general de la Policía de la Metrópoli, comúnmente conocido por el tío Ethel. Me alegro de haberles presentado.

Sir Hamilton saludó con una ligera inclinación de cabeza.

—En mi vida he creído tener la piel de Barrabás del policía —exclamó apologeticamente el Santo—. Scotland Yard probablemente sobreviva sin mi... pero no puede ignorar que, de haber continuado yo en ella, quizá la habría salpimentado un tanto.

En aquel momento, Simon Templar era la figura central y nadie vigilaba a Cullis. No obstante, con el rabillo de su ojo el Santo vio a Cullis levantar la mano derecha y, aunque dio la voz de alarma inmediatamente, la detonación de la pistola ahogó su voz, y vio caer de la mano del comisario general la pistola que sostenía y enrojécérsele al instante la muñeca de sangre.

Por su parte, apuntó y disparó sobre Cullis, pero su pistola se encasquilló y tuvo que arrojarla al suelo en el momento mismo en que Cullis le disparaba a él.

Oyó el silbido de la bala que le pasó por encima de la cabeza y fue a estrellarse contra la pared de enfrente, después de haber roto el cristal de un retrato. Mientras, sin pérdida de momento, y tendido en el suelo, el Santo hacía girar rápidamente las piernas trazando un semicírculo para derribar a Cullis apresándole por los tobillos. Pero aun así; no veía cómo escaparía al siguiente disparo de Cullis.

Erró su zancadilla... pero se había olvidado de Jill Trelawney. Se levantó de un brinco y la vio cogida con ambas manos de la muñeca de Cullis, el tercer disparo de éste fue a dar en el techo. Y entonces el Santo a su vez le cogió la muñeca, y se la retorció con todas sus fuerzas. La pistola cayó al suelo, y Templar le dio un puntapié que la mandó lejos.

No vio cuando Cullis, con la otra mano, cogía la estatuilla de bronce de encima de la mesa, y si no hubiera llegado a desviar la cabeza —más por intuición que por cálculo—, sin duda Cullis le habría partido el cráneo. De todos modos, el golpe lo

dejó medio aturdido, con la cabeza dándole vueltas, y le hizo soltar la muñeca de Cullis. Jill también había dejado libre al subcomisario al ver que el Santo entraba en la lucha.

Templar se paró tambaleándose, con una orquesta en la cabeza y manándole sangre por los ojos. Vio al comisario general buscar a tientas por el suelo, con la mano que le quedaba sana, alguna de las pistolas... y vio el balcón abierto y a Jill Trelawney que desaparecía por él como un relámpago.

—¡Venga acá! —le gritó el Santo con un hilo de voz.

Pero Jill no podía oírle. Ya se había marchado, y el Santo la siguió tambaleándose.

Oyó apresuradas pisadas sobre la arena del sendero paralelo a uno de los lados de la casa y distinguió su blusa, que relucía como una mancha blanca en la oscuridad.

La alcanzó cuando se detuvo antes de doblar la esquina o ángulo de la casa, y, estando ya a su lado, vio a Cullis dirigirse hacia la puerta del jardín.

Se lanzó de nuevo en persecución de éste, pues comprendió que si doblaba por la siguiente travesía de la carretera, como seguramente haría, iba a dar de manos a boca con el coche del comisario general, que había quedado allí con las luces encendidas.

Y Cullis dobló por allí. Que le pareciera más conveniente alejarse de la carretera principal e intentar burlar la persecución con el auxilio de la oscuridad en terreno despejado o que la fortuna, que tanto tiempo le había acompañado, estuviera dispuesta a favorecerle unos minutos más, es cosa que no ha podido averiguarse. El caso es que se subió al coche. No había hecho más que sentarse al volante, cuando el Santo, a su vez, doblaba también la esquina.

Un momento después lo ponía en marcha. El coche arrancó cuando llegaba el Santo, sin más tiempo que el de saltar encima del portaequipajes.

Permaneció allí durante varios segundos, a fin de reconcentrar las últimas energías que le quedaban.

Aún estaba aturdido, prácticamente fuera de combate, por el violento golpe recibido en la cabeza. La sangre que le caía sobre los ojos procedente de la herida casi le cegaba. Pero siguió cogido de la trasera.

Luego trató de cambiar de posición. Era necesario hacerlo porque donde estaba no podía aguantarse mucho tiempo más en el estado en que se hallaba. Y a la sazón el coche marchaba a más de cuarenta millas por hora y una caída hubiera puesto fin, muy posiblemente, a la aventura de una forma distinta a la que él deseaba.

Se agarró, por tanto, a la capota del coche, que estaba recogida, se aupó a pulso y cayó sobre los almohadones del asiento trasero del coche.

Con un suspiro de satisfacción, se dedicó a dar masaje a sus músculos doloridos y permaneció allí tumbado durante un rato, como muerto, privado casi de movimiento. Sentía la cabeza como si le fuera a estallar, y unas lucecillas rojas danzaban delante de sus ojos en medio de una especie de niebla gris.

El coche seguía su carrera vertiginosa. El conductor, que no atendía a otra cosa sino al camino que le alumbraban los dos faroles delanteros, no se dio cuenta de su presencia.

Poco a poco la sensación de malestar que el Santo experimentaba en la boca del estómago fue desapareciendo. Sentíase aún rendido por el extraordinario esfuerzo que había hecho, pero tenía claro el cerebro. Se enjugó la frente con el pañuelo y abrió los ojos.

Luego se hincó de rodillas.

Al dominar así el asiento delantero del coche le deslumbró el resplandor de otro par de faros que alumbraban la carretera, y que venían de frente.

—La velocidad no tiene límites —exclamó, lamentándose, al oído de Cullis—, pero aun así me parece que está usted abusando y que me verá obligado a arrestarle; si, tendré que hacerlo, Cullis. Marchando a la velocidad que lo hace, es un peligro para el público. Y no es otra cosa lo que está haciendo usted.

Al oírle Cullis, el coche se desvió de forma peligrosa, pero luego se enderezó de nuevo.

—Al menos —contestó Cullis por encima del hombro—, me lo llevaré a usted conmigo.

Simon le cogió por la garganta, pero las manos de Cullis seguían cogidas, rígidas, al volante.

El coche que venía se encontraba a menos de veinte yardas. En otras circunstancias, con el camino libre, Simon hubiera podido matar de un balazo a Cullis, o sencillamente, darle un martillazo en la nuca con la culata de la pistola, y confiar en conservar el coche mientras apartaba al subcomisario a un lado y tomaba el volante.

Pero en la presente ocasión no había oportunidad de hacer nada parecido. Dentro de uno o dos segundos chocarían con el coche que venía de frente.

La intención de Cullis era manifiesta.

Con un esfuerzo desesperado, le hundió la cabeza debajo del volante y por un momento el coche quedó sin gobierno. Entonces empujó a un lado al subcomisario, cogió el volante y torció la dirección.

Los faros del otro coche proyectaban su luz directamente en sus ojos. Su conductor se desvió, pero apenas si podía maniobrar en la estrecha carretera y no tenía tiempo para detenerse.

Simon oyó el inútil chirrido de los frenos y pensó que era llegada la hora de morir sonriendo...

«¡Pero aquí voy yo!», pensó, e hizo girar el volante de forma verdaderamente temeraria.

Estuvo a poco de salirse con la suya. Durante el horrible lapso de un segundo distinguió la luz del faro derecho del automóvil que venía hacia él afrontar directamente la del faro derecho del vehículo en que se encontraba. Pero aun así,

hubiera logrado su propósito si Cullis, cogido a su vez, no luchara para volverlo del lado contrario.

Simon le dio un codazo, pero ya era demasiado tarde. Las ruedas delanteras del otro vehículo se hundieron en el costado del suyo como hachas poderosas, y se oyó el crujido agudo de las piezas metálicas torturadas que saltaban en pedazos.

El choque proyectó a Simon por encima del volante. El coche parecía que se hubiera levantado en el aire y durante un instante se figuró suspendido en el espacio.

Luego se dio un terrible golpe en los omóplatos contra el suelo. Después, un ruido de algo que se hacía añicos, otro ruido más violento y luego un silencio mortal...

No supo cuánto tiempo permaneció tendido allí, con las piernas levantadas y cogidas por algo, magullados y doloridos todos los miembros de su cuerpo y pensando tan sólo en si por fin estaba realmente muerto... o si no lo estaba. Un peso enorme gravitaba sobre su pecho...

Abrió un ojo y observó que los pedales del freno, del embrague y del acelerador aparecían misteriosamente suspendidos encima de su cabeza.

Algo más había sobre su pecho. Comprendió por último que era el asiento delantero... y el cuerpo de un hombre.

Trató de levantar una mano y sintió que se movía en un pozo de algo caliente y pegajoso, y pensó si sería la sangre de Cullis o la suya.

Luego sintió muy cerca de su oreja unos golpes tremendos contra el coche destrozado y la voz de un hombre que gritaba como un loco:

—¡Ea!, ¿no están muertos?

—Hombre, no se comprende cómo ha de estar vivo nadie ahí, debajo de esa masa de hierros —replicó otra voz—. Iban a una velocidad de locura.

Pero el Santo reconoció la voz primera y le saltó a los labios una risita ahogada y una débil exclamación:

—¡Oh, querido Claud Eustace! ¡Siempre con diez minutos de retraso!

De cómo Simon Templar se puso su sombrero

I

El inspector general Teal desenvolvió reverentemente de su papel el caramelo número cuatro. Simon Templar se los había comprado exprofeso para él, y Teal le hacía los honores cumplidamente.

—Lo que nadie podrá saber nunca —observaba Teal— es cómo no pereció usted. El Santo con tan sólo la cabeza vendada sonrió e hizo una mueca.

—A un hombre que vale, no es posible aplastarle.

—La suerte la tuve yo de que no me aplastara usted a mí —replicó Teal—. Porque habría sido también un hombre valioso el que hubiera perdido la C.I.D., aunque me esté mal el decirlo. No podré explicarme jamás cómo no nos estrellamos nosotros. Debió de ser porque casi nos habíamos parado cuando ustedes nos embistieron; pero nuestro coche fue proyectado sobre la cuneta...; la rueda delantera arrancada, como si la hubiesen cortado con un cuchillo; el chasis, hecho un ovillo, ambos ejes de las ruedas, torcidos; las herramientas, fuera de la caja y esparcidas por el suelo, y todos nosotros con una sacudida que ninguno deseará experimentar por segunda vez.

Se hallaban en Upper Berkeley Mews, donde habían reparado sus fuerzas con una cena que, por lo muy avanzado de la hora, era más un desayuno que otra cosa. Luego se hizo el relato del caso de Essenden, como también el de Waldstein, y el comisario general dio su veredicto. Miró a la chica y sonrió.

—La creo —le dijo—. El testimonio del Santo le es favorable en el caso de Essenden, y ahora que la conozco un poquito mejor, no sé si hubiera llegado a dudar de su palabra, aunque nadie hubiese apoyado su declaración. En cuanto a lo demás, fuera de nosotros cuatro, no ha quedado nadie vivo que sepa nada que merezca la pena. Y no creo que ninguno de nosotros quiera más molestias. Hemos tenido ya bastante con los «Ángeles del Averno».

Miró a Teal en demanda de aprobación, y el inspector general Teal asintió soñoliento. Parecía que estaba a punto de dormirse.

—¿Y de la «demanda por asesinato»? —preguntó el Santo.

—Puede desecharse. Se han descubierto nuevas pruebas, y el cargo será retirado. Eso puede arreglarse sin ningún ruido. Y si miss Trelawney regresa a los Estados Unidos...

—¡Yo quiero lavarme las manos! —exclamó de pronto, despabilándose, el inspector general Teal.

Media docena de ojos giraron dentro de sus órbitas y le miraron con tal fijeza, que habrían desconcertado a un hombre con menos dominio de sí mismo, pero el inspector general Teal sufrió el bombardeo ocular sin pestañear.

Y entonces, el Santo soltó una risotada.

—¡Desde luego que sí! —gritó—. En la cocina hay un barril de cerveza... puede probar de lavárselas. Duodécimo está allí poniéndose como nuevo con Chianti, pero Horacio hará que deje un poco de sitio si así lo desea usted... ¿Quiere jabón?

—Me parece que vamos a encontrar lo que queremos —dijo sir Hamilton Dorn.

Al salir ellos, el Santo cerró la puerta, luego fue hacia la chimenea, encendió un cigarrillo y permaneció allí de pie, con las manos en los bolsillos.

—Sólo falta el epílogo —dijo.

—Y la explicación de una broma —añadió Jill Trelawney.

Simon se la quedó mirando con su cigarrillo en la comisura de los labios sonriendo y enarcando las cejas... con todo el aspecto de un joven Mefistófeles de ojos azules.

De pronto, Jill comprendió todo el atractivo de la personalidad del Santo.

—En su mayor parte, está ya explicada —le contestó Simon—. Me agregaron al Servicio Secreto para evitar que volviera a las andadas, pero la ocupación no me sedujo tanto como creí en un principio. Y luego, cuando ya estaba a punto de abandonarla, aconteció el caso de su padre, con la secuela de los «Ángeles del Averno». Recuerdo una noche en que, hablando del asunto con tía Ethel, me enseñaron una fotografía de usted. Y entonces me hice una promesa a mí mismo.

Jill se levantó y fue hacia la chimenea.

—¿Y qué promesa fue ésa?

—Que era usted una muchacha a la que yo tenía que besar antes de morirme. Y en parte lo he hecho durante el desarrollo de los acontecimientos, que han estropeado el final, pero aun así...



Y de pronto, con una risa ligera y simpática, la cogió entre sus brazos y robó un beso a sus labios rojos.

Un momento después le observó Jill:

—¿Está usted seguro de no haber cometido un error?

—No —le contestó el Santo—, porque he hecho una amiga.

Apoyaba su brazo alrededor de su cuello.

—Yo soy el loco que jamás se vuelve cuerdo —le dijo—. Pero las maneras de la locura cambian. Ayer era la lucha, el asesinato, la muerte instantánea; mañana... ¿quién sabe? Pero mientras exista para usted un muchacho a quien ame y que la espere, y para mí, una canción y una novela... ¿qué importa?

Durante un instante la miró a los ojos y luego se dirigió apresuradamente a la mesa y cogió un periódico que había allí. Después de una rápida ojeada consultó su reloj.

—El *Aquitania* zarpa dentro de siete horas —dijo—. La puedo llevar a Southampton con tiempo de sobra; tendré que luchar a brazo partido, pero le garantizo camarote.

Simon leyó la respuesta en sus ojos y abrió la puerta.

—¡Horacio! —gritó, y su fiel criado vino corriendo—. Unos bocadillos... una botella... café en los termos. ¡A toda velocidad! ¿Está lleno el depósito del automóvil?

—Sí, señor.

—Conforme.

Se marchó al garaje y un momento después un poderoso coche bufaba y resoplaba a la puerta de la casa... Y volvió a aparecer el Santo en la habitación, al tiempo que mister Teal, despertado por el ruido.

—¿Se marchan? —preguntó.

—Sólo un paseo... Jill, es mejor que se ponga una chaqueta de cuero... tome ésta... Deja, Horacio, yo llevaré esos chismes.

Acompañó a la joven hasta el coche y regresó a coger otra chaqueta del armario.

Teal le ayudó a abotonársela.

—¿Es una fuga, Santo?

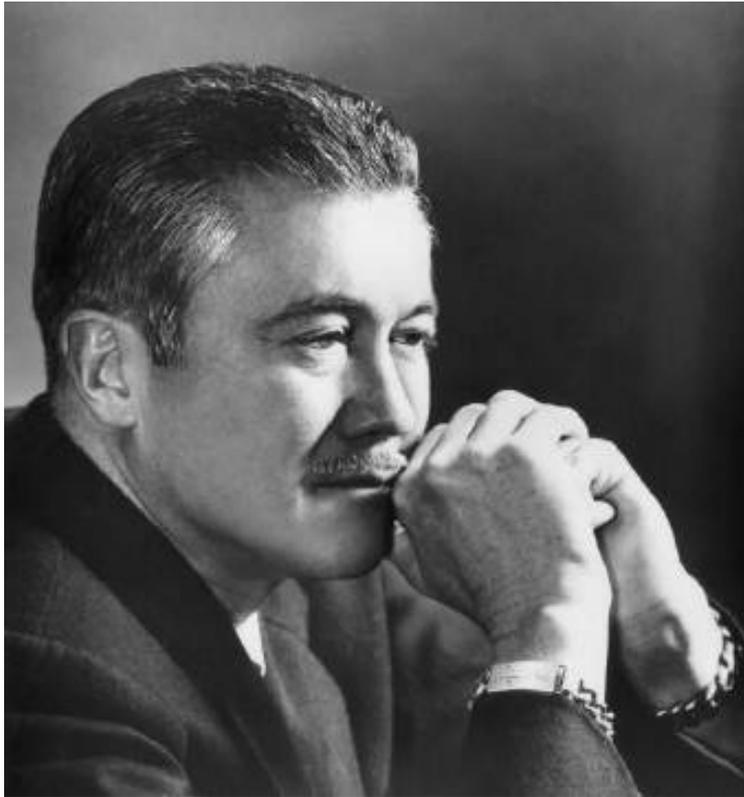
—Ahora, precisamente, no es eso, Claud... No, la vieja bufanda Pentovillains. Horacio... ¿Quiere que le haga algo en el camino, Claud Eustace?

—Si es una fuga —le dijo Teal melosamente—, la han decidido bastante pronto.

Simon se enrolló la bufanda al cuello y se colocó su sombrero ladeado sobre su ojo derecho lo más piráticamente posible, luego dio al detective unas palmaditas en el hombro.

—¿No se le ha ocurrido nunca pensar —le dijo— que alguna vez pudiera escribirse una novela en la que la heroína no se enamorase del héroe ni el héroe se enamorase de la heroína... y en la que ambos fuesen dichosos, a pesar de todo? Pues ésta es justamente esa novela. Yo soy el más superlativo héroe de novela, pero las reglas no se hicieron para mí.

Cogió de la percha el sombrero de Teal y se lo puso al inspector general en la cabeza, ladeado; luego le tiró de las orejas y le dio un golpecito con los dedos en el estómago. Después se marchó... Y parecía oírse aún en el pequeño salón el eco de la risa santesca, cuando hacía ya rato que el rugido del automóvil de Templar había desaparecido.



LESLIE CHARTERIS (1907-1993), nacido Leslie Charles Bowyer Yin, fue un autor británico principalmente de los géneros de misterio y ficción, así como guionista. Es conocido sobre todo por sus muchos libros en los que hacía crónica de las aventuras de Simon Templar, alias «El Santo».

La biografía personal de Charteris parece sacada de una de sus novelas o colecciones de cuentos cortos. Su padre era un médico chino de rancia ascendencia noble, descendiente directo de la dinastía de emperadores Chang, y su madre una bella mujer inglesa. Antes de aprender inglés, ya hablaba malayo y algunos dialectos chinos. Durante su larga vida, Charteris desempeñó los más variados oficios, como pescador de perlas, buscador de oro, plantador de caucho, minero, conductor de autobuses, policía, camarero, jugador profesional de cartas y en los años treinta, guionista en Hollywood. Sus novelas están traducidas a más de 15 lenguas.

Notas

[1] Rosado. (*N. del T.*) <<

[2] Punchboy: Saco lleno de arena que los pugilistas cuelgan de un gancho y sobre el que descargan puñetazos para entrenarse. (*N. del T.*) <<

[3] Yo / soy el mamarracho / que mató a Capone... <<

[4] El amor alude al hecho de que, cuando la guerra de 1914-18, muchos ingleses no acudieron a tomar las armas por prohibírseles sus creencias religiosas, y al propio tiempo se refiere a la lista en que anualmente se publica el nombre de los nuevos nobles nombrados por el rey. <<